

palabras mayores

INVENTARIO GENERAL DE INSULTOS



Pancracio Celdrán

*Donde se recoge el extenso repertorio
de injurias, impropiedades, involuntades y
demás expresiones ofensivas
de nuestra lengua.*

ediciones
del Prado

Pancracio Celdrán

**INVENTARIO GENERAL
DE INSULTOS**

© Pancracio Celdrán

© Ediciones del Prado, de la presente edición, noviembre 1995

Cea Bermúdez, 39 - 6º

28003 Madrid

I.S.B.N.: 84-7838-730-7

D.L.: M-39543-1995

Impreso en España

Printed in Spain

A modo de dedicatoria

In memoriam

A mi madre Dolores Gomariz Reyes de Celadrán, que tenía mucho de la gracia canaria y la sal gaditana en el acento y el discurso cuando mostraba hacia sus hijos el enojo o el enfado, empleando pintorescos términos y voces, algunos de los cuales aquí se recogen.

A mi padre Manuel Celadrán Riquelme, pianista de cine mudo y de *varietés*; excelente profesor de piano; compositor de canciones enraizadas en la tradición musical española, y de piezas sacras; que musicó tantas coplas simpáticas y escribió la música de *El chulo del barrio*, juguete cómico o número arrevistado lleno de chistes, de ocurrencias y chascarrillos verbeneros en los felices años veinte, con la colaboración de su amigo Alejandro Casona.

A mi suegro Leo Arié Green, a quien como buen austriaco resultaba imposible reprimir la carcajada ante un dicho gracioso o un insulto fino, y que elogiaba la capacidad española y la riqueza de nuestra lengua para generar e hilar injurias e improperios.

A mi abuela política Luzi Lea Itzkowitz, que exteriorizaba el regocijo y batía palmas ante lo logrado de una frase pretendidamente ofensiva, aunque como alemana se debatiera entre la conveniencia de mostrar circunspección, y las ventajas de desembridar su entusiasmo ante lo gráfico de ciertas palabras.

A ellos cuatro, que supieron vadear el río de la vida con rectitud y elegancia. A ellos, digo, para que desde allí donde están, a la derecha mano de Dios, celebren alegres la aparición de este libro con cuya lectura tanto se hubieran complacido.

Madrid, noviembre de 1995
Pancraccio Celadrán Gomariz

Introducción

El insulto, como de su etimología se desprende, es siempre un asalto, un ataque, un acometimiento. Es término derivado de la voz latina *assalire*: saltar contra alguien, asaltarlo para hacerle daño de palabra, con claro ánimo de ofenderlo y humillarlo mostrándole malquerencia y desestimación grandes, y haciéndole desaire.

Debemos distinguir en él tres grados. La insolencia, mediante la cual perdemos a alguien el respeto, siendo acto que puede llevarse a cabo de palabra, de obra, e incluso por omisión, mediante un gesto, una mirada, un silencio, con lo que exteriorizamos desdén y desaprecio. El impropio, que es injuria de palabra, sinrazón que se le hace a alguno sin justicia ni causa, mediante dicerios y achaques en los que echamos a alguien en cara lo que él quería mantener en secreto, o cuya divulgación buscaba impedir. Y la injuria, ultraje verbal o de obra, mediante maltrato o desprecio. El insulto innecesario, cuando no hay razón para el impropio, es ofensa. Cuando el insulto hace honor a la realidad del insultado, más que ofensa es falta grave a la caridad con que debemos acoger a las personas. Por lo general, el *animus insultandi*, o voluntad maldiciente aflora en el temperamento hispano en ambiente y caso jocosos, para hacer gracia de alguien a fin de reírse todos de él; es una de las formas más fértiles de mostrar el ingenio quien lo tuviere, y de enseñar su mala índole o mala baba quien es radicalmente malo y cruel.

La tradición hispánica, y su experiencia en relación con el amplio y complejo mundo del insulto, la singularidad de sus tontos, pícaros y mentecatos, bobos, truhanes y necios de todo pelaje, es numerosa y abundante en palabras y frases, en casos y anécdotas graciosas que han pasado a la historia no oficial, a la historia pequeña, menuda y popular. De esa riqueza extraeremos los insultos más sonoros y gráficos, más extendidos, populares antaño, algunos olvidados hogaño, todos exultantes de vida expresiva. Recalaremos, asimismo, en algunos personajes y bobos de renombre que han pasado a la lengua cotidiana; tontos insignes en su tontería, cuyas hazañas han quedado plasmadas en breves comparaciones populares. Son muchos, y seguramente no están todos los que fueron. Pero sí los que más hondo calaron en el ánimo popular.

Como la *Biblia* afirma, en lo que a los tontos respecta, cada día que amanece el número de bobos crece, por lo que su número es infinito. El sabio rabino de Carrión, Shem Tob, en sus *Proverbios morales*, mediado el siglo XIV, se hace eco de esa misma realidad, y utilizando la voz "torpe" como sinónimo de necio, afirma:

Que los torpes mil tantos
son (más) que los que entyenden,
e non saben en quantos
peligros caer pueden.

Cuenta Melchor de Santa Cruz, en su *Floresta Española*, que cierto caballero que reñía con un hombre tenido por necio, dijo a éste cuando iba a darle en la cabeza con una maza de majar, que llaman majadero: "Tenéos, que sóis dos contra uno". Y Baltasar Gracián, en su *Oráculo manual*, asegura: "Son tontos todos lo que lo parecen, y la mitad de los que no lo parecen".

El refranero, por su parte, asegura como dogma de fe que cada lunes y cada martes hay tontos en todas partes. Y es verdad. Como también es infinito el modo de manifestarse la tontez, tontuna o tontería, que no es sino la calidad o ejercicio de este arte inútil. En castellano, el número de frases hechas o expresiones adverbiales con protagonismo suyo es grande. El tonto ha dado en ser paradigma del insulto leve. Como sujeto inofensivo e inocuo, al tonto hispánico, como el *tondo*, el *minchione*, *rintontito* o mero *stùpido* italiano, sólo se le achaca lentitud de entendimiento. La voz en cuestión es término paradigmático del insulto y del agravio en todos los idiomas y en todos los tiempos, siendo atemporal y universal su presencia. No hay lugar ni momento de la historia que no haya contado con un nutrido escuadrón, con una

abigarrada tropa de memos, imbéciles, alelados, bobos, estúpidos y gilipollas, todos los cuales han hecho alarde a lo largo de sus vidas más que de su malicia, de su innata torpeza y limitación intelectual. A esa limitación de la razón alude la lengua alemana cuando habla del *tunte*; o el húngaro, cuando describe al bobalicón y palurdo, a quien denomina *tandi*. Los clásicos griegos se referían a los tontos con la voz *aglaros*, por su aspecto embobado de eterno deslumbramiento. Habitan el campo semántico del tonto especímenes y personajillos como Abundio y Pichote, Cardoso y el cojo Clavijo, Perico el de los Palotes, Panarra y Pipí, el tonto de Coria, el del Bote, el de Capirote, acompañados por el genial tontaina que tuvo la ocurrencia de asar la manteca, o el tonto bolonio que creyéndose una lumbrera se pasaba de listo.

Pero no es en esta limitación de las facultades del espíritu donde únicamente se ceba con su dura carga semántica la voz ofensiva, el término insultante, la palabra injuriosa. No es el mentecato, el bobo o el imbecil lo único que reluce. Es más: los insultos que apelan a la cortedad del ingenio, o carencia absoluta de luces son los menos graves, por ser a menudo los más obvios; como también lo son seguramente los nacidos de la mitomanía o la necesidad de mentir. El *animus insultandi* hispánico se explaya o acomoda mejor cuando se trata de ofensas o achaques, de improperios y agravios de otra naturaleza. El ingenio ibérico brilla y se luce cuando arremete contra el marido engañado, o se mete con el desviado sexual. Peor cariz toma el insulto que nace de creerse uno mejor que otro, o de creer a otro peor que uno; la peligrosa ofensa de connotaciones racistas o xenófobas, en que se tiene en cuenta el color de la piel, los factores sanguíneos, la religión o la cultura. Siempre me ha sorprendido la forma de insultarse gravemente que tienen ciertas tribus bereberes, entre cuyos aborígenes cuando alguien quiere agraviar a otro le llama con asco *haddad ben haddad*, sintagma que en árabe no significa nada particularmente grosero: "herrero, hijo de herrero" ; sin embargo, la ofensa estriba en que el oficio descrito era sólo desempeñado en el sur de Marruecos, y el *sahel* u orilla del desierto por los indígenas del Sahara, despreciados como parias, a pesar de que también ellos eran seguidores del Profeta y observaban su ley, y la del libro sagrado del Corán. Tremendo cariz toma el alma de quien se complace en contemplar el escarnio ajeno, como apunta Juan de Zabaleta en su curioso librito *El día de fiesta por la tarde*, publicado a mediados de 1664, donde se lee: "¡Oh dulcísimo sabor el del escarnio ajeno...! Gustamos de los defectos de los otros, porque parece que quedamos superiores a ellos...".

Y más negro pelaje es, aún, el de la ofensa que se centra en el honor, en la conducta, en el pensamiento, en el convivir, que retratan al individuo que abusa de sus semejantes, haciéndoles daño de forma gratuita; sujetos que para asomarse al otro lado de la valla y así sobresalir ellos, y para que los vean, se sustentan sobre las espaldas o los hombros de los demás, a los que luego ignoran e incluso zahieren. Es ahí donde sale a la luz lo más obscuro del hombre, su capacidad más granada para hacer daño.

Encontrará el lector amigo en esta mezcla de inventario y diccionario histórico del insulto castellano, el calificativo para todo tipo de conducta miserable, mezquina y deshonrosa. Toda suerte de ladrones y maridos aparentemente engañados; chulos destemplados; soberbios montaraces; granujas disculpables; pobres hombres arrinconados por la vida, que han hecho el ridículo a su pesar. Por aquí desfila, enseñando sus bilis y lacras, el nutrido y abigarrado batallón de las miserias del alma en forma de palabras y palabrotas, cantos rodados de la historia de la lengua y sus hablantes. Hombres y mujeres a quienes esa distinción de sexo ha condenado a menudo a la sordidez y a la miseria: los insultos, improperios y agravios relacionados con la sexualidad son numerosos y acerados. Mujeronas aguerridas, y mujerucas olvidadas en los meandros y recodos del río de la vida; muchachos desamparados, pobres pícaros y randas al servicio de reinonas, caciques y capitostes del hampa y la mala vida. También ha generado insultos el hambre, que aguzó el ingenio haciendo al hombre avisado, para que pudiera aprovecharse de quien no lo es tanto. Nutrida tropa es la de los gorriones, parásitos y chivatos, sablistas y mangorreros, jaques y valentones, chulos y rufianes..., porque el hombre ha hecho siempre lo imposible por vivir de los demás, llevando en el pecado la penitencia del insulto, forma lingüística de rendir cuentas ante la sociedad. Mucho de cuanto la historia ha creado en forma de insulto, está aquí, lector amigo. Sonríe si te reconoces a ti mismo en alguna de estas voces, y pon remedio; y sonrío también, compasivo, si reconoces a alguno de tus vecinos, allegados o amigos que dejaron de serlo o siguen siéndolo, como yo hago ahora pensando en tantos como han pretendido hacerme daño sin conseguirlo ciertamente. No

olvides que injuriar no está al alcance de cualquiera, y que a veces es cierto el dicho ciceroniano: *Accipere quamfacere praestat iniuriam*; que en castellano vale: "Mejor cosa es sufrir el insulto y padecer una injuria, que hacerla uno". Sócrates, habiendo recibido en cierta ocasión un insulto, seguido de puntapié, exclamó, no dándose por aludido: "¿Acaso si me hubiera dado una coz un asno, me enfrentaría a él...?".

Así pues, lector amigo, que tienes en tus manos este libro, di conmigo esta breve oración que he compuesto ante el auge e incremento desmedidos que en nuestro tiempo están tomando la imbecilidad torpe y la malicia malsana:

"Señor, haz que el rastro de luz que deja la maldad sobre el espíritu de los inocentes, deslumbrándolos durante un instante, sea fugaz como el del cometa que brilla un momento en la noche y ya no regresa jamás. Amén".

Madrid, noviembre de 1995
Pancracio Celdrán Gomariz.

NOTA

El asterisco (*) situado detrás de una palabra significa que ésta está recogida en el presente *Inventario*.

A borto.

Persona que llama la atención por su extrema fealdad. Producción rara, caprichosa o monstruosa de la naturaleza. Puede connotar merma intelectual que afecta a la inteligencia, en cuyo caso equivale a mentecato, necio total, que carece de seso, acepción no contemplada por el diccionario oficial, aunque es de uso corriente en la calle, donde cursa con "feto, mal hecho, mal parido, mal cagado, malogrado, que se quedó en agua de borrajas, o en cierne" En cuanto a su etimología, deriva del verbo abortar, que a su vez procede del término latino *oriri* < *aboriri* = levantarse, nacer. El sustantivo empezó a utilizarse a finales del siglo XVI, aunque el término "abortón" ya era utilizado en el XIII (Fuero viejo de Castilla, y Fuero de Navarra). El uso ofensivo de "aborto" ya se daba en el asturiano antiguo, lengua medieval en la que "albortón" tenía el valor semántico de feto de cuadrúpedo; cosa mal hecha, o malograda; animal de desarrollo incompleto, y por extensión: persona deforme, tanto física como mentalmente.

Abrazafarolas.

Vivalavirgen; variedad del Juan Lanás; sujeto irresponsable a quien lo mismo da ocho que ochenta. Tiene rasgos del adulador lameculos, del simplón y del donnadie; su conducta está dirigida a un solo fin: no molestar a quien considera su amo. Es voz descriptiva, ya que el análisis de la imagen que proyecta retrata gráficamente al individuo a quien se dirige. Tiene puntos de contacto con el borrachín, el juerguista y el calavera que harto de vino no gobierna sus pasos ni entendederas. Aunque no está recogido por los diccionarios al uso, es término muy difundido, sobre todo en tertulias radiofónicas de carácter distendido y deportivo. (Véanse también "Vivala-virgen, Juan Lanás").

Abundio.

Ser más tonto que Abundio es paradigma de insensatez, cerrazón y cortedad de entendimiento. Parece que el personaje existió entre los siglos XVII y XVIII en Córdoba, donde protagonizaría alguna solemne tontería parecida a la de Ambrosio y su carabina*, aunque de naturaleza distinta, ya que a Abundio se le achaca el haber pretendido regar "con el solo chorrillo de la verga", con apenas agua, un cortijo, empresa descabellada, a no ser que pretendiera regar otros campos metafóricos con el aparejo citado, en cuyo caso distaría mucho de merecer la fama que el tiempo le ha asignado. Por otra parte, acaso nos encontremos ante el precursor del riego por goteo, y debieramos levantarle un monumento. En su día pasó por loco insigne, diciéndose hoy de quien da muestras de imbecilidad que es "más tonto que Abundio, que en una carrera en la que corría él sólo llegó el segundo".

Acémila.

Animal; se dice por extensión del mulo de carga, en particular el macho; asno, sujeto rudo, primitivo y tosco. En tono jocoso, se predica de quien es tan fuerte como bruto, capaz de cargar con lo que fuere; especie de bestia de albarda. En los siglos de oro se decía del hombre disforme de cuerpo, y de muy escaso entendimiento. El médico segoviano, Andrés Laguna, en su *Pedacio Dioscórides Ariazarbeo*, (mediados del siglo XVI) emplea la acepción insultante del término en forma superlativa:

"No puedo tener la risa siempre que me acuerdo de un mozo torpe y dormilonazo, que tuve siendo estudiante en París, el cual una mañana (...) se fue derecho al hogar,

adonde estaba un gatazo (...) y le plantó un palillo de azufre, por donde súbito le saltó el fiero animal al rostro y le rascañó toda la cara, no sin grandes gritos del acemilazo..."

Más próximo a nosotros en el tiempo, el dramaturgo riojano Manuel Bretón de los Herreros, (mediados del siglo XIX), añade al término cierto matiz propio del zote:

"¿Qué ha de llorar ni temer
una acémila asturiana,
sin miras para mañana
y sin recuerdos de ayer?"

Adefesio.

Persona ridícula, que va extravagantemente vestida; también, sujeto que se permite dar consejos, hablando sin ton ni son, y sin que nadie le haya pedido parecer, siendo sus consejos descabellados y fuera de lógica; que va hecho una facha. Por lo general se admite como etimología el sintagma latino *ad Ephesios*, alusivo a la epístola paulina a los ciudadanos de aquella ciudad del Asia Menor. No hay dificultad en eso, pero sí en el significado y porqué de la frase. En el *Viaje de Turquía*, su probable autor Cristóbal de Villalón, (mediados del siglo XVI) emplea así el término: "Para mi tengo, (Pedro) que eso es hablar *ad ephesios*, que ni se ha de hacer nada deso, ni habéis de ser oydos".

Ese es su uso más corriente en los siglos XVI y XVII, en los que "hablar adefesios" es tanto como hablar por hablar, decir tonterías, o sacar la lengua de paseo sin ton ni son. Juan Valera, en su novela Pepita Jiménez, (segunda mitad del siglo XIX) da este otro uso al término: "Pues qué, me digo: ¿soy tan adefesio para que mi padre no tema que, a pesar de mi supuesta santidad (...) no pueda yo enamorar, sin querer, a Pepita?".

Agrofa.

Ramera, puta buscona. Forma jergal para nombrar a este tipo de mujeres golfas y perdidas en los siglos de oro (XVI y XVII). Juan Hidalgo, en su *Vocabulario de Germanía* (1609), así como en *Romances de Germanía*, da cuenta del uso que el vocablo tenía en su tiempo, y trae el siguiente par de versos donde usa el término:

"Guarte de agrofes coimeras
que buscan nuevos achaques".

Aguafiestas.

Sujeto que perturba cualquier diversión; malasombra que incomoda y molesta; metepatas que impide que otros disfruten de la fiesta, cayendo como un jarro de agua fría sobre las ganas de regocijo de los demás. Es término compuesto, en el que el verbo soporta la base del significado, ya que aguar equivale a frustrar, turbar o interrumpir una ocasión festiva, jocunda y alegre. Se tiene *in mente* la acción de aguar el vino, bebida propiciadora de alegría y diversión, acción que contribuye a rebajar sus efectos, dando así al traste con las posibilidades de regocijo. Alonso J. de Salas Barbadillo, en *La hija de la*

Celestina, (principios del siglo XVII), usa así el verbo aguar: "Si el vino se estima en cuanto es puro, generoso y vivificante, ¿para qué aguarlo y volverlo zupia... (inútil y despreciable)?".

Sebastián de Covarrubias utiliza esta palabra en el sentido que aquí expresamos. Hoy sigue en uso. Puede llegar a ser insulto grave en su acepción de gafe, persona por cuya mera presencia se van las cosas al garete.

Alcornoque.

Individuo bruto y desmañado; sujeto zafio, de gran tosquedad y rudeza. El poeta romántico Ventura de la Vega, (mediados del XIX), utiliza el vocablo en su acepción insultante: "¡Hombre, Zapata es un alcornoque...!". La acepción peyorativa de "alcornoque" en su sentido figurado estaba presente en el nombre mismo del árbol, puesto que el sufijo latino "-occus" alude a la tosquedad de su corteza, y por extensión a la de los individuos de quienes se dice o predica.

Alfeñique.

Persona quejumbrosa, delicada de cuerpo y de ánimo apocado, remilgado y redicho, que busca paliar lo menguado de su aspecto con lo atildado de su apariencia. (Véase también "melindres"). Gaspar Melchor de Jovellanos, (finales del siglo XVIII) entiende así el término: "¿Será más digno de tu gracia, Arnesto, un alfeñique perfumado y lindo, de noble traje y ruines pensamientos...?".

Se emplea en sentido figurado, teniendo presente el significado o acepción principal, que es el de "pasta de azúcar cocida y estirada en barras retorcidas". En cuanto a su etimología, procede del árabe *fanid* = dulce de azúcar, golosina que solía darse a los niños enclenques o enfermizos, de salud precaria según Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua* (1611), quien amparándose en Diego de Urrea asegura que "al que es muy delicado dezimos comúnmente ser hecho de alfeñique". Hoy apenas tiene uso, pero se sigue escuchando en ámbitos familiares, con ánimo más caritativo y compasivo que insultante.

Ambladora.

Ramera; mujer que mueve lúbricamente el cuerpo para llamar la atención de los hombres; mujer que contonea su cuerpo, haciendo al andar movimientos afectados con hombros y caderas. El verbo y sentido del que deriva el término lo ilustran en cierta *Canción a una mujer que traía grandes caderas*, Antón de Montoro, (mediados del siglo XV):

"Gentil dama singular, (...)
 mesuráos en vuestro amblar,
 que por mucho madrugar
 no amanece más aína.
 Las nalgas baxas, terreras,
 mecedlas por lindo modo,
 poco a poco, y no del todo
 el traer de las caderas;
 y al tiempo del desgranar

que el hombre se desatina,
 mesuráos en vuestro amblar
 que por mucho madrugar..."

El verbo en cuestión pasó a denotar el meneo peculiar que toma el cuerpo al hacer el amor, tornándose por ello en voz obscena, apartada del uso decente; y ambladora se convirtió en sinónimo de "jodedora", puta, mujer cualquiera.

Ambrosio (carabina de).

Individuo simple, un tanto bobalicón, que adoptando actitudes de fiereza se ve en seguida que no es capaz de llevar a cabo sus bravatas. Ser alguien o algo "la carabina de Ambrosio" es tanto como no servir para cosa alguna. Suele añadirse, para expresar el colmo de la inutilidad, la circunstancia o coletilla: "colgada de un clavo". La frase originó por cierto tonto eminente que cargaba la carabina con cañamones y sin pólvora, por lo que naturalmente, metido a atracador nadie se lo tomaba en serio. El personaje es histórico: un labriego sevillano de finales del siglo XVIII, a quien no yéndole bien las cosas en el campo quiso probar fortuna echándose al monte. Debido a su buen natural tuvo que dejar el bandidaje, y de vuelta a su pueblo la gente hizo chanza de él, y lo tomó a chirigota, naciendo el dicho. "Ser la carabina de Ambrosio" se empleó en el sentido de no servir algo o alguien para mucho. Ambrosio no era tonto, sino incapaz de hacer daño; se pasó siendo bueno, y eso casi siempre acarrea reputación de bobo; enseñaba los dientes, pero no mordía; amagaba, y no daba.

Amorfo.

Que no tiene forma reconocible; contrahecho o deforme. Es término muy ofensivo y humillante dirigido a mujeres, en cuyo caso connota carencia de cintura o cuello, cuerpo masivo y amazacotado, sin atractivo físico. Con el significado descrito es término de uso reciente, muy hiriente cuando dicho a chicas con propensión a la obesidad. Entre sus usos escritos recientes, reseñamos el siguiente chiste publicado de manera particular, y sin firma (Feria del Libro,1995):

A cierto marido aburrido y hastiado de su mujer, le dice ésta, queriendo iniciar un *mood* románticoide: "Paco, dime algo cariñoso, dime algo con amor...", y éste, que no sale de su asombro al ver a la foca de su parienta en plan tan cursi, le espeta lo siguiente: "¡Amooorfaaa...!".

Analfabestia.

Se dice de la persona sumamente tosca y embrutecida, que a su ignorancia de cosas elementales, como la lectura o la escritura, une espíritu cerril y zafio. Se usa con ánimo de insultar, siendo calificativo humillante y denigratorio, sobre todo dirigido al individuo cuyo aspecto y conducta parecen hacerle merecedor del improperio. Es voz de formación reciente, compuesta de "analfabeto: sujeto que desconoce el alfabeto", y "bestia"*.

Analfabeto.

Persona poco instruida, que ignora el alfabeto. Es de etimología latina, a través de las dos primeras letras del alfabeto griego "alfa, beta" + la partícula negativa *an-*. Es voz usada a principios del siglo XVII sin carga ofensiva, ya que el acceso a la lectura estaba a la sazón poco generalizado. Hoy es voz insultante, siendo su contenido semántico el de "sujeto ignorante y zafio, incapaz de entender las cosas, y carente de sensibilidad, delicadeza y finura". La proximidad entre los sonidos de las dos sílabas últimas y el vocablo "bestia" dio lugar al compuesto mostrenco "analfabestia"*.

Animal.

Como insulto suele acompañar a "burro", a modo de reforzamiento: "Burro animal", con lo que la ofensa multiplica sus posibilidades. Como en el caso de "bruto"* o "cafre"*, se apela a la irracionalidad de la conducta de aquél a quien se dirige. Son numerosos los refranes, frases hechas y proverbios donde la voz "animal" puede encontrarse formando parte de los mismos: "El mayor mal de los males es tratar con animales".

Por su parte escribe Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua*, (1611): "...Vulgarmente solemos decir animal al hombre de poco discurso". El calificativo afecta más a la conducta que al entendimiento. Un individuo merecedor de ser tildado así puede ser persona de largo discernimiento, y quedarse corto en una actividad concreta de la vida de relación, como el juego o el amor.

Animal de bellota.

Es forma atenuada de llamar a alguien "cerdo". Con el predicado "de bellota" se quita hierro o fiereza al cochino marrano merecedor del calificativo. Otros piensan que la voz "animal" sube de tono tornándose más ofensiva e hiriente, ya que entra en el terreno del "cerdo", cuyo mundo evoca. En este caso, a la persona sobre la que recae el insulto se le tilda de muy baja y ruín en su proceder. (Véase "cerdo").

Arpía.

Persona perversa y de genio endemoniado; fiera sucia y cruel. Es calificativo fuerte, dirigido exclusivamente a mujeres. Su uso en castellano data de principios del siglo XVI, desde entonces con significado casi idéntico al que hoy tiene. Diego de Funes, (siglo XVI) se refiere a ellas como "robadoras", causadoras de males con sus manejos e intrigas. Pedro Calderón de la Barca (mediados siglo XVII) las convierte en lo peor de su especie, lo peor que se puede ser en cada caso:

Si habla de flores, soy áspid;
 si de fieras, basilisco;
 si de aves, soy arpía;
 si de peces, cocodrilo.

A lo largo de los siglos XVIII y XIX equivalió a mujer de mala condición; en nuestro siglo es tanto como bruja e incluso demonio. No sorprende esta visión. Las arpías o harpías, eran monstruos fabulosos, hijos de Neptuno y la Tierra, sumamente voraces, con rostro de mujer, cuerpo de buitre, garras en pies y

manos, y para completar la imagen: unas grandes orejas de oso. En tiempos de Miguel de Cervantes eran tenidas por bestias aladas, rapaces e insaciables, símbolo de usurpadores y usureros, de quienes por malas artes aspiran a hacerse con las haciendas ajenas, o de aquellas mujeres que a cambio de sus favores arruinan y desbaratan las casas de los ricos de poco seso. También se dijo, y se dice, de las ramerías que despluman a quienes de ellas se encaprichan, sentido en el que emplea el término Cristóbal Suárez de Figueroa, en *El pasajero* (primer cuarto del siglo XVII): "...como corrupción de la República me apestaban el gusto estas inmundas harpías, estas infames tusonas..."

Arrabalero.

Persona que en su porte y lenguaje da muestras de ordinariéz y grosería. Se dice teniendo *in mente* la acepción principal del término: habitante de los arrabales de la ciudad, o suburbios, por entenderse equivocadamente antaño que en los barrios bajos la gente tenía menor delicadeza en el trato, e inferior calidad humana. Ya en tiempos de Cervantes, y antes en los del emperador Carlos V, se decía que quienes poblaban esa parte de la ciudad en los extramuros, eran "gente común y de bullicio, que por más libertad de su trato viven fuera...". Los arrabaleros, pues, tuvieron ya entonces fama de ruidosos, levantiscos y de conducta montaraz y desarreglada. Hoy es insulto liviano, mezcla de los contenidos semánticos de voces como "ordinario, tosco y desvergonzado". Se dice en particular de las mujeres, por suponer que conviene a ellas una mayor finura en el trato, llamando más la atención, en ellas la carencia o ausencia de modales. Suele abreviarse en "rabalero, -a", aféresis de "arrabalero", aunque no es lo más corriente.

Arrastracueros, o rastracueros.

Rico ostentoso; persona que hace alarde de riquezas, pasando por las narices de todos lo granado de su condición económica. Advenedizo a la riqueza, nuevo rico y *snob*. Sin embargo, el primer sentido del término fue todo lo contrario: persona mísera, que arrastraba su desnudez material y moral. (Véase rastracuero).

Arrastra(d)o.

Rastrero; sujeto vil y despreciable, capaz de vender su alma al diablo; individuo que ha perdido todo resto de dignidad, y carece de honra o estima social alguna. También se dice del pícaro, tunante o bribón; persona perversa e infame, capaz de toda villanía. Juan Valera usa así el término, en la segunda mitad del siglo XIX: "Mira, arrastrado; mira al teólogo ahora, y en vez de burlarte quédate patitieso de asombro".

As.

Sorprenderá al lector encontrar entre insultos, injurias e improprios un término como éste, hoy laudatorio y positivo, sinónimo de número uno, de campeón y de hombre triunfador y de éxito. Pero no siempre fue así. El término ha sufrido un desarrollo semántico opuesto al sentido que tuvo antaño. En los siglos de oro, tachar a alguien de "as" era tanto como llamarle asno. Covarrubias escribe en su *Tesoro de la Lengua* (1611): "Entre gente plebeya, cuando dicen: Sóis un as, se entiende estar la palabra truncada, decirle asno."

De hecho, ésa es la acepción más antigua de "as", y así se mantuvo hasta el primer cuarto de nuestro siglo. El término tiene, amén de lo expuesto, otro uso en los ámbitos de la prostitución: el as de bastos, otra forma de llamar al pene; y el as de oros, al trasero: "Que en teniendo yo estos naipes me sobra el resto de la baraja.. ", se lee al pie de un dibujo que muestra a un sodomita paciente siendo penetrado por un "dante" (sujeto que en el acto de la sodomía toma el papel activo), en un juego de cartas erótico.

Asno, asnejón.

Se dice de la persona ruda y de muy poco entendimiento; burro; animal; sujeto ignorante y primitivo. Es voz latina: *asinus* = asno, documentado ya hacia el año 1000. En cuanto a "asnejón", aumentativo despectivo muy usado en la Edad Media, es de creación paralela a "salvajón, alimañón, acemilón". Lucas Fernández (siglo XV), emplea así el término:

-¡Oh qué gentil badajada!
 (...) Pues, sabéys, don bobazo, bobarrón...
 -¡Oyste, asnejón! Pues
 peygayuos a mi ható.

El mundo antiguo lo relacionó con zafiedad, rusticidad y simpleza, en contextos despectivos en el ánimo del hablante, que tuvo de él una visión negativa por el tamaño de su órgano genital y apetito sexual desenfrenado. A esto se unió la costumbre egipcia de representar al hombre necio, de servil condición, con figura humana rematada en cabeza de asno. La rudeza de su trabajo, su supuesta obsesión lasciva lo asemejaron al campesino que nunca salió de su entorno y no aprendió gran cosa. El mundo romano creó el dicho *asinus fricat asinum*: "un asno frota a otro asno", para tildar de pedante, pretencioso o ignorante a quienes entre sí se dedican lindezas. A lo dicho se une su fama de terquedad. En el sentido de persona ruda y de poco entendimiento utiliza el término Sebastián de Horozco, (primera mitad del siglo XVI) en un *Entremés Que hizo el autor a ruego de una monja*:

Pregonero: Asnos ay que bestias son.
 Villano: Si, pardiós,
 de aquesos ay más de dos.

El mismo autor, en su *Teatro Universal de los Proverbios*, glosa así el dicho "Con aqueste asno viejo compraremos otro nuevo":

Cuando el viejo rico muere,
 que está con moza casado,
 esto es lo que ella requiere,
 pues con su hacienda adquiere
 otro mozo y estirado.
 Notorio es esto en concejo
 y a decirlo así me atrevo,
 que ella, viendo el aparejo,
 dice: Con este asno viejo
 compraremos otro nuevo.

Era insulto corriente en tiempos de Lope de Rueda, (primera mitad del siglo XVI) en cuyos pasos de *El Deleitoso*, un paje moteja así al simplón: "¡Mira el asno! Por decir la vendedera dijo la buñolera!"; años después, Juan de Timoneda, en su *Sobremesa y Alivio de caminantes*, cuenta lo siguiente:

Fue convidado un necio capitán (...) a comer; y después de comido alabóle el señor al capitán un pajecillo que traía, muy agudo y gran decidor de presto. Visto por el capitán, dijo: "¿Ve vuestra merced estos rapaces cuán agudos son en la mocedad?, pues sepa que, cuando grandes, no hay mayores asnos en el mundo". Respondió el pajecillo al capitán: "Más que agudo debía ser vuestra merced cuando muchacho".

Entrado el siglo XVII, Cervantes pone en boca de Sancho lo siguiente: "Digo que en todo tiene vuestra merced razón, respondió Sancho, y que soy un asno".

En el *Lazarillo de Manzanares*, (1620) J. Cortés de Tolosa, se muestra escueto, pero fulminante, en el uso del calificativo: "Erase un padre, y este padre tenía un hijo, y este hijo era médico, y este médico era un asno...".

Asqueroso.

Como voz ofensiva e insulto, se dice de la persona que por su aspecto físico o conducta moral causa repugnancia en quien la trata. Es término de procedencia latina: *eschara* = lleno de costras, y antes del griego *esjara*: pústula causada por quemadura. Covarrubias habla de otra voz también griega, *aisjos*= "sórdido, sordidez", y hace el siguiente comentario, en su Tesoro de la Lengua (1611): "Porque toda cosa suzia da horror y asco". El término es muy antiguo en castellano, y lo utilizó el anónimo autor medieval del *Libro de los Reyes de Oriente*, aunque no en sentido ofensivo, sino con el de persona que no siente fácilmente asco o repugnancia:

La Gloriosa diz: dármelo, varona,
yo lo banyaré, que non so ascorosa...

En los siglos de oro su uso es frecuente en ambos sentidos: individuo que da asco; pero también persona que fácilmente siente repugnancia por cualquier pequeña cosa. Andrés Bello, el polígrafo venezolano profesor de Simón Bolívar, (primera mitad del siglo XIX) usa así el término:

...De su seno
las apestadas naves vomitaron
asquerosos cadáveres cubiertos d
e contagiosa podre.

Hoy es insulto generalizado, que se aplica a la persona molesta, fastidiosa y pesada. No tiene uso ni contextos claros; el hablante escoge situación y caso en que debe aplicarlo, caprichosamente. También se dice exclamativamente: "¡Qué asco de tío!"; "¡Vaya tipo asqueroso!"; "¡Caray con el asqueroso de mierda!"..., y así *ad infinitum*.

Astroso.

Sujeto vil y despreciable, capaz de llevar a cabo bajezas y traiciones; también, persona desaseada, desastrada y sucia. En ambos sentidos empleó ya el término el autor del *Libro de Apolonio*, (siglo XIII):

Por amor el astroso de sallir de laçerio
 madurgó de manyana e fue poral çiminterio;
 aguzó su cochiello por fer mal ministerio,
 por matarla rezando los salmos del salterio.

Se dijo también del mezquino, desgraciado y miserable, sentido que da al vocablo Sem Tob de Carrión en sus *Proverbios Morales*, (mediados siglo XIV):

Quando las tus cobdiçias
 ganas por ser mintroso,
 por muy sabio te priçias,
 e tyenes por astroso
 al que non quier engaño...

En la acepción de persona desastrada, desaliñada, que descuida su aspecto importándole poco la imagen que proyecta, utiliza el término Cervantes: "Dice la historia que era grandísima la atención con que don Quijote escuchaba al astroso caballero de la Sierra...".

Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua* (1611), añade una tercera acepción, la de persona sin ventura:

...aquel en cuyo nacimiento concurrieron muchas estrellas en su favor para subir a gran estado, muere desdichado. Y desastrado, al que no tiene ningún astro que le favoreciese y vive toda su vida miserable, abatido, y sin que nadie en vida ni en muerte haga caso dél.

Es su acepción más antigua, uso que da a este vocablo Gonzalo de Berceo. De esa acepción tomó su significado el término "desastre": infelicidad, descalabro y desorden. San Isidoro de Sevilla, (libro X de sus *Etimologías*, siglo VII) dice que *astrosus* es aquel que ha nacido bajo una mala estrella: *malo sidere natus*.

B abieca, estar en Babia.

Algunos quieren que el origen de la expresión sea italiano, en cuya lengua el término expresivo *bobbia* tiene que ver con el hecho de comer la sopa boba, situación de marginación y desamparo. No parece que sea así, ya que fue insulto empleado por Gonzalo de Berceo (principios siglo XIII), en su *Vida de San Millán*, donde pone en boca del diablo las siguientes palabras:

Aun agora quieres fer otro poblamiento:
bien me ten por babieca si yo te lo consiento...

Babieca es quien habita en Babia, aunque Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua Castellana* (1611) escribe: "... al hombre desvaído, grande, flojo y necio suelen llamar babieca por el sonido, con la alusión a bobo".

"Estar en Babia": habitar esa región leonesa; sujeto que anda siempre embobado. José María Sbarbi, en su curioso *Florilegio de refranes*, (finales del siglo XIX) asegura que Babia es el país de los tontos, pero no afirma que se trate de la Babia leonesa. Y el erudito Manuel Milá y Fontanals escribe que los habitantes de Babia pasaban por ser gentes de cortos alcances, a quienes se atribuyeron costumbres ridículas, como la de secar velas al humo, pescar la luna reflejada en el agua, o segar el trigo con escalera. El hecho de ser región montuosa hacía pensar a los habitantes del llano que los de Babia segaban de tan estrambótica manera. De hecho, la noticia venía ya dada en una obra de teatro menor del siglo XVI, de Velázquez de Velasco, titulada *La Lena*, donde se lee al respecto de cierto individuo muy tonto: "Este es sin duda de aquellos que cuentan de la tierra de Babia, donde los trigos se siegan con escalera". Cree el citado José M^a Sbarbi que Babia puede ser una derivación de la voz "baba", y sería el país o conjunto de los tontos de baba. Esta visión nos lleva a otras disquisiciones históricas muy lejanas en el tiempo. La alusión a los bobos o tontos a quienes se les cae la baba es frecuente en la literatura medieval. En su *Libro de Buen Amor* (primer tercio del siglo XIV), Juan Ruiz utiliza voces como *vaboquia* = orgullo desmedido y altanero, propio de quien tiene escaso seso. También se puede leer en los *Milagros de Nuestra Señora*, de Gonzalo de Berceo (principios del XIII), o en el *Libro de Alexandre*, de finales del mismo siglo, donde la palabra *bavequia* alude a los bobos o tontos de baba.

Baboso, babosón.

Se dice del individuo pegajoso y pesado, que llega a ser sumamente molesto, al adherirse a la vida de uno como la lapa. También se aplica a quien es lujurioso y rastrero, en el sentido de que se le cae la baba, babea ostensiblemente ante el objeto de sus viles y bajos deseos. El baboso es individuo enamorado, que se presta a cualquier cosa con tal de realizar la desatinada pasión que, por sus limitaciones, no es previsible que consiga, ya que aquello a lo que aspira está mucho más allá de sus posibilidades reales. Manuel Bretón, autor dramático del pasado siglo, inscribe el término en el siguiente contexto:

Señora, me canso
de andar hecho un azacán
galanteando baboso
a mozuelas en agraz...

También se dice del adolescente que presume como persona adulta.

Badajo, badajuelo.

Sujeto tonto y necio; persona habladora, que dice cosas sin substancia. El término, de etimología latina aún sin concretar, empezó a utilizarse a principios del siglo XV; en el *Cancionero de Baena* lo emplea Alfonso Álvarez de Villasandino, entre cuyas poesías se incluye el sintagma "hablador necio" como definición de "badajuelo". De entonces es la costumbre de llamar "badajadas" a las necesidades. Bartolomé de Torres Naharro, en su *Comedia Himenea*, (1516) hace decir a Turpedio, criado del Marqués:

...porque ha diez horas, señor
que andamos por la ciudad
sonando como badajos,
y cogemos poco honor,
a decirte la verdad,
de aquestos vanos trabajos.

Interesante texto el de Juan Rufo, en *Las seiscientas apotegmas*, a finales del XVI:

Los otros (necios) son badajos: gobiernan, reprenden y pronostican; necios de metal resonante, que escriben y dan consejos, todos sin más razón que la confianza que les nace del no saber hoy más que ayer, infiriendo neciamente de aquí que han llegado al cabo de lo que hay que saber.

Era término muy del gusto popular en tiempos cervantinos, y la forma más común de llamar a alguien "tonto". Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua* (1611) escribe:

...al necio que sabe poco llaman badajo, porque es gordo de entendimiento, como el extremo del badajo de la campana, contrario del agudo; y por esta misma razón le llaman porro y majadero.

Badana.

Mujer haragana y cachonda, que no puede vivir sin compañía de hombre. Lope de Vega, en su *Entremés de la cárcel de Sevilla*, pone en boca de un marido moribundo el siguiente parlamento, dirigido a su mujer: "Badana, ¿aún no he salido de este mundo, y das la palabra a otro...?".

Puede ser uso figurado de la acepción principal del término: cuero curtido de oveja para forrar otros cueros. En este sentido último se contaminaría del semantismo negativo de pellejo*.

Badulaque.

Persona de poca entidad y substancia, de escaso fundamento, y razonamiento menguado; cantamañanas; zascandil. Leandro Fernández de Moratín emplea así el término, a finales del siglo XVIII:

De galas que no son tuyas
adornado se presenta
por el pueblo: ¡badulaque...!

Un siglo después, Bretón de los Herreros lo pone en boca de uno de los personajes de sus comedias: "Es que a mí no se me trata como a cualquier badulaque..: ". Pero el término, con ésta u otras acepciones, se venía empleando en castellano desde principios del siglo XVI.

Cómo se convirtió esta palabra en insulto, no está claro. El badulaque es afeitado que las mujeres usaron para el rostro con propósitos cosméticos. El segoviano Andrés Laguna, médico de cámara del emperador Carlos V, llamaba la atención sobre lo pernicioso de su uso. Acepción también antigua del término era el de "chanfaina", guisote hecho con bofes y pulmones bien picados, mezcla insípida y plebeya. Llamóse también así a la reunión de gente airada, hampona y de mala vida. Un entrecruzamiento de esta diversidad de acepciones, todas ellas peyorativas, originó tal vez un tercer significado para el término: "sujeto bullicioso e informal, que se mete en asuntos en los que nadie le ha llamado, comprometiéndose a realizar trabajos para los que no está capacitado". Hoy es voz empleada en Asturias, con el valor semántico de "hombre bajito y gordo, un tanto bobo", mientras que está en desuso en el resto de España, donde antaño tuvo empleo muy vivo. En la Argentina es sinónimo de "persona grosera y torpe"; en Chile, equivale a "bellaco", mientras que en el Ecuador cursa con "sujeto informal y tramposo".

Bajo.

Se dice, por derivación del sentido, de quien es vil, mezquino y miserable; sujeto que incurre en bajeza, ruindad o villanía; persona o cosa vulgar, ordinaria e innoble. Jorge Manrique, en las *Coplas por la muerte de su padre*, emplea así el término:

¡Unos por poco valer,
por cuán bajos e abatidos
que los tienen!
¡Otros que por no tener,
con oficios non debidos
se mantienen!

Juan Fernández de Heredia, mediado el siglo XIV, en una composición festiva dirigida *A un caballero deudo suyo porque estando con tres señoras le acaeció una desgracia*, explicita la naturaleza de aquella desgracia:

Nueva nos es llegada
de un pedo corrupto y bajo,
que el mesmo pedo la trajo
viniendo acá de pasada.

El escritor jesuita Pedro de Rivadeneira, del siglo XVI, emplea así el término: "Era (...) hombre de baja suerte y vil, hijo de un carnicero".

Bala.

Tarambana; persona alocada. Se dice de alguien que "es una bala perdida" cuando su grado de alocamiento no deja vislumbrar esperanza alguna de recuperación o mejoría en lo que a un comportamiento reglado se refiere. Lo mismo si se habla de "bala rasa".

Baladrón.

Fanfarrón y hablador, bocazas que siendo cobarde hace alarde de lo contrario; valentón de garlito y turgurio que presume de guapeza y bravura. Alonso de Ercilla, en su poema épico *La Araucana*, emplea el término con el significado descrito, en pleno siglo XVI:

Sus armas lo dirán, y no razones,
que son de jactanciosos baladrones.

En el XVII, Quevedo, que en su vida real había tenido que vérselas con más de un representante de esta especie, escribe en su *Cuento de cuentos*: "El menor era vivo como una ceniza y amigo de hacer tracamundanas, y baladrón".

Y en la primera mitad del XIX, el poeta neoclásico Manuel José Quintana, lo emplea así: "¿Que son sino unas sátiras picantes, la una de un baladrón andaluz, la otra más atrevida todavía...?".

En cuanto a la etimología, es latina, de la voz *balatro*. Se emplea como insulto e improprio desde el siglo XIII, en que aparece como apodo en ciertos documentos leoneses. Como individuo parlanchín, que se expresa con vana elocuencia, usa el término Nebrija, a principios del siglo XVI.

Baldragas.

Calzonazos; hombre flojo, que carece de energía para imponer su voluntad; sujeto a quien un apocamiento excesivo lleva a la abulia, y del que se abusa. Guarda relación semántica con la voz "baldraque" = cosa sin valor alguno, derivando tanto el uno como el otro término del antiguo juego de damas llamado "la bufa del baldrac", jugado por gente vulgar y de poco valer. En el habla alavesa y de Segorbe, según recogen F. Baráibar, en su *Vocabulario de palabras usadas en Álava* (1903), y C. Torres Forner, en sus *Voces aragonesas usadas en Segorbe* (1903), tiene también la acepción de gandul, sujeto de calzones anchos, puerco. El término, con valor insultante, se utilizaba ya en el siglo XVII, como documenta Pantaleón de Rivera, aunque no está claro que se predicara de personas. José María de Pereda utiliza el término en *Tipos y Paisajes*, en el siglo XIX, con el valor de calzonazos: "¡Baldragas! Pues si das por sentado que hemos de acabar por ahí, ¿para qué quieres el consejo...?".

Bandido.

Persona que en virtud de un bando especial era desterrada y, arrojada de su ciudad y país, condenada al ostracismo; bandolero. Por extensión, individuo que se echa al monte y anda fuera de poblado fugitivo de la Justicia, haciendo daño en los caminos y comarcas de su influencia. Pudo derivar de la voz italiana *bandire* = proscribir, de donde el verbo castellano "bandir" (principios del siglo XVI). La palabra "bandido" aparece hacia 1516, como forajido (de "fora exido", o "salido fuera del ejido), en documentos que tienen que ver con Italia, país con el que España tuvo estrecha relación de finales del siglo XV a finales del XVIII. Salas Barbadillo, en *La ingeniosa Elena, hija de la Celestina*, (1612) escribe: "Al salir sus criados de la raya de Italia les acometieron unos bandidos a despojarlos...".

Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua*, (1611) bajo la voz "vandolero" escribe:

El que ha salido a la montaña llevando en su compañía algunos de su vando. Estos suelen desamparar sus casas y lugares por vengarse de sus enemigos, los quales, siendo nobles, no matan a nadie de los que topan, aunque para sustentarse les quitan parte de lo que llevan. Otros vandoleros ay que son derechamente salteadores de caminos, y éstos no se contentan todas vezes con quitar a los passageros lo que llevan, sino maltratarlos y matarlos. Contra los unos y los otros ay en los reynos de Castilla y Aragón gran solicitud para prenderlos y castigarlos.

A mediados del siglo XIX, Quintana utiliza así el término: "Salieron por las serranías de Cuenca al campo de sus antiguas correrías, más con el aire de bandidos perseguidos, que con el de vencedores".

Y el poeta José Zorrilla le da una connotación especialmente dura:

Si todas vuestras victorias
son como ésta, vuestras glorias
son hazañas de bandidos.

Bardaje.

Homosexual aciente, o tomante en el acto sodomítico. Es voz de probable origen árabe, en cuya lengua *bardag* significa "esclavo", a su vez del persa *bardah*, con el mismo valor semántico. El término pudo llegar a España por influencia del turco; lo tardío de su aparición en nuestra lengua (primer cuarto siglo XVI) abona esa procedencia. Quevedo emplea la forma actual en *La Fortuna con Seso*: "Juno enviperida dixo: o yo, o este bardaxe, hemos de quedar en el Olimpo, o he de pedir divorcio ante Himeneo".

El Diccionario de Autoridades recoge también el término hacia 1725. Hoy es desusado, aunque las hablas marginales están recuperando su uso.

Barrabás.

Sujeto de ruín catadura y condición; persona enredadora y mala. Es nombre del malhechor judío, indultado para poder condenar en su lugar a Jesús, de nombre Bar Abbás. Como calificativo insultante se utiliza ya en el siglo XVII. Dos siglos después lo utiliza Bretón en sus comedias:

Don Miguel es el reverso

de la medalla: un perverso,
un bergante, un barrabás.

Barragana.

Concubina, mujer que vive amancebada, haciendo vida con un hombre que no es su esposo; querida, mantenida, querindonga. Es una de las voces castellanas más antiguas, de etimología incierta, documentada en el siglo XI, aunque no con el valor de mujer pública, ya que la barragana era fiel al hombre que la mantenía, como las "arrejunta(d)as" de nuestro tiempo (hoy llamadas *compañeras*). Diego Sánchez de Badajoz, en alguna de sus farsas (principios del siglo XVI), utiliza así el término:

Si la quieres por esposa,
o por amiga galana,
o si no, por barragana:
que ella hará toda cosa.

Barriobajero.

Habitante de los barrios bajos o arrabales, extramuros de la ciudad, voz de etimología árabe, del término *barri* = exterior, propio de las afueras. Generalmente estas barriadas, de menestrales primero y de proletarios después, se ubicaban en la parte baja, de ahí que surgieran ciertas connotaciones sociales, por pertenecer sus moradores a las capas humildes. Esta condición convirtió el calificativo en voz ofensiva e hiriente, por ser gente bulliciosa y dada a la alegría que sirve el vino. En el siglo XIX se los llamó "gente de barrio" un tanto despectivamente, de donde el dicho "andar de trapillo, o andar de barrio" para designar a quien iba mal vestido, andrajoso y pobre. (Véase "arrabalero, rabalero").

Basilisco.

Persona colérica y airada. Se dijo principalmente en término de comparación con el animal fabuloso al que se atribuyó antaño la facultad de matar con sólo la mirada, creencia de la que se hace eco el autor de las *Coplas de Román contra el Ropero*, en el siglo XV, recogidas por el recopilador del *Cancionero de obras de burlas provocantes a risa*:

Antón, parias sin arrisco
os cumple que me las déis,
porque estoy tan basilisco
que de verme moriréis.

Luis de Góngora, en un soneto que dedica a la brevedad de la rosa, dice así:

Miróla, en fin, ardiente basilisco,
y ofendido de tanta competencia,
fulminando veneno la marchita.

Tirso de Molina, y también los comediógrafos del siglo pasado, emplean el término, que ha llegado a nosotros como sinónimo de individuo que tras haber montado en cólera muestra su enojo y enfado sumos, situación que ha dado lugar a la frase "estar alguien hecho un basilisco".

Bastardo.

Hijo ilegítimo. Persona o cosa que degenera de su origen o naturaleza; borde. También se dice del individuo ruín y villano. Es voz de etimología francesa y origen incierto, que comenzó a utilizarse en castellano en tiempos de Pedro I, mediado el siglo XIV, apareciendo como aposición a nombre propio en la *Crónica de Pedro el Cruel*, para referirse al hijo bastardo de Alfonso XI: Enrique (II) el de las Mercedes. Los hijos ilegítimos de noble cuna eran bastardos..., los de baja cuna: hi(jos)deputas.

Basto.

Grosero, tosco, falto de refinamiento y pulimento; persona rústica y poco dada al trato cortés y educado; también se utiliza en lugar de cursi. Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua* (1611) dice al respecto del término:

Por alusión dezimos del que se ha criado en el aldea, y viene a tratar con la gente de ciudad o corte, que está por desbastar, en tanto que no pierde su grossería y rusticidad; y assí, hombre basto, hombre grossero, puede venir del nombre griego bastax, el ganapán...

La etimología, sin embargo, no es griega, sino latina. Hoy se aplica tanto a cosas como a personas, aunque como término de comparación: "ser alguien o algo, más basto que..."; hemos tenido ocasión de escuchar, en ambientes nocturnos, entre gente un tanto embrutecida y arrufianada, la siguiente frase: "Eres más basto que un condón de esparto".

Batueco.

Estar en las Batuecas es tanto como vivir en la ignorancia y simpleza más absoluta, tanto que batueco es sinónimo de bobo. Como en el caso de Babia, también las Batuecas son comarca existente en el viejo reino de León. Se trata de un valle entre Salamanca y Ciudad Rodrigo. A sus habitantes se les llamó antaño despectivamente "los beocios de España", voz que equivale a tonto e ignaro. Sobre su atraso corrieron en siglos pasados historias y leyendas. Como a los naturales de las Hurdes, se les suponía cavernícolas, que andaban desnudos. Juan Eugenio Hartzenbusch (mediados siglo XIX), llegó a escribir una comedia de magia titulada *Las Batuecas*, donde difundía la especie del atraso, incultura y miseria en que vivían aquellos "rústicos batuecos". Se exageraron las cosas. Ni la región fue descubierta en tiempos de los Reyes Católicos, ni estaba habitada por aborígenes salvajes como los hotentotes. Sin embargo, la huella de estos infundios, con algún asomo de verosimilitud, quedó en el lenguaje, consagrándose la voz "batueco" como sucedáneo lingüístico de imbécil.

Bausán.

Vale tanto como bobo al que se le cae la baba. Se utilizaba a finales del siglo XV en castellano, en forma masculina; en su forma femenina empleó el término Juan Ruiz, en su *Libro de Buen Amor*, (siglo XIV). Es sinónimo de estúpido y de sujeto de tardo entendimiento. El origen de la voz, según Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua Castellana* (1611) está en el uso que antaño se hizo de hombres de paja simulando soldados armados, que se colocaban entre las almenas de algún castillo o fortaleza para hacer creer al enemigo que la plaza estaba defendida y dotada de guarnición suficiente para su defensa. Y tal como bausanes se comportan los bobos, que quedan quietos mirando alguna cosa que les llama la atención, mientras les corre la baba de la boca al suelo. La palabra se siente hoy como arcaica; la utiliza así, a mediados del XIX el logroñés, Bretón de los Herreros:

Vi aquella cara hechicera
que me tiene hecho un bausán.

Y todos entendían que el rostro de la hermosa mujer lo tenía a él embobado.

Bellaco.

Pícaro y marrullero, astuto y sagaz, desagradecido y traidor, que todo lo pone al servicio de su ruín condición con tal de medrar.

Cervantes utiliza así el término, a principios del siglo XVII:

¡Oh hi de puta bellaco, y cómo sóis desagradecido, que os véis levantado del polvo de la tierra a ser señor de título, y correspondéis a tan buena obra con decir mal de quien os la hizo!

Aunque de origen incierto, el término podría provenir por metátesis del catalán antiguo *bacallar* = hombre de mala vida, término a su vez procedente del celta *¿bacalacos?* = palurdo. En castellano lo utilizó el Arcipreste de Hita, en su *Libro de Buen Amor* (siglo XIV):

Preguntaron al bellaco cuál fuera el su antojo;
diz: "Díxom que con su dedo que me quebrantaría el ojo;
d'esto ove grande pesar, e tomé grande enojo,
e respondíle con saña, con ira e con cardojo.

Etimología pintoresca es la apuntada por Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua* (1611), quien ve en este vocablo un derivado del término *belialhal*, de donde se diría "beliaco", y luego vellaco o bellaco. De hecho, la voz hebrea citada significa "cosa inútil y sin valor", siendo asimismo antonomástico del rey del infierno, adorado en Sodoma como dios de los degenerados: Belial, enemigo de Dios, a quien traicionó. Como él, también el bellaco es desagradecido, ruín y traidor. En el paso sexto del *Deleitoso*, de Lope de Rueda, (siglo XVI) el ladrón Samadel dice a Cebadón: "Tomá, bobo, y decilde a vuestro amo que digo yo que es un grandísimo bellaco".

Casi coetáneamente, Sebastián de Horozco, en su *Representación de la parábola de San Mateo*, escribe:

Dí, vellaco, ¿no comieste
al yantar
hasta querer rebentar?

Y en parecido contexto negativo emplea unas décadas antes el término el autor de *Flores y Blancaflor*: "¡Bellaca, sucia! ¿Quieresme dar enojo (...)? ¿Quieres renovar mis males?".

El término se ha utilizado siempre con el mismo valor semántico, siendo insulto grave cuando se dirigía a persona de condición y respeto, y no entre rufianes o criados, en cuyo caso no valía más de lo que vale hoy llamarse, entre colegas o compinches, tío, compañero e incluso cacho cabrón. Por lo general acompaña como refuerzo mutuo al término "hideputa". Agustín de Rojas, en su *Viaje entretenido*, (primer tercio siglo XVII) escribe:

¡ Hideputa bellacona!
¡ Cómo tendrá buen jarrete,
y sabría amartelar
los hombres con desdenes!

En cuanto a la etimología, lo expuesto por Covarrubias es seguramente descabellado. También lo es la etimología que dan algunos diccionarios: del latín *bellax* = pendenciero; o del también término latino *pellax* = pérfido, embaucador falaz.

Beocio.

Ignorante, tonto; sujeto de pocas luces que a su condición de estúpido une a menudo la de atrevido y osado. Natural de Beocia y perteneciente a esa región de la Grecia antigua. La fama se la dio el clima hostil de esta región griega, fría, húmeda en exceso, recorrida por las nieblas que saturaban la atmósfera, todo lo cual, según los antiguos, explicaba la escasa cultura y cortos alcances de sus naturales. Sin embargo, allí nacieron historiadores como Hesiodo, y poetas como Píndaro, generales como Epaminondas, y sabios como Plutarco. En Beocia se encontraban las ciudades de Tebas, Platea, Tanagra, Aulis, de merecida fama y prestigio en la historia clásica. A ello se superponía el hecho probable de que el nombre de Beocia derive de una voz griega, *bous* = "buey", por abundar la región en ellos, lo que puede tener algo que ver con la equiparación del beocio con el bobo, aunque hay que reconocer que este macho vacuno castrado era tenido por bestia sagrada en Beocia, a imitación de Egipto. Pero hay más que añadir: a la conversión en insulto de este término de clásica extracción pudo haber contribuido su contaminación, por entrecruzamiento, con la voz "beodo" = borracho, bebido, del latín *bibitus*, empleado en la forma popular "bebocio", con caída posterior de la bilabial sonora "b" intervocálica. El término en cuestión, que no registran los diccionarios oficiales, ni los etimológicos, se emplea, en niveles muy populares, en la zona del sureste peninsular.

Bergante.

Pícaro, sinvergüenza. Es término muy usado en los siglos XVI y XVII en ambientes del hampa, y es jerga de pícaros y truhanes. Quevedo lo emplea en el siguiente contexto: "(Se) vuelve (hacia) la señora, y la dice que ya queda castigado y malherido aquel bergante".

Corominas ve el vehículo de entrada al castellano de esta palabra en la voz catalana *bergant* = cuadrillero, obrero que labora en cuadrilla. Parece que el término procede de la lengua de Oc, donde *bregan* significó "soldado de fortuna, o mercenario". En cuanto al significado, el castellano "bergante" se aviene con el término italiano *brigante*, hombre de mundo que está acostumbrado a ir con gente alegre y de pocos escrúpulos. Hoy, el *bririamente* la voz gótica de la que parecen derivar todos los términos hasta aquí mencionados: *brikan*. En ese sentido usa el calificativo Bretón, a mediados del siglo pasado.

Berzas, berzotas.

Especie de col grande, del término latino *viridia* = verdura. Como sinónimo de persona ignorante o necia, pudo haberse dicho por el refrán que Covarrubias atribuye al Comendador Griego: "Vos a las berzas, y yo a la carne". El berzas consiente en tomar la peor parte, dejando a otro la del león. También pudo haber originado por la fama de gente ruín y de zafio comportamiento que tuvieron las berceras, compitiendo de forma airada y poniéndose de chupa de dómine en los mercados. El término forma parte de expresiones y frases hechas en las que suele pecarse de tonto: "mezclar berzas con capachos", que es traer a cuento cosas inconexas, haciéndose un lío y formando un batiburrillo. El dicho surgió en Cáceres, al haber sido preguntado cierto hortelano por sus berzas, y haber respondido aquél: "Mi padre tiene un garbanzal", contestación fuera de propósito, propia del simple. "Cuando no es por berzas, es por hilo negro"; expresión con que se da a entender la insistencia machacona del tonto, que siempre pregunta cosas fuera de lugar.

Bestia.

Persona en extremo ruda, y muy ignorante. También se dice del sujeto ruín, de malas intenciones, avieso y taimado. En este sentido, referido al diablo, emplea el término (principios siglo XIII) Gonzalo de Berceo en su *Vida de San Millán*:

Luego que esto disso la bestia enconada,
quiso en el sancto omne meter mano irada,
abrazarse con elli, pararli zancaiada,
mas non le valió todo una nuez foradada.

Sebastián de Horozco, (primera mitad sigloXVI) en sus *Representaciones*, llama "bestia porfiada" al cabezota y peleón que defiende de manera enconada y fuera de razón su punto de vista; y L. Gracián Dantisco (1582) en el *Galateo Español*, censura la conducta de quienes maltratan al servicio con el achaque de "bellaco, bestia, no se yo cómo no te rompa la cabeza...", y otras frases insultantes. En su *Tesoro de la Lengua* (1611) Covarrubias dice: "Bestia llamamos al hombre que sabe poco, y tiene pensamientos baxos, semejante en su modo de vivir a los brutos".

Luis de Góngora, en un soneto que refleja la Villa y Corte, (1588) utiliza el término en su sentido literal y figurado, ambos en el mismo verso:

...damas de haz y envés, viudas sin tocas,
carrozas de ocho bestias, y aun son pocas
con las que tiran y que son tirados.

A finales del siglo XVIII el término gozaba de excelente salud, y se veía bestias por doquier, seguramente porque la época daba de sí para ello. Y más cerca de nuestro tiempo, (finales siglo XIX), Eugenio de Ochoa escribe: "No le parece desgracia que un bestia se esté media hora apaleando a una pobre mujer cargada con un chiquillo y la deje medio muerta".

Desde los orígenes del idioma hasta nuestros días ha tenido el término carga semántica negativa, siendo afrenta que dirigida a persona principal exigía reparación.

Besugo.

Imbécil. No recoge el diccionario oficial este valor semántico, sin embargo es de uso muy extendido en la calle, y generalizado en los ámbitos familiares. Pudo decirse de la vieja costumbre de mirar el ojo del besugo en la pescadería para comprobar su grado de frescura, o si acaso estaba pasado. Lo más probable es que provenga de la locución proverbial: "Ya te veo, besugo, que tienes el ojo claro". Con lo que damos a entender que sabemos lo que se propone fulano, por dónde van los tiros de mengano, o de qué pie cojea zutano. Vemos venir al besugo; sabemos de qué va el imbécil de turno.

Bibí.

Organo masculino: sonorización ñoña del término "pipí", pene del niño.

Solomón Saporta, comentaba el término, que él recoge en su *Refranero sefardi* en la siguiente frase a modo de consejo arrefranado: "El ojo no es pipí", refiriéndose a los mirones que gozan espiando situaciones o cosas relacionadas con el sexo. De ahí pasó a significar "mirón, persona sorprendida espiando a quienes disfrutaban del sexo". En Israel puede escucharse de hablantes de judeo-español, o ladino, la siguiente frase: "Fulanito, siempre con el bibí en el babí". Su origen era que la persona en cuestión, un adolescente, andaba siempre jugando a médicos con las hijas de las vecinas, y que el "babi" era precisamente el órgano femenino, el babil. El término se dice con ánimo de insulto leve en el ámbito de la amistad y la familia. También se emplea con el sentido de persona que enseguida se inflama o calienta sexualmente, cachondo.

Birria.

Persona o cosa ridícula; sujeto informal que falta a la palabra e incumple sus compromisos, sin importarle la propia reputación. Sentido próximo, el de "mamarracho", tiene el "birria" cántabro y leonés, de cuya lengua parece que derivó, siendo la acepción más cercana a la realidad de su significado actual. En su empleo más despectivo y popular se llama así a quien es despreciable más física que moralmente; mierdecilla; donnadie; sujeto de ninguna relevancia social; mindundi.

Bobales.

Tontorrón; sujeto necio y bobo, que no tiene malicia, y a quien se engaña con gran facilidad por su ductilidad e inocencia rayana en la imbecilidad. Como el resto de sus hermanos, bobalías, bobalicón,

bobarrón, bobote y bobatel, el bobales es un bobo al que caracteriza su aire ingenuo y su incapacidad para reconocer el peligro; es un tonto osado e inconsciente, incapaz de prever engaños, por lo que cae fácilmente en todo tipo de timos, fraudes y estafas. Cervantes emplea el término en algún entremés suyo:

Por vida de los huesos de mi abuela,
doña María-bobales, monda-níspolas,
que no la estimo en un felús morisco.

Bobalías, bobarrón, bobote.

Diversa variedad de tontorrones de muy distinta gradación y peligro. El más inconsciente de ellos es el "bobalías", que al hecho de ser tonto une la condición de vivo y bullicioso. Por lo demás, son formas derivadas de manera caprichosa, que despectivamente cargan las tintas sobre la condición de quien recibe el calificativo. Un bobalías es un bobo pasado, un bobo integral. Y en cuanto al bobarrón, es término del gusto del autor de *La Picara Justina* (1605), para describir la índole y naturaleza del inocente patológico, con su pizquita de mala leche.

Bobalicón.

Aumentativo de bobo. Se dijo de la persona cándida, necia e inocente, que sostiene opiniones e ideas a todas luces erradas, llevado a menudo de su buena fe. Es más tonto que el simple bobo, ya que el aumentativo agrava la condición, convirtiendo al sujeto del insulto en un babioca superlativo o simplón de envergadura. Es término en uso desde mediados del siglo XVII, en que Luis de Góngora lo emplea así:

Que piense el bobalicón
que no hay quien su dama toque...

Alterna con "bobarrón" en las novelas picarescas tardías, y es término corriente en la literatura del siglo XVIII. En el XIX, Mariano José de Larra lo incluye en el siguiente contexto: " Sálgome de casa con mi cara infantil y bobalicona a buscar al público por esas calles".

Bobatel.

Modalidad de bobo sólo aplicable al hombre. La frase hecha "al bobatel, cámbiale el papel", significa que estos bobos cuanto dicen o saben lo es de memoria y por lectura, pero que no han llegado a entenderlo, ni han calado en ello, por lo que en cuanto le cambian de asunto se ven perdidos, y muestran su propio saber, que es nulo. He visto el término aplicado a periodistas, especialmente radiofónicos, capaces de hablar durante una hora sin decir cosa alguna que merezca la pena escucharse: "Fulano es un bobatel y un vendedor de peines, que en dos horas de programa no dijo nada nuevo, salvo la hora".

Bobo.

Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua* (1611), dice del bobo: "es el hombre tardo, estúpido, de poco discurso, semejante al buey, de donde trae su etimología, porque de *bos*, *bobis* se dijo bobo". Etimología errada que corrige Corominas en su *Diccionario Crítico*: "Bobo, del latín *balbus*, tartamudo". La palabra empezó a emplearse en castellano hacia finales del siglo XV. Juan del Encina, en su *Cancionero*, anima así a un pastor simplón:

Corre, corre, corre, bovo,
no te des tanto descanso.
Mira, mira por el manso,
no te lo lleven de robo.
Guarda, guarda, guarda el lobo...

Gonzalo Fernández de Oviedo, en el *Sumario de la Natural Historia de las Indias*, (primer cuarto del siglo XVI) escribe:

Hay unas aves que llaman pájaros bobos (...) y tienen los pies como los anadones, y pónanse en el agua alguna vez, y cuando las naves van a la vela cerca de las islas (...) se vienen a ellas (...) y se sientan en las antenas y árboles o gavias de la nao, y son tan bobos y esperan tanto que fácilmente las toman (...) y de esta causa los navegantes las llaman pájaros bobos...

Sebastián de Horozco, (primera mitad siglo XVI), introduce variantes despectivas, aumentativas, comparativas en su *Historia de Ruth*, donde ésta increpa así a su criado: "¡Ah, bobazo! Ya, despierta...". Y Nohemí, personaje de la misma representación, añade: "¡Acaba ya, bobarrón, anda, ve...!".

Quevedo trata al bobo de persona sin entendimiento:

Eso de casamientos, a los bobos (
...) y a los que en ti no están escarmentados;
simples corderos que degüellan lobos.

Agustín Moreto afirma: "nadie se sabe librar de un bobo, sino otro bobo", dando a entender que no hay modo de razonar con ellos; y Calderón de la Barca escandalizándose, exclama:

¡Que haya en esta vida bobos
que mueran por dejar fama
a sus nietos y a sus choznos...!

Era un tipo popular que andaba en refranes y letrillas, en romances de ciego y en coplas como ésta:

Juan se llama mi amante,
nombre de bobo;
Yo me llamo María:
lo tapo todo.

Estaba en el mundo para que de él se hiciese burla, especie de aliviadero para desalmados que en él descargaban sus iras o ensayaban sus gracias. Ver un bobo y despertársele a uno las ganas de zaherirle, todo era una. Juan de Zabaleta, en *El fin de fiesta por la tarde*, (mediados siglo XVII) escribe:

Y luego don Zutano (...) añadió muy ponderado que los bobos son como el marisco, que crecen y menguan con las lunas, que con las dichas se hinchan, y con la desdicha se embeben....

Desde tiempos antiguos se sabe que al bobo le cae la baba impidiéndole hablar con soltura; aludiendo a esa circunstancia los griegos emplearon el verbo bobazo = hablar de manera inarticulada, de donde derivó la voz *bobaktes* = loco. Tal vez debamos ver ahí el antecedente etimológico del término, no siendo necesario recurrir a una formación onomatopéyica (sonido que hace la lengua al sorber la sopa), como cree Corominas. En cuanto a la expresión "de bobilis bobilis", no deriva del ablativo latino "vobis", sino de una latinización de "bobo", con el significado de "obtener algo gratis y sin esfuerzo", y también el de "grangearse alguien alguna cosa a lo bobo, haciéndose el loco".

1. Bobo de Coria.

El de Coria es un bobo con historia. No lejos de Montánchez, en Garrovillas, el maestre de Alcántara y su hermano el conde de Coria, en el siglo XV, fueron vencidos por el claverero de la Orden, que tomó la ciudad. Como consecuencia de aquellas banderías, dice la Crónica de la Orden de Santiago, Coria pasó a manos del entonces conde de Alba, en pago de servicios al Maestre. Cuando el de Alba, poseedor de tan exiguo y pobre condado como era el suyo de Alba de Tormes entró en posesión de las ricas tierras de la vega del Alagón, quedó *mente captus et balbus* (dice cierta carta latina), arrobado, como bobo, tartamudo. Según esto, el primer tonto de Coria fue el conde de Alba (todavía no había accedido al ducado esta familia de principios del XV). Por piruetas de la Historia el título de "bobo de Coria" pasó a uno de los bufones de aquel señor Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua* (1611), asegura ser el dicho popular en su tiempo, y aunque dice desconocer su origen, escribe: "(...) me persuado de que debía ser un discreto encubierto, porque se acomoda a los que debajo de simplicidad y llaneza tratan de su provecho".

El Maestro Gonzalo de Correas, en su *Vocabulario de Refranes*, cita así al personaje, tenido entonces por legendario: "El bobo de Coria, que burló -violó- a su madre y a sus hermanas, y preguntaba si era pecado".

En otro lugar de la obra se refiere a él diciendo ser llamado bobo "...por bellaco". En cuanto al bobo de Coria, el enano bizco que pintó Velázquez, había nacido en aquella ciudad, de donde el duque de Alba lo llevó a Madrid, y lo mostró en la Corte. El sujeto en cuestión nada tenía de bobo, sino al contrario: todos se prendaban de su ingenio, discreción y gracia, tanto que el rey insistió en hacerlo su bufón. Ante este hecho, es evidente que el bufón real no era tonto, aunque sí de Coria. El tonto verdadero, según los caurienses, nació en otra Coria, la del Río, en la provincia de Sevilla, ya que su bufón era hombre astuto, desenfadado y procaz, de sabiduría y talento naturales tales que todos quedaban boquiabiertos, o embobados, ante sus salidas. Además, mal podía ser, el del cuadro velazqueño, el "bobo de Coria", toda vez que del personaje ya se hablaba un par de siglos antes. (Véase también la voz "enano, bufón").

2. Bobos de Anchuelo.

Se dice de quienes llevados de su vanidad y torpeza descubren el Mediterráneo; también se predica del sujeto que pretende guardar un asunto en secreto sin poner los medios a tal fin, sino al contrario, siendo indiscreto. Los de Anchuelo pertenecen a una rama simpática de la extensa familia de los bobos. Como el lector sabe, bobos los hubo y los hay en todas las latitudes y pueblos. Unos resultan agradables y otros odiosos, porque las limitaciones del conocimiento no impiden al hombre ser malo. De ahí que el dicho popular "tener mala baba" se haya interpretado por algunos como "tener una forma desabrida de ser bobo". Volviendo a los de Anchuelo, y a la explicación de la naturaleza de su bobería. Anchuelo es pueblo de la provincia de Madrid, en el partido judicial de Alcalá de Henares, ubicado en un valle entre dos cerros. De una a la otra colina se declaraban sus amores un cabrero y una pastora, y a gritos se decían que era conveniente guardar tales amores en secreto. Este rasgo de bobería candorosa convirtió a los protagonistas en "los tontos del secreto a voces", o los "bobos de Anchuelo".

Bocaza, -s.

Félix Lope de Vega hace esta descripción del bocazas de su tiempo:

Cuando las orejas son
dos linos, y la bocaza
parece en abierta plaza
catadura de melón.

Pero la acepción de "persona que habla imprudentemente" que tiene este término todavía no existía. En tiempos del gran dramaturgo madrileño, principios del siglo XVII, se decía "boquirroto". El uso de "bocazas" en plural es más utilizado que el singular, tal vez porque el hablante tiene *in mente* voces como "gilipollas, gilipuertas, boceras o voceras, tocineras, guarreras...". Es insulto hoy muy frecuente, dicho con ánimo más despectivo que ofensivo. El bocazas tiene mucho del fanfarrón, del bravucón, del matón y perdonavidas. Su reducto o ámbito natural es la taberna, la plaza o la tertulia radiofónica, donde habla sin ton ni son importándole poco si domina la materia. Campa a su antojo, afirma y niega, pontifica y sienta cátedra tanto sobre cuestiones de alta física como acerca de la mejor forma de guisar un plato. Es absorbente y totalitario, y su lengua no conoce límite ni fronteras a la hora de condenar o adular, de aprobar o fustigar. Está emparentado con el boquirroto, el boquirrubio, el boquiancha, el boquiblando y el boquimuelle, y se supera a sí mismo si percibe que le escuchan o hacen caso. Asimismo está dispuesto a descargar toda su furia sobre quien ose contradecirlo, o ponga en duda sus peroratas. Ejemplo dieciochesco de estos individuos es el personaje de El médico a palos en la siguiente escena:

- Como íbamos diciendo, el corazón está a la derecha y el hígado a la izquierda...
- Perdón, Don José, creo que está Vd. en un error...
- ¿Cómo...? (...) Eso era antes, porque ahora, los hombres de ciencia ya lo hemos arreglado. *Templum, templi, rosa rosae...* ¡Ah, por cierto: ¿Sabe Vd. latín...?
- No, no señor...
- ¿Y osa contradecirme? Vd. está dispensado de tener sentido común".

El bocazas dice una cosa por otra sin importarle. Es individuo en alza, y como el bocón, entrevera su discurso de amenazas y bravatas.

Boceras.

Es un bocazas rebajado, con menos virulencia, menos ególatra y desbocado. También se dijo "voceras", voz popular para referirse antaño al "vocero" o abogado de pleitos pobres. El DRAE recoge así el término: "Bocaza, hablador. Persona despreciable". Es decir: una especie de donnadie con ganas de largar, lo que se ajusta al carácter de este personajillo tan presente en la vida social, sobre todo en medios urbanos.

Bocón.

Hablador impenitente e incorregible; persona murmuradora y maldiciente, que echa bravatas, y puede llegar a retar a quien lo contradice. Está emparentado con bocazas y boceras, boquirrotos y boquirrubios.

Bodoque.

Individuo de pocos alcances y aspecto rústico. Se utiliza en sentido figurado, teniendo *in mente* su acepción principal: "bola de barro endurecida que se empleó antaño para tirar con la ballesta". El término aparece documentado en un libro de *Cetrería* del siglo XV, y aunque es de procedencia árabe, de la voz *bunduq*, el vocablo es de estirpe griega, en cuya lengua la nuez *pontikón* remite al Ponto o Mar Negro, por ser oriunda de allí. El bodoque o bola de barro endurecida, se parece a esa nuez en tamaño, color y aspecto semejante a una cabecita parda. Como la persona de poco entendimiento es dura de mollera como el bodoque, la cabeza del necio se asemeja a la nuez o avellana en dureza y tamaño, empleándose el término en sentido figurado. Por asociaciones de esa naturaleza pudo llamarse al simple de corto alcance, bodoque. Era término en uso todavía a finales del siglo pasado. Bretón de los Herreros lo emplea en obras como *El pelo de la dehesa*, donde un personaje exclama, dirigiéndose al simple: "¡Miren al bruto...! ¡El bodoque!". Y todos ríen, incluido el aludido, que es de alma rústica y poco complicada.

Bolero.

Originariamente, muchacho que hace muchos novillos, rabona, o bolas, y para justificarse inventa excusas a menudo inverosímiles. Mentiroso y trolero empedernido a quien se le ve venir.

Bollera.

Tortillera; lesbiana. Derivado de "bollo" = vagina, o cópula entre dos mujeres, en el argot marginal.

Bolo.

Herederero del tonto bolonio, y criatura hecha a su imagen y semejanza. Forma abreviada del estudiante becado que iba a la ciudad italiana de Bolonia. Bolo o tonto local toledano; después de todo, el

cardenal Gil de Albornoz era arzobispo de la sede primada. Hasta el siglo pasado fue voz ofensiva, utilizada como sinónimo de persona ignorante y de cortas luces; Ramón de Mesonero Romanos lo emplea así, mediado el siglo XIX: "Para mi santiguada que es un necio, o yo soy un bolo.. ". En cuanto al origen del calificativo, hay quien quiere que derive nada menos que del siglo VI, en que el rey visigodo Recaredo abjuró en el III Concilio de Toledo del arrianismo; reunida la Corte ante San Leandro, rey y nobleza, ante la pregunta ritual de si querian abrazar el catolicismo respondieron en latín: *Ego volo* = yo quiero. Uno a uno repitieron la frase, de donde se dijo, a los que habían renunciado a la creencia herética que eran "volo". Es voz todavía en uso, aunque utilizada en tono y contexto de amistad y alegría, descargada ya de connotaciones semánticas hirientes o negativas. Su habitat natural se correspondería hoy con los becados a los cursos de las universidades de verano, donde acude el bolonio/bolo de nuestro tiempo más por lo habitual de su rostro en los medios de comunicación, y su protagonismo político, que por lo granado de su ciencia e ingenio.

Boquerón.

Persona sin importancia alguna; donnadie. En caló, *boquí*, *boqué* significan "hambre", y la desinencia final *-ron*, seria un aumentativo con finalidad despectiva. Así, llamaríamos boquerón a la persona hambrienta que no tiene recursos para salir de su condición. Es término acuñado teniendo además *in mente* la expresión "el pez grande se come al chico", y el boquerón es uno de los más pequeños. Hay entrecruzamientos con otras expresiones igualmente modernas, como "estar boqueras, o boquerón", que es tanto como estar a verlas venir, pasando necesidad; no tener un duro. Quien es objeto de semejante situación de penuria puede haber sido llamado, por ello, de tan pintoresca y gráfica manera.

Boquimuelle, boquiblando.

Se aplica a la persona que es fácil de manejar y engañar. Estebanillo González, bufón de mediados del XVII, en su novela *Vida y hechos de Estebanillo González*, hombre de buen humor, utiliza el término en el siguiente contexto, en el que confiesa para qué se le quería: "Para que sirviese de mozo de ciego, (...) adestrar boquimuelles y encaminarle (hacia él) contribuyentes".

Es decir: para buscarle incautos a los que su amo poder limpiar fácilmente; querian utilizar a Estebanillo como especie de gancho para engañar bobos y atraer incautos. Eso es lo que caracteriza al boquimuelle: ser presa fácil para listos y truhanes que los despluman en un periquete. En cuanto a boquiblando, es lo mismo que boquimuelle: muelle y blando son sinónimos.

Boquirroto.

Es una variante del "bocazas". El boquirroto larga, en el sentido popular que tiene el término, sin freno ni mesura, y sin pararse a pensar en las consecuencias de su facilidad de lengua. Tiene flojo el muelle de este órgano, tanto que se le escapan las palabras sin sentir, y en un santiamén es capaz de destruir honras y deshacer reputaciones. Es palabra compuesta, usada ya a finales del siglo XII. Berceo la utiliza, tildando a un devoto de la Virgen un fraile parlanchín, de "boca roto" en sus *Milagros de Nuestra Señora* (Véase el término "boto"). Fray Antonio de Guevara, predicador oficial del emperador Carlos V, sitúa el término en el siguiente contexto: "Ser un señor desbocado, mal criado y boquirroto, no le puede venir sino de ser melancólico, cobarde y temeroso".

Boquirrubio.

Llamamos así a quien se va de la lengua con facilidad, llevado de su incontinencia verbal; al chismoso que, como el boquirroto, se dedica a sacar a plaza cuanto sabe de los demás y de sí mismo. Habla sin necesidad ni reserva, y cuando no tiene qué decir, piensa en voz alta. El autor de *Ocios del jardín*, el murciano Salvador José Polo de Medina, escribe a mediados del siglo XVII:

¡Ay mozuela boquirrubia,
y qué perdida que eres...!

También se dice del joven que presume de guapo y enamorado. En una jácara anónima, recogida por Bartolomé José Gallardo en su *Ensayo de una biblioteca Española de libros raros y curiosos*, titulada *Ya se sale de Sevilla*, se lee:

Tú has de poner tu tabanco
hacia la Red de San Luis,
con vieja, estrado y guitarra,
aderezos de reñir.
Buscarás los boquirrubios,
y con un traidor fingir
dirás al valiente ¡zape!,
y al adinerado: ¡miz!

Mesonero Romanos, dice de estos fulanos: "¡Cáspita, y qué vivos de genio son estos boquirrubios...!". En la primera traducción castellana que se hizo de la obra del filósofo alemán Arthur Schopenhauer, *Parerga und Paralipomena*, se lee la siguiente sentencia:

Cada treinta años aparece una nueva generación de boquirrubios, ignorantes de todo, que quieren devorar sumaria y precipitadamente los resultados del saber humano acumulado a través de los siglos, y que en seguida se creen más hábiles que todo el pasado.

Borde, bordión.

Se dice del hijo nacido fuera de matrimonio. Tiene la connotación de cosa ilegítima e intrusa, llamándose también así a la planta o árbol silvestre no injerto ni cultivado. Por lo general tildamos de "borde" a todo cuanto no se presenta o manifiesta de forma natural, o carece de trayectoria clara. En ese momento roza el campo semántico del hideputa, fill de puta, hijo (de) puta", etc. Los caminos del borde son sinuosos, como si estos individuos anduvieran siempre orilleando, bordeando las cosas, rozando los asuntos sin comprometerse en cosa alguna. Algunos han querido ver en la acepción negativa y peyorativa del calificativo una especie de entrecruzamiento entre las dos familias semánticas del término: "borde= orilla, del francés *bord*; y "borde", bastardo, del latín *burdus*. Su uso más antiguo está documentado en la Corona de Aragón y área de influencia de aquel antiguo reino, donde aparece *bort* en documentos de principios del siglo XIV, y en el mismo texto de los *Fueros de Aragón*. Es término de ascendencia latina: *burdus*= mulo, arribado al castellano vía la voz del viejo aragonés, o quizá del valenciano o del catalán: *bord*. "Entre falso, borde y lisonjero, hay de diferencia un pelo", proclama el refrán.

Bordiona.

Putá de burdel, de trato áspero y difícil. Es voz jergal, recogida por Juan Hidalgo en su *Vocabulario*, en los primeros años del siglo XVII. Corominas da como etimología de burdel el catalán *bordell*. Resulta simpática y razonada la explicación que del término da Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua*:

...en francés se llama bordeau, pero viene del nombre latino burdus, que vale mulo, el qual es engendrado de padres de diferentes especies, conviene a saber: del cavallo y de la borrica o asna. Y porque los ayuntamientos que en tal lugar se hazen son ilegítimos, se llamó burdel, y el engendrado en ellos burdo o borde.

No habla de bordiona, que indudablemente era voz de uso entre gentes de la mala vida cuando Covarrubias publica su obra (1611). Independientemente de lo afirmado por Corominas, el masculino bordión es voz utilizada en el siglo XV, empleada a menudo por autores que conocen el medio rural y pastoril, como Lucas Fernández, que emplea el término con el valor semántico de "sujeto torpe y tosco" en su *Farsa del Nacimiento*:

Dime, ¿es éste fray Zorrón,
el que andaua estotros días
con muy sancta deuoción
(...) desplumando cofradías?
(...) ¡O(h), do(y) al diablo el bordión,
moxquilón y macandón...!

En puntos tan alejados entre sí como Andalucía y Navarra se llamaba así al "borde o bastardo"; con ánimo muy ofensivo se utilizó en toda España el aumentativo "bordión, -ona".

Borracho, borrachín, borrachuzo.

Individuo que tiene el vicio de la bebida, y no controla la cantidad de alcohol que ingiere, mostrándose a menudo ebrio o beodo, haciendo el ridículo, y dando mala reputación a su familia. Su etimología parece estribar en haberse llamado "borracha" el odrecillo donde en tiempos se llevaba el vino, bota hecha de un pellejo que llaman borra. Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua* (1611) apunta otro origen posible del término: del latín *burrus* = rojo, por ponerse de esa color el rostro de los que han bebido más de la cuenta, explicación a la que también se acoge Corominas en su *Diccionario Crítico*. Se utilizaba ya en la primera mitad del siglo XV. apareciendo el término en el *Cancionero de Baena*. El término castellano antiguo para designar a estos individuos es el de "embriago", ya anticuado en tiempos de Cervantes. En cuanto a los derivados diminutivos, como "borrachín", agrava la ofensa, ya que añade desprecio. En cuanto al despectivo en "-uzo", convierte a quien recibe el calificativo en un ser particularmente despreciable, borracho de poca monta, barato y bajo.

Borrego.

Al cordero de uno o dos años llaman borrego, seguramente por la lana o borra tierna que le cubre. Cómo ha venido a denotar, además de aquello que en su primera acepción significa, "persona simple, sencilla e ignorante", tiene mucho que ver con la naturaleza de ese animal. Su mansedumbre es sospechosa de estupidez, y su mirada inocente y abierta, tenida por signo inequívoco de simpleza. Lucas Fernández, en su *Comedia hecha en estilo pastoril...* (segunda mitad siglo XV) pone en boca del pastor viejo llamado Juan la forma abreviada de borrego, borro, con el valor semántico de "ignorante":

¡O(h) hydeputa mestizo,
hijo de cabra y herizo! (...)
Tiradvos allá, don borro...

Sin embargo, en la España cervantina no era insulto tildar a alguien de borrego. Se llamaba así a quien era de buena crianza, pacífico y de buen carácter; sobre todo se decía de los muchachos que no lloraban de continuo, eran obedientes y comían tanto cuanto sus padres le ofrecían, por lo que llegaban a adquirir un aspecto saludable, muy rollizo y gordo, ideal de antaño.

Borrigo.

Asno, animal; persona necia, ruda y de poco entendimiento, que a su ignorancia añade terquedad y obstinación. Es voz surgida a partir del latín tardío *burricus* = caballo pequeño, encontrándose ya documentada en textos del año 1000.

Botarate.

Sujeto informal y alocado, inmaduro y caprichoso, de quien no conviene fiarse. Se pone de manifiesto, con este calificativo, la condición inestable de quien por su poco juicio e informalidad se muestra siempre inquieto y alborotado, siendo incapaz de cumplir compromisos o palabra. El dramaturgo madrileño Leandro Fernández de Moratín, escribe:

Pedancio: a los botarates
que te ayudan en tus obras
no los mimes ni los trates:
Tú te bastas y te sobras
para escribir disparates.

La palabra está relacionada con "boto", necio. Corominas opina que hay cruce con "patarata" = ridiculez, mentira (*Diccionario Crítico*). En opinión del *Diccionario de Autoridades* el cruce podría ser con "disparate" o con "orate" = persona alocada, pues el botarate es persona inestable, más que mentirosa o ridícula. Es término propio del castellano, donde se usa a mediados del siglo XVIII.

Boto.

Es voz que equivale a romo, sin punta. En sentido figurado, o traslaticio, se dice también del hombre o mujer simple, de mente plana y cortos alcances. Estos necios, los botos, no sufren ellos mismos por su condición tanto como hacen sufrir a los demás, ya que son torpes y groseros. De probable origen germánico, *butt*, *bauths*, boto se documenta en castellano desde el siglo XIII con el significado de "obtuso", de donde en sentido figurado se dijo "rudo y torpe de ingenio", acepción tan antigua como la primera, desde la Edad Media hasta nuestros días. En este sentido emplea el término Gonzalo de Berceo en sus *Milagros de Nuestra Señora*, donde aplica el término a un devoto de la Virgen. Dice así:

Avíe una costumne que li ovo provecho,
diçie todas sus oras commo monge derecho,
a las de la Gloriosa siempre sedie erecho,
aviel el diablo por ello grant despecho.
Pero que semeiaba en unas cossas boto,
e commo vos diremos que era boca roto...

En la acepción más ofensiva: persona ruda, torpe y carente de ingenio y sentido, se ha venido utilizando desde el siglo XIII. El poeta neoclásico J. Iglesias, (segunda mitad del siglo XVIII) da al término el sentido de "embotado, abotargado, atrofiado", que también tiene la palabra en la actualidad:

Mas la buena vieja
yo creo que chocho
tiene ya el sentido,
como el gusto boto.

Así, de alguien que carece de chispa y agilidad de pensamiento, o de reflejos, o no coge el sentido figurado de las cosas, decimos que es boto.

Bozal.

Al negro recién sacado de la selva llaman negro bozal, porque todavía no ha aprendido a hablar lengua europea. Por extensión se llamó "bozal" al necio que nada es capaz de entender. Se utilizó mucho el término en tiempos clásicos, sobre todo como palabra muy típica del Madrid de entonces; el entremesista madrileño Quiñones de Benavente, (siglo XVII) escribe:

Anda, vete, muchacha, que eres tonta,
o bozal en Madrid, que tanto monta.

Era intercambiable con otros insultos, como "idiota, bobo, tonto". Pero hay que decir que la etimología nada tiene que ver con lo antes escrito. Procede de la voz "bozo", y su significado en obras de finales del siglo XV, como el *Cancionero de Castillo*, es el de "muchacho al que aún no ha salido el bozo", es decir: inexperto y bobalicón.

Bravucón, bravonel.

Perdonavidas y matón, siempre dispuesto a armar grescas y contiendas en plazas y tabernas. Este valentón, que se considera guapo y deseado por las de su entorno, es un fanfarrón bravote que disfruta metiendo a los pusilánimes el miedo en el cuerpo. José M^a de Pereda ofrece el siguiente perfil de este energúmeno:

Creíase el Sevillano, como todos los bravucones de su ralea, en el imprescindible deber de medir con los ojos, con aire de perdonavidas, a todo hombre que a su lado pasara...

Es aumentativo despectivo de "bravo", y no empezó a utilizarse en castellano hasta cerca de 1830; con anterioridad, el término que cumplía su función era el de "bravonel", del valenciano *bravonell*, de quien Covarrubias escribe en su *Tesoro* (1611): "Bravonel, nombre de rufián, fanfarrón..".

Bribón.

Es insulto grave, porque este personaje está hecho de una mezcla explosiva de maldades: taimado, holgazán, marrullero, pícaro, peleón, bellaco lenguaraz. El término deriva de la voz *bribia*, *bribia* = vida pícara y holgazana del mendigo, del tullido fingido y del pícaro. Juan Hidalgo, en su *Vocabulario de Germanía*, publicado en Barcelona hacia 1609, escribe: "Brivia: engañar con buenas razones para engañar a alguno; brivión: el que lo usa".

Y en el *Guzmán de Alfarache* (1599), su autor, el converso Mateo Alemán, pone en boca de su pícaro protagonista el siguiente parlamento: "...ningún mendigo (...) destas naciones se junte con los de otra (...) que aunque todos convienen en la mendiguez, la bribia y labia son diferentes".

El arte de pedir para mover a lástima al prójimo era aprendizaje arduo y lento. Recibía, esta ciencia particularísima el nombre de *bribiática*, por comparación un tanto impía con biblia, donde se enseña el arte de bien vivir y es sinónimo de sabiduría. Del sustantivo aludido se derivó el verbo *bribar*, y el sustantivo *bribón* o *bribión* todavía en el siglo XVI. Covarrubias recoge en su obra el estado de cosas apuntado. Escribe en 1611: "Brivión. El hombre perdido que no quiere trabajar, sino andarse de lugar en lugar y de casa en casa a la gallofa y la sopa".

Sin embargo se equivoca al apuntar que se trata de palabra de origen francés; es al contrario: el *bribeur* o *briver* galos son términos derivados del que a la sazón era el lenguaje de los pícaros: el castellano.

Brozno.

Se dice de quien es de ingenio rudo, boto y pesado, y de carácter bronco y sin desbastar. Es palabra muy antigua en castellano, empleada ya en el *Calila e Dimna* (siglo XIII). Su asociación semántica con el universo de los tontos viene a través de su empleo en el ámbito rural, donde un trozo de tronco brozno es un trozo de madera áspero, palo rústico y nudoso...: lo que hoy entendemos por leño sin desbastar, por el que no ha pasado nunca el cepillo o garlopa. Hoy llamamos "leño"* a las personas necias y torpes, en el mismo contexto en el que le habríamos llamado antaño brozno. Covarrubias da como etimología del término la voz latina *bruscus* = áspero y tosco. Aunque seguramente proceda -así lo cree Corominas en su *Diccionario crítico*, de una voz gótica con el valor semántico de "astillado, astilloso".

Bruto.

Persona de poco discurso, de hábitos groseros, de entendimiento cerrado, e incapaz de mejorar por no serlo de entender; animal, sobre todo aquellas bestias que muestran mayor crueldad, tozudez y empecinamiento. Es voz de etimología latina, de *brutus* = estúpido. que empezó a utilizarse hacia 1440, por Juan Rodríguez del Padrón con el significado de persona necia, incapaz, estólida o falta de razón y discurso, con cierta dosis de torpeza y desarreglo, tosquedad y rudeza, de quien cabe esperar cualquier desaguisado o conducta fuerte. Bruto famoso fue el señor de Alfocea (siglo XVII), bruto simpático por lo extravagante de su acción, vecino de aquella zaragozana localidad, tan romo de entendimiento que decidió imitar al cuervo: ató dos alas de caña a los brazos y se dejó caer desde un peñasco, estrellándose contra el suelo. Se le quiso hacer ver lo vano de su acción, pero contestaba de forma destemplada, asegurando que en cuanto pudiera volvería a intentarlo, añadiendo que había fallado en la anterior ocasión por haber olvidado añadir la cola. R. Borra en *El libro de los cuentos*, pone este razonamiento en sus labios, al describir la cena: "La comida fue buena, pero nunca comí con mayor incomodidad, pues cometí el disparate de poner la silla muy lejos de la mesa". Otro bruto proverbial fue el justicia de Almudévar, aragonés que vivió en el siglo XVII según indica el *Diccionario geográficopopular*, de Vergara; recoge también la anécdota un opúsculo publicado en Huesca: *Aventuras de Pedro Saputo*. Los hechos son los que siguen: Habiéndose cometido en la localidad un crimen, lo achacaron al herrero, quien confesó haber introducido en la boca de su mujer un hierro candente, enojado porque ésta le había traído el almuerzo frío. Fue condenado a muerte, pero al ser el único herrero de la zona se le indultó. El justicia aseguró que colgaría al herrero a menos que algún otro cargara con la pena, porque a alguien había que ajusticiar. El secretario del ayuntamiento propuso que en lugar del herrero ajusticiasen a uno de los dos tejedores que tenía la villa, ya que con uno se arreglaban; pareció bien al justicia, y se procedió en consecuencia.

Bufón.

Truhán, histrión y chocanero que se ocupaba de hacer reír a su señor con dichos, gracias y piruetas. Por extensión, se dice de quien anda siempre haciendo chanzas, a menudo a destiempo. Es voz procedente del italiano *buffone* = "cómico, grotesco", aumentativo de *buffo* = gracioso. En castellano se prefirió el término truhán, que cubría ese espacio significativo, aunque en el siglo XVI empezó a utilizarse bufón, que era muy empleado un siglo después. Covarrubias escribe, en su *Tesoro de la Lengua* (1611):

Es palabra toscana, y significa el truhán, el chocarrero, el morrión o bobo. Púdose tomar de la palabra latina bufo, por el sapo o escuerço, por otro nombre rana terrestre venenata, que tales son estos chocarreros, por estar echando de su boca veneno de malicias y desvergüenças con que entretienen a los necios e indiscretos. Y púdose también dezir de bufo, en quanto significa cosa vana, vacía de sustancia y llena de viento; y assí los locos son vacíos de juyzio y seso; o se dixo de bufa, palabra toscana que vale contienda, porque el bufón con todos tiene contienda, y todos con él.

Los bufones tuvieron enemigos, y muy mala fama. Quevedo, que conoció a muchos, aseguraba que andaban mezclados con los truhanes, los chocarreros, los juglares y toda la ente de dudosa conducta. Diego Saavedra Fajardo los acusaba de "espías públicos de los palacios, y los que más estragan sus costumbres. Pero de que era gente de vivo ingenio no cabe duda. Del bufón del canciller de Inglaterra Tomás Moro, se cuenta que habiendo recibido en su palacio la visita de cierto caballero, portador de enormes narices, el bufón se echó a reír, al tiempo que gritaba: "Vaya narizotas". Le reconvino su amo, y corrigió de esta forma: "Perdonad, Señor, pues quise decir "naricitas", con lo que todos rieron. Hoy sigue utilizándose el término como insulto, aunque en medios cultos.

Buharra.

Ramera, bujarra. Se empleó, entre la gente de la mala vida, en sentido figurado de "buharro", ave rapaz nocturna parecida al búho: corneja, muy abundante en el sur de España, y pájaro codicioso y ansioso. (Véase también "bujarrón").

Bujarrón, bujendón, bujendí.

Maricón; homosexual activo; dante que sodomiza al puto, bardaje o tomante. En femenino (buharra, bujarra) es voz de germanía para designar a las rameras de muy baja estofa, que se dejan sodomizar. El autor de las *Coplas del Provincial* (siglo XV), utiliza así el término:

A ti, fraile bujarrón
 (...), por ser de los de Faraón
 en la nariz te conozco,
 y es tan grande que me asombra...

Quevedo ilustra el alcance semántico del término en este Epitafio a un italiano llamado Julio:

¡Oh, tú, cualquier cosa que seas,
 pues por su sepultura te paseas,
 o niño o sabandija,
 o perro o lagartija,
 o mico, o gallo, o mulo,
 o sierpe, o animal que tengas
 cosa que de mil leguas se parezca a culo,
 guárdate del varón que aquí reposa!

Al castellano llegó el término de la voz catalana *bujarró*, alusiva al gentilicio "búlgaro", pueblo hereje afín a los turcos y al Islam, y en parte a la ortodoxia griega. L. Franciosini, en su *Vocabulario español italiano*, se hace eco del término insultante a principios del siglo XVII.

Bullebulle.

Inquieto y entremetido; individuo de excesiva viveza; que se mete en camisas de once varas, y todo lo quiere saber. Se emplea en sentido figurado, derivada del verbo "bullir": hervir, porque parece que a estos individuos les bulle la sangre, no dejándoles reposar ni estar quietos física ni espiritualmente. Es voz que ya utiliza en su *Tesoro* (1611) Covarrubias, para quien es "bullebulle el inquieto que anda de aquí para allí, bullicioso". Nicolás Fernández de Moratín utiliza así el término: "-¡Ah!, sí. Ese es aquel bullebulle que hace gestos a las cómicas, y las tira dulces a la silla cuando pasan, y va todos los días a saber quién dió cuchillada...".

Bultuntún.

Persona irreflexiva, que habla sin ton ni son, a bulto, o a lo que saliere, es decir: al buen tuntún. Es corrupción del sintagma latino ad *bultum tuum* = en tu cara, en el sentido de "a boca de jarro". La pérdida del sentido etimológico convirtió la frase latina en la expresión adverbial castellana "al buen tuntún", y también "a bulto". Hablar sin saber lo que se dice. En su uso adjetivo es voz obsoleta, aunque tiene pleno vigor como proposición o frase adverbial de modo.

Burro.

Sujeto rudo, de ninguna delicadeza; persona tosca y de escaso entendimiento; ignorante supino. Sin embargo, el término puede ser también laudatorio, ya que en situaciones determinadas, entre hablantes, puede significar "persona laboriosa, resistente y sólida, que lleva a cabo todo tipo de trabajos con fidelidad y presteza". Son numerosas las palabras castellanas que aluden a este solípedo. Entre ellas destacan las arriba mencionadas, pero no se debe olvidar otras como "asno", "borrico", "blas", "onagro", "pollino", "jumento", los sintagmas con valor de sustantivo "bestia de albarda", "tres de menor", "cuatro de menor", etc.

En los capítulos XXXIII y XXXIV del *Génesis* se cita a cierto personaje de importancia que se llamaban *Hamor*, (Burro), fundador de la ciudad de Shihem, el pueblo palestino de Nablus. El hijo de este Burro se enamoró de la hija de Jacob, Dina, a quien violó. Pero pagó su crimen con la muerte a manos de los hermanos de la muchacha, que acabaron con la línea masculina de la familia de los Burro. Así pues, fueron más asnos los hijos de Jacob que los del Burro mismo. Y sin salirnos de la Biblia, en el *Libro de los Números* (cap. XXII) se relata el episodio protagonizado por una burra, la del brujo babilonio Balaam, más sensata que su dueño, que quería obligarla a pasar por un lugar tan estrecho que resultaba imposible hacerlo; cansada de ser injustamente vapuleada habló y expresó a su terco amo cuál era la situación, de forma muy razonada, e incluso apelando al sentido común. Por otro lado, el burro no siempre aparece como animal digno de burla, sino que se le tiene por paradigma de laboriosidad y sensatez, en los tiempos bíblicos. Como sinónimo de asno empezó a ser de uso común entrado el siglo XV. Su etimología es griega, y tiene que ver con el color de su pelaje rojizo-parduzco: *purros*, de donde el latino *burrus*, como adjetivo alusivo a aquella color. En Roma llegó a ser gentilicio de una famosa familia de políticos cuyos miembros dieron que hablar en su senado. En el mundo clásico grecolatino tampoco tiene el burro mala prensa. Aristóteles, en su *Historia natural* dice que carece de maldad porque -eso creía él- este animal carece de hiel, asegurando que sólo es inepto para la guerra, con lo que mostraba sensatez. Se escribió de él como de animal utilísimo, de naturaleza paciente y perseverante, capaz de recordar un favor y de besarle las manos a quien le tratara con gentileza. Dioscórides, botánico griego del siglo II a. de C., pulverizaba y mezclaba con vino y agua las pezuñas del burro para curar la gota o el reuma, y utilizaba la leche de burra recién parida como tríaca o antídoto contra todo tipo de venenos. Ha sido animal cercano, familiar, amigo. Covarrubias escribe (1611) en su *Tesoro de la Lengua*:

...es de mucho provecho y poco gasto, y no da ruido salvo cuando rebuzna, que entonces es insufrible. No es malicioso, y un niño puede llevarlo donde quiera. Se acomoda a cualquier ministerio, que puede desempeñar con provecho.

Es término derivado regresivo de "borrico" (Véase también "asno").

Buscavidas.

En su acepción insultante se dice de quien pone excesiva diligencia en averiguar vida y milagros de los demás. También se predica del pícaro sin domicilio conocido, que anda de un sitio para otro buscando el medio de salir del paso sin trabajar demasiado.

Buscón.

En el género masculino, se dice de la persona que anda de un sitio a otro viendo la manera de vivir sin trabajar, cometiendo pequeños robos, y trampeando con malicia y socaliña. Quevedo, en la *Vida del Buscón don Pablos*, escribe: "Mirábanme todos; cuál decía: "Este yo lo he visto a pie"; otros (decían): ¡Lindo va el Buscón...!".

Buscona.

En su forma femenina, es sinónimo de ramera o mujer pública; término muy del gusto de los siglos de oro. Bretón de los Herreros lo emplea así, mediado el siglo XIX:

Mucho cacarear su celibato; y obedece la ley de una buscona que ayer fue propiedad de un maragato...

Cabestro.

Cornudo, cabrón consentido a quien su mujer gobierna y manda. Es uso metonímico de la acepción principal: "ramal o soga de cáñamo con que se ata a la bestia para reducirla y controlar su movimiento". Es insulto muy corriente en los siglos de oro, que utiliza Quevedo en letrillas satíricas como ésta:

Tendrá la del maridillo,
si en disimular es diestro,
el marido por cabestro
y el galán por cabestrillo.

Cabezón, cabezota.

Terco, obstinado; persona testaruda y porfiada, que no se apea del burro y permanece en sus trece, salga el sol por donde saliere. Es aumentativo de "cabeza: sujeto que tiene la cabeza muy grande y desproporcionada, también llamado "cabezorro, cabezudo". En los siglos de oro se empleó la voz "cabezudo"; Fray Luis de Granada lo emplea así: "...Pertenece al hombre no ser porfiado o cabezudo".

Cabra.

Decimos que está "como una cabra" a quien se conduce de forma alocada e inquieta, mostrando escaso sosiego. Covarrubias escribe en su *Tesoro de la Lengua*, (1611) este curioso y llamativo texto:

Animal de mucho provecho... que con su fecundidad da los cabritos, la leche sabrosa y medicinal; su sangre expele el veneno; su piel, puesta sobre las heridas, las sana; nos viste y nos calza; su hiel clarifica la vista; su pulmón, puesto sobre la mordedura venenosa, atrae el veneno; sus cuernos quemados ahuyentan la serpiente; su pelo viste al pobre, y su carne harta al hambriento... (entre) los egypcios era símbolo del que tenía delicado oído, porque oye mucho; y yo supe de una cabra que criava (a) un niño huérfano, y al punto que llorava venía del monte a darle de mamar. (...) Las cabras que no tienen cuernos dan más leche; y los cuernos quemados son buenos para sahumeros para las que tienen mal de madre.

Con estos antecedentes no es posible tenerlas por animal negativo; pesaron otras leyendas. Se llama "cabra saltante" a cierto fuego fatuo que vaga por el aire a ras de tierra, y que se relacionaba con este animal, por creérsele poseído por el diablo, ya que su carácter caprichoso y un tanto irracional las hace comportarse como el fuego fatuo. La tradición antigua equiparaba a la cabra con la ramera, por su propensión al deleite carnal. A su mala prensa contribuyó su olor nauseabundo y el hecho cierto de ser una plaga en los sembrados, royendo los pimpollos tiernos. El Refranero se muestra dividido: Por una parte proclama: "Quien cabras ha, bien pagará"; por otra, sentencia: "Si a tu vecino quieres mal, mete las cabras en su olivar". Está vista poco menos que como el caballo de Atila: "La cabra, cuanto roe abrasa". "Cabra en sembrado, peor que nublado". "Por do pasó, todo arrasó". "Cabras en viña, mejor es pedrisca". "Buena cabra, buena mula, buena mujer: muy malas bestias las tres", refrán en boga en tiempos pasados. En cualquier caso, decirle a alguien que "está como una cabra" no resulta tan ofensivo como acusarle directamente de estar loco. Cariñosamente se predica de quien realmente lo está, loco de atar o de remate.

Cabríto.

"Al cornudo primerizo llaman algunos cabríto". Es frase sentenciosa que escuché en el barrio sefardí de Jerusalén entre judíos turcos de procedencia española. También pude saber que "el casado mamantón va camino de cabrón". Covarrubias, por su parte, tiene esto que decir: "...es símbolo del moquelo que apenas ha salido del casacarán quando ya anda en zelos y presume de enamorado y valiente...".

También se predica del cabrón, sujeto vil que consiente el adulterio de su mujer; pero no son equiparables, sin matices, uno y otro individuos. No hay cabritos con pintas, ni ignorantes de su suerte. Todos los cabritos lo son a su pesar y no encuentran lado bueno alguno en serlo. Tal vez el aspecto de falso diminutivo que tiene la palabra atenúe un tanto el peso y el rigor de su rotunda semántica. El autor de la novela picaresca *Vida del escudero Marcos de Obregón*, Vicente Espinel, escribe coetáneamente: "El que se casa viejo tiene el mal del cabríto, o se muere presto o viene a ser cabrón".

Cabrón.

Marido engañado, o que consiente en el adulterio de su mujer; llamamos también cabrón al rufián, individuo miserable y envilecido que vive de prostituir a las mujeres. En otro orden de cosas, se dice de quien por cobardía aguanta las faenas o malas pasadas de otro, sin rechistar; también de quien las hace. Es palabra tomada en sentido figurado, del aumentativo de cabra, cabrón, animal que siempre gozó de mala reputación por haber tomado su figura el diablo en los aquelarres, o prados del macho cabrío, para copular con las brujas en los ritos de estas reuniones nocturnas, teniendo acceso a las mujeres hermosas por delante, y a las feas por detrás. Es palabra de uso en castellano desde los orígenes del idioma, muy utilizada ya por Gonzalo de Berceo, en todas las acepciones que todavía le da el DRAE. En el *Cancionero de obras de burlas provocantes a risa*, el autor de un *Aposento que se hizo en la Corte al papa Alixandre quando vino legado en Castilla...*, se utiliza así el término (s. XV):

Y el cabrón de miçer Prades,
descornado, cabiztuerto,
saco lleno de ruindades,
y otro tropel de abades,
en las cámaras del huerto.

Covarrubias, con la sencillez y claridad que caracteriza su entretenido Tesoro de la Lengua Castellana (1611), tiene esto que decir:

Lllamar a uno cabrón, en todo tiempo y entre todas las naciones, es afrentarle. Vale lo mesmo que cornudo, a quien su muger no le guarda lealtad, como no la guarda la cabra, que de todos los cabrones se dexa tomar (...); y también porque el hombre se lo consiente, de donde se siguió llamarle cornudo, por serlo el cabrón según algunos...

Siempre hubo grados entre cabrones. No es lo mismo, como advierte Camilo José Cela en su delicioso *Diccionario*, un cabrón ignorante de su condición, que un cabrón con pintas, consentidor e incluso alcahuete de su mujer. Cela razona así:

Cabrón consentido: el que aguanta marea por la razón que fuere; es más triste que el cabrón con pintas, más pudoroso que el cabronazo, y su noción coincide con la de cabroncillo o cabronzuelo.

Diego de Torres Villarroel, a modo de advertencia misógina y pesimista, advierte a los candidatos a marido, en su *Ultimo sacudimiento de botarates y tontos*, del siglo XVIII: "...Cásese y profese en el cabronismo, y comerá a costa de otro, que no hay vida más acomodada en el mundo que la de cabrón..."

Caco.

Ladrón, salteador de caminos; ratero. Se dice por el personaje mitológico del mismo nombre, hijo del dios Vulcano, medio hombre y medio sátiro. Su hazaña más sonada la protagonizó robando a Hércules mientras dormía parte de las terneras que éste a su vez había robado a Gerión. Funcionó primero como término de comparación, parecidamente a otro facineroso famoso, Gestas, el buen ladrón. Miguel de Cervantes pone en boca del *Licenciado Vidriera* las siguientes observaciones de este loco fingido: "Todos los mozos de mulas tienen su punta de rufianes, su punto de cacos, y su es no es de truhanes".

Hoy se utiliza como sustantivo, predicándose de los ladronzuelos de poca monta, aplicado especialmente a los que practican el escalo. Manuel de León tiene la siguiente copla:

La comida de la Venta
súpome puerca y cara,
porque el ventero era Caco
y la ventera era caca.

Cachivache.

Trasto; hombre ridículo, mentiroso e inútil. merecedor de desprecio; churriburri. En cuanto a su etimología, es un compuesto de "cacho = pedazo", y "bache = cualquier cosa", con lo que se denota despectivamente aquello que ya no sirve para nada. Es a menudo utilizado en lugar de cacharro o trasto, tanto en la primera acepción de esas palabras, como en su sentido figurado insultante.

Cachondo, cachondo mental.

Sujeto rijoso, capaz de excitarse con el solo pensamiento y recuerdo de asuntos y situaciones lascivas que él recrea en su imaginación; persona que vive obsesionada por el sexo, y a quien todo se le antoja, de forma jocunda, diversión, pasatiempo y goce. También se dice de quien es en exceso burlón y divertido, haciendo chistes de cualquier cosa, y tomándose la vida a chirigota; persona informal, un tanto inconsciente, que sólo piensa en divertirse, y cuya conversación y tema principal siempre recae en lo mismo: la materia sexual. El término es transposición y empleo metafórico del calificativo "cachondo", de antiguo uso en castellano, con el valor semántico descrito de fulano dominado por el apetito venéreo. Covarrubias aborda así el asunto:

Cachonda (...), la perra que está salida y se va a buscar los perros, en especial los jóvenes, que llaman cachorros(...). Y transfiérese a la mujer que incitada del calor de la luxuria se va a buscar los hombres mancebos y valientes, y otros cualquiera. Cachondez, aquel prurito y apetito venéreo.

En cuanto a la etimología, deriva del latín vulgar *cattulus*. Antonio de Nebrija, a finales del siglo XV, recoge el término con el valor semántico actual, aunque con especial aplicación a la perra en celo. Coetáneamente, el dramaturgo extremeño Torres Naharro, en su *Comedia Himenea*, recoge el vocablo en el siguiente pasaje del Introito y Argumento:

¿No sabes en quién quijera (quisiera)
 hacer dos pares de hijos,
 que me lo da el corazón?
 En Juana la Jabonera,
 que me haz mil regocijos.
 Cuando le mezo el jabón
 pellízcame con antojo,
 húrgame allá no sé dónde,
 sale después que se asconde
 y échame agraz en el ojo.
 (...) que creo que va cachonda.
 Por la fé de Sant'Olalla
 que la quiero abarrancar
 si la cojo alguna vez.
 Quizá si el hombre la halla
 podrá sin mucho afanar
 matalle la cachondez...

En su formación, se procedió de manera similar a la de las voces "verrionda, torionda", respectivamente cerda y vaca salidas, creándose "catuonda" o "catulonda", de donde surgió "cachonda", terminación femenina original, ya que el masculino fue un derivado posterior.

Cafre.

Por extensión, se dice de quien a su condición de grosero y zafio une la de bárbaro y cruel, aunque predomina su naturaleza rústica y de patán. En ese sentido emplea el término, a mediados del siglo XIX, Bretón de los Herreros:

El que no baila es un cafre;
 el que no canta, un caribe...

Su acepción principal es la de individuo de cierto pueblo indígena que habita en las costas del Cabo y Natal, en la parte oriental de Africa del Sur. Es voz de procedencia árabe, *cafir*, en cuya lengua significa "infiel".

Cagado, cagón.

Metafórica y despectivamente se dice del individuo cobarde, carente de espíritu y de presencia de ánimo, que ante cualquier pequeña dificultad o mínimo peligro huye o vuelve la espalda. Se llama así al miedoso patológico, que se hace sus necesidades encima de puro miedo. Es término de uso antiguo en nuestra lengua. Cristóbal de Castillejo, (primera mitad del siglo XVI) lo utiliza así, refiriéndose a dos individuos que no quedan bien librados: "Al cabo, quedó cornudo, (el uno), y el otro quedó cagado"; y Covarrubias (1611), que emplea el término "cagón" para describir a la persona de poco ánimo, escribe al respecto del término "cagar" las siguientes notas curiosas que ofrecemos al lector para su entretenimiento:

Es una de las palabras que se han de escusar, aunque sea de cosa tan natural, por la decencia; de allí se dixo cagatorio, y por nombre más honesto, latrina. Cagón al de poco ánimo. Cagada el excremento. Cagalera, la corencia a cámara. Cagarrutas, el sirle del ganado.

La equiparación de "cagado" con medroso o cobarde, es propia del Renacimiento, no en vano el término "cagar" empezó a utilizarse hacia el siglo XV. *El Cancionero de Baena* recoge estos versos del poeta Álvarez de Villasandino, que escribió a finales del siglo anterior lo siguiente:

Señora, quien mea o caga
non se deve espantar,
aunque se syenta apalpar
por delante o por de çaga.

Cagarruta.

En su acepción principal: "Cada una de las partes que componen el excremento del ganado menor". El naturalista A. Laguna, del siglo XVI, utiliza así el término: "La cagarruta de cabra, y en especial de las montesinas, bebidas con vino son útiles para la ictericia".

En sentido figurado, y de implantación relativamente moderna, se predica del donnadie, mierdecilla, tirillas o zascandil que no va a ninguna parte.

Calamidad.

Se dice, en su uso adjetivo, de la persona que no sirve para nada; sujeto incapaz, inútil y molesto. A mi abuela Isabel Reyes, gaditana, escuché decir: "Fulano es una plaga bíblica, una calamidad". También se dice de quien tiene ribetes de gafe, persona que acarrea desgracias, inconvenientes y sinsabores. En este sentido emplea el término Fernán Caballero, mediado el siglo pasado: "Todo me sale mal; está visto: soy una calamidad".

Calavera.

Hombre de muy escaso juicio y asiento; persona alocada y viciosa. Joven irresponsable, de vida disoluta. Mariano José de Larra se remonta nada menos que a la Grecia clásica para buscar un ejemplar de esta especie, y escribe: "El famoso Alcibiades era el calavera más perfecto de Atenas". Coetáneamente, el médico y escritor Pedro F. Monlau, escribe *El heredero o los calaveras parásitos*, donde aborda al personaje degenerado y crapuloso que en la primera mitad del siglo pasado ya hacía estragos en las buenas familias.

Calientapollas.

Mujer que permite besos, caricias y tocamientos, negándose, tras estos preámbulos, a culminar los juegos sexuales con el coito. Es término despectivo, aplicado a quien permite el magreo, dejando que se le meta mano, y luego no es consecuente con la situación de calentamiento creada. También se dice "calientabraguetas".

Callacuece.

Mosquita muerta que las mata callando. Pudo haberse dicho del refrán antiguo que asegura: "Callar y cocer y no darse a conocer". Con lo que se quiere significar que uno debe estar en lo suyo, pero con una oreja puesta en lo de los demás, por si acaso. Por extensión, se dice de quien es hipócrita y taimado. Persona en cuya presencia no debe comentarse asuntos de importancia. También se llama así a "la ropa tendida", espía o soplón que puede andar al acecho sin apercibirse uno de ello.

Callo, callonca.

Mujer jamona y muy corrida, que ha pasado por muchas manos. Pudo derivar de la voz "cellecca": puta barata y rastrera. También se dijo de la persona achacosa y llena de melindres que no se vale por sí y necesita ayuda, siendo incordio y pejuguera constante. En su acepción más habitual: mujer fea, adefesio, que nada tiene que ofrecer. Pudo decirse del valor semántico del término callo, con cuyo significado tiene cruce: dureza que se forma en la piel, costra reseca y vieja. En el sentido indicado, una mujer merecedora de tal comparación estaría en las antípodas de las peritas en dulce. Velázquez de Velasco, en su obra *La Lena* documenta así el término: "... como estas calloncas tienen la carne tan mal acostumbrada, dan literalmente lo que les queda a quien tiene paciencia para ensillarlas".

Calzonazos, calzorras.

Se dice del hombre que carece de voluntad, condescendiente y flojo en exceso. Dominado por su mujer, y aterrorizado por la suegra, abdica de sus derechos como cabeza de familia y deja que aquéllas vistan los calzones, manden y dispongan. Fernán Caballero, a mediados del siglo XIX, pone en boca de una de sus protagonistas femeninas la siguiente frase, dirigida por ésta al marido: "¡Qué has de hacer tú, calzonazos!". También se dijo del hombre cobarde, que huye ante cualquier peligro, tal vez derivado de la frase arrefranada, utilizada ya por el autor de la *Celestina*, Fernando de Rojas (1499): "tomar alguien las calzas de Villadiego", es decir, huir con tal precipitación y prisa, presa del miedo, que no tuvo tiempo de calzárselas.

Camaleón.

Persona que cambia de parecer según las circunstancias; veleta que muda de opinión y de bando siempre que con ello se reporte interés o beneficio. Se dice de la persona inconstante, débil de carácter, a quien puede hacerse variar de ideas con facilidad. Se emplea en sentido figurado, en atención a que el animal a que se alude muda el color de su piel de acuerdo con las circunstancias medioambientales en que se encuentra. Los naturalistas antiguos aseguraban que cada pasión imprimía a la piel de este lagarto una tonalidad diferente. Así, cuando está alegre, su piel es verde esmeralda con listas parduzcas y negras; cuando tiene miedo, su piel se torna de color amarillo pálido; si se irrita, la piel se vuelve oscura, amoratada. De este animal se dijo también que se alimentaba del aire, por la costumbre que tiene de exponer la lengua al exterior durante un tiempo, hasta llenarla de hormigas y pequeños insectos que luego traga. Covarrubias afirma en su *Tesoro de la Lengua*, (1611) lo siguiente:

Es el camaleón símbolo de hombre astuto, disimulado y sagaz, que fácilmente se acomoda al gusto y parecer de la persona con quien trata para engañarla. Sinifica también el lisonjero y adulador, que si lloráis llora, y si reís ríe, y si a mediodía claro dezís vos Que es de noche, os dirá que es assí, porque él vee las estrellas. Este tal merecía que se las hizieran ver realmente.

Camandulero, camándula.

Bellaco; hipócrita y embustero, que trae mucha trastienda; sujeto que con el cuento aspira a vivir sin dar golpe. Francisco Santos, el autor costumbrista de *Periquito el de las gallineras*, (segunda mitad siglo XVII), pone en boca del protagonista las siguientes palabras: "¿Por qué había yo de sustentar a un hipocritón camandulero, todo ejemplos y documentos...?".

En cuanto a la etimología y antigüedad del término, el lector debe saber que la camándula era una especie de rosario con tres decenas de cuentas, que solían llevar los frailes de la orden religiosa del siglo XI: la Camáldula, por el nombre de la ciudad italiana, Camaldoli, en la Toscana, donde al parecer se fundó. Por alguna razón todo cuanto rodeó al término se contaminó de carga negativa, connotando "hipocresía y doblez". Ese valor peyorativo tiene ya a finales del siglo XVI, y Tirso de Molina, fraile él mismo, da a esta palabra el significado de "hipocresía".

Campanero.

Individuo que tiene el vicio solitario; masturbador compulsivo; sujeto patológicamente tímido que deseando el trato con mujeres no se atreve a contactar con ellas, rehuyendo su trato por apocamiento de carácter, y accediendo a masturbar a otros. Es insulto de uso reciente, que juega con el significado metafórico de "campana": pene. Repicar o tocar la campana son frases equivalentes a masturbarse. Cela, en su *Diccionario del erotismo* documenta el contenido semántico de la frase citando un Epigrama de B. Baldoví, que dice:

Repicando la campana
el monago de San Blas,
murió de muy mala gana:

no nos la tocará más.

Canalla.

Hombre vil, ruín y despreciable; perro. Procede del italiano *canaglia*, o más probablemente del catalán *canalla*, voz que ya se utiliza en aquella parte del Reino de Aragón en el siglo XV. Es vocablo renacentista, surgido a lo largo del primer cuarto del siglo XVI, documentándose ya en Torres Naharro. Sebastián de Covarrubias, hombre siempre pintoresco en sus apreciaciones, tiene esto que decir, en su *Tesoro de la Lengua*:

Díxose canalla de can, perro, porque tienen éstos la condición de los perros que salen al camino a morder al caminante, y le van ladrando detrás, pero si buelve y con una piedra hiere a alguno, ésse y todos los demás buelven aullando y huyendo.

Fernán Caballero ofrece el siguiente uso del término: "Te prohíbo de una vez para siempre que hables con ese canalla cuya reputación anda en lenguas de todo el pueblo..."

Es ofensa grave, e insulto que no tolera la persona a quien inmerecidamente se le dirige. Se cuenta del político de finales del siglo XIX, Antonio Maura, que en la tertulia privada que celebraba en su casa, se hablaba cierto día de un personaje que siempre estaba criticándole, y ante las disculpas de don Antonio, un contertulio amigo le dijo, no atreviéndose a pronunciar el calificativo en toda su crudeza, por lo fuerte de la palabra: "Es Vd. muy generoso, Señor, pero sepa que fulano es un canallita.. ". A lo que Maura, burlón y sonriente, replicó: "¿Por qué el diminutivo, amigo mío, por qué...?".

Canco.

Caderas anchas en la mujer, en sentido figurado, ya que canco se llama a la olla de boca más bien estrecha y de panza muy abombada. Por extensión, también "marica, afeminado". García Lorca lo utiliza en su *Oda a W. Whitman, de Poeta en Nueva York*:

Pero sí contra vosotros, maricas de las ciudades,
de carne tumefacta y pensamiento inmundo,
madres de lodo, arpías, enemigos sin sueño
del amor que reparte coronas de alegría.
Contra vosotros siempre, que dáis a los muchachos
gotas de sucia muerte con amargo veneno.
Contra vosotros siempre,
Faeries de Norteamérica,
Pájaros de la Habana,
Jotos de Méjico,
Sarasas de Cádiz,
Apios de Sevilla,
Cancos de Madrid,
Floras de Alicante,

Adelaidas de Portugal.

¡Maricas de todo el mundo, asesinos de palomas!

El término, uno de los muchísimos que existen para denominar al "puto o maricon", puede ser procedente del caló; como originario de esa lengua gitana lo tienen, entre otros, el autor del *Vocabulario Andaluz*, Alcalá Venceslada. También es probable que su uso provenga, en sentido figurado, de la acepción que esta palabra tiene en la América hispanohablante, sobre todo en Chile, Bolivia y Perú, procedente del mapuche, lengua de los indios araucanos: vasija de barro, especie de olla de greda de culo muy ancho; maceta para criar flores; nalga, o caderas anchas de mujer. En sentido figurado se diría del culo del marica, que éste mueve al modo de las mujeres para hacerse notar.

Candongo.

Astuto y remolón, lisonjero y adulador; sujeto holgazán que con zalamerías y engaños esquiva el trabajo; persona perezosa que se da buenas mañas para eludir sus obligaciones. Se documenta en el Diccionario de Autoridades (primer cuarto del siglo XVIII). Es término, de origen incierto, que siempre ha tenido la connotación de pícaro o chulo, individuo gracioso del que nada bueno se sigue. Hoy es voz en desuso incluso en Murcia, donde tuvo amplio desarrollo hasta mediados del siglo XX. El periodista y escritor del siglo XIX, Antonio Flores, en su graciosa obra *Ayer hoy y mañana*, lo utiliza en su acepción principal: "¡No eres tú mal candongo, dijo el parroquiano..".

Canijo.

Enclenque, flojo, de aspecto enfermizo y débil; persona achacosa, extenuada, enteca y muy fatigosa. Es de etimología latina, de la voz *cannicula*, diminutivo de *canna* = caña. En Aragón, el sinónimo natural de canijo es "encañado". Corominas piensa en otro origen, también latino: la voz *canicula* = perrita, por el hambre que estos animales pasan (dice el filólogo citado en su *Diccionario crítico*). Es voz de aparición tardía: mediados del siglo XVIII, aunque a principios del siglo precedente el Inca Garcilaso utiliza el verbo "encanijarse".

Cantamañanas.

Sujeto irresponsable y pesado, mezcla de donnadie y zascandil, que llevado de su osadía e inconsciencia es capaz de comprometerse a cosas que a todas luces es incapaz de realizar. Parece voz de creación caprichosa. No obstante esto, debemos reseñar que durante los siglos XVII y XVIII se solía usar la palabra "mañana" (adverbio de tiempo) para mostrar disentimiento y desacuerdo, o la contrariedad que alguna cosa producía. Así, cuando a uno se le pedía hacer lo que no quería, respondía: "Mañana harélo", a lo que se le replicaba: "Ya cantó mañana", que es tanto como decir que no lo quiere hacer, ni lo hará nunca. Otra explicación que se nos ocurre estriba en la expresión "Cantarlas claras" que denota atrevimiento y descaro por parte de quien habla; es variante de "cantar a alguien las cuarenta". Ambos usos, documentados, pudieron entrecruzarse e interferirse en el semantismo de "claras del día, o amanecer", y "claras", con el sentido de lisas y llanas. Así, un cantamañanas es un individuo no exento de osadía, pero inane o vacío de conocimiento, que canta ya de mañana porque no le espera ocupación alguna durante el día, y está a verlas venir.

Cantimpla (-s).

Se dice de la persona callada, que parece prudente hasta que habla, momento en el cual muestra toda su simpleza y condición de bobo que ríe sin sentido y dice obviedades o perogrulladas. Es término muy utilizado en la región Rioplatense (Argentina), pero que pudo haber originado en España, donde existió antaño, al menos en el Levante, un "tío Cantimplas" (no tiene que ver con el cómico mejicano Cantinflas), que para ir a pescar a la Albufera de Valencia se ceñía dos cantimploras a los costados.

Cantonera.

Putá callejera; esquinera que hace la carrera tomando como base de operaciones las bocacalles, a fin de tener doble posibilidad de ser vista por quienes solicitan su servicio. El término, de uso antiguo en castellano, lo explica de diferente manera Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua*:

...Y de allí se dixo cantonera la mujer enamorada, porque siempre procura la casa en lo postrero de la calle, al cantón, para que los que entraren o salieren en su casa se traspongan luego sin atravesar toda la calle.

Según esto, cantonera vendría de "casa del cantón", burdel o mancebía, y las mujeres que allí trabajaban recibirían el nombre de cantoneras, y también el de mujeres enamoradas. Un siglo antes, en el *Cancionero de amor y de risa*, se incluyen los siguientes versos de Rodrigo de Reinosa (c.1480):

Respondió enojada
Isabel de Herrera:
N'os toméis conmigo,
que no soy quienquiera,
que hoy ha veinte años
que soy cantonera.

Francisco de Quevedo hace esta comparación, en *La vida del Buscón* (1626):

Y todo lo juraba por su conciencia, aunque yo pienso que conciencia de mercader es como virgo de cantonera, que se vende sin haberle...

Coetáneamente, A. de Rojas Villandrando, en *El viaje entretenido*, explica así el nombre de la diosa Flora:

...fue una cantonera que dejó por heredero de su hacienda al pueblo romano, y por esto fue tenida por diosa de las flores, haciéndole las fiestas florarias o laurencias...". De hecho, la reputación de esta diosa latina le vino por lo licencioso de su fiesta, entre el veintitrés de abril y el tres de mayo.

Capón.

Descojonado, capado, castrado; eunuco o espadón, término éste procedente del griego *spao* = extirpar los testículos. Es ofensa frecuente en el teatro y la novela de los siglos áureos, tan deshonrosa como la de cabrón. Sebastián de Covarrubias recoge en su *Tesoro de la Lengua* (1611), esta anécdota:

Motejáronse un capón y un confesso; éste le dixo: "¿Cómo le va a su pájaro de V(uessa) M(erced) sin cascaveles?". El capón le respondió: "¿Cómo al vuestro, sin capirote?", motejándole de retajado (circunciso).

En cierto soneto atribuido a Quevedo (primer tercio del siglo XVII): *Capón que quiere agradar damas*, se lee:

¿De qué sirve, capón, enamoraros, y en las justas de amor entremeteros con rocín que en afrenta ha de poneros y al primer apretón ha de faltaros?

Coetáneamente, el valenciano J. Alonso de Maluenda, en una de sus *Glossas*, tiene estos versos curiosos, alusivos al castrado:

Yo sé un capón que dessea
ser más valiente que un gallo, (...)
pues por más que cacarea,
si tiene pico, no alas;
que es escopeta sin balas,
y sin huevos es nidal...

Es voz antigua, documentada en el *Libro de Apolonio*, rey de Tiro, (siglo XIII.). Covarrubias habla de esta bárbara costumbre:

Usávase en los palacios de los reyes y grandes señores servirse de hombres castrados, que pudiessen andar entre las mugeres sin peligro (...). Ciro, según refiere Xenofonte, escogió para la guarda de su esposa eunucos, acumulando muchas razones, por las cuales se persuadía ser más a propósito que otro ningún género de hombres. (...) También se introduxo capar las mugeres; y dizen aver sido el inventor dello Andromio o Andrómito, rey de Lidia, para mayor vicio y continuo uso dellas. (...) Ay que sin necesidad capan a los niños para venderlos o aprovecharse dellos afeminándolos; y esta es gran maldad.

Capullo.

Individuo introvertido y palurdo, que estando muy encerrado en sí mismo se va abriendo conforme se le brinda amistad, o se le da confianza. No hay acuerdo al respecto de la clase de capullo a que se alude: el de la flor, botón vegetal que se va abriendo poco a poco hasta mostrar la belleza que encerraba; o el prepucio, piel móvil que cubre la cabeza o bálano del pene, y que al abrirse muestra la parte interior de la punta del miembro viril. Parece, sin embargo, que el capullo al que se refiere el insulto nada tiene que ver con las flores. Un capullo es una especie de "punta de polla", "cabeza de pijo", "chorra", "carajo", etc.

En este caso es uno más de los recursos expresivos del lenguaje en torno a un vocablo al que tanto partido para la ofensa se le ha sacado siempre: el pene. Cela, que no se ocupa en su *Diccionario del Erotismo* de la voz capullo como término insultante o despreciativo, recoge una graciosa copla que dice haber escuchado siendo muchacho:

Porque una vez no atiné
lo proclamas con orgullo.
Otra vez me colgaré
un farol en el capullo
y en cada huevo un quinqué.

Caracol.

En sentido figurado se dice de quien es lento y parsimonioso en exceso, y también de quien es sucio y vil. Atendiendo al hecho de que es animal cornudo, baboso y que se arrastra, algunos tienen este vocablo como el más grave insulto e insufrible ofensa, ya que con una sola palabra se le puede tildar a alguien de cabrón, adulador servil, y lacayo lameculos. Por esto se dijo aquella frase con que se censura a los maridos complacientes, y a todos los que hacen la vista gorda o miran hacia otra parte ante situaciones o hechos que no debieran consentir: "El buen caracol quitóse de enojos, trocando por cuernos un día sus ojos".

Quevedo, atendiendo a los cuernos de este molusco gasterópodo, da al término categoría de cabrón, poniendo en boca de una moza recién casada la siguiente estrofa:

Y si a mi marido, algunos
maridísimos de bien,
yo sé que al sol han de hallarse
caracoles más de seis.

Caraculo.

Persona inexpresiva, carente de personalidad. Es término de desarrollo popular, aunque con matices más hirientes que sus análogos "carapapa, carapimiento, carapito, carapolla", y así ad infinitum.

Caradura, carota, cara.

Individuo descarado y cínico, capaz de mentir con desparpajo y soltura, negando la evidencia sin pestañear; sinvergüenza, fresco y grosero; a "carota" (término catalán = "máscara"), el castellano dio un matiz despectivo. En cuanto a "cara", vale aquí lo dicho en las voces "jeta, morro". Tener mucha cara: tener rostro. M. Melado hace esta divagación filosófico-etimológica: "La vida es cara y dura, pero a veces la cara es más dura que la vida". Quiere explicar así el origen de la expresión, como sinónimo de persona descarada, atrevida e impúdica. En el siglo XIX a estos individuos se los llamó "cara de vaqueta", por la dureza del material: cuero de ternera curtido y adobado, calificando así al sujeto sinvergüenza, que no acusa las injurias que recibe, y que acepta sin inmutarse cualquier imputación, por dura que ésta sea.

Ramón de la Cruz, observador de la vida y costumbres del Madrid popular del siglo XVIII, en sus sainetes usa a menudo el término:

Bien sé,
que debe un buen bastonero
tener perfecta noticia
de personas y deseos,
tener cara de vaqueta.

Carajo a la vela.

Es más tonto que un carajo corriente, e incluso que un carajote. Bobo en grado sumo. Cela, en su delicioso *Diccionario del Erotismo*, cita la *Parodia cachonda de El Diablo Cojuelo*, de Alejo de Montado:

Allí un carajo a la vela
da un grito descomunal
porque tiene purgaciones
y ve estrellas al mear.

Carajote.

Carapijo tonto y bobo, carente de gracia. A su sosez natural se une cierta malasombra. Es un tipo cachazudo, muy lento de reflejos, y de entendimiento tardo. En cuanto a su etimología, es uno de los muchos derivados o hijos léxicos que ha dejado la voz "carajo", no aceptada todavía por los diccionarios al uso.

Carantamaula.

Persona mal encarada; individuo muy feo que, como Picio, asusta a los niños por su aspecto horrible. Es voz compuesta procedente de "carátula"= máscara; y de "maula" = sujeto perezoso, que no cumple con sus obligaciones, gandul y holgazán, tipejo inútil, cobarde y despreciable. El femenino de carantamaula fue, en tiempos cervantinos, la voz "carantoña": mujer de aspecto horrible, muy mal encarada, y lleno el rostro de afeites; vieja que quiere aparentar una lozanía que no tiene.

Carapapa.

Carajote o bobalicón, soso y esaborío o desabrido; caraculo. Persona cargante por la inanidad de su conversación, capaz de "aburrir a un fraile". Es término expresivo y popular, utilizado antaño como sinónimo de inexpresividad y falta de ángel en el rostro. Hoy es voz desusada.

Carapijo.

Carapolla y tontorrón un poco borde, capaz de ponerse en ridículo en una reunión de bobos. Es insulto equivalente a una mezcla, a partes iguales, de "carajote" y "caraculo".

Carca.

Forma abreviada y jergal de "carcunda", individuo enemigo de innovaciones, con entrecruzamiento de la voz "carcamal", y el recuerdo del sustantivo "carcoma". Carcunda es calificativo que se dio antaño a los carlistas, facción monárquica adscrita a las pretensiones sucesorias del hermano de Fernando VII, D. Carlos M^a Isidro, contraria a que Isabel II reinara. Hoy se dice del individuo con ideas políticas conservadoras. Pretende ser calificativo ofensivo e insultante, asociado con "viejo y reaccionario". Despectivamente se dá a la gente de orden, tildándose, a quien en ideas políticas o sociales ha anclado. Como en tantos otros usos lingüísticos, fue Benito Pérez Galdós quien primero echó mano del término con carácter ofensivo e insultante.

Carcamal.

Persona vieja y decrepita, llena de achaques y malos humores. Antaño fue voz ambivalente; el poeta José Zorrilla pone en boca de una de sus criaturas dramáticas la siguiente frase: "Mi tía es un carcamal que necesita reposo". Sin embargo Antonio Flores, coetáneamente, utiliza el término con carga negativa: "Lo único que me extraña es que, siendo un carcamal como yo, quiera hacer el galán de comedia".

En cuanto a la etimología, cree Joan Corominas (*Diccionario Crítico Etimológico*) que pudo haber derivado de una variante de cárcamo, en el sentido de carroña, de donde también se diría "viejo achacoso", y de allí: carcamal. En el siglo XVIII ya tenía ese valor semántico. A América llegó el término, convirtiéndose en "carcamán": persona decrepita. En el vascuence vizcaino, *karkano* se llama a la caja de muertos. Este cúmulo de cosas, como fermento lingüístico puede haber dado lugar a la creación del término "carca" (véase), como diminutivo de carcamal.

Carcunda.

Es lo mismo que "carca". Persona reaccionaria y retrógrada en el sentido etimológico de la palabra: que va hacia atrás. El carcunda tiende a la nostalgia; es un sentimental de la política, que querría abolir lo nuevo y restablecer las formas del pasado. Es término tal vez procedente del gallego-portugués *corcunda*, en el sentido de "avaro, egoísta, mezquino, corto de miras y estrecho de mente", pero véase también lo que decimos en la voz "carcamal". Nació como calificativo político en el Portugal convulso de principios del siglo XIX, donde hubo dos partidos: constitucionalistas y absolutistas, o malhadados y carcundas. Estos últimos, también llamados miguelistas, eran los partidarios de volver a las situaciones antiguas..., es decir: los carcas o reaccionarios, los carcundas. Se documenta con el significado moderno, en las novelas del escritor murciano Selgas Carrasco, de mediados del siglo pasado.

Carroza, carrozón.

Viejo; persona anticuada; maricón maduro. Tiene puntos de contacto con el carca y el retrógrado. Es término de creación reciente, surgido por diversos cruces léxicos y conceptuales a niveles un tanto inconscientes, que funcionan por oposición:

progresista / ultraconservador
 coche / carroza
 joven / viejo
 carne joven / carroña
 sufijos -oso, -uzo, etc.

Todo lo cual habla de antes y después, situándose el hablante entre los segundos. El término catalizador de ese enjambre de ideas e intuiciones es la voz "carroza", paradigma de cosa pasada y vieja, aparatosa e inútil. Con esta voz se cruza la de "carroña" o carne corrompida, con que se alude al carcamal que desea gozar de los verdes racimos de la juventud.

Cáscara amarga (ser alguien de la).

En el *Diccionario de Autoridades*, del primer tercio del siglo XVIII, se dice del individuo valentón y bocazas que se pasa la vida provocando y armando gresca. El término experimentó cierto cambio semántico durante el siglo XIX, en que se dijo de los individuos que abrigaban ideas avanzadas; por extensión, se predicó de los progresistas, con lo que el término se politizó. El escritor de la segunda mitad del siglo pasado, Julio Nombela, en sus *Impresiones y recuerdos*, escribe:

Los amigos con quienes pasaba mi abuelo las primeras horas de la tarde en el café que frecuentaba, eran de la cáscara amarga, como llamaban entonces a los progresistas.

El término no estaba connotado positivamente; se entendía por cáscara amarga el individuo de vida licenciosa y excesivamente libre, de quien nada bueno cabía esperar, y que gastaba su tiempo en conversaciones tan largas como inútiles, de las que sólo se sacaba los pies fríos y la cabeza caliente.

Casquivano.

Ligero de cascos; persona que se toma las cosas con excesiva alegría; cabezahueca. Leandro Fernández de Moratín emplea así el término, a principios del siglo XIX: "...A pesar de eso hay quien me llama pedante y casquivano, animal y cuadrúpedo".

Es insulto compuesto, en el que la voz "casco" está tomada en su antigua acepción de "cabeza, cráneo". En tiempos cervantinos se utilizaba el sintagma ofensivo "cascos luzios", con el valor semántico de "hombre de poco seso". Y Sebastián de Covarrubias escribe en su *Tesoro de la Lengua* (1611): "Casco significa algunas veces el hueso de la cabeza que encierra dentro de sí el cerebro, comúnmente dicho sesos...".

En cuanto a la segunda parte del compuesto, "vano", está tomado en su acepción de "huero, vacío".

Cateto.

Pueblerino, rústico, patán. El DRAE recoge el término con el valor de "lugareño y palurdo". Es voz de origen andaluz y etimología oscura. Rubén Darío parece ser el primero en utilizar el término en el lenguaje escrito, a principios del siglo XX. Joan Corominas en su *Diccionario Crítico* ve relación entre el cateto andaluz y la voz portuguesa *pateta*: persona necia, idiota y loca; también descubre concomitancias con la voz "pateto", especie de patoso. Es voz de uso frecuente, que se oye más en Andalucía que en el resto del mundo hispanohablante. La popular canción de los años sesenta, *El Porompompon*, incluye la siguiente estrofa:

El cateto de tu hermano
que no me venga con leyes,
que *pa* eso yo soy gitano
y tengo sangre de reyes...

No es insulto grave, ya que no afecta a la inteligencia ni a la moral, limitándose a calificar formas de vida.

Cazurro.

Malicioso y malpensado; persona reservona y de pocas palabras; sujeto tosco, basto y zafio, un tanto marrullero, grosero e intratable. En el libro de las *Partidas*, de Alfonso X el Sabio (siglo XIII), se lee:

"... las palabras que se dicen sobre razones feas e sin pro, que no sean fermosas nin apuestas al que las habla (...) son e llaman caçurras, que son viles e desapuestas, e non deben ser dichas a hombres buenos, quanto más dezirlas ellos mesmos, e maiormente el rey".

Es de etimología tal vez pre-romana, y voz de uso antiguo en contextos peyorativos; con esa connotación se emplea en documentos navarros del siglo XII, siendo del gusto de Gonzalo de Berceo y los demás autores medievales, que dan al término un valor semántico de "grosero, desvergonzado y ruín". Juan Ruiz aconseja al enamorado que quiera tener éxito:

Non uses con vellacos nin seas peleador,
non quieras ser caçurro nin seas escarnidor,
nin seas de ti mismo e tus fechos loador,
ca el que mucho se alaba de sí es denostador.

Covarrubias escribe, en su *Tesoro de la Lengua* (1611):

...palabras caçurras son las que no se pueden pronunciar sin vergüença del que las dize y del que las oye, como nombrar el miembro genital (...) y otros vocablos semejantes, que los villanos suelen hazer la salva.

En cuanto a la etimología, se dijo "cazurro" del toscano *caço* = verga, miembro viril, y de ésta palabra se dijeron todas las demás voces cazurras, etimología errada, dado lo antiguo de su empleo en castellano. El *Diccionario de Autoridades*, (primer cuarto del siglo XVIII) suaviza así su contenido semántico: "Cerrado y de pocas palabras; retirado de la comunicación humana, y con el semblante triste, macilento". Con ese valor ha llegado hasta nuestro tiempo, entendiéndose por cazurro el sujeto introvertido y silencioso, un tanto malhumorado y con cara de pocos amigos. En Aragón se entiende por tío cazurro al solterón viejo que vive en casa de un hermano o sobrino, especie de machucho que se ha hecho a la soledad y la misantropía. Hoy se tiende a hacerlo sinónimo de palurdo, paleta malicioso y desconfiado.

Cebollo, cebolludo, cebollino.

Persona basta, sumamente ordinaria y tosca, que a esas notas de carácter une la condición física de ser gruesa en exceso, de cuerpo abultado y un tanto retaca. Sujeto torpe, de gran rudeza, que no sabe estar ni guardar las apariencias. Su empleo como sinónimo de ignorante y zafio está relacionado con la fama que tuvo la cebolla de afectar negativamente a la razón y al sentido, acrecentando la parte animal del hombre: su capacidad reproductora, tornándole cachondo, pero bobo. En lo relacionado con "cebollino", es voz que formó parte antaño de un sintagma ofensivo: mandar a alguien a escardar cebollinos era tanto como enviarlo a la mierda, o a hacer puñetas. También se dijo "cebolludo" a quien tiene gustos ramplones y viles.

Cegajoso.

Legañoso, que de manera habitual tiene los ojos cargados y llorosos. Es voz de uso muy antiguo, que utiliza a menudo Gonzalo de Berceo en el primer cuarto del siglo XIII. Diego Gracián, humanista del siglo XVI, utiliza así el término:

"Los lisonjeros de Dionisio, cuando estaba él cegajoso, hacían que se caían unos sobre otros..., fingiendo estar ellos también cegajosos".

Cegato, cegatón.

Muy corto o escaso de vista. Utiliza el término el maestro Gonzalo Correas, en su Vocabulario de refranes, en el primer cuarto del siglo XVII.

Cencerro.

Se dice de la persona alocada, ruidosa y desatinada. En León, mujer de vida excesivamente ligera, y de cuya honestidad u honradez se sospecha. En el siglo XVI se dijo "cencerros" a los hombres parlanchines, impertinentes y bulliciosos, y a las mujeres excesivamente parleras y ventaneras, que gustan de ser vistas, oídas y notadas. Hoy se emplea familiarmente, en ámbitos de la amistad, en la frase "estar como un cencerro", que significa no regir alguien bien, estar tocado o mal de la cabeza.

Cenizo, ceñiglo.

Como el cenutrio, es un gafe; sujeto que arrastra mala estrella y contagia su mal fario a quienes se relacionan con él. En su principal acepción, es nombre de planta también llamada "ceñiglo, o verga de pastor", de hojas cenicientas. En algunos sitios se ha utilizado para extraer de ella la sosa. Proliferan en estercoleros y tierras viciosas, entre plantas espinosas y de aspecto sucio. Esta circunstancia hace que Juan Ruiz, en su *Libro de Buen Amor* (primer tercio del siglo XIV), diga de cierta serrana sucia:

Nunca desde que nascí, pasé tan grand peligro
de frío: al pie del puerto falléme con vestiglo,
la más grande fantasma que vi en este siglo,
yeguarisa trefuda, talla de mal çenniglo.

Pero amén de lo dicho, el término en cuestión deriva de "ceniciente" (de color ceniza); en algunos sitios se dijo "cenízaro". Sánchez de Arce, en la segunda mitad del siglo XVI, sitúa esta planta en un contexto o ambiente negativo, hablando de ciertas tierras malas donde sólo se crían "abrojos, cardos, espinas y ceñiglos", plantas todas ellas de aspecto ceniciente, polvoriento y sucio, cuya presencia no barrunta cosa buena, ni da lugar a esperar buena ventura. En general, se predica o dice del individuo que trae a los demás mala sombra o suerte desastrada y adversa. Esta acepción tiene que ver con su parentesco con la voz "ceniza", símbolo de muerte, aniquilación y espanto.

Cenutrio.

El término se emplea hoy, en la calle, con la acepción principal de "persona boba y torpe". Es voz de creación expresiva, a partir del sustantivo "ceniza", de la familia de los cenizos y cejijuntos, cejudos o ceñudos. Su valor semántico es el de individuo torvo, hosco y avinagrado, cuyo malhumor de fondo puede estar provocado por dolencias de tipo gastrointestinal. De aspecto sombrío y actitud pesimista, se muestra derrotista ante los acontecimientos de la vida, tratando de contagiar esta visión a cuantos con él conviven o se relacionan. Es voz heredera del contenido semántico que tenía antaño la palabra "ceñudo": Sujeto que muestra enfado, disgusto o pesar sin causa determinada; persona que frunce el ceño, encapotando las cejas para denotar enojo o gravedad y seriedad necias. Tiene puntos de contacto con el gafe, y puede, en un momento dado, dar el mal de ojo o fascinación. Cargado de energía negativa, el cenutrio esparce por doquier su profundo resquemor y enfermiza melancolía.

Ceporro.

Se dice del individuo rudo, basto, de poco ingenio. En su acepción principal, el término alude a la cepa vieja que, no dando ya fruto, se arranca para leña; también significa resto de tronco o tocón de árbol talado o muerto. En sentido figurado se dijo de alguien que duerme tan profundamente que no sería fácil despertarlo, acepción en la que se cruza con el modorro. El ceporro suele ser un niño, con lo que al resto de sus peculiaridades se unió la inocencia que se supone en la corta edad. Las bases semánticas de la palabra son, pues: infancia, tendencia a dormir de manera exagerada y profunda, simpleza. De ahí que no tardara en sumarse a estas cualidades un cúmulo de significados, una gama de acepciones como las que siguen:

- Incapaz de sacramentos (el bebé sólo puede recibir el bautismo).
- Cabeza de tarro (sólo tiene volumen, pero está hueca).
- Media cuchara (bebé enclenque que come poco, pero está gordo).
- Tolondro.

De todos éstos se dijo que dormían como ceporros. Pero como se limitan a dormir no les queda tiempo para tonterías, por lo que el ceporro, de natural bienintencionado, resulta inofensivo.

Cerdo.

Este porcino, con sus análogos "puerco, guarro, cochino, marrano", animal de bellota, ha recibido tantas bendiciones y piropos por parte de unos, como improprios y vejámenes por parte de otros. A ese estado de cosas ha dado lugar la definición y descripción que del animal se hace:

Animal inundo y sucio que se ceba y engorda para que sirva de mantenimiento. Tiene la cabeza grande, el hocico largo y en la extremidad redondo, rodeado de una carne ternillosa y dura, con que hozca, cava y levanta la tierra o suciedad. Las orejas son muy grandes y puntiagudas, y tiene cubierto de cerda todo el cuerpo.

Junto a estas referencias, en sentido figurado se dice cerdo al hombre desaliñado y sucio, grosero y vil. La palabra es de uso tardío, ya que aparece escrita por primera vez en el *Diccionario de Autoridades*, en el primer cuarto del siglo XVIII, de creación eufemística en su día, cuando "puerco" "marrano" y "cochino", preexistentes, se convirtieron en voces malsonantes que no era de buen tono utilizar en público. De hecho, no conocieron el término los grandes autores del Siglo de Oro, como Cervantes o Góngora. Tampoco el Refranero lo recoge hasta entrado el siglo XVIII, en que se acuñan algunos como los que siguen: "El cerdo no quiere rosas; dale aguas cenagosas"; "el cerdo no sueña con rosas, sino con bellotas". (Véanse además: "animal de bellota", "puerco", "cochino", "marrano").

Cernícalo.

Persona muy bruta; ignorante extremado, de quien se puede abusar sin dificultad, ya que es de natural manso a pesar de su rudeza. Su acepción principal alude a este ave de rapiña, la más extendida en España, conocida y temida porque suele rondar palomares y pajareras para ver de llevarse alguna pieza. Son pájaros ruidosos y osados, capaces de correr cualquier riesgo con tal de asegurar la pieza que se han propuesto cazar. Sin embargo, son asimismo muy domesticables, tanto que con el cernícalo se entretienen los muchachos, haciéndoles venir a tomar la carne directamente de sus manos. Hallar similitudes entre el hombre muy ignorante y pacífico u obediente, y el cernícalo, sólo es posible a partir de una condición que tienen en común: se dejan tratar sin dificultad, y no resulta difícil engañarlos.

Cerril.

Persona grosera y rústica, tosca e inculta. Se toma en sentido figurado, teniéndose *in mente* el adjetivo que antaño servía para referirse a las bestias montaraces y al ganado mular o caballar no

domesticado o asilvestrado, así como a los toros cuando son enteros. Fray Luis de León utiliza el término, aplicado a las mujeres: "Unas hay cerriles y libres como caballos, y otras resabidas como raposas...".

Hoy se emplea a menudo para denotar a la persona que no atiende a razones y se cierra en banda ante cualquier opinión o iniciativa que no sea la suya, o a la que está habituado; se toma asimismo como sinónimo de cerrojo.

Cerrojo.

Se dice de la persona basta e ineducada que al mismo tiempo es cabezota y cerrado de mollera; individuo torpe, de entendimiento bloqueado, incapaz de aprender. Es mezcla de cerril y tocineras: sujeto torpe y tonto, a la par que cabezón.

Chafallón.

Chapucero y torpe; persona que en su oficio hace las cosas de manera tosca e indelicada. Del verbo "chafallar": reparar torpemente, parchear, echar remiendos. Es también voz que se aplica a los escritorzuelos que se limitan a reescribir lo escrito por otros haciendo refritos.

Chafalote.

Llevarle a alguien así es tanto como tildarle de "pijo, polla, chorra, capullo" y el largo *et cetera* de sinónimos de esta particular parte de la anatomía masculina. Se utiliza en sentido figurado, teniéndose *in mente* la acepción principal del término: cuchillo ancho con que los guanteros raspan las pieles. Es término utilizado predominantemente en Argentina, donde se dice de la persona ordinaria, de modales groseros. Algunos quieren sea aumentativo de chafallo, remiendo tosco con que se remediaba un roto o un descosido, sin importar el color del tejido al que se incorporaba. En Panamá y otros puntos de América Central, es sinónimo de desaseado, mal vestido.

Chala(d)o.

Alela(d)o; falto de seso o juicio. Participio pasivo del verbo chalar, voz procedente del caló, lengua gitana en la que significa "irse". Es de uso tardío, ya que se documenta por primera vez en los *Cantes Flamencos*, de *Demófilo*, (segunda mitad siglo XIX). El cambio semántico, de ido a loco, se haría mediante una confusión entre la palabra "chalao" = ido, y otro término también del caló: *chaslao* = loco. Como en el caso de "pirarse", voz gitana que también significa "irse", chalar se experimentó un cambio semántico en la misma dirección: volverse loco. Es corriente asociar esta locura con el trastorno producido por la pasión amorosa; de hecho, en esa dirección va el dicho que afirma: "chalao y enamorado, los dos caen a un lao". En el cuplé *La mujer moderna*, de 1919, se lee:

Pero ahora me tiene chalá
un atleta extranjero muy rubio...

Y otro cuplé muy posterior, *La chula de ayer y hoy*, creación de Mercedes Serós, estrenada por esta cupletista en 1932 (música de Luis Barta y letra de Alvaro Retana), se usa así el término:

Quiere hoy la chula ser peliculera,
 tener un piso con calefacción
 y, enamorada de un galán de cine,
 ya no quiere nada con un chulapón.
 ¿Verdad que sí? ¡Chalás que son!...

Chanflón.

Persona ordinaria, tosca, grosera y basta, poco cuidadosa de su aspecto, y de apariencia desaliñada y sucia. Entre los insultos con que Quevedo distingue a ciertos caballeros en su *Vida del Buscón*, cita a los chanflones: "Caballeros hebenes, hueros, chanflones, chirles". En los siglos de oro equivale también a "mequetrefe, embrollón, chusco y chapucero".

Chapuz, (-s) chapucero.

A la obra manual de poca importancia, hecha sin arte y mal acabada, se llama chapuz; y chapucero, a la persona que las hace. El plural "chapuzas" es despectivo, creado a imitación de "manazas, bocazas", etc. El término chapuz y chapuza se documentan en castellano a finales del siglo XVII, y "chapucero", a principios del mismo siglo en la obra de Del Rosal, *Origen y etimología de todos los vocablos originales de la lengua castellana* (1601). Diez años más tarde recoge el término Covarrubias, en su Tesoro, pero equivocadamente: "...el herrero que haze clavos de cabeça redonda..." definición desacertada que enmendaría en parte el Diccionario de la Academia, en el primer tercio del siglo XVIII. Cree Corominas, en su *Diccionario Crítico Etimológico*, que el término procede de la voz francesa antigua y dialectal *chapuis*. Sea como fuere, su valor semántico, tal como se ha entendido siempre, se ajusta al de esa voz, connotándose con esta palabra "la falta de arte, profesionalidad y esmero" que se pone en la elaboración de una cosa, o el arreglo de otras. Jovellanos, en la segunda mitad del siglo XVIII, utilizó muy a menudo el término, en parte porque se quejaba del grado de impericia a que se había llegado en España en la práctica de los oficios: "¿Y por qué habrán buscado un pintor chapucero, habiéndole aquí el mejor que se halla hasta las puertas de Madrid...?".

Ramón de la Cruz, pone en boca de una criada estas palabras:

-Señora, dice mi ama
 que usted es una chapucera,
 y que está muy mal lavada
 la escofieta...

Chaquetero.

Oportunista y cínico pronto a cambiar de bando si pintan bastos en el que milita. Se dice también de quien se sube al carro del vencedor, desertando de las banderas que servía, olvidando amigos; arribista. Se dice también de quien deja un partido o credo para abrazar otro. Antaño a esta actividad innoble se la

denominaba "cambiar de casaca". Es villanía antigua, documentada a mediados del siglo XVI. La frase pudo haber originado en tiempos de la Reforma Protestante y sus guerras de religión. Católicos y luteranos vestían casacas de colores diferentes, pero con forro cambiado, es decir: el forro de la casaca protestante era del color de la casaca católica, y viceversa. Como deserciones y traiciones eran frecuentes, a quien se pasaba a la causa contraria le bastaba con volver la casaca del revés, a fin de prevenir al antiguo enemigo de sus intenciones de abrazar su causa. Cambiaban de casaca como hoy se cambia de chaqueta, y al truhán que lo hace se le llama de esta generosa manera.

Charrán.

Sinvergüenza y tramposo; pillo, tunante, mala persona capaz de traicionar a sus amigos, a quienes puede hacer alguna jugarreta y gastar malas pasadas. Corominas cree que puede proceder de la voz del árabe vulgar *sharrani* = malvado, aunque por su tardía aparición (segunda mitad del siglo XIX) pudiera derivar de "charro". No obstante lo dicho -y siguiendo igualmente a Corominas- no es descartable una etimología vasca: del término *txarr* = malo, defectuoso, que parece lo más razonable, toda vez que en el vascuence de diversos puntos de Vizcaya existe la voz "charrán" como sinónimo de "diablo", según Resurrección María de Azkue en su *Diccionario Vasco-Español-Francés* (1905).

Chicha ni limonada, o limoná (no ser alguien ni...).

Donnadie. Se dice de la persona inútil, que no vale para cosa alguna; sujeto insubstancial, sosote y pelma, a quien no se le conoce habilidad alguna. La frase funciona con valor adjetivo. La chicha de que se habla es la bebida resultante de la fermentación del maíz tostado, piña y panocha en agua azucarada, que se toma mucho en América Central y del Sur. En cuanto a la limonada es, como el lector sabe, un refresco sin alcohol, muy popular ya en tiempos de Lope de Vega y Cervantes. El porqué de la expresión adjetiva está en que no ser ni una cosa ni otra es tanto como no ser nada.

Chiflado.

Loco o débil mental. Seguramente del término "chiflar" con el valor semántico de silbar, cruzado con otra acepción del mismo verbo: mofarse de algo o de alguien. Covarrubias apunta en su *Tesoro de La Lengua*, hacia la dirección correcta, a la hora de entender el origen del calificativo:

(Chiflar), muchas veces es señal de hacer burla y escarnio de alguno, del cual decimos que le chiflan los muchachos...

Es decir, individuo estrafalario, de aspecto cómico, que lleva tras de sí una turba de rapaces insultándole e incordiándole por su conducta y maneras de loco. Chiflado es tanto como sujeto motejado de orate y fatuo, tomado a chifla, mofado.

Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, en *El traje de luces*, emplean así el término:

Aquí no hay más lezna que usted, ni más cascarrabias que usted, ni más chiflao que usted, que con el toreo clásico está perdiendo la chaveta.

El militar y escritor canario de la segunda mitad del siglo XIX, Nicolás Estévez, en *Fragmentos de mis memorias*, al hablar de cierto capitán llamado Sanz, escribe equivocadamente:

Era uno de los tipos más notables del antiguo Ejército. Había servido en Filipinas, y él fue quien nos importó la chifladura, la enfermedad y el nombre, pues ambas cosas de él proceden. El mismo confesaba no estar en su juicio.

Chinche.

Individuo pesado, porfiado y polémico en extremo; tijeretas cargante y enojoso. Se emplea en sentido figurado, aludiéndose al insecto del mismo nombre, que pica y chupa la sangre de su víctima. Ramón de la Cruz, en uno de sus divertidos sainetes, utiliza así el término, en el siglo XVIII:

-¿Has tomado algo?- Muy poco;
lo dejamos para luego
que se nos vaya esta chinche,
por el gusto de que estemos
todas juntas.

Era voz muy ofensiva en el siglo XVII. Por otra parte, este insecto hemíptero de cuerpo aplastado tenía reputación ambivalente. En tiempos cervantinos se utilizaba en farmacia: "majadas y metidas en la canal de la orina remedian la dificultad del orinar", aseguraba el Dr. Andrés Laguna en el siglo XVI; eran asimismo remedio eficaz contra las fiebres intermitentes: "Siete chinches metidas en la cáscara de una haba y tragadas antes del paroxismo aprovecha a las cuartanas; sin el tal hollejo tomadas, son útiles a las mordeduras del áspide".

Chinchorrero.

Individuo mentiroso y fantasioso, que anda siempre con embustes y patrañas; persona impertinente y pesada, cuentista y chismosa. Deriva el término de la voz "chinche" y su verbo "chincar". Parece razonable Covarrubias en su *Tesoro* (1611), quien da esta etimología: del italiano *cianciorrero*, de *ciancie*: patrañas, mentiras y burlas.

Chiquilicuatro, chiquilicuatre.

Zascandil, donnadie, mequetrefe. Persona de ningún interés y de importancia social nula, con el que no se cuenta; pelanas. Hoy se le conoce con el despreciativo nombre de "mierdecilla". Era insulto corriente en el siglo XVIII, en Madrid. Lo utiliza a menudo en sus sainetes Ramón de la Cruz:

-Usted va después.- No quiero:
y sepa el chiquilicuatro
que la tropa es lo primero
en todas partes.

La terminación en "-e" es valenciana, y se utiliza mucho en aquel antiguo reino y su zona de influencia, hasta Orihuela y Murcia, donde la hemos escuchado en contextos y ámbitos sociales de toda índole, siempre aplicado a personas de muy escasa entidad.

Chirimbaina.

Chisgarabís, vaina, persona sin reputación ni estima; donnadie, meticón y bullicioso, que inicia polémicas y luego escurre el bulto. El término es de principios de siglo; González Anaya, en su obrita *Los naranjos de la mezquita*, de hacia 1930, emplea el término: "¿Qué dices? ¿Ese cabrito, ese chiporro, ese chirimbaina de Argote? -rugía ama Generosa-".

Chirrichote.

Necio; individuo básicamente tonto. Covarrubias creía que el vocablo originó en la forma de pronunciar el latín los clérigos franceses que peregrinaban a Santiago, quienes en vez de decir "kirie...", pronunciaba "chirrie...", de lo que se reían todos ante el "chirrichote" o chirriar de los *kiries* que se armaba. De lo que Covarrubias explica se deduciría una etimología de naturaleza onomatopéyica, de imitación del sonido; pero parece que el término es de creación expresiva, mediante la repetición de la "ch". En cuanto al contenido semántico, es el de "necio y presumido" que sigue teniendo en la Mancha, y que le da Quevedo en el siguiente pasaje:

Saltó el licenciado y díjole gentil chirrichote, dándole una moza como mil relumbres hija de sus padres, más rubia que las candelas, que no sabe lo que se tiene, y hácese de pencas.

Chisgarabís.

Persona inquieta, de ninguna entidad social; culo de mal asiento; entremetido y bullicioso, de escasa estatura y malas trazas y figura. Castro y Serrano, en sus *Cartas trascendentales*, lo emplea así:

Un chisgarabís sin oficio y sin fortuna arranca brutalmente del seno de sus padres a una pobre muchacha enloquecida...

Chivato.

Acusica y soplón. En cuanto a su etimología, nada hay definitivo; al parecer deriva de "chivar", con el valor semántico que el término tiene tanto en la América hispanohablante como en Andalucía y la Maragatería, donde cursa con "molestar, hacer daño, fastidiar, engañar", valores semánticos relacionados con el carácter arbitrario e irascible del cabrito o chivato, circunstancia que también dio lugar al verbo "cabrearse, cabrear". Hay asimismo cruce semántico con "gibar", por proximidad fónica de las palatales iniciales "g, ch". Otros proponen que derive de un término caló equivalente a "persona que habla más de

lo que debe, o que se va de la lengua"; o del verbo de esa misma lengua, *chivar* = envolver, comprometer. Es voz muy ofensiva, sobre todo en ambientes carcelarios y del hampa.

Chocho.

Se dice de quien sabe poco, y se comporta como un niño de pecho. En lenguaje familiar, persona que por un amor exagerado se vuelve medio boba. En algunos lugares es voz con la que se alude al viejo cabrón que todo lo consiente con tal de recibir alguna caricia o arrumaco de la mujer que ama. También se llama, a estos últimos: "chotos", "viejos chochos" y "chochones", que son los cabrones pasados de rosca en lo que toca a su capacidad de aguantar indignidades.

Chorizo.

Ratero, ladronzuelo. Es término procedente del caló *chorí*= muchacho que hurta con arte, dándose maña en sustraer cosas de poco valor. Se utiliza como sustantivo y adjetivo. Es voz que aunque confinada a ámbitos suburbanos, de uso entre gentes del hampa menor, ha cobrado un protagonismo y actualidad inusitados merced a acontecimientos políticosociales que han disparado su uso por los medios de comunicación.

Chorra (ser un...).

Es tanto como ser un "tío pija, un carajo a la vela, tonto en extremo, huevón (véase también "chafalote"). Como sinónimo de pene, no recogido por el DRAE, tiene que ver con una de las acepciones de "chorrear": Salir el líquido lentamente y goteando, en alusión muy gráfica a la salida del semen del órgano masculino. También puede ser palabra de creación expresiva, o incluso aféresis de "pichorra", a su vez forma aumentativo-despectiva de "picha". En la acepción de "ser tonto" que el sintagma tiene, el verbo está íntimamente relacionado con el sustantivo "chorrada", que no es sino "dicho o hecho propio del chorra, del badulaque o imbécil". Hacer el chorra, y serlo, son en la práctica la misma cosa. Hacer el chorra es no actuar cuando se supone que debería hacerse, o intentarse al menos. Es un chorra involuntario, y lo hace, el protagonista de la siguiente jota citada por Cela en su *Diccionario*:

Mientras tú estás en la cama
con las teticas calientes,
yo estoy bajo tu ventana
con la chorra hasta los dientes

Choto.

Es el cabrito que mama, y en sentido figurado y rufianesco, "viejo desdentado que por ser impotente y no querer sin embargo dejar el trato carnal con mujeres, se aviene a satisfacerlas empleando labios y lengua". En femenino, el término experimenta un cambio semántico en la expresión "estar como una chota", que es tanto como estar como una cabra, o completamente loca.

Chulo.

Mezcla de rufián, pícaro, valentón de taberna y bocazas. También se dijo del individuo que se conduce a sí mismo con gracia, desvergüenza y desparpajo barriobajero, distinguiéndose por la afectación y guapeza de su indumentaria o atuendo. Parece que es término de procedencia italiana, de la voz *ciullo* = muchacho, aféresis de *fanciullo*. Entró en el castellano como "chulo" vía un romance de germanía de la segunda mitad del siglo XVI. Juan Hidalgo, en su *Vocabulario*, publicado en Barcelona hacia 1609, da al término el sentido que hoy tiene; y F. del Rosal utilizaba la voz "chula" como sinónimo de "amiga". En los siglos XVI y XVII tuvo valor diferente al actual, ya que era término de uso entre rufianes no para dirigirse a gente como ellos, sino a inferiores considerados pusilánimes o cobardes. Con este valor lo utiliza el bravucón que se dirige al aprendiz de barbero en la novela picaresca *Vida y hechos de Estebanillo González*, del bufón del mismo nombre, (mediados siglo XVIII):

Pues vuesa merced, señor chulo, me alce este bigote, porque donde no, saldré y le quitaré a su amo los suyos a coces y a bofetadas.

Mariano José de Larra (primer tercio siglo XIX), pone al chulo en el siguiente contexto:

La gramática parda es la que yo necesito, me interrumpió el más desembarazado con aire zumbón y de chulo.

En cuanto a los chulos de mancebía, o matones de prostíbulo, que viven de la intermediación o alcahuetería, reciben el nombre de "chulos de puta", y equivalen al rufián tradicional. J. Belda, en *El cojín* (cito por C. J. Cela, *Diccionario...*) emplea así el término:

Las trescientas pesetas que Margarita le había entregado fueron a parar al bolsillo del guardia de orden público de la sección ciclista que hacía con la hetaira funciones de chulo.

Chupasangres.

Explotador aprovechón que lleva a las cuerdas al obrero para ofrecerle el mínimo salario al más alto esfuerzo; se dice también de quien se las arregla para vivir de mogollón; lapa; parásito social.

Chupóptero.

Parásito, término que tiene *in mente* a los himenópteros, insectos libadores o succionadores (chupadores o chupones) de flores; parásito social, o vividor que se bandeja bien por ciertos ambientes y mundillos, haciendo de la intriga su *modus vivendi*. Persona que vive del cuento y de la reputación de otros. Es voz no admitida por los diccionarios al uso, pero bien construida en cuanto a los fines significativos que pretende, y razonablemente extendida y aceptada por el público. El término figura en el *Diccionario de expresiones malsonantes* de J. Martín, publicado en 1974.

Churrullero, churrillero.

Persona desvergonzada y marrullera, charlatana y enredadora, que habla por los codos, pero sin substancia ni fundamento. Cervantes, en *El Licenciado Vidriera*, utiliza así el término:

Esto se dice de los buenos poetas, que de los malos, de los churrulleros, ¿qué se ha de decir sino que son la idiotez y la ignorancia del mundo?

Está íntimamente relacionado con el marrullero, aunque sin usar de tantas zalemas y ocurrencias graciosas como aquél. También se aplicó antaño al chapucero que no conocía bien el oficio, y a quien no importaba dejar las cosas peor que las había encontrado. Es término de curiosa historia, ya que descende del nombre de una calle y mesón napolitanos, lugar de reunión y encuentro del hampa local: la Hosteria del Chorrillo (*Cerriglio* en italiano). Se hace eco de él el autor del *Viaje de Turquía* (1557), de cuyo texto ofrecemos el diálogo entre Pedro y Mata:

Pedro: Nápoles (...) tiene gentil puerto, calles comunes, la plazuela del Olmo, la rúa Catalana, la Vicaría, el Chorrillo...

Mata: ¿Es de ahí lo que llaman soldados chorrilleros?

Pedro: Deso mesmo; que es como acá llamáis los bodegones, y hai muchos galanes que no quieren poner la vida al tablero, sino andarse de capitán en capitán a saver cuando pagan (a) su jente (...) para beber y borrachear.

Cínico.

Individuo que hace alarde de no creer ni en la rectitud ni en la sinceridad, impúdico. A las características descritas uníase antaño las de puerco, sucio y desaseado. Hoy se predica, amén de lo expuesto, del individuo que se conduce con falsedad, hipocresía y mala intención. Conocida es la anécdota de un insigne cínico de mediados del siglo pasado, el duque de Sevillano, que tenía adjudicada la contrata de la paja para los caballos del ejército. Se le acercó un día Isabel II en cierta recepción que daba en la Corte, y le dijo: "Duque, ¿es verdad que os estáis haciendo rico dando paja a los caballos de mis tropas...?"; y el duque, que era de gran presencia de ánimo, y un perfecto cínico, contestó: "Señora, no; al contrario: me estoy haciendo rico no dándosela..." (pero la cobraba). En cuanto a su etimología, procede de la voz griega *kinikos* = perteneciente al perro: El término llegó al castellano vía el vocablo latino *cynicus*, concepto alusivo a la escuela filosófica fundada por Antístenes en el siglo V antes de Cristo, que impartía su doctrina en el gimnasio ateniense llamado *Cynosarges*: pez-perro, lugar destinado a los pobres, esclavos y extranjeros, de donde le vino el nombre a la escuela y corriente de pensamiento por él sustentada. En castellano empezó a usar el término A. de Palencia en su *Universal vocabulario* (finales del siglo XV): "(se dice de quien pertenece a) la secta de los cynicos". Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua* (1611), tiene esto que decir: "Cínico: el que sigue la se(c)ta de los filósofos cínicos, dichos assí del nombre griegos *kinikos*, *cynicus*, *caninus*, *mordax*, *inverecundus* (...). Diógenes fue desta secta. Eran sucios, porque de ninguna cosa se recatavan, teniendo por lícito todo lo que era natural y que se podía executar públiamente, como era el ayuntarse con las mugeres (...); de todo dezían mal, echando sus faltas en la calle. ¡Plega a Dios que no aya agora otros Menipos y Diógenes caninos!

Cipote.

Bobalicón, extremadamente ingenuo y simple, que a estas limitaciones une las notas físicas de obesidad; sujeto desmazelado y sin gracia. Procede del término latino *cipus* = pie del tronco de una planta, y también porra. Con esa acepción aparece en el lenguaje escrito hacia el siglo XV: *çipote*. Tanto en Portugal como en diversas regiones de España y América el término conoció pronto una acepción peyorativa, despectiva e insultante. Así, en Almería equivale a "bobo", y en Sevilla o Murcia es término de comparación con el valor de "pene", diciéndose de alguien que a la calidad de tonto une la de zafio, que es más tonto que un cipote. En la América de habla hispana equivale a "zoquete".

Cobarde, cobardón.

Persona falta de ánimo, valor o coraje; pusilánime y medroso. Su etimología es latina, de *coe* = cola, porque el cobarde vuelve grupas, si va a caballo, o enseña el trasero, si es peón, indicando que recula y huye. Es término antiguo: "covardo, covarde". Lo normal en la Edad Media es encontrarse con la forma "covarde". Así aparece en el *Libro de Alexandre*. A partir de la redacción de la primera *Crónica General*, de 1344, se generalizó el término en su forma actual. Poco antes, Juan Ruiz escribía en su *Libro de Buen Amor*, cantando las virtudes y poderío de Amor:

El amor faz sutil al omne que es rudo,
fazle hablar fermoso al que antes es mudo,
al omne que es covarde, fazlo muy atrevudo,
al perezoso faz ser presto e agudo,
al mancebo mantiene mucho en macebez,
e al viejo perder faz mucho la vejez;
faz blanco e fermoso del negro como pez,
lo que una nuez non val amor le da gran prez.

Tirso de Molina (primer tercio del siglo XVII), en el acto primero de *Palabras y plumas*, pone en boca de cierto caballero el siguiente consejo:

Y mirad que siempre ha sido
el valiente comedido,
y descortés el cobarde.

Entre las injurias de palabra, la más grave junto a sodomita, traidor y blasfemo o desleal. Del poeta de la primera mitad del siglo XIX, M. J. Quintana, son estos versos:

Perdona, madre España. La flaqueza
de tus cobardes hijos pudo sola
así enlutar tu sin igual belleza.

Cochino.

En su acepción figurada, equivale a persona sucia y desaseada. En ese sentido es voz sinónima de "guarro, cerdo, puerco..." Parece que su etimología es onomatopéyica, por imitación del sonido que se emite para llamar al cerdo: *coch, cuch*. En castellano emplea el término (primera mitad siglo XIV), el Arcipreste de Hita en su *Libro de Buen Amor*:

Fuése más adelante, cerca de un molino,
falló una puerca con mucho buen cochino.

La forma "cochino" es, como se deduce del texto del Arcipreste, diminutivo de "cocho": la cría del puerco, o lechón.

Como término insultante y ofensivo, llamar a uno "cochino" empezó a generalizarse en tiempos de Cervantes, en que se relacionaba con la suciedad y con la grosería y ausencia de modales. A quien eructaba en público se le tildaba de cochino. Covarrubias lo define así: "Al hombre sucio, o de mal trato, dezimos que es un cochino".

Cocinilla.

Diminutivo-despectivo de cocina con que se califica a la persona entrometida, a menudo un hombre, que se interesa por cosas domésticas ajenas a su incumbencia, pertenecientes al ámbito de la cocina, improvisándose a sí mismo como entendido en gastronomía, y ofreciéndose a preparar uno u otro guiso; y por extensión: metomentodo pesado y pelma, que no deja trabajar a los demás, mostrándose obsequioso y colaborador cuando nadie solicita su ayuda o concurso.

Colipoterra.

Putas, mujer de mancebía. El erudito extremeño, Rodríguez Moñino, en su edición del *Cancionero General de Amberes*, (mediados siglo XVI), registra el término en una *Canción en la germania*:

No lloréys, colipoterra,
ni me tengáis por gayón
si no os le pongo so tierra
antes que dé la oración.

En otro lugar del *Cancionero* citado, se incluye un soneto titulado *De quantas coymas tuve toledanas*, del que es la siguiente estrofa:

De quantas coymas tuve toledanas,
de Valencia, Sevilla y otras tierras,
yças, rabiças y colipoterras,
hurgamanderas y puturaçanas...

La nómina o lista de voces sinónimas dentro del campo semántico del puterío, es muy abultada, tanto que merece por sí sola un libro o tratado.

Comemierda.

Sujeto vil y miserable que carece de dignidad y es merecedor de desprecio; donnadie, pelagatos, persona de la que no debe fiarse nadie, y de quien sólo cabe esperar bajezas y villanías.

Coñazo.

Se dice de quien es insoportablemente pesado y pelma. Dar el coñazo es tanto como dar la tabarra de forma machacona y constante. El coñazo, incansable en su manía de dar la lata, echa más horas que un sereno. Es voz que pudo haberse formado a partir del sentido figurado del verbo "enconar": "Irritar", "cargar", "exasperar", cuya acción y efecto sería el "enconamiento o encono". Piensan otros que derivaría del término "coñear o coñearse": embromar, burlarse, cuyo efecto y acción sería "coña" en el sentido de broma pesada, o latazo. No faltan teorías para explicar el término. Es también probablemente acertada la que parte de la exclamación castiza "¡Coño!", propia de quien ya ha soportado y aguantado bastante, y que, fuera de sí, casi loco por la tabarra e insistencia pelmaza, sale de sus casillas y lanza al aire, a modo de instrumento de liberación, su "¡coño, deja ya de dar el coñazo!". Sea como fuere -y hacemos abstracción de otras explicaciones menos verosímiles-, pocas frases malsonantes, o términos insultantes e improprios hay tan llamativos como este. No existe cosa igual en otras lenguas. El personaje, el pelma, plomo, pesado, es internacional, pero llamarle "coñazo" es un logro y una conquista netamente hispánicos.

Cornudo.

Cabrón; marido engañado o complaciente. Es insulto de uso temprano: Principios del siglo XII, muy ofensivo siempre, derivado del latín *cornutus*, En el fuero de Zorita de los Canes, en la provincia de Guadalajara, fechado hacia 1180, se lee:

Todo aquel que a algún omne dixiere o llamare malato, o cornudo, o fodido, o fijo de fodido, peche (dos) marauedís, et sobre todo esto iure con dos uezinos, que aquella desondra et aquella mala estanca que la nunco sopo en él.

Años más tarde, en el fuero de Madrid (1202), se prohíbe taxativamente decir a otro hombre cualquiera de las palabras prohibidas:

Toto homine qui a uezino (o) filio de uezino (...) dixierit alguno de (los) nomines uedados ..."fudid in culo" aut "filio de fudid in culo, (o) cornudo, (pague) medio morabetino al renqueroso.

Garcí Sánchez de Badajoz, glosando el romance *Tiempo es el caballero...*, hace burla de estos desgraciados, en la segunda mitad del siglo XV:

Mal de muchos, gozo es,
consuela a cualquier cornudo.

El anónimo autor de las *Coplas del Provincial*, sátira feroz contra los principales personajes políticos de tiempos de Enrique IV, usa a menudo el término, repartiéndolo a diestro y siniestro, tanto a caballeros y clérigos como a damas:

A ti, fray cuco Mosquete,
de cuernos comendador,
¿qué es tu ganancia mayor,
ser cornudo, o alcahuete?
A vos, doña Inés Mejía,
más fría que los inviernos,
¿a cómo valen los cuernos
que ponéis a don García...?

Su carga semántica es altamente vejatoria, ya que atenta contra el concepto e idea que se tuvo del honor en todos los tiempos, haciendo del término "cornudo" un insulto formidable, del que se usó y abusó. En la tragicomedia de Fernando de Rojas, *La Celestina*, (finales del siglo XV), la vieja alcahueta dice: "De cuatro hombres que he topado, a tres llaman Juanes, y dos son cornudos". Es decir, que la proporción en la sociedad renacentista española estaba al cincuenta por ciento.

El cornudo ha recorrido la novela, la poesía y la escena española desde sus principios hasta nuestros días, quedando siempre en ridículo, convertido en blanco de burlas y chanzas. El cabrón aparece agazapado unas veces, y otras desafiante, pues hubo cornudos silenciosos y también combativos. Bretón de los Herreros, comediógrafo logroñés del pasado siglo, en una de sus piezas presenta así al cornudo:

Porque en un breve epigrama
dije de él que era un cornudo,
en mi sangre, el testarudo,
quiere vindicar su fama.

Son muchos los dichos en los que se zahiere o disculpa a quien sufre este mal: "El cornudo es el último que lo sabe", aludiéndose a la ignorancia en que vive a ese respecto. "Tras cornudo, apaleado, y mándarle bailar", frase con la que se critica a quienes pretenden que encima de recibir uno un disgusto, se alegre.

Correvidile, correvedile.

Chismoso que lleva y trae noticias triviales y cuentos; alcahuete un tanto simple y bobalicón, al que no aprovechan sus pequeñas intrigas y mensajerías de pacotilla. Es voz con cierta raigambre en la literatura. El poeta Pantaleón de Ribera, en su *Fábula de Europa*, (primer tercio siglo XVII), incluye esta curiosa estrofa:

Soy de los supremos dioses

embaxador eloquente,
 celestial correveidile,
 y divino mequetrefe.

Corto.

En sentido figurado: tímido, encogido, de poco ánimo y resolución. El *Diccionario de Autoridades*, que recoge el término en el primer tercio del siglo XVIII, añade: "...se dice de quien es irresoluto y de cualquier cosa se embaraza; persona de poco carácter; escasa en la expresión y explicación de las cosas". El término se utilizaba ya en la primera mitad del siglo XVII; Saavedra Fajardo, en su *Empresas Políticas*, escribe:

Unos ingenios son cortos y rudos: a éstos ha de convencer la demostración palpable, no la sutileza de los argumentos.

Y el jesuita F. Núñez de Cepeda, asegura, coetáneamente: "que más quisiera ser notado de inadvertido por corto, que de inmodesto por ardiente".

Con el diminutivo, "cortito", se potencia el contenido semántico del término, rayándose entonces la frontera de la imbecilidad.

Cotilla.

Persona que gusta de meterse en todo, especialmente donde no la llaman; quien toma vela en todos los entierros para enterarse de qué se cuece; individuo entremetido y tunante. Parece que deriva de la voz "cotilla", ya utilizada en el primer cuarto del siglo XVII con el valor de "corsé", prenda interior de que usan las mujeres para ceñirse el cuerpo, o ajustador armado de ballenas. Por ser artilugio exclusivamente femenino en origen, el término pudo haberse extendido en su significación para calificar a la mujer chismosa, que quiere entrar en pormenores y detalles de vidas ajenas. Sin embargo, cuando la voz se utilizaba con el significado principal de "corsé", no tenía el valor semántico de "chismosa". Tampoco recogían con ese valor semántico, a finales del siglo pasado, los grandes diccionarios enciclopédicos del momento, como el *Diccionario Enciclopédico HispanoAmericano*, y otros anteriores. El término, surgido en el XIX, se propagaría a partir de un personaje femenino histórico de mediados de aquel siglo: la tía Cotilla, fanática antiliberal que llegó a matar por sus ideas radicales. En la *Historia del Saladero*, de Morales Sánchez, se aborda el personaje, una tal María de la Trinidad Cotilla que estuvo al frente de una pandilla de ideas políticas absolutistas. Sus crímenes le valieron a ella la pena capital, que se ejecutó en Madrid. Tenía una red de espías y chivatos que le ponían al corriente de cuanto ella estimaba que debía saber, a los que se llamó "cotillas", aludiéndose a quien pagaba sus servicios, María de la Trinidad. A su muerte su nombre pasó a convertirse en sinónimo de persona que se presta a la murmuración y al chismorreo, a llevar y traer infundios, sin importarle la honra de los demás. De ahí pudo haberse dicho lo que el DRAE muy posteriormente recogería: "Cotilla: persona amiga de chismes y cuentos".

Cotorra.

Papagayo pequeño. El *Diccionario de Autoridades* escribe, en el primer tercio del siglo XVIII:

cotorrera: la hembra del papagayo, páxaro bien conocido..., y por semejanza se llaman así las mujeres habladoras.

De cotorrera se dijo cotorra, originariamente término no relacionado con el ave al que alude, sino que al contrario: se dio este nombre al pájaro charlatán por comparación con las mujeres que hablan en el corro, o al habla animada de los mendigos en el cotarro o albergue de vagabundos. De este contexto último deriva su acepción principal: persona bulliciosa y meticona que habla mucho y sin substancia; parlero, parlanchín empedernido. El fabulista canario Tomás de Iriarte usa así el término en el siglo XVIII:

Y desde el balcón de enfrente una erudita cotorra la carcajada soltó...

Cotorrón.

Aumentativo despectivo de cotorra. Se dice del hombre o mujer viejos que presumen de jóvenes; eufemismo para designar el órgano femenino de la mujer metida en años; y en uso metonímico, mujer de edad que aún se interesa por el sexo.

Crápula, crapuloso.

Se dice del individuo de vida desenfadada y entregada al vicio; libertino y calavera, de vida licenciosa e inmoral. Es voz del vocablo latino *crápula*, que a su vez lo tomó del griego *kraipale* = embriaguez. Parece que fue M. de Cervantes el primero en utilizar el término en su poco conocida comedia *La casa de los celos y selvas de Ardenia*. Bretón de los Herreros, más cercano a nuestro tiempo, (mediados del siglo pasado) hace este uso de la palabra "crápula":

Pasa por gracia en la viril caterva
lo que castiga cual atroz delito
en la mujer su infortunada sierva.
No hay un fiero que dome su apetito;
que más aplauden al que más codicia
el lupanar, la crápula, el garito.

La crápula, como la bohemia, formas de vida licenciosa y disipada, se convirtió en calificativo para aquellos que se entregaban a sus desenfrenos, substituyendo al calificativo derivado de ese sustantivo.

Cretino.

Estúpido y necio. Es término curioso en cuanto a su origen y desarrollo: de la voz francesa *chrétien* = cristiano, eufemismo caritativo para llamar a los tontos en la Suiza francófona. El médico español de mediados del siglo XIX, Pedro F. Monlau, escribe:

"...en el cantón del Valés se ha observado gran disminución en el número de cretinos, afectados de bocios y lamparones..."

El mencionado escritor y científico se refiere a enfermos, y no a idiotas. El diccionario oficial incorporó el vocablo a finales del siglo XIX, aunque como insulto su uso es aún posterior: primera mitad del XX. Hoy está generalizado, tanto que se ha olvidado su sentido originario de "persona que padece retraso de la inteligencia acompañado de defectos del desarrollo orgánico", para equivaler a imbécil. Del raquitismo físico se pasó al terreno de la inteligencia y entendimiento; de la enfermedad o desorden orgánico se pasó al plano del conocimiento y la conducta.

Cuadrúpedo.

Animal de cuatro patas (etimología literal del término), bestia de albarda: burro, asno, jumento, acémila; persona sumamente ignorante y estúpida. En los siglos de oro se escribía "quadrúpedes". Leandro Fernández de Moratín utiliza el término, muy a finales del siglo XVIII: "...hay quien me llama pedante, casquivano y animal cuadrúpedo".

Cualquiera.

Con este pronombre indeterminado, usado con valor sustantivo, se alude al hombre o mujer que no merecen respeto. Se usa también como adjetivo indeterminado, predicándose preferentemente de personas de baja condición social y moral a las que consideramos capaces de hacer cualquier cosa. Ser alguien un "cualquiera" es tanto como ser persona vulgar y ruín, de ninguna importancia o valor social; donnadie. En ese sentido usa el término Manuel Bretón de los Herreros:

Viajar en una galera
no es gran lujo el día de hoy,
pero vas con el convoy,
no como viaja un cualquiera.

Referido a la mujer, el término toma matices más peyorativos, siendo sinónimo de "fulana".

Cuco, cucarro.

Taimado, astuto; persona insolidaria que sólo mira por su interés y medro, sin importarle pisar a los demás o marginarlos; tahir. El calificativo originó en la creencia antigua según la cual el cuclillo, o cuco, deposita sus huevos en los nidos de otras aves, ya que él no se toma el trabajo de hacer el suyo propio, para que éstas los incuben o empollen. Es creencia corriente en Castilla, tanto que de ella hay copla que dice:

Soy de la opinión del cuco,
pájaro que nunca anida:
pone el huevo en nido ajeno

y otro pájaro lo cuida.

La tradición clásica da al cuco (voz derivada del griego *koccus* = necio) una fama ambigua de tonto-listo, o de listillo que termina por ser engañado él mismo: la voz francesa medieval *cocu* alude al que convierte a otro en cabrón, poniéndole los cuernos, acostándose con su mujer o amiga, a pesar de toda su astucia y cuidado. El despectivo "cucarro", es asimismo voz de uso documentado ya en el siglo XV. El anónimo autor de las *Coplas del Provincial* da al término el sentido de sujeto que se disfraza de fraile, o fraile aseglarado, que goza de las mujeres:

Mal habláis, fraile cucarro,
muy alto y con mucho brío...

Cuentista.

Chismoso; que tiene la costumbre de llevar y traer noticias menudas y murmuraciones con las que indispone a unos contra otros; persona poco seria; correveidile; sujeto de carácter débil que se va de la lengua cuando lo que conviene es mantener la boca cerrada. También se usa en lugar de zascandil, embrollón y liante. Es término ya en uso en el siglo XVII. Martínez de la Parra, en la segunda mitad de la centuria citada, lo utiliza así:

Los chismosos, los que llevan y traen; los cuentistas; los que siembran la perversa cizaña de la discordia.

Es insulto leve, pero puede tornarse grave cuando se dice a personas que viven de su credibilidad, como abogados, periodistas, sacerdotes, políticos. En cuanto a la frase "tener más cuento que Calleja", se alude con ella al editor burgalés de principios de siglo, Saturnino Calleja Fernández, que fundó la editorial más importante de su tiempo dedicada casi exclusivamente a la edición de cuentos para niños. Se zahiere así a quien anda siempre con excusas inverosímiles, tratando de justificar su conducta una y otra vez, de modo que ya no resulta creíble. De quien adquiere esa fea costumbre decimos que tiene mucho cuento, o que la mayoría de lo que tiene es cuento..., aludiendo a la materia fabulosa y legendaria de los relatos infantiles.

Currutaco, curro.

Lechuguino, petimetre o pisaverde muy riguroso en el uso afectado de las modas; sujeto ridículo que se pasa en el cuidado personal, haciendo del atuendo y la elegancia meta única en la vida; majo que exagera en los movimientos y ademanes, que en el vestir, el hablar y en la forma de conducirse afecta guapeza. Es probable que el calificativo tenga que ver con el andaluz Curro (abreviado de Pacurro, hipocorístico de Francisco), utilizado ya en el primer tercio del siglo XIX; en el Caribe se llama así a los españoles en general, como en Argentina se les llama gallegos. En cuanto al origen de la voz "currutaco", es cruce de curro y retaco: tipo regordete y bajo que resulta ridículo en su pretensión de afectar elegancia y buena planta. El escritor costumbrista madrileño, Mesonero Romanos, en sus *Tipos y Caracteres*, mediado el siglo XIX, escribe:

... Era (el lechuguino) un tipo inocente, de antiguo, que existió siempre, aunque con distintos nombres, de pisaverde, currutacos, petimetres...

Y Antonio Flores, periodista y escritor madrileño de mediados del XIX, describe así al personaje: "... (tenía) dos indispensables relojes, que no podían faltar a un currutaco tan estirado..."

No tardó en convertirse en palabra ofensiva; la misma fonética del término contribuía a ello.

Cursi, cursilón.

Ser "cursi" es presumir de fino y elegante, sin serlo, por lo que quien incurre en cursilería -como se llama la calidad de cursi-, hace el ridículo y manifiesta su mal gusto. J. de Castro y Serrano, curioso autor granadino de mediados del siglo pasado, dice en sus *Cartas vulgares*:

El gabinete, digo, de esta reina (de Agripina), sería hoy cursi seguramente ante el de la esposa de cualquier director de un crédito moviliario...

El vocablo se documenta hacia el año 1865, en el *Cancionero Popular* de E. Lafuente, quien le atribuía origen gitano. Más razonable parece, ya que el término empezó a utilizarse en el occidente de Andalucía, que proceda de la voz inglesa *coarse*, que habría entrado vía Gibraltar. El término inglés connota "cosa u objeto ordinario y grosero, de escaso gusto". Sin embargo, y a pesar de lo atinado de las teorías expuestas, la palabra nació en Cádiz, hacia el segundo tercio del siglo XIX, y empezó a sonar en Madrid durante la revolución de 1868. Se encargaron de difundirla dos jóvenes de la buena sociedad de entonces, en la Villa y Corte: Francisco Silvela y su amigo Santiago Liniers, que publicaron una obra curiosa: *Lafilocalia, o arte de distinguir a los cursis de los Que no lo son*, en uno de cuyos capítulos se analiza la cursería, o cursilería. No queda ahí la historia de esta palabra rica en anécdotas. José María Sbarbi, en su *Florilegio de refranes*, (1873) afirma que a mediados del siglo XIX vivía en Cádiz una familia apellidada Sicur, algunas de cuyas hijas vestían con lujo, pero sin gusto y con afectación ridícula. Unos muchachos, tal vez estudiantes de Medicina, amigos de la broma, habían adoptado entre ellos un lenguaje secreto consistente en cambiar el orden de las sílabas en las palabras, con lo que ellos se entendían, pero nadie los entendía a ellos; para denotar ridiculez y mal gusto, utilizaron el apellido de las muchachas Sicur, con metátesis: Cur-si. Parece origen razonable para este término intrascendente. Pero hay cien teorías más, muchas de ellas centradas en Cádiz, todas con el apellido Sicur por medio. Jacinto Benavente, en el primer acto de una pieza teatral titulada *Lo cursi*, tiene esto que decir, en 1901:

La invención de la palabra "cursi" complica horriblemente la vida. Antes existía lo bueno, lo malo, lo divertido y lo aburrido, y a ello se ajustaba nuestra conducta. Ahora existe lo cursi, que no es lo bueno, ni lo malo, ni lo que divierte, ni lo que aburre; es una negación: lo contrario de lo distinguido.

Seguramente sea la mejor definición de esta palabra inventada.

Cutre.

Persona o cosa de mal gusto y apariencia tosca; miserable, cutrón. También se predica o afirma de quien es ruín y tacaño hasta extremos ridículos. Con este significado entró en el DRAE hacia 1843. En cuanto a su origen, nada hay definitivo. Parece que puede proceder de una variante del término asturiano "cotra" = mugre, voz que a su vez proviene del término *cuitu* = estiércol que se guardaba celosamente

para abono. Juan Ruiz, en su *Libro de Buen Amor* (primer tercio del siglo XIV), emplea así la voz "cutral", derivada de un término antiguo: cuitre, seguramente emparentada con "cutre":

Començó su escanto essa vieja coitral:
Quando el que aya buen siglo seyé en este portal
dava sombra a las casas e reluzié la cal:
mas do non mora omne la casa poco val.

El valor semántico predominante en la voz "cutral" es el de buey o vaca vieja y decrepita que sólo sirve para convertirla en carne. Así, tiene puntos de contacto con "cutre": miserable y de poco valer.

D esastre.

Calamidad; individuo infausto, que trae consigo desgracias e infortunio; gafe de la peor especie que acarrea sobre quienes se relacionan con él sucesos infelices y lamentables. Es de etimología latina, de las voces *dis-* + *astrum* = sin estrella, nacido bajo un mal signo. (Véase "astroso"). También se dice de quien va hecho un fantoche, desaliñado y andrajoso, sucio y malparado; persona rota y desaseada, desastrado*.

Descarado.

Sujeto que habla u obra con desvergüenza y frescura, sin pudor ni respeto, y de manera muy descortés. En el *Tesoro de la Lengua*, (1611) Covarrubias emplea el término en el sentido que hemos apuntado: El atrevido que sin empacho y a la cara habla mal de alguien. El poco conocido, pero gran escritor de mediados del siglo XVII, fray Damián Cornejo, escribe: "Púsose como una víbora, y a muy altas voces empezó a maltratarla llamándole embusterilla descarada".

Hoy se tiende a emplear la perífrasis "tener descaro, mostrar descaro", y cuando se usa el adjetivo se hace apeando la "d" propia del participio: "descara(d)o".

Descerebrado.

Que carece de cerebro o ha perdido el juicio; individuo precipitado y loco; tonto. Es acepción moderna, ya que hasta finales del siglo XIX se entendía por tal la persona a quien se le había descalabrado la cabeza de un golpe o una pedrada.

Desgraciado.

Que carece de gracia física. Persona desagradable. Se dice también del individuo vil, capaz de cualquier fechoría, que llevado de su inconsciencia suele meterse en líos y problemas incomprensibles y complejos. También se emplea para calificar a quien nunca tiene suerte, e invariablemente tiene mal suceso en todo lo que emprende. Una copla del siglo pasado dice así:

Pensando en ti me dormí,
hermoso cielo estrellado;
desperté y me hallé sin ti...
¡Qué sueño tan desgraciado!

Deslenguado.

Desvergonzado y mal hablado; también se dice a los tales "lenguas de hacha, lenguas de víbora, malas lenguas", por lo cortante y áspero de su vocabulario e intención. Fray Luis de León, en pleno siglo XVI, emplea así el término: "...Cual es la subida arenosa para los pies ancianos, tal es para el modesto la mujer deslenguada".

En su tiempo, la definición de este tipo de "fresco" era la que da Covarrubias en su *Tesoro*: "El que tiene mala lengua y de todos habla mal". Hoy tildamos de deslenguado a quien es procaz y de lengua excesivamente libre, más desenvuelta de lo que conviene al trato y costumbres.

Déspota.

Persona que trata a los demás con dureza, abusando de su poder, de manera tiránica, particularmente a subordinados y miembros de su entorno más próximo. Procedente del griego *despotes* = amo, dueño, señor, es término que empieza a utilizarse en España hacia mediados del siglo XVI, en obras del historiador Gonzalo de Illescas, aunque bajo la forma "déspoto": "Esta liga y confederación dio causa de gran temor a muchos de los vasallos de Andrónico, y entre otros al rey o déspoto de Rusia".

Con el sentido peyorativo actual su uso es tardío, la primera mitad del siglo XIX, en que la Academia incorpora esa acepción. El poeta Quintana, lo emplea así:

Al furor de vuestros brazos
caiga rota en pedazos
la soberbia del déspota insolente
que a todos amenaza.

Desvergonzado.

Que ha perdido la vergüenza. Se diferencia del "sinvergüenza" en que éste no la ha tenido nunca, y el desvergonzado, sí. Es voz de más antiguo uso que aquélla. Covarrubias (1611), escribe:

Ay algunos desvergonçados que con mucha libertad piden lo que se les antoja a los hombres honrados y vergonçosos, los quales muchas vezes no osan negar lo que estos tales les piden; y es lo mesmo que salir a saltar un camino, porque aunque lo pidan prestado no tienen ánimo de bolverlo. (...) quien vergüença no tiene, toda la villa es suya.

Es voz de censura y vituperio que se dirige sobre todo a la juventud, al menos antaño. Cervantes, en el Quijote, echa a menudo mano del término: "Andad (...) churrillera, desvergonzada y embaidora..:". En su libro *Filosofía cortesana moralizada*, Alonso de Barros escribe, mediado el siglo XVI, a modo de sentencia: "No hay mozo desvergonzado que en el hablar mucho dude". Y un siglo después, el malagueño F. de Leiva Ramírez de Arellano, utiliza el término en el sentido actual:

Muy largo y mal predicó
cierto religioso un día,
y a una mujer que le oía
mal de corazón le dió (...)
"Pues ¿de qué, (con impaciencia
dijo el padre) aquí le dió?"
y el bellaco respondió:
"De oír a su reverencia".
"Pues ¿cómo el desvergonzado,

(dijo el padre enfurecido)
 sabe que es de haberme oído,
 a questo mal que le ha dado?"
 A lo cual el hombre así
 le respondió en un momento:
 "Yo lo sé porque ya siento
 que me quiere dar a mí".

Dompedro.

Orinal o bacín para debajo de la cama, donde se hacían los excrementos mayores. Por extensión, pobre diablo; donnadie.

Dompereciendo.

Pobre diablo, zascandil que hace ostentación de grandes riquezas siendo un pobretón. (Véase también "don", como insulto).

Don, doña.

Es fórmula del tratamiento cuyo uso antifrástico, o empleo en sentido irónico refuerza el insulto. Con retintín empezó a darse este tratamiento de respeto a quien a todas luces no lo merecía, con la intención de hacer mofa. Este uso se documenta en la literatura medieval. Gonzalo de Berceo en la *Vida de Santo Domingo de Silos*, o en los *Milagros de Nuestra Señora* trata de "don" tanto a un fraile como al diablo para zaherirlo y hacerle burla:

Dijo y Santiago: don traidor palabrero,
 non vos puet vuestra parla valer un mal dinero.

Y en *El Conde Lucanor*, Don Juan Manuel pone en boca de un moro recién casado las siguientes palabras dirigidas a su caballo: "¿Cómo, don Caballo, cuidades que porque non he otro caballo, que por eso vos dejaré, si non ficiéredes lo que vos mandase?"

El mismo uso se hace del "doña" en las *Coplas del huevo*, de Rodrigo de Reinosa (siglo XV):

Para esta doña bellaca,
 doña puta reputada,
 mala hembra, almatraca,
 mal hecha como patraca...

En el paso de Lope de Rueda *Los engaños*, un personaje le dice a otro: "Aguardad, don asno"; y en el *El rufián cobarde*, se lee: "Dejémonos de gracias, don bruto, andrajo de paramento; y vos, don ladrón, tomad vuestra espada..."

En *El Corbacho*, del Arcipreste de Talavera (siglo XV), Fortuna llama a Pobreza "doña villana"; y Pobreza trata a Fortuna de "doña loca engrasada", y tras una pelea, en la que vence Pobreza, ésta añade: "Doña traidora, no es todo delicados manjares tragar... doña falsa mala, no es todo en cama delicada folgar...".

Se llegó a tal grado de abuso del "don" que en el *Tratado de Nobleza* del religioso P. Guardiola, (siglo XVII) se constata esta práctica en chulos de mancebía y fulanas de burdel. En el *Quijote*, el Barbero llama a Sancho "don Ladrón"; Don Quijote se dirige al leonero llamándole "don Bellaco". Es uso propio de las novelas de caballerías. El Renacimiento había puesto en el ánimo de la gente un deseo de superación que a menudo se quedaba en estos usos esperpénticos. Quien podía se compraba la merced de poder llevar "don". En 1644 costaba este privilegio doscientos reales, y el doble si se quería que el hijo lo heredase. No sorprende que Quevedo, en *La visita de los chistes*, escriba: "...en todos los oficios, artes y estados se ha introducido el don en hidalgos y en villanos. Yo he visto sastres y albañiles con don".

Se llegó a tal extremo en el uso de los tratamientos que se devaluaron. Desde Berceo al siglo XX se ha dado el título a lavanderas y dioses; a reyes y santos; a los meses del año y a las fiestas; a alimentos y monedas; a moros y judíos. A una monja vieja que atendía el torno en un convento de Madrid, llamaba un familiar mío "sor doña Consuelo del Santísimo Coñazo". Tal ha sido la profusión y abuso que lo que nació para distinguir acabó siendo insultante.

Dondiego.

Cualquiera; donnadie. Pudo haberse dicho por el nombre de la planta de jardín que abre sus flores al anochecer y las cierra al salir el sol. El dondiego, presume y fanfarronea cuando nadie puede comprobar la verdad de sus fantasmadas, y guarda silencio cuando alguien en la concurrencia puede descubrirlo.

Donillero.

Fullero; tramposo en el juego. Procede del diminutivo de "don": regalo, dádiva, donillo. Vicente Espinel, en su *Vida del escudero Marcos de Obregón* (primer tercio del siglo XVII) utiliza así el término: "Eran de un género de fulleros, que entre ellos llaman donilleros". Para embaucar a las víctimas las agasajaban primero, ganaban su confianza, y una vez en casa, bien bebidos y entretenidos todos, los desplumaban haciéndoles mil trampas. Llamar a alguien así fue insulto grave en su momento, ya que equivalía a tramposo, bellaco y ladrón. Ante ofensa de ese pelaje se sacaba raudo las espadas. Hoy es voz desusada. Su equivalente sería "trilero", pero éstos no utilizan naipes, sino el trampantojo de los cubiletes.

Donnadie.

"Mal se aviene el don con el Turuleque" era expresión que solía añadirse al calificativo humillante de donnadie, por no decir bien en gente de poca calidad el uso de títulos, o presumir de dignidades, pues mal se lleva el "don" sin el "din". (Véase también la voz "don").

Dundo.

Tonto; sonado; tontonazo. Es voz muy extendida en Colombia y América central. Su uso en España lo fue como sinónimo de tullido y loco: "dondo".

Echacantos.

E Sujeto vil y despreciable; persona miserable y ruín; donnadie con ribetes de loco. Quevedo la hace sinónimo de "tirapiedras": persona que no pinta nada en la vida, a quien hoy llamaríamos "mierdecilla".

Echacuervos.

Alcahuete, tercero, rufián de mancebía o chulo de putas; sujeto embustero y despreciable; también se llamó de esta manera despectiva a los bulderos o cuestores que predicaban y vendían las bulas de la Cruzada, pero las falsas, no las verdaderas. Se llamó también así al charlatán y embaucador que andaba como buhonero de lugar en aldea vendiendo productos pretendidamente maravillosos, prometiendo curaciones rápidas y prodigiosas; así mismo trataba de convencer a los campesinos de que con sus fórmulas los cuervos no volverían nunca a sus campos. Gil Vicente había utilizado el término, y también Sebastián de Horozco, (primer tercio siglo XVI), lo emplea con la acepción de buldero; mientras Juan de Torres, en el XVII, lo usa en su primera acepción de charlatán enredador: "Es oficio de echacuervos, vagabundos y gente que por un pedazo de pan mienten muy largo".

Antes, Lucas Fernández, en su *Egloga o Farsa del Nacimiento*, (principios del siglo XVI), había utilizado el término en el siguiente contexto:

¿Andáys a torreznear?
 ¿o quiçá a gallafear
 por aquestos despoblados?
 (...) ¿Sóys echacuerbo, o buldero
 de cruzada...?

Cervantes pone en boca de Don Quijote las siguientes palabras: "¿... pensarán que soy yo algún echacuervos, o algún caballero de mohatra...?".

Es voz olvidada, usada en los años 1950 en algunos ámbitos rurales castellanos como sinónimo de espantapájaros.

Elemento.

Sujeto de cortos alcances, algo tonto y necio, babeiaca; también se usa para aludir a alguien cuyo nombre se omite por carecer de importancia, en cuyo caso funciona significativamente como las voces "fulano, individuo". Pudo haberse dicho de la acepción de la voz "elemento" como sinónimo de cuerpo simple, en el lenguaje de la Física, aunque tal vez sea hilar demasiado fino equiparar simplicidad material con simpleza espiritual del necio. Parece que empezó a utilizarse en la América de habla hispana. (Véase también "quidam").

Embrollón.

Liante, embrollador; que a propósito confunde y hace que otros se confundan; persona que todo lo enreda para salirse al final con la suya. Cree Corominas que es galicismo, derivado de *brouiller* =

mezclar, aunque también puede ser voz derivada del vocablo latino *brollium* = bosque, por lo intrincado de éste. Es término de uso frecuente a finales del siglo XVI. Lo documenta César Oudin en su *Tesoro de las dos lenguas francesa y española*, (primeros años del siglo XVII). Hartzzenbusch recoge así el término, en el XIX:

Llevaban a enterrar dos granaderos
al soldado andaluz Fermín Trigueros,
embrollón sin igual, que de un balazo
cayó sin menear ni pie ni brazo.

Enano.

Se dice de aquello que es excesivamente pequeño en su especie. Por extensión, persona de aspecto ridículo y deforme. Desde la Antigüedad han formado parte del séquito de los poderosos, jugando papel importante en las novelas de caballerías. Así, en el *Amadís de Grecia*, se lee: "Venían con la doncella dos enanos tan feos que ponían espanto...". Era señal de ostentación propia de las casas nobles tener no sólo albardanes o bufones, sino también enanos, mientras más deformes y pequeños, mejor. El Padre Eusebio Nieremberg, en su *Curiosa Filosofía*, (primera mitad del XVII) escribe al respecto del famoso enano Bonamí, que él vió en la Corte:

Así se llamaba un hombrecillo que por la prodigiosidad de su pequeñez fue traído a la Majestad de Felipe III para grandeza de su palacio. Para los que no le vieron se exagera su pequeñez y delicadeza con lo que le pasó a un caballero de esta corte, que en un tapiz le dejó colgado con un alfiler.

En su obra *El Pasajero*, Suárez de Figueroa, (primer tercio del XVII), describe así al mencionado Bonamí: "...átomo de criatura, vislumbre de niño, príncipe de enanos, pensamiento visible, burla del sexo viril, melindrillo de naturaleza".

Antonio de Solís, en una relación de individuos cómicos y bufonescos de la Corte de mediados del siglo XVII, dice: "En cuyo número se contaban los monstruos, los enanos, los corcovados, y otros errores de la naturaleza".

Covarrubias, abundando en el aspecto monstruoso del enano en su *Tesoro de la Lengua* (1611):

Porque naturaleza quiso hazer en ellos un juguete de burlas, como en los demás monstruos, en el espinazo les dio un ñudo, torcióles un arco las piernas y los braços y de todo el cuerpo hizo una reversada abreviatura, reservando tan solamente el cerebro, formando la cabeça en su devida proporción. (...) En fin, tienen dicha con los príncipes estos monstruos, como todos los demás que crían por curiosidad y para su recreación, siendo en realidad de verdad cosa asquerosa y abominable a qualquiera hombre de entendimiento.

A modo de ofensa se dice enano a las personas regordetas y retacas, por mofa; sobre todo cuando se muestran ariscas, resueltas y bravuconas o amenazadoras sin reparar en su menguada anatomía. Al calificativo se une la coletilla de "enano de la venta". Se alude de esa manera a cierto individuo que existió en un mesón sevillano, donde cada vez que se armaba gresca, o que alguien pretendía irse sin pagar, se abría un ventanuco en la parte alta del salón, por donde asomaba una cabezota descomunal, de atronadora voz, que decía: "...si bajo...", con lo que era bastante para que todo se arreglara, por miedo a

que bajara el temible personaje. En cierta ocasión, un valentón de taberna amenazó al personaje en cuestión, quien al hacer acto de presencia provocó la hilaridad de todos por ser un enano. Era el enano de la venta, curioso individuo del que se hace eco José M^a de Cossío en *Los Toros*, en cuyo tomo primero incluye el retrato del Enano de la Venta, que protagonizó actuaciones taurinas en el Madrid de Fernando VII, rey que le brindó su aprecio. Era picador, a pesar de su diminuta estatura, aunque sobresalió en un número bufo consistente en situar en medio del ruedo una gran tinaja, donde se metía cuando el toro embestía hacia él, y de la que salía para hacer sus piruetas y gracias cuando el toro se encontraba a prudencial distancia. Hoy, llamar a alguien "enano de la venta" es tanto como llamarle bravucón estúpido, ya que es incapaz de substanciar sus amenazas.

Energúmeno.

Es término procedente de la voz griega *energoumenos*: "persona influida por un mal espíritu". Por extensión llamamos así a quien sin ton ni son monta en cólera mostrándose en extremo irritado y furioso, alborotándose por motivos nimios, poniéndose fuera de sí ante pequeñas contrariedades. Para Covarrubias vale tanto como "endemoniado o poseso"; en su *Tesoro de la Lengua* escribe (1611):

...nunca está quedo con el desasosiego que tiene y alteración de la cólera adusta que le turba la razón. Y llamamos a los endemoniados energúmenos por la inquietud en que les pone el enemigo, que rompen los vestidos y se despedaçan las carnes y se precipitan (...) por la eficacia y poder que el demonio tiene sobre ellos...

El Padre Isla, en su *Fray Gerundio de Campazas*, utiliza así el término, (primera mitad siglo XVIII): "Era tal el calor y vehemencia con que hablaban, que no parecían sino dos energúmenos".

Su uso más común, aplicado a las personas, es el de individuo ingobernable, que no acepta razones, y prefiere resolver las cosas por la fuerza bruta, o imponiéndose con malos modos. Funciona más como sustantivo que como adjetivo.

Engendro.

Aborto, feto, espantajo. Tiene connotaciones físicas y morales: monstruo, deforme, criatura mal formada. Muchacho perverso, en cuyo caso se hacía preceder el calificativo del adverbio "mal". Antaño iba acompañado de la coletilla "del diablo", en cuyo caso el así llamado se convertía en carne de Tribunal del Santo Oficio, o Inquisición. Lope de Vega usa así del término:

No soy, decía el niño,
sino engendro de Marte furibundo,
de polvo y sangre y de furor teñido.

Entrometido, entremetido.

Persona bulliciosa que llevada de su curiosidad mete sus narices en asuntos ajenos ocasionando a menudo, con su conducta, malentendidos, enfados y peleas. Zascandil que se compromete a realizar cosas que no es previsible que pueda llevar a cabo, y que se inmiscuye en aquello donde no le llaman.

Fernández de Moratín, a principios del siglo XIX, emplea así el término, arropado entre un aluvión de insultos:

No hay picarón tramposo,
venal, entremetido, disoluto,
infame delator, amigo falso,
que ya no ejerza autoridad censoria
en la Puerta del Sol...

Coetáneamente, Fernandez Navarrete, en su *Colección de viajes y descubrimientos*, utiliza así el vocablo: "Dijo que no era justo que los entremetidos pretendientes quitasen con ambiciosa solicitud los premios a los que con antiguos servicios y canas los tenían merecidos".

Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua* (1611), asegura que "entrometerse es ingerirse uno y meterse donde no le llaman; y de aquí se dixo entremetido al bullicioso".

Esaborío, desabrido.

Desabrido, sin sabor, soso o insulso. Se decía antaño de la fruta o manjar que carece de gusto; malasombra, sin gracia; persona patosa, desangelada, con su poquito de mala leche, de trato áspero y desapacible. Es voz que Alcalá Venceslada, en su *Vocabulario*, da como típicamente andaluza, aunque su empleo por autores de toda España es abundante en los siglos de oro. Gracián Dantisco, en su *Galateo Español*, especie de manual de buenas costumbres escrito en 1582, abre un capítulo con el texto siguiente: "De los que con hechos y obras son desabridos". Al final del mismo siglo, el padre J. de Mariana, emplea así el término: "Los grandes y ricos hombres del reino andaban alterados y desabridos por las ásperas costumbres y demasiada severidad del rey...".

Bretón de los Herreros, (segunda mitad del XIX), se acerca más al uso actual, aunque sin usar el término con la aféresis, y sin prescindir de la "d" intervocálica propia de los participios pasivos:

-¿No dices nada, Tomás?
¡Qué desabrido estás hoy!

En *El Café de Chinitas*, J. Carlos de Luna usa el término en ambientes realistas propios del costumbrismo del primer tercio del siglo XX, consolidando su empleo en el habla familiar y popular:

...Porque yo era... ¡un aburrío!,
¡un payo desangelao!,
¡un cateto esaborío!,
...desgarbao.

Escalentada.

Ramera, furcia; piltraca o piltrafa; puta de ínfima reputación, que goza de su trabajo; mujer calentona o calentorra que en seguida se pone cachonda contagiando la cachondez a su pareja. Es voz de germanía, participio pasivo de "escalentar": inflamar o enardecer las pasiones. Utiliza el término, en su

Segunda parte del Lazarillo de Tormes, Juan de Luna, (1620): "Afeáronme el caso, diciendo que era un hombre que no tenía (...) sesos en la cabeza, pues quería juntarme con una ramera, piltrafa, escalentada..."

Escoria.

Cosa vil, desechable, de ningún valor o estimación. El historiador del siglo XVIII, Martín Fernández de Navarrete, en su *Colección de Descubrimientos y Viajes*, emplea así el término: "Son los muchachos expósitos y desamparados hijos de la escoria y hez de la república".

Antes que él, Cervantes había empleado la palabra con idéntico sentido, en los siguientes versos:

Todos con instrumentos en las manos
de estilos y librillos de memoria,
por bizarría y por ingenio ufanos,
codiciosos de hallarse en la victoria
que ya tenían por segura y cierta,
de las heces del mundo y de la escoria.

Hoy como ayer, equiparar a alguien con ella es tanto como compararle con la basura, valor que ya tiene el término en el *Tesoro de la Lengua*, de Covarrubias (1611), para quien "escoria es toda cosa vil y desechada", de acuerdo con la etimología del término: de la voz griega *skor*, latín *scoria* = excremento. Con ese valor es voz utilizada por Gonzalo de Berceo en el siglo XIII.

Estafermo.

Se tilda de estafermo, en sentido figurado, a la persona que permanece parada, embobada y carente de acción. Se diferencia del pasmarote en que a éste le dura menos el estado de enajenación pasajera, que a aquél. Su embobamiento, estupefacción o arrobo es más duradero. Covarrubias, en su delicioso *Tesoro de la Lengua*, (1611) escribe:

Es una figura de un hombre armado, que tiene embraçado un escudo en la mano izquierda y en la derecha una correa con unas bolas pendientes o unas bexigas hinchadas; está espetado en un mástil de manera que se anda y buelve a la redonda. Pónenle en medio de una carrera, y vienen a encontrarle con la lanza en el ristre, y dándole en el escudo le hazen bolver, y sacude al que passa un golpe con lo que tiene en la mano derecha, con que da que reyr a los que miran. Algunas veces suele ser un hombre que se alquila para aquello. El juego se inventó en Italia, y assí es su nombre italiano, estafermo, que vale "está firme y derecho".

Esta forma de diversión desapareció ya en tiempos de Jovellanos, quien se queja así del olvido: "... las capitales van perdiendo hasta la memoria de sus antiguos manejos, parejas, juegos de cañas, de sortija, de estafermo..."

Su etimología va implícita en el nombre, formado por las voces italianas: *stá fermo*= está firme.

Estólido.

Individuo falto de razón y discurso; mentecato, estúpido, sujeto sumamente necio. Es voz surgida hacia el primer tercio del siglo XVII, en que la utiliza Fray Hortensio Paravicino: "Y dice de él Plinio, que es tan bronco y de tan bruta simplicidad, tan estólido... que en la misma red a que le redujo la caza se echa a dormir".

Dos siglos más tarde, el estólido sigue siendo igual de estúpido. Bretón de los Herreros lo trata así en su teatro:

-¡Qué estúpido es ese joven,
qué mentecato, qué necio,
y qué estólido y qué torpe...!

Estrafalario.

Sujeto de aspecto desaliñado y extravagante, tanto en el porte y atuendo como en el discurso y en la conducta. También, hombre miserable, capaz de alguna vileza. El *Diccionario de Autoridades* recoge el término, en el primer cuarto del siglo XVIII, y remite, como fuente en cuanto a su uso escrito, al dramaturgo Antonio de Zamora, quien en 1700 hace este uso del vocablo:

Pero espera, que él, si no
miente el traje estrafalario
de clerizonte bolonio,
viene por la calle abajo...

Es voz de origen italiano, del verbo *strafare* = exagerar, contrahacer; aunque no faltan eruditos que creen lo contrario: ser palabra de origen castellano, teniendo en cuenta la cronología de su uso en ambos idiomas. En cualquier caso, fue término de uso popular en Italia, y muy extendido en España a partir de la segunda mitad del XVIII, llegando al XX como término de uso en zarzuelas, comedias ligeras y desenfadadas, canciones, y vodeviles. En el cuplé de *El mozo crúo*, (1903) se escucha lo siguiente, en clave política:

Cuando Dios creó al cangrejo
dijo: Por estrafalario
tú serás siempre la pauta
del partido reaccionario.
Siempre pa'atrás...

Hoy, como calificativo peyorativo roza el insulto, sin llegar a la ofensa; es término de naturaleza descriptiva, que ha perdido las connotaciones morales o espirituales que tuvo antaño, de "hombre miserable capaz de ruindades".

Estulto.

Variante culta de "necio, tonto". Es voz derivada del latín *stultus*, con el valor semántico de persona incapaz de razonamiento; es término de uso relativamente reciente (segunda mitad del siglo XVII). Se utilizó, sin embargo, un verbo "estultar" a mediados del siglo XIII, con el significado de "insultar, maltratar", valor que conserva todavía en hablas alejadas de la evolución natural de la lengua, como el judeo-español, o ladino, hablado en Turquía, Jerusalén, Túnez, y otros puntos del Mediterráneo donde la diáspora sefardí llevó a los judíos de habla hispana a finales del siglo XV. Con el significado citado, el de motejar a alguien de necio, he comprobado su existencia en barrios sefarditas de Jerusalén.

Estúpido.

Persona notablemente torpe para comprender. Se dice del sujeto de difícil entendimiento, incapaz de alcanzar aun las cosas más sencillas. Es voz derivada del latín *stupidus* = aturcido, voz latina que deriva a su vez de *stupere* = estar atónito y pasmado. No es palabra de uso anterior a finales del siglo XVII, generalizándose su empleo a partir del XIX, seguramente por influencia francesa, lengua en la que tuvo amplia presencia en el XVI. Leandro Fernández de Moratín, al hablar del teatro anterior a su época, dice con notoria injusticia: "El teatro, tiranizado entonces por estúpidos copleros (...) sólo se alimentaba de disparates". Y el poeta Quintana, escribe: "Por ignorantes y atrasados que estemos, no somos ciertamente estúpidos.. ". Es decir, que la estupidez es condición más negativa que la ignorancia y el atraso, pues éstas no afectan a la capacidad de pensar, sino sólo a la instrucción y el acopio de conocimiento. Por lo general no se emplea adecuadamente el término, toda vez que la nota principal de su personalidad es el asombro, la estupefacción, el estupor o pasmo momentáneo que deja a estos sujetos con la boca abierta. El estúpido es un pasmón, un tolondro que obra dando palos de ciego, llevado del asombro y deslumbramiento que algo desde el exterior le provoca; un auténtico caso de papanatismo. El uso actual, desvinculado de la etimología, lo equipara con el chulo avasallador e ineducado que no respeta normas, o con el individuo que tiene de sí mismo una idea exagerada e intenta imponerla a los demás. Y es que entre la inmensa gama de especímenes que pululan por el patio social no resulta sencillo decidirse por un calificativo solo, a la hora de definir a este o aquel mastuerzo, o al perillán de turno.

F acineroso.

F Sujeto malvado, lleno de delitos, desbocado, disoluto; delincuente que anda fuera de control, al que la Justicia se muestra incapaz de echar el guante. Es término derivado culto de la voz latina *facinus* = hazaña criminal, y voz ofensiva en castellano desde finales del siglo XV. Lope de Vega, en su *Corona trágica*, hace este uso del vocablo:

El pecho del traidor facineroso
resplandeciente peto guarnecía:
que así se suele armar la cobardía.

Coetáneamente, Covarrubias, (1611) bajo la voz "facinoroso", dice lo siguiente en su *Tesoro de la Lengua*:

Facinoroso. Hombre que en la república ha cometido grandes delitos y tiene inclinación a continuarlos. Estos, o son hombres tan poderosos que nadie les osa ir a la mano, o son favorecidos de los tales, y debaxo de su sombra matan y roban y nadie se osa quejar dellos; ni la justicia procede de oficio, porque no siendo el delito público y que lo asgan con el hurto en las manos, no ay quien ose testificar contra él...

Facha.

Acepción corriente del término hasta tiempos recientes ha sido la de mamarracho, adefesio, persona desastrada, que va hecha una pena en lo que al vestido e imagen se refiere. Hoy se ha cargado de tintes y matices políticos negativos, cursando con "conservador", "ultraderecha", "fascista"; el término suele ir acompañado de "carca". Es antónimo de "rojo". (Véanse también "fachendón y carca").

Fachendón, fachenda, fachendoso.

Individuo vanidoso, muy pagado de sí mismo, jactancioso y un tanto bravucón. Corominas cree ser voz procedente del término italiano *faccia* = cara, de ahí que esté relacionado con el "cara"; pero también podría proceder del italiano *sfaccendato* = *uomo miserabile*: persona miserable y de aspecto desaliñado, sucio y estrafalario, término utilizado en el primer tercio del siglo XVIII, en italiano, por Nicolás Capasso. Usa el vocablo Ramón de la Cruz en sus sainetes, en tono festivo:

¿A qué viene esa fachenda,
si eres como un caracol,
y sales a cenar fuera
de casa...?

Bretón de los Herreros, en su teatro, da al término un matiz nuevo: el de sujeto superficial, que todo es apariencia y pose, sin substancia:

Leer mi adorada prenda
tanto concepto importuno,

y enviar a ese fachenda
 noramala, todo es uno.

Fanfarrón.

Valentón amigo de bravatas y baladronadas; matón y fantasmón que se las da de valiente no siéndolo tanto, preciándose de lo que no es. El uso de esta palabra ha sido siempre más o menos el mismo. Cervantes, en el siglo XVII, Félix María de Samaniego, en el XVIII, y Bretón, en el XIX, los tres abordan al personaje de parecida manera:

Aquí, un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá, un desaforado bárbaro fanfarrón... (Cervantes).

Así son los cobardes fanfarrones, que se hacen en los puestos ventajosos más valentones cuanto más medrosos... (Samaniego).

Desprecio a los fanfarrones que escupen por el colmillo, y les doy de bofetadas sin necesitar padrino. (Bretón de los Herreros).

Covarrubias (1611) lo retrata de esta moderna manera: El que está echando bravatas y se precia de valiente, hablando con arrogancia y jactancia, siendo un lebrón y gallina. Es término castellano de creación o generación expresiva, que aparece a principios del siglo XVI, y que ha contribuido a formar vocablos similares en otras lenguas: el italiano *fánfano* (enredador y parlanchín), el francés *fanfare* (música rimbombante, fanfarria). Su uso está muy extendido en todos los niveles de la sociedad, aunque está perdiendo terreno ante la aparición de gran cantidad de voces nuevas que ocupan su campo semántico, su territorio significativo, como "fantasmón", "macarra", "mojarrón".

Fantasma, fantasmón.

Fanfarrón, bravucón y presuntuoso. Persona llena de vanidad y jactancia. Farfolla, que sólo tiene apariencia. Nicolás Fernández de Moratín emplea así el término, a mediados del siglo XVIII:

Pues a mí aun el ir contigo
 me da temor y vergüenza,
 porque todos son fantasmas,
 postes, visajes y muecas.

También se dijo de quien llevado de su fantasía y capacidad fabuladora anda siempre forjandose quimeras en aras de su poderosa imaginación. A finales del siglo XVI el término tenía valor semántico diferente, en lo que a materia insultante se refiere. El autor del *Tesoro de la Lengua* recoge ese empleo (1611): "Del hombre seco, alto y que no habla dezimos que es una fantasma".

Fantoche.

Persona sin criterio. Del italiano *fantoccio*: muñeco. A principios de siglo, hacia 1915, fecha de introducción del término en castellano, su valor semántico era el de títere, y por extensión: sujeto aniñado de figura ridícula. Su acepción en los años 1980, de individuo informal y vanidoso, ha sufrido en nuestro tiempo un salto significativo: pelele, mamarracho, donnadie, farolón.

Faramalla.

Se dice, por extensión, de la persona que gusta de la charla artificiosa, chirle e insubstancial, de la que usa con el propósito de alucinar, engañar o seducir. Vale tanto como farfolla, faramallón o faramallero. Sujeto frívolo, de más ruido que nueces, que siempre anda ocupado en engaños y falsías. Es voz de probable etimología latina, del término "fari" = hablar.

Faramallero.

Trapacero que con astucias y falsedades procura engañar a los demás en cualquier asunto de compra, venta o cambio. Sujeto que con su verborrea atropellada trata de encandilar o entretener a quien pretende embaucar. (Véase también "faramallón, faramalla").

Faramallón.

Trapacero y holgazán, que habla por los codos a fin de engañar al lucero del alba. Enredador que anda siempre con faramallas. En cuanto a su etimología, es término que procede del antiguo *farmalio* = engaño, voz que a su vez proviene de la metátesis del término bajo-latino de uso exclusivo en España: malfarium, resultante del cruce entre *nefarium* y *maleficium*. Es una de las voces más antiguas todavía en uso, ya que se documenta en el *Cronicón Albeldense* (883). También tiene el significado adicional de sujeto que usa de charlas atropelladas, insubstanciales y anodinas para engañar y hacer daño.

Farfante, farfantón.

Hombre parlanchín, amigo de vanagloriarse mucho, y de contar pendencias y valentías de las que él se dice protagonista y héroe. Para Covarrubias, a principios de siglo XVII, es un "burlador, engañador, parlero y palabrero". El significado primitivo de farfante, al menos hasta finales del siglo XVI, fue el de "bribón, persona que comete crímenes", significado que todavía conserva el término catalán *farfant*. Se documenta en castellano en 1605, en *La picara Justina*, de Francisco López de Ubeda, en que su cruce con la voz "fanfarrón" introdujo el cambio semántico a que nos referimos al principio. En cuanto a su etimología, deriva del occitánico *forfant*, participio activo de *forfar* = cometer un crimen. En cuanto a farfantón, es derivado de farfante, término al que substituyó en el uso popular a principios del siglo XVIII.

Farfolla, farfulla.

Voz onomatopéyica que imita la dificultad de algunos hablantes que balbucean y se atropellan al hablar. Por extensión, se dice de quien quiere enredar a su interlocutor, engañarlo o liarlo. Es lo mismo que farfullero. El comediógrafo riojano del siglo pasado, Bretón, utiliza así el término: "Señor, todo esto es farfulla, compendiada greguería..." Es decir: ganas de enredar y de marear la perdiz, artes éstas en las que estos pájaros son duchos.

Farfullero.

Enredador, mentiroso y trapaza. Puede derivar del portugués *farfalhar* = hablar neciamente. Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua*, (1611) dice que "farfullar" es "...hablar muy apriesa y atropelladamente...". Tirso de Molina gustaba de emplear este calificativo en sus comedias:

...¿Ansí os obliga
el amor que en vos he puesto?
Pues para esta, farfullero,
que yo me sepa vengar.

Amén de lo expuesto en cuanto a su etimología, es término que puede incluirse entre las voces que toman su sentido en la aliteración, l...l, b...b, t...t, f...f, siendo pues palabras de creación onomatopéyica. Así, tanto el farfolla como el farfulla, son intentos de imitación de la actitud balbuciente de quien tiene dificultad real o fingida al hablar. El farfolla, farfulla o farfullero pone tanto interés en enredar que termina por enredarse él mismo.

Fargallón.

Sucio y de aspecto sumamente desaliñado y dejado; persona que se abandona. También se dice de quien hace las cosas tan atropelladamente que terminan en chapuza. Es término resultante de la alteración de "farfallón", a principios del siglo XIX. (Véase también "zarramplín").

Fariseo.

Hipócrita, falso y de mala intención. Persona que cumple con las apariencias, pero que no obra de corazón. El porqué de la equiparación con el hipócrita y falso, de este individuo histórico, perteneciente a una corriente religiosa integrista de tiempos de Jesucristo, lo explica con claridad Covarrubias, (1611) en su *Tesoro de la Lengua*:

Es nombre hebreo que quiere decir hombre dividido (...) traían cosidos en los hábitos de su religión muchas tiras de pergamino en que estaban escritos los seiscientos y treze preceptos de la ley, y se llamaban *philacteria*, que quiere decir *custodia amoris*, guarda de amor. Pensaban que la guarda de la ley de Dios estaba en dilatar y ensanchar los pergamino, sin cumplir por obra lo que mandaba la ley. Eran hipócritas y cumplían con los ojos de los miradores.

Farol, farolero, farolazo, farolón.

Entre las acepciones recogidas por el DRAE para el término "farol", están las dos siguientes: "Hecho o dicho jactancioso que carece de fundamento"; y "...jugada o envite falso hecho para deslumbrar o desorientar", y que no está apoyado por la realidad de las cartas que se tienen en la mano. El sujeto de esta conducta es el farolero: hombre vano, ostentoso, amigo de llamar la atención sobre sí. Relumbrón, fantasma, un tanto bocazas y otro tanto fachendón. Son voces de empleo insultante relativamente reciente; mediados del siglo XIX, fecha en que los incorpora al diccionario oficial de la Real Academia.

Farotón.

Persona descarada y falta de buen juicio; sujeto desvergonzado, que carece de criterio. Era término todavía en uso, y muy popular, a mediados del siglo pasado, ya que aparece a menudo en comedias y zarzuelas. Recuerdo de tiempos de juventud, hacia los años sesenta, la siguiente escena cómica burlesca de revista musical: "...aquella es la farotona de marras; voyme huyendo de sus garras..: ", y el personaje hace mutis por el foro, aterrorizado ante el personaje que se le acercaba, mientras la gente ríe porque está en el secreto.

Farsante.

Individuo que con vanas apariencias quiere pasar por lo que no es, o finge lo que no siente; sujeto simulador y mendaz, que por medio de embustes y enredos quiere salir airoso de alguna situación. Aconseja Cervantes, en el *Quijote*, por boca de su escudero: "Quítese a vuesa merced eso de la imaginación, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida".

Es voz usada en sentido figurado, teniendo in mente la acepción principal del término farsa, representación, y de allí: farsante. En ese sentido emplea el término, mediado el siglo XIX, el comediógrafo riojano Bretón:

...no es fácil
sin imitarlos quitar
la máscara a los farsantes...

Fatuo, fato.

Necio, tonto; individuo ridículamente engreído y poseído. Estúpido que tiene de sí mismo una idea exagerada, y pasa la vida mirándose el ombligo. Sujeto vacío y vano, que presume y hace gala de conocimientos, virtudes o riquezas sin que para ello haya fundamento alguno. Entre las definiciones ingeniosas que hemos podido escuchar, al respecto de estos insensatos, está la siguiente: "Es fatuo aquel a quien los necios suponen un hombre de talento". En cuanto a su etimología, es voz latina, de *fatuus* = falta de entendimiento o razón, soso o insípido, extravagante e insensato. En el siglo XVI se aseguraba que la mayoría de los fatuos son ridículos, pero que existía una pequeña cantidad de ellos que era

sumamente peligrosa. El fraile madrileño Hortensio Paravicino, predicador de Felipe III y Felipe IV, escribe hacia 1630, siendo ésta la primera documentación escrita del término: "Las cinco eran locas, las cinco, y aún más suena la voz fatuas, más dice aún que necias, mentecatas que acá llamamos".

Y en el siglo XIX, Bretón de los Herreros, con la gracia y soltura que caracteriza a este dramaturgo riojano, hace el siguiente uso del término:

Y esa prima del demonio,
esa fatua presumida...,
¡qué ufana está, qué engreída
con su feliz matrimonio...!

La forma "fato" es la corriente en Asturias, Aragón y Logroño.

Felón.

Traidor alevoso, pérfido y desleal; antiguamente: follón, cobarde y vil. Uno de los improprios más graves a lo largo de la Edad Media y Renacimiento; en el siglo XVII ya sonaba anticuado, por ser voz muy antigua en castellano. El autor del *Libro de Alexandre*, supuestamente Juan L. Segura de Astorga, (mediados siglo XIII) la emplea en la relación que dice haber existido en el sepulcro de Darío el Persa, alusiva al carácter, condición y valía de distintos pueblos del mundo:

Los pueblos de Espanna mucho son ligeros,
pareçen los françeses, valientes cavalleros (...)
ingleses son fremosos, de falsos coraçones,
lombardos cobdiçiosos, alemanes fellones.

Bajo el término "follón" (véase follón, follonero) utilizan este grave insulto e injuria los autores de los libros de caballerías; Cervantes hace el siguiente uso en su inmortal novela: "Te juro...que si pudiera subir o apearme, que yo te hiciera vengado de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre".

Fementido.

Falso y traidor, cuya palabra y testimonio carecen de valor a la hora de dar fé de algo, jurar o prometer, ya que acostumbra a incumplirla. El dramaturgo mejicano del siglo XVII, Juan Ruiz de Alarcón da justo uso al término:

De no verla más os doy
palabra como quien soy,
o quedar por fementido.

Antaño fue insulto y ofensa grave; hoy está en desuso, aunque me dicen Que tiene cierto vigor en la América de habla hispana.

Feto.

En sentido figurado, persona muy fea y malformada; aborto. Es insulto de uso moderno, fuerte y grosero, sobre todo dirigido a una mujer. (Véase también "aborto").

Figurón.

Persona presuntuosa y vana que presume de noble, rico o influyente, no siéndolo tanto; sujeto que pretende hacerse pasar por alguien mejor de lo que es; fantasmón; hombre fantástico y fantasioso que aparenta más de lo que es. Es término de uso corriente en el siglo XVII; Quevedo lo utiliza a menudo. En el XIX, Bretón de los Herreros sitúa al personaje en su perspectiva actual correcta:

-El galán
no era un elegante joven
como yo me figuraba,
sino un figurón disforme...

Filibustero.

En sentido figurado, enredador, embrollón, zaragutero; persona que hace las cosas torpemente; chapucero. Nombre de ciertos piratas, generalmente ingleses y holandeses, que en el siglo XVII infestaron el Mar de las Antillas; aventureros apátridas que sin patente, razón ni derecho alguno se meten en los bienes de otro para apropiárselos. Es de etimología complicada, del inglés antiguo *filibutor* = *filibuster*, lengua a la que llegó procedente del término neerlandés *vrijbouter* = corsario, palabra a su vez compuesta de *vrij* = libre, y *buiten* = saquear. El término hizo fortuna en castellano porque se confundió con el preexistente de "farabustear", voz castellana que equivalía a "robar con maña". Sin embargo, es término de muy tardío uso en nuestra lengua, ya que al parecer no aparece antes del siglo XIX, en que lo cita Esteban Pichardo en su *Diccionario de voces y frases cubanas* (1836).

Independientemente de lo expuesto, sorprende que nadie haya intentado vincular el término al vocablo "filibote": embarcación pequeña parecida a la urca, que se empleaba en castellano a finales del siglo XVII.

Fino.

Astuto, sagaz, que espera la mejor ocasión para cometer alguna trastada. Se dice en sentido antifrástico, es decir, con retintín. Unido a otros calificativos insultantes cobra valor reduplicativo, aumentando la capacidad significativa del término al que se antepone o pospone: "Es, como maricón, maricón fino, muy redomado también ejerciendo de fino ladrón", escribe a mediados del XIX Adelardo López de Ayala.

Finolis.

En lenguaje familiar y de la calle, llamamos así a quien se pasa de fino. Por lo general se dice de la persona que procede con afectación en el trato, y cuyos ademanes son exageradamente corteses, civilizados y refinados. Procede de jergas de rufianes, hablas suburbiales y lenguas de germanía, de donde a través de voces del caló, como *finulé* o *cagarrope*, se predica de quienes se comportan y conducen como los payos.

Foca.

En sentido figurado, persona un tanto retaca -generalmente una mujer-, de extremidades cortas, caderas abultadas, carente de cintura y aspecto sólido y macizo. Es voz muy ofensiva dirigida a mujer joven, sobre todo si ésta reúne las condiciones para merecer el calificativo. Como insulto, es de uso reciente, y carece de antecedentes literarios dignos de mención, aunque en la Andalucía de finales del siglo pasado se utilizaba la voz "nutria": "mujer muy obesa y torpe", en los mismos contextos en los que hoy usamos la voz "foca". También se utiliza el sinónimo de buey marino, más descriptivo, pero menos impactante y sonoro. Recuerde el lector que el insulto, si breve, dos veces insulto.

Fodidencul.

Porculizado, sodomizado. Se dice de quien ha sido penetrado analmente con consentimiento propio, o sin él. Es voz latina, procedente del sintagma *fututus in culum*: sodomita paciente, literalmente "jodido en el culo". En corto, se trata del "jodido", que es en definitiva el significado último de esta palabra altamente insultante, hoy en desuso. En ese sentido emplea el término el *Fuero de Madrid*, del año 1202, donde se lee, a modo de prohibición:

Toto homine qui a uezino uel a filio de uezino dixierit alguno de (los) nomines uedados (como) fudid in culo, aut filio de fudid in culo (...) pectet (peche o pague de multa) medio morabetino.

En las *Coplas del Conde de Paredes a Juan Poeta* cuando *le cautivaron moros de Fez*, en el *Cancionero de obras de burlas*, se encuentra la palabra en cuestión, por otra parte ampliamente documentada como insulto a lo largo de la Edad Media:

¡Ved en qué paro ell" ardid,
fidencul y qué escudero! E
ntrastes por adalid
sallistes por çapatero.

Fodolí.

Entremetido y hablador, que se mete donde nadie lo llama, y da consejos sin que se los pidan, tratando de influir en los demás, interviniendo en sus asuntos y metiéndose en sus vidas. Es término procedente de la voz árabe *fudul*: chismorreo. Se emplea desde mediados del siglo XVI, documentándose en obras del intérprete de Felipe II, Alonso del Castillo. Pudo haberse utilizado antes que en la lengua castellana, en la valenciana: *fodeli*, individuo meticón, que se mete en camisas de once varas. Véase el

Breve Diccionario valenciano Castellano, de Carlos Ros, (primer tercio siglo XVIII), o el del archivero de la ciudad de Valencia, del siglo XVII, M.J. Sanelo que entre las voces que recoge, muchas eran ya muy anticuadas o en desuso en su tiempo.

Follón.

Sujeto vil y traicionero (véase "felón"). También, hombre vano arrogante, indolente, cobarde y de ruín proceder; alborotador y amigo de altercados y broncas. Don Quijote tacha de tal al posadero, que él toma por alcaide del castillo, porque no le dio buen trato: "...era un follón y mal nacido caballero, pues de tal manera consentía que se tratasen (a) los andantes caballeros".

Covarrubias dice en su *Tesoro de la Lengua* (1611) con la gracia que le caracteriza: "Follón es el holgazán que está papando vientos como el fuelle floxo, que cada cuarto se le cae por su parte".

De la etimología que da Covarrubias deriva el error de creer que proceda de la voz latina *follis* = fuelle, y por extensión del sentido: "individuo vanaglorioso, jactancioso y ufano, que se hincha como ese instrumento..., pero de aire". Aparece con ese significado en el cantar de *Mío Cid*, donde el caballero burgalés, refiriéndose al conde de Barcelona, afirma:

El Conde es muy follón, e dixo una vanidat:
"Grandes tuertos me tiene Mío Çid el de Bivar..."

Hoy se usa también con el significado de "fanfarrón, alborotador y follonero", persona amiga de armar jaleo y fomentar peleas en lugares públicos.

Fresco.

Sujeto desenvuelto, que hace virtud de su claridad y franqueza en decir lo que piensa de alguien en su cara. Es sinónimo de caradura y descarado, entre otras acepciones primitivas del término. Es voz de etimología no latina: el germano *frisk* = vivo y atrevido. La etimología citada sería el uso más acorde con la acepción del término como voz ofensiva o insultante, pero no está claro el porqué del calificativo; pensamos que se dice como término afín a "frío", que actúa con frialdad a la hora de cantarle a alguien las cuarenta o decirle las verdades; en la dirección expuesta estaría la siguiente acepción dada al término por el *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, a finales del siglo pasado:

Impávido, sereno y que no se inmuta ni altera en los peligros o contradicciones. Funciona semánticamente en contraposición a "caliente", es decir: movido por el calor del momento, estando los ánimos encrespados y las espadas en alto. El individuo merecedor de este calificativo se salta las normas de convención social o de conducta aceptada a la hora de la crítica. También pudo haberse dicho por el tipo de caras surgidas a mediados del siglo XVI de los pinceles de los artistas italianos que pintaban al fresco, rostros expresivos y claros, que parecían salirse del lienzo.

Frívolo.

Persona voluble, veleidosa, un tanto ligera de cascos, que se comporta de manera informal y poco seria, no dando a las cosas la importancia que tienen. En el siglo XVI, se decía de aquello que por ser fútil carece de "calor y substancia". Juan Rufo, en sus *Seiscientas Apotegmas*, libro de curiosidades de su tiempo (siglo XVI), usa así el término:

Representóse una comedia mal compuesta y peor estudiada, y como al fin della se entremetiese un paso de un vizcaino, natural de Bilbao, frívolo como todo lo demás, dijo: "No pudiera esta comedia tener tanto yerro sin alguna correspondencia en Bilbao".

Quintana, en la primera mitad del siglo, escribe: "El Laberinto, lejos de ser una colección de coplas frívolas o insignificantes, donde a lo más que hay que atender es al artificio del estilo y de los versos...".

Es voz de etimología latina del término *frivolus* = insignificante, que empezó a emplearse en castellano a finales del siglo XV. Lo recoge Alonso de Palencia en su *Universal Vocabulario*: "Foriuolum: Fríuolo. Cosa vil que apenas importa un óbolo o meiaia (...). Palabras frívolas (se dicen) las que no mereçen auer fé". Y más adelante, tratando del término "leve", escribe: "...quiere dezir ligero o sotil; de ningund valor e fríuolo; de poco momento". El término evolucionó hacia la esfera de lo moral a partir del siglo pasado, calificándose con él conductas licenciosas, vidas sensuales, gustos lascivos, que rozan el vicio, aunque sin caer de lleno en la disipación. El frívolo es un diletante, un aficionado, un seguidor a distancia de la vida depravada y perdida. En la *Duquesa frívola*, cuplé que cantaba en 1920 Elvira de Amaya, con letra de Alvaro Retana y música de Luis Barta, se describe el valor semántico del término:

Duquesa que vas por la vida
pensando tan sólo en reir,
contemplando tu loca alegría
se siente un deseo tenaz de vivir.
En nuestro galante siglo (...)
triunfa como nunca la frivolidad.
Danzas y canciones son grato perfume
que nos dan al mundo la felicidad.

Fulano.

Voz con que se evita pronunciar el nombre de una persona, o se alude al individuo cuyo nombre no conviene o no se quiere expresar con la intención de humillarlo. Cervantes tiene por cosa humillante y deshonorosa el ser tildado de tal, tanto en el habla como en la escritura: "No es bien que quede asentado debajo de signo de escribano, ni en el libro de las entradas "fulano, hijo de fulano, vecino de tal parte...".

Ya en el siglo XIX, Hartzenbusch documenta así su uso:

¿No es acción villana
proponerle a un hombre honrado
que falte a lo que ha tratado
porque yo quiero a fulana...?

Puede ser ofensivo o humillante, sobre todo cuando el individuo está presente, tratarle de fulano, con lo que indicamos poco aprecio, cuando no claro desprecio. El término es muy ofensivo en su forma femenina, siendo entonces sinónimo de ramera, mujer rastrera y vil. Esta alteración semántica ya estaba implícita en la voz árabe de la que deriva el adjetivo castellano: *fulán* = "cualquier cosa o persona"; en ese sentido de "cualquiera" se formó muy tardíamente, la voz que tratamos.

Fulastre.

Fullero, mentiroso; sujeto que no pone atención en lo que hace, chapucero; desgraciado y un tanto gafe. Benito Pérez Galdós, a finales del siglo pasado da al término el valor de "cosa desafortunada o aciaga: "año fulastre", escribe el gran novelista, en el sentido de "año perdido tontamente".

Fullero.

Fullero, que hace trampas; embustero y falaz. Se usa a mediados del siglo XVI con el mismo valor que hoy. Cristóbal de las Casas, en su *Vocabulario de las dos lenguas toscana y castellana* lo incluye como equivalente al término italiano *furo*: ladrón, y en compañía del jugador de manos y el rufián. Y Cervantes, en *El coloquio de los perros*, sitúa al fullero en compañía de vagabundos. Coetáneamente a los autores citados, Covarrubias, lo describe así de gráficamente:

El jugador de naypes o dados que con mal término y conocida ventaja gana a los que con él juegan, conoziendo las cartas, haziendo pandillas, jugando con naypes y dados falsos, andando de compañía con otros que se entienden, para ser, como dizen: tres al moyno.

F. de Quevedo recurre al término muy a menudo en sus obras: "Yo tenía ya mis principios de fullero, y llevaba dados cargados, con nueva pasta de mayor y menor...".

Parece aceptable la etimología que algunos dan: de la voz latina *follis* = embustero. Hoy se sigue utilizando el término, al que le han surgido algunas variantes de creación expresiva en medios marginales, como "fulastre", que es individuo jactancioso y falso, mentiroso y bocazas.

Fuñique.

Persona de poca habilidad y maña, un tanto manazas, pijotera y chinche. Es término relativamente reciente, utilizado a finales del siglo XIX con el significado descrito de pejiquera, sujeto aburrido, latoso y pesado. Deriva del verbo *fuñicar* = echar las cosas a perder, hacer algo con torpeza o ñoñería.

Furcia.

Ramera de muy baja condición; buscona contactable en bares de alterne. Parfraseando a Ricardo de la Vega, autor del libreto de *La verbena de la Paloma*, estrenada en el teatro Apolo de Madrid, con música del maestro Bretón en 1894, un curioso articulista de *La hoja de parra*, C. Miranda, documenta así el término, a principios de nuestro siglo:

Hoy las socias adelantan
que es una barbaridad...,
hay furcias de pelo en pecho,
mujeres de armas tomar,
gachís que rompen cabezas
y superhembras que dan
mulé al hombre que las quiere
seducir o abandonar.

En cuanto a la etimología del término, no podríamos dar otra explicación que la leída al vuelo en cierto diccionario de anglicismos, donde se aventuraba la siguiente hipótesis: " de *to fur* = adornar con pieles, influido por *to make the fur* = crear desorden en la calle." Pero parece una explicación para salir del paso, lanzada por el simple capricho de no permanecer callado.

G abacho.

Despectivo por "francés". En relación con el gentilicio, es voz de uso anterior a la francesada napoleónica. Cervantes la emplea así: "...dicen que somos como los jubones de los gabachos (...), rotos, grasientos y llenos de doblones". Se dijo también de quien había contraído la sífilis, morbo gálico (mal francés). Quevedo, en la *Segunda parte de Marica en el hospital*, escribe:

Sobre quién las pegó a quién,
ahí de podridos andan;
él, con humores, gabacho;
y ella Lázaro con llagas.

Covarrubias (1611) dice de los gabachos, en su *Tesoro*: "...muchos destos se vienen a España y se ocupan en servicios baxos y viles, y se afrentan cuando los llaman gavachos (...), y vuelven a su tierra con muchos dineros y para ellos son buenas Indias los reynos de España".

El dramaturgo Agustín Moreto, como si adivinara lo que sucedería un siglo después, ridiculiza a quien imita servilmente lo ultrapirenaico:

Entra, gabacho.- ¿Quién es?
-Juan Fransué, señora, soy...

Cuando mayor capacidad ofensiva cobró el término fue en el siglo XVIII, por dos razones: la influencia inmensa que ejerció lo francés sobre lo nacional autóctono, con el cambio de dinastía; y por las invasiones napoleónicas de la Península por la horda francesa. Nicolás Fernández de Moratín, afrancesado él mismo, escribe:

...para hablar en gabacho
un fidalgo en Portugal,
llega a viejo y lo habla mal,
y aquí lo parla un muchacho.

Su etimología, es despectiva en origen: el occitánico *gavach* = grosero, rústico. En castellano tomó tintes ridículos, equiparándose gabacho y papanatas. A principios del siglo XIX se politizó. Pasada la algarada napoleónica todo quedó en un recuerdo de tiempos miserables, y el término se tornó más despectivo que peligroso, llegando a perderse su connotación francesa. Alcalá Venceslada, en su *Vocabulario andaluz* da esta voz, equivocadamente, como propia de su tierra y aporta, con el significado de "persona de ademanes toscos, rústicos y groseros" el ejemplo de esta copla:

En el andar conozco
que eres del campo,
en los zapatorrones
y en lo gabacho.

Gafe, gafo.

Cenizo; persona que atrae sobre los demás mala suerte y adversa fortuna. El término procede de la voz árabe *qáfa*, que alude a la mano del leproso, con sus dedos doblados y contraídos. Utiliza el término en el siglo XIII el anónimo autor del *Libre dels Tres Reys d'Orient*, con el significado de leproso:

Vn fijuelo que hauía,
que parí el otro día
afelo allí don jaz gafo
por mi pecado despugado.

Fue voz muy ofensiva en la Edad Media, en parte porque en el siglo XI se comenzó a confinar a estos enfermos en lazaretos, siendo el primero de ellos creación del Cid, en la ciudad de Palencia, hacia 1067. Los leprosos, que anunciaban mediante esquila o campanilla su presencia, tenían prohibido frecuentar los caminos reales, entrar en poblado o pedir limosna, ya que se pensaba que sus voces emponzoñaban el aire. Alfonso X, en las Siete Partidas (mediados del siglo XIII), equipara este insulto a los de "cornudo, traidor o hereje". El mismo rey ordenó se crease en Sevilla una casa "donde fuesen recogidos los gafos, plagados y malatos". La simple visión de uno de estos enfermos se decía traer mala suerte, y para contravenirla se cruzaban los dedos índice y corazón, formando con ambas manos una cruz de San Andrés, contra el gafe o contagio de la gafedad. El leproso gafaba; respirar el aire por donde había pasado traía malas consecuencias. Pasado el momento crucial, y habiendo cedido el número de casos de lepra, subsistió sin embargo el recuerdo de su horror. La voz "gafo, gafe" siguió empleándose, aunque desvirtuándose, y colándose en el ámbito de su antiguo uso, supersticiones y prácticas mezcladas con viejas nociones y rituales de brujería utilizadas para contravenir el aojamiento. Así, del enfermo de lepra, o gafo, se pasó al concepto del cenizo, echándose mano de la *jettatura* (entrecruzamiento de dedos índice y corazón de ambas manos, como hemos visto), en imitación del aspecto que ofrecían las manos del leproso, encorvadas, encogidas, y en forma de gancho, con el propósito de conjurar el mal. Eso es lo que en última instancia significa el término gafo o gafe: "gancho, encorvadura".

Gagá.

Persona cuyas opiniones e ideas se han quedado muy anticuadas y huelen a rancio y a cosa pasada. Con esa acepción de carroza o carrozón, puede haberse dicho del francés *gagá* = viejo chocho. En cuanto a su etimología última, es onomatopéyica, imitando la voz de la persona anciana que arrastra las consonantes guturales o velares. Se da en castellano medieval, con valor adjetivo: "gago", persona tartamuda y titubeante (de "gaguear": tartamudear). Como tal, es vocablo empleado como apodo en documentos del primer tercio del siglo XIII. El autor de *Diálogo entre el amor y un viejo*, Rodrigo de Cota, en el siglo XV, utiliza así el término:

¡Quién te viese entremetido
en cosas dulces de amores,
y venirte los dolores
y atrauessarte el gemido!
¡O quién te oyese cantar:
"Señora de alta guisa..."
temblar y gagadear;
los gallillos engrifar

tu dama muerta de risa!...

Es voz dicha con ánimo ofensivo del viejo verde que, ignorante de su deterioro físico, se aferra al recuerdo de una juventud tiempo atrás ida.

Galfarro, galfarrón.

Sujeto ocioso, que rehuye toda ocasión de trabajo; ratero, ladronzuelo. Se utiliza en sentido figurado, teniendo en cuenta la primera acepción del término: gavilán, ave de rapiña. El autor de *La Pícaro Justina*, Francisco López de Ubeda, (1605) lo coloca en la siguiente lista de indeseables: "Entre los estudiantes, galfarros, barberos, mesoneros, bigornios, pisaverdes, mostré mi entorno, sin poder alguno medir conmigo lanzas iguales".

En cuanto a su etimología, deriva del verbo *garfiñar* = hurtar; de uso ya a finales del siglo XVI, derivación parecida a la que aduce Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua*, (1611): "Son unos vellacones perdidos, medio rufianes; y dixéronse assí, quasi gafarros, porque gafan y agarran de lo que pueden".

Gallina.

Individuo cobarde, pusilánime, muy apocado y tímido, que se asusta con facilidad, y abandona al menor peligro. Antaño fue insulto serio, de los que requerían satisfacciones, e incluso duelo..., aunque fuera la familia del gallina quien lo pidiera. En el siglo XVII, el humanista extremeño Gonzalo Correas incluye en su *Vocabulario de refranes* la siguiente expresión arrefranada: "Encogerse como gallina en corral ajeno", queriendo significar la timidez y naturaleza cobarde de quien carece de presencia de ánimo, valor y bizarría. Hartzenbusch, mediado el siglo XIX, ve así al personajillo:

Hay gentes muy peregrinas
que tienen vueltas bellacas:
En un concejo, ¡qué urracas!;
en un lance, ¡qué gallinas!.

Es uso figurado, por tenerse desde antiguo a este animal como uno de los más cobardes, asustadizos y medrosos.

Gamberro.

Individuo incivil y grosero que se divierte haciendo daño y causando destrozos en público; libertino que se entrega al desenfreno; tipo urbano asalvajado y violento, que hace gala de no avenirse con el orden establecido, enorgulleciéndose de su actitud de osadía y desacato. Es voz de origen incierto que la Academia introdujo en su diccionario en 1899, aunque con el significado único de "mujer pública", de uso en Andalucía. El semantismo, o peripecia significativa del término "gamberro", ha experimentado diversos cambios en la breve vida del vocablo. En su *Vocabulario Andaluz*, Alcalá Venceslada lo define así: "Persona de mala condición; vago, flojo: No te fíes de esa mujer, que es muy gamberra (...), que no da golpe en el trabajo".

Desde principios de siglo es palabra generalizada en España; en Galicia, "ir de gamberría" es tanto como irse de juerga; en portugués, "gambéria" es tumulto, desorden, motín; y en valenciano, "gamberro" era término usual para aplicar a gente díscola y traviesa hace casi un siglo. Estos hechos lingüísticos hacen innecesario el inglés *gang* = pandilla, banda de gangster que algunos han apuntado para explicar la etimología de este término. Parece que el periodista donostiarra A. Gorrochategui utilizó el término por primera vez en un medio de comunicación, dándole ya el sentido actual, con motivo de una campaña anti-vandálica que *La Hoja del Lunes* de San Sebastián llevó a cabo en 1930.

Ganapán.

En lenguaje figurado, hombre rudo y tosco, de modales zafios. El ganapán fue antaño lo que hoy el peón de estación, o mozo de cuerda, que se ganaba la vida llevando cargas, o haciendo lo que se le mandare. Bruto, pero no de mal fondo. Más que insulto era falta de consideración recordarle a alguien su baja condición social. No solían recibir otra paga que lo que se comían. Los ganapanes solían llamarse "los de la palanca", ya que con ella entre dos podían llevar grandes pesos. Solía ser mozo de muchos amos, como algunos pícaros, y como siempre estaban cansados aprovechaban cualquier momento para dormir. En el teatro sale a menudo mal parado, recibiendo algún golpe mientras el criado listo se escabulle. Francisco de Rojas Zorrilla, ofrece la siguiente escena:

-¿Qué es esto?, aqeste tacaño,
descarado ganapán,
no ha de estar una hora en casa;
aún he de pegarle más.

Covarrubias, que tenía buena opinión de ellos, escribe de la manera pintoresca que suele:

No cura de honra, y assí de ninguna cosa se afrenta; no se le da nada andar mal vestido y roto; (...) vive en un sótano, y a vezes duerme en la plaça sobre una mesa, y con esto no le sacan prendas por el tercio de la casa. Si está malo, le curan en el hospital, come en el bodegón el mejor bocado, y bebe en la taberna donde se vende el mejor vino, y con esto passa la vida contento y alegre".

Gandul.

Holgazán, haragán, que rehuye el trabajo. Vago y ocioso, que por andar siempre desocupado sólo piensa en torpezas. Es voz que ha experimentado un notable cambio semántico. Antaño significó "moro o indio joven y belicoso". En su primera acepción, en el siglo XV, tenía que ver con su etimología árabe, *gandur*: muchacho de clase trabajadora que a pesar de sus escasos recursos y origen villano pretendía pasar por elegante, procurando agradar a las mujeres; individuo que vivía sin trabajar, y a la menor provocación tomaba las armas. Con los significados descritos cayó en desuso, tanto que no se cita en el Diccionario de Autoridades. El DRAE lo registró mediado el siglo pasado, con la acepción actual de "vago, tunante y holgazán":

En tanto que halaga la fortuna
a un gandul sinvergüenza, torpe, idiota,

gime el talento, y el honor ayuna.

En el sentido de vagabundo y truhán el término es de etimología árabe: *gandur* = ocioso, voz que aparece a mediados del siglo XV en las *Coplas del Comendador Román*, con el significado adicional de "moro joven y belicoso, galanteador de mujeres y dado a la vida holgazana". El DRAE incorpora el término en la segunda mitad del siglo XIX, cuando ya era voz corriente entre los hablantes de estratos sociales populares, y en el ámbito de la familia. Hartsenbusch da al término este empleo:

Acude un menestral a una oficina del gobierno para que le despachen un asunto: le cuesta dos o tres viajes la diligencia, y ya le basta esto para decir que todo empleado es un gandul.

Hoy es voz desusada, aunque sigue muy viva en Andalucía y el reino de Murcia y sus zonas de influencia lingüística.

Gandumbas.

Haragán, dejado, apático; vago y holgazán que ha hecho de la inactividad una meta vital. Es voz derivada del portugués antiguo *gandum*, con el valor de gandul, y las agravantes de idiota o cretino. Tiene también, por asociación o ampliación del sentido, el significado de "huevazos, cojonazos" en cuyo caso es equivalente a individuo que "los" tiene cuadrados, desmesuradamente grandes a fuerza de no hacer nada. Rodríguez Moñino, en su *Diccionario geográfico popular de Extremadura*, registra un caso de uso de la voz *gandumbas* en el sentido que decimos:

Por la sierra de Pela
viene un mosquito:
le llegan las *gandumbas*
a Don Benito.

Es término afín a "gandul", de su misma etimología. Se utiliza en Murcia y parte del antiguo reino de Valencia con el significado de idiota haragán, dejado y apático, capaz de dejar pasar muchas horas sin moverse de donde está tumbado. En su forma femenina se aplica en Valencia a las ramerías callejeras apostadas en las esquinas, o busconas por plazas y mercados.

Ganforro.

Bribón, pícaro que hace pequeñas raterías; persona de nula consideración social, que vive a salto de mata, a menudo amancebado con ramera, uso que todavía tiene en algunos puntos de Extremadura. En cuanto a su etimología, es voz variante del término "galfarro, galfarrón". En última instancia, deriva de la voz "garfiñar", término que, teniendo como base la voz "garra", es de formación agermanada, según aduce Juan Hidalgo en su *Vocabulario de germanía* (1609).

Gansarón.

Individuo alto y desairado, torpón y desgarrado, muy flaco y desvaído. Llámense así por la torpeza en el andar y lo insufrible del graznido de estas ánades gigantes, a las que parecen imitar en el movimiento y en el mostrarse erguidos con aire desorientado, inocente y estólido.

También se dijo "ansarón", aumentativo de ansar: ganso. El término lo utiliza así Antón de Montoro, a mediados del siglo XV, entre un aluvión de insultos de toda índole:

Vos hinchado con pajuelas,
gordo ratón de molino,
ansarón
criado a leche y berçuelas
con el entero del vino vinagrón,
melcochero passa frío,
vil escopido marrano
muy anín...

Ganso.

Se dice de la persona rústica y malcriada, torpe e incapaz, perezosa y lenta. Hemos escuchado en alguna zarzuela, los siguientes versos:

Don Cenón es un mastuerzo;
el muchacho, un Barrabás;
Mauricio, vicioso y ganso...,
y el señor...: Vd. dirá.

En cuanto a la expresión "hacer el ganso" debemos decir que la entrada del ganso en el apartado de animales cabezas de lista de la sandez es ajena a la naturaleza de estas aves, teniendo sólo algo que ver con su comportamiento social de carácter gregario. Asimismo, los que hablan por boca de ganso no son tontos del todo, sino tontos a la fuerza, ya que carecen de libertad de expresarse como de verdad son. Así, decimos de alguien que habla por boca de ganso, es decir, que no manifiesta autonomía de pensamiento ni dice lo que él piensa, cuando expresa opinión ajena como propia. Y al parecer se dijo porque los gansos, cuando empieza a cantar uno, cantan seguidamente todos. Amén de esto, en el siglo XVI se llamaba "ganso" a los ayos a cuyo cuidado quedaban los niños de clase social elevada. Cuando el ayo los sacaba a la calle camino de la escuela o el pupilaje, todos iban delante de él, como hace el ganso con las crías, no permitiéndoseles a los niños contestación otra, a cualquier pregunta, que la previamente expresada por el ayo. Hablaban, pues, por boca de su ayo, esto es: del ganso, que es como se le denominaba también a este personaje. (Para su etimología, véase el final de la voz "trasto").

Gañán.

Mozo de labranza, hombre tosco y primitivo, que no sólo carece de modales, sino que éstos le importan poco. Ese es el sentido actual del término, sin embargo, en los siglos XVI y XVII no era voz insultante, sino meramente descriptiva de la condición social de labrador, jornalero del campo, persona

que se gana la vida con las manos. Covarrubias (1611), que partía de una etimología equivocada, dice en su *Tesoro de la Lengua*:

Los gañanes de ordinario son muy grosseros y grandes comedores de rústicos mantenimientos; y por esso al que come cosas groseras y con exceso y poca policía dezimos que come como un gañán.

El matiz peyorativo fue ganando en negatividad a lo largo del siglo XIX. En el teatro se le ve como individuo que sólo se complace con los asuntos zafios, y por doquier se le considera un simple ganapán desprovisto de valor cultural o social alguno. De Hartzenbusch es la siguiente estrofa:

Los de ilustre jerarquía
y los míseros gañanes,
todos viven entre afanes,
recelando cada día...

Hoy es voz intercambiable con "patán, palurdo, ganapán", entre otros términos que tienen en el aspecto rudo y la cortedad de entendimiento las bases de su significación.

Garbanzo negro.

Serlo equivale a hacerse notar de manera negativa. Se dice del individuo que dentro de una familia reputada, digna de respeto, y de trayectoria social relevante, destaca por su ruin conducta, siendo una mancha negra en un paño blanco; también se dijo "garbanzo de mella", por ser menoscabo y achaque para la familia a la que pertenece. A lo antes dicho se une la fama del garbanzo negro, que según el segoviano Andrés Laguna, médico del emperador Carlos V y del papa Julio II, (primera mitad del siglo XVI), es legumbre "venérea", que despierta en el hombre lujuria y concupiscencia, haciendo que hierva la sangre en sus venas, y así, caliente, cometa tropelías y torpezas. En ese caso garbanzo negro es término de comparación negativa: ser alguien como el garbanzo negro, que saca al hombre de sí y le predispone a la lascivia. Por otra parte, el origen de la expresión pudo tener que ver con el valor simbólico de los colores: el blanco fue considerado siempre signo de felicidad y bienandanza; el negro, de desprecio y desgracia. (Véase también ser alguien la "oveja negra").

Garduño.

Ratero que con habilidad, maña y disimulo grande logra hurtar las más escondidas bolsas y carteras; en medios rufianescos: puta que a su vez roba con arte a sus clientes. Covarrubias, en su *Tesoro* (1611), da esta ingenua etimología al vocablo:

Al ladrón ratero, sutil de manos, llamamos garduña, porque echa la garra y la uña; de do pudo tener también origen este nombre.

Es término muy del gusto de la novela picaresca; López de Ubeda lo usa en 1605, en *La picara Justina*, pero se encuentra documentado casi un siglo antes. Es voz utilizada en medios arrufianados y hampescos, en mentideros donde se ejercía la prostitución y el robo, o se fabricaba calumnias; en la

novela picaresca *La garduña de Sevilla*, de Castillo Solórzano, (primera mitad del siglo XVII) se alude a ese mundillo de los bajos fondos; también en catalán, coetáneamente, la garduña era el patio de la cárcel, o la cárcel misma. El entremesista madrileño Luis Quiñones de Benavente, del siglo XVII, emplea con el sentido de "rapiñar" el verbo "garduñar". Hoy es palabra en desuso, porque para describir y nombrar el mundo de la delincuencia y la miseria moral cada época crea su propio vocabulario.

Gárrulo.

Parlanchín, persona charlatana, que habla por hablar y sin decir cosa de substancia. Es voz usada en su origen, (principios del siglo XVI) en contextos agermanados. En los romances de Rodrigo de Reinosa aparece como voz propia del lenguaje rufanesco y asocarrado. En esos medios marginales, la voz *garlo* equivalía a "parlotear", de donde procede el adjetivo ofensivo "garlón". Del término del latín tardío *garrulare* se dijo "gárrulo", palabra expresiva y vivaz que significaba hablador incontinente, que habla por los codos, sin arte ni concierto, para al final no decir nada más que tonterías. Leandro Fernández de Moratín utiliza así el término, algunos siglos más tarde: "El sobresaliente mérito del drama bastaría a imponer taciturnidad y admiración a la turba más gárrula, más desenfadada e insipiente".

Por su parte, de Mariano José de Larra es la siguiente exclamación de desaliento y desesperanza:

"¡Vuelta con los adelantos, y torna con los descubrimientos. ¡Oh siglo gárrulo y lenguaraz...!".

Su uso actual sigue siendo el de sujeto que habla sin substancia en lo que dice. También se predica vulgarmente del lugareño palurdo y zafio. Con este significado se emplea también garrulo, sin acento esdrújulo.

Sorprende encontrar esta voz en el himno de Almería, cuya letra, debida a un poeta local, califica con ella a los habitantes de aquella hermosa ciudad, aunque teniendo *in mente* otra acepción del término, relacionada con ciértas aves canoras.

Gaznápiro.

A quien se queda embobado mirando con la boca abierta, al cándido y simplón llamamos "gaznápiro". Se trata de una variante del bobalicón, mezcla de palurdo y torpón o manazas. Hartzenbusch pone en boca de una de sus criaturas dramáticas, la siguiente expresión para implorar un castigo que merece: "No tenga usted misericordia de mí. He sido un gaznápiro". Es de uso relativamente reciente, ya que se documenta por primera vez a mediados del siglo pasado. Su origen es incierto; la Real Academia sugería, en 1884, que podía provenir del término "gazar, graznar", pero no parece explicación suficiente, pues deja sin comentario las sílabas finales "-piro". J. Corominas, (*Diccionario Crítico*), dice ser voz de origen incierto, aunque se aventura a dar como etimología del término una mezcla de palabras neerlandesas como *gesnap* y *snapper*, con el valor semántico de "parloteo, charlatán". Pero de ser eso así el término no se documentaría de la manera tardía que lo hace: primera mitad del siglo XIX. Más razonable parecería hacer derivar el término de la voz catalana *ganàpia* = grandullón, especie de gansarón, muchacho crecido pero anñado.

Gilí.

En lenguaje de germanía, o jerga de rufianes, decir gilí equivalía a tachar a alguien de tonto, memo. Parece que procede de una variante del lenguaje gitano español, *jil* = fresco, reciente, de donde en sentido figurado se dijo del ingenuo, novato o inocente, fácil presa para el timo o el engaño. Emplea el término Benito Pérez Galdós en su novela de ambiente madrileño *Misericordia*; antes lo había empleado Rodríguez Marín en sus Cantos populares andaluces, (1882). No obstante, la etimología apuntada como más verosímil, dado lo tardío de la aparición del término, debe notarse el vocablo árabe granadino *gihil* = bobo, modorro, como posible etimología del vocablo.

Gilipollas.

Quiere el Diccionario de la Real Academia de la Lengua que derive de la voz árabe *yahil*, *yihil* o *gihil* = bobo, muy utilizada entre los hablantes de la España musulmana. El vocablo pasó al romance: "gilí" = sujeto ignorante y aturdido. Otra acepción del vocablo "gil" hace referencia al antropónimo "Gil", por entenderse ser éste una especie de antonomástico de "lelo, imbécil, infeliz". A este respecto escribe Covarrubias en su *Tesoro*, (1611): "Este nombre en lengua castellana es muy apropiado a los çagales y pastores..."

Corominas, en su *Diccionario Crítico*, deriva el término de la voz *gilí* = tonto, memo, de la palabra gitana *jili* = inocente, cándido. El erudito Rodríguez Marín, en sus *Cantos populares andaluces*, parece ser quien primero lo utilizó por escrito, 1882. Poco después lo recogería Pérez Galdós en su novela *Misericordia*, de ambiente madrileño suburbial. Nada dice del compuesto "gili-pollas". Camilo José Cela, en su valioso *Diccionario del Erotismo*, asegura que la segunda parte del término se refiere al pene. De este encuentro de vocablos resultaría una especie de "poya tonta", "picha loca", "tonto (de) la pija", "pichilelo". El término es de uso general en toda España para tildar a alguien de tonto integral, perdiéndose toda consideración y respeto a quien así se califica, ya que no sólo se le tacha de "tonto y bocazas", sino que ello se hace con escarnio, mediante una mezcla explosiva de términos: "gilí" (universo gitano) y "pollas" (zona menos noble de la anatomía), evocándose así un universo ínfimo, que enmarca al individuo en un campo semántico ingrato. El gilipollas no es un simple tonto, sino que participa además de la condición espiritual del bocazas, del incontinente verbal que todo lo airea sin guardar secreto ni recato en la divulgación de la noticia, comportamiento que ni siquiera busca el hacer daño. La personalidad del gilipollas es mercurial, cambiante, insegura, y a menudo gratuita. El gilipollas puede salir por peteneras en cualquier momento, y montar desaguizados importantes sin darse cuenta. No es malo porque no tiene coeficiente intelectual suficiente para serlo, pero es muy inoportuno y por ello peligroso, ya que puede echar cualquier cosa a perder llevado de su falta de juicio y de la ausencia en él de criterio para medir el alcance de las acciones y el discurso.

Gilipuertas.

El gilipuertas no es menos gilipollas que el gilipollas mismo. Echamos mano de este vocablo cuando queremos quitar hierro al insulto, variando la segunda parte del compuesto, y así decimos "gili-puertas", con lo que restamos fiereza al conjunto. Sin embargo hay autores que consideran que de esta manera se agravan las cosas, ya que se desprecia al insultado, tildándole de algo insulso e indefinido, expresado en "puertas", término fonéticamente más cercano a "pollas", con lo que aunque se evita herir la sensibilidad de oyentes circunstanciales del insulto, ello se hace sin ánimo de atenuar el grado de imbecilidad del insultado. El escritor español nacido en Filipinas, Álvaro Retana y Ramírez, feliz autor de novelas eróticas y de letras y músicas de sonados cuplés, emplea así el término en su *Historia de una*

vedette: "Es un gilipueñas, bisbiseó la ex tanguista, rememorando su vocabulario expresionista del cabaret Pelikán".

Son numerosas las formas léxicas que puede adoptar este vocablo: gilimierdas, gilibobo..., y así *ad infinitum*.

Gitano.

Individuo perteneciente a esa raza y condición. Entre los árabes, la voz *aramís* (gitano) equivale a ladrón. Es término ofensivo con el que se zahiere a quien se pretende tachar de ladrón, traicionero, sucio y tramposo. A esta imagen suya contribuyó la fama a la que al parecer se hicieron acreedores en los primeros tiempos de su estancia en Europa. A España llegaron mediado el siglo XV precedidos de esa reputación negativa, ya que a principios del siglo XVI se conocía el libro de J. Aventino *Annales boiorum* (1515) que decía sobre ellos:

...quienes llamamos zíngaros empezaron a vagar por nuestro tiempo (1489) por nuestros países buscando impunemente el sustento con hurtos, rapiñas y adivinaciones. Entre otros embustes dicen que son de Egipto y que están obligados por Dios a vivir desterrados; y fingen que con el destierro de siete años hacen penitencia por el pecado de sus antepasados que no quisieron hospedar a la Virgen María con su Hijo Santísimo. Por experiencia, he sabido que usan la lengua venedesa y que son traidores y exploradores.

Sebastián de Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua* (1611) escribe:

Esta es una gente perdida y vagamunda, inquieta, engañadora, embustidora... venidos por acá admiten (en su compañía) otros vellacos advenedizos que se les pegan... fuera de ser ladrones manifiestos, que roban en el campo y en poblado, de algunos dellos se puede presumir que son espías y por sospecha de ser tales los mandó desterrar de toda Alemaña el emperador Carlos V... . Dezimos a alguno ser gran gitano quando en el comprar y vender tiene mucha industria. Son grandes trueca buiras, y en su poder parecen las bestias unas cebras, y en llevándolas el que las compra son más lerdas que tortugas.

En cuanto a su etimología, parece ser aféresis de "egiptano", nombre que se les dio por creerse que este pueblo (oriundo de la India), había venido a Europa procedente de Egipto. Los autores de los siglos de oro -en particular Miguel de Cervantes-, ofrecieron una estampa acre y poco divertida del gitano, calando ya en este término un semantismo progresivamente despectivo y humillante, seguramente exagerado en su virulencia, y claramente injusto como todo estereotipo.

Golfín.

Ladrón que iba con otros en cuadrilla; salteador de caminos; bribón y facineroso. Es voz de uso extendido en la Edad Media, documentada ya en el siglo XIII. En el *Conde Lucanor*, del Infante Don Juan Manuel, es sinónimo de estafador. Cree Ramón Menéndez Pidal que el término derivó, por metátesis, de *folguín*, voz que a su vez es derivada de *folgare*: holgar, vagar, de donde surge el calificativo holgazán, por ser el golfín una especie de pícaro, vago y tatur que no se ocupa de cosas decentes y de provecho. Sea o no atinada esta etimología, que Corominas cree desacertada, no es menos problemática la que el filólogo citado defiende: "golfín, nombre de un pez, variante de delfín". En el *Libro del caballero Zifar*,

(primer cuarto del siglo XIV) se utiliza el término como sinónimo de malhechor, ladrón que comete sus fechorías en los caminos.

Golfo, golferas.

Pilluelo y pícaro, vagabundo y maleante. Es voz muy empleada en Madrid, posible derivación retrógrada del término "golfín", aunque en nuestra opinión lo tardío de su aparición (finales siglo XIX) lo hace poco probable. Tiene el mismo valor semántico que "golfín", voz ésta que por tener morfología de diminutivo pudo haber provocado la construcción del correspondiente positivo "golf-o". En cuanto al "golferas", es de creación y uso popular. (Véase lo que decimos sobre el sufijo "-ras" en "rareras").

Goliardo.

Persona de vida desordenada y poco clara; individuo vicioso, de hábitos desarreglados y costumbres disolutas. En la Edad Media se dice del clérigo corrompido, jugador, bebedor y fornicario, que incumplía sus votos y vivía asilvestrado entre estudiantes, pícaros y vagabundos, amancebado con alguna barragana.

Gomoso.

Pisaverde, petimetre, currutaco; lechuguino excesivamente baboso con las mujeres. Deriva de "goma", en su acepción de "laca, maque", de donde también se dijo "maqueado", por el peinado tratado con esa substancia que se empezó a utilizar en España durante la segunda mitad del siglo pasado, y del que abusaron los elegantes del momento. Su equivalente actual es el tipo engominado que se embadurna la cabeza con fijador. En la zarzuela del maestro Francisco Alonso, *Las Leandras*, se utiliza así el término, que no debía tener por entonces demasiada vida:

Y el gomoso que la ve
va y le dice: Venga usted
a ponerme en la solapa
lo que quiera;
que la flor que usted me da,
con envidia la verá
todo el mundo por la calle
de Alcalá.

Gorrino, gorrín.

(Véase "guarro"). Son formas populares del cerdo, de creación onomatopéyica, a partir del gruñido de este animal. Se trata más que de cerdos adultos, de lechones. Gorrino es a guarro lo que cochinito es a cochino. Como insulto, impropio u ofensa, es más ligero que el de "puerco" o "cerdo"..., pues mientras más grande y viejo el bicho, más sucia y despreciable la persona.

Gorrón.

Persona que tiene por costumbre vivir o divertirse por cuenta ajena. Es calificativo de antiguo uso en castellano. Tiene que ver con la prenda del tocado a que se alude: la gorra. Gonzalo de Correas, en su *Vocabulario de refranes*, (primer cuarto del siglo XVII) asegura que lo de comer de gorra se dijo "cuando uno se mete con buenas palabras y la gorra en la mano al convite de otros, o cosas semejantes, sin ser convidado". Pero antes de que el maestro Correas escribiera esto, Mateo Alemán pone en boca del pícaro *Guzmán de Alfarache* la frase siguiente: "Ya querían empezar a merendar cuando burlando quise meterme de gorra". Y medio siglo más tarde, el también pícaro Estebanillo González, en la novela del mismo nombre, dice que comer de gorra es comer por cortesía, gracias a los muchos saludos o gorrazos, que prodiga el parásito. Tanto era así que existía un refrán donde gráfica y claramente se afirmaba: "Buena gorra y buena boca hacen más que buena bolsa". El gorrón es un tipo humano eterno y atemporal, ya que la aspiración íntima del hombre es vivir a costa de alguien. El gorrismo tiene vertiente intelectual o moral: los criados o escuderos de caballeros ricos que en los siglos de oro acudían a la universidad acompañando a sus amos, aprovechaban el ocio o el privilegio de sus amos para instruirse ellos; nos referimos a los capigorristas, así conocidos por llevar capa y gorra. El *Diccionario de Autoridades*, (primer cuarto del siglo XVIII) incluye el concepto en los siguientes términos: "Tomar parte en una comida sin ser invitado". Desde entonces el personaje ha variado poco en cuanto a sus metas, aunque sí en cuanto a los medios. El gorrón de hoy es de más difícil detección, ya que anda enmascarado, parapetado detrás de un sueldo que le dan por desempeñar actividades supuestas, viviendo a costa del erario público. Elevado ha sido siempre el número de los gorriones, y rico en anécdotas. Voltaire, en el siglo XVIII, contaba cómo cierto caballero que visitaba su residencia de Ferney, le había tomado tanto gusto a su casa que no salía de ella, en lo que se parecía a Don Quijote, con una pequeña diferencia: mientras el hidalgo manchego tomaba las posadas por castillos, su amigo había tomado su casa o castillo por posada. En femenino, el *Diccionario de Autoridades* registra el término con el significado de ramera, mujer pública: "...mujer de baja suerte que sale a prostituir su cuerpo para ganar torpemente su vida." Juan de Zabaleta, en *El día de fiesta por la tarde*, (mediados del siglo XVII) ve así al personaje:

Sale luego una gorriona, adornada toda la cabeza de media vara de listón encarnado, hecho lazada en el pelo, sobre una entrada de la frente. En las orejas, unos arillos de oro tan sutiles que, aun siendo de oro no valen nada. Luego una gargantilla de corales (...) para preservación contra el mal de ojo.

Granuja.

Muchacho vagabundo; pillo. Al conjunto de truhanes y pícaros, a los componentes de la granujería, se llamaba también "granuja". Un entremesista, dirige estas palabras a los asistentes al corral de comedias para que no le pateen la obra:

Carísimos mosqueteros,
granuja del auditorio,
defensa, ayuda, silencio,
y brindis a todo el mundo.

Hoy se utiliza, más en el Levante que en Castilla, para calificar al golfillo o golferillas simpático y gracioso, a quien no le importaría siquiera prostituirse con tal de lograr lo que se propone.

Grilla(d)o.

De la persona que dice tonterías se predica que tiene grillos en la cabeza, o que anda a caza de grillos, es decir: que pierde el tiempo en empresas quiméricas y carentes de sentido; sujeto de poco fundamento, insensato cuyas opiniones no son tenidas en cuenta. Se utiliza en contextos similares a los del calificativo "chala(d)o". Con este valor semántico no encontramos recogido el término en ningún diccionario, a pesar de que su uso está extendido, sobre todo en puntos diversos de la Corona de Aragón y del antiguo reino de Valencia, donde *grillat* es el equivalente al castellano "grillado", con el significado de "cosa que empieza a malograrse o a no andar bien". Es posible que descienda de una voz alemana *grille*: veleidad, capricho, extravagancia y locura.

Grosero.

Basto, tosco; persona que no observa el decoro, ni sigue las reglas de urbanidad; patán que se conduce impertinentemente; sujeto ordinario y descortés. Tiene su etimología en la voz latina *grossus*, cosa de mucho espesor. Empezó a utilizarse como insulto a mediados del siglo XV, en que se superpone al significado primitivo de "gordura o grosor", abundándose en el sentido figurado de torpeza, torpeza. En su *Cancionero*, Juan del Encina, (finales siglo XV) pone en boca del pastor Mingo, las siguientes consideraciones:

Es tan fuerte zagalejo,
miafé, Menga, el amorío
que con su gran poderío
haze mudar el pellejo,
haze tornar moço al viejo,
y al grossero muy polido...

Las coplas de *Canta, Jorgico, canta*, del mismo siglo, el autor pone en boca de cierta dama la siguiente estrofa:

(...) Jorge, no seas grosero,
pues que ves cuánto te quiero (...).
Yo creo que estás sin seso,
o que estás de amor compreso;
tienes mi corazón preso
desde el culo a la garganta.

Más grosera resulta la dama que el pobre Jorgico, que no se atreve a entrar al trapo de tan calentona señora. Coetáneamente, Rodrigo Cota, en su *Diálogo entre el Amor y un viejo*, pone en boca de Amor el siguiente parlamento:

Al rudo ha o discreto,
al grosero, muy polido,

desenvuelto al encogido,
y al invirtuoso neto...

En el *Galateo Español*, manual de urbanidad escrito por Gracián Dantisco en 1582, se dice: "...se debe desechar el término grosero y descuidado que podría causar odio y mala voluntad y desprecio". Gonzalo Correas, en su *Vocabulario*, (s. XVII) dice de quienes inmigran a Madrid: "Muchos entran en la Corte que la Corte no entra en ellos, y si van toscos vuelven groseros".

Covarrubias le da, en su *Tesoro de la Lengua*, el sentido moderno:

Grosero vale tanto como rústico, poco cortesano, cuando se dize del hombre o de su razonar y conversar. (...) Aquello que está hecho sin pulicía, talle ni arte; díxose de graso, que vale gordo y grueso...

Agustín Moreto, (siglo XVII) pone esto en boca de una mujer:

Yo, por soberbio os tenía,
más no os juzgaba grosero.

Unas décadas después, Pedro Calderón de la Barca, en *Para vencer a amor querer vencerlo*, pone en boca de una dama este aluvión de improperios:

No diré tal, vive Dios,
sino que sóis un grosero,
un atrevido, un villano,
necio, loco, altivo y vano,
ingrato y mal caballero...

Guarro, guarrín.

Son sinónimos populares del cerdo, y del lechón. Como en el caso de la voz "cochino", parece que es de origen onomatopéyico, surgida por imitación del gruñido de este animal. Sin embargo, hay quien ha defendido una procedencia griega, de la voz *joiros*. De los términos aludidos, el de uso más antiguo es "gorrín", que emplea Quevedo en esta graciosa estrofa:

Tierra donde las doncellas
llaman hígado a el rubí,
y andan hechas san Antones
con su fuego y su gorrín.

Aparece documentado en el *Diccionario de Autoridades*, entrado el siglo XVIII: "Puerco pequeño que aún no llega a los quatro meses"; también "desaseada y sucia". El fabulista canario, Tomás de Iriarte (s. XVIII) hace hablar a un gorrino, que declara lo siguiente:

Yo te aseguro, como soy gorrino,

que no hay en esta vida miserable
gusto como tenderse a la bartola,
roncar bien y dejar pasar la bola.

En cuanto al término hoy más extendido, "guarro", lo documenta Terreros y Pando en su *Diccionario Castellano con las Voces de Ciencias y Artes* y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana, (segunda mitad del siglo XVIII). En cuanto a la voz "guarrín", designaba al lechoncillo recién nacido, y por extensión al niño sucio y travieso, con connotaciones meramente descriptivas.

Guiñapo.

Persona degradada, vil y despreciable. En el término se incluye tanto los aspectos morales como físicos. Se usa en sentido figurado: ser un guiñapo es ser un trapo, tanto que en algunos lugares de Almería al traperero se le llama guiñapero. Francisco de Quevedo usa así el término: " Voto a tal que no creí a nadie, y piensan los bribones guiñapos que lo creía..."; y en *El entremetido, la dueña y el soplón* le da un empleo idéntico al de hoy: "despojo humano, trapo viejo, andrajo". Procede, por metátesis, del término "gañipo" = andrajo, común en Asturias, y entre los gitanos, posiblemente influido o cruzado de "harapo". Cree Corominas que procede de la voz neerlandesa medieval *cnippe* = desecho de lana.

Gurdo.

Insensato y simplón. Del latín *gurdus* = de mente roma, necio. Es insulto desusado, de procedencia culta. El humanista cordobés del siglo XVI, Ambrosio de Morales, escribe:

A los hombres que por ser mal considerados en muchas cosas llamamos agora "tochos", y en latín los nombran "estólidos", por este tiempo los llamaban acá gurdos, como refiere Quintiliano.

Guripa.

Golfo, miserable. Es sinónimo despectivo de "soldado raso", ya que a estos militares de ínfima graduación se les llamó así tras la guerra civil española (1936-39).

Gurriato.

Cerdo pequeño; también cría del gorrion. En ambos casos se utiliza como término insultante. En el primer caso, entra a formar parte de la extensa familia de improprios que forman la piara de cerdos y gorrinos, guarros y puercos, cochinos y marranos, siendo el gurriato o gorrín el miembro más pequeño, junto con el lechón, tocino y guarrín, de esta sucia estirpe. En cuanto a la segunda acepción, equivale a menudo a "pardillo", persona un poco boba, fácil de engañar, presa sencilla: pringa(d)o.

Gurrumino.

Sujeto ruín y pusilánime, desmedrado, que por estar en franca decadencia física condesciende excesivamente con su mujer. El término parece de formación onomatopéyica, en imitación del arrullo de la paloma, aunque Corominas lo cree derivado de un término desaparecido con el significado de pequeña joroba. Se utilizó tanto en Asturias como en Madrid en el primer tercio del siglo XVIII, en que la Academia lo incorpora al *Diccionario de Autoridades*.

Es término sólo utilizable en función despectiva para el hombre, equivaliendo en algunos casos a cabrón consentido.

Habló el buey y dijo mu.

Entre los necios eminentes existen, desde tiempos clásicos, los que por no haberse manifestado nunca pasaron por discretos, pero que en cuanto abrieron sus bocas engrosaron de manera automática las filas de los ignorantes. De entre ellos destacamos al individuo a quien se refiere el dicho: Habló el buey y dijo "mu". La frase es antigua, pero cobró popularidad en el siglo XVIII, con el poeta madrileño Juan Bautista Arriaza, quien la comentó como sigue:

Junto a un negro buey cantaban
un rruiseñor y un canario,
y en lo gracioso y lo vario
iguales los dos quedaban.
"Decide la cuestión tú",
dijo al buey el rruiseñor.
Y metiéndose a censor
habló el buey y dijo "mu".

Hay que recordar aquí la inmerecida fama de bobo que este animal ha tenido desde tiempos lejanos. Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua* (1611), cree que de la voz latina *bos*, *bobis* = buey, derivó nuestro término castellano "bobo". Se pensó siempre que este animal era de tardo entendimiento y poco discurso.

Hacha.

Ramera, fulana, maleta. Es voz de germanía, seguramente formada a partir del masculino hacho, rufián o chulo que la acompañaba; en la lengua de los gitanos, el caló, significa ladrón.

Despoblado está el bureo;
desierta queda la manfla;
la jacarandina, triste;
y sin abrigo las hachas.

Hacino.

Miserable, desgraciado y mezquino; persona amargada y parapoco; avariento, egocéntrico y egoísta. En cuanto a su etimología, deriva del árabe *hazin* = triste. Fue insulto muy corriente en el siglo XV, de uso generalizado en el *Cancionero de Baena* y autores dramáticos como Bartolomé Torres Naharro y Lucas Fernández, quien lo emplea así, en sus *Farsas y Eglogas*:

...aquel que se tiene en poco
es semejado por loco,
por astroso y por hazino.

Juan de Valdés, en su *Diálogo de la Lengua* (primer tercio del siglo XVI), hace este uso del término: "...en casa del hazino más manda la mujer que el marido". Garcí Sánchez de Badajoz, a finales del XV, escribe:

Si bien miráis arredor
y notáis aquella cuenta,
todo animal se contenta
con su pelle y su color.
Sólo el hombre, más hazino
que todos los animales
sayales sobre sayales
y aun no guaresce el mezquino.

Es voz en olvido, a pesar de la vitalidad que tuvo antaño.

Hampón.

Sujeto bravo y fanfarrón, que se ocupa de asuntos turbios y cuyo *modus vivendi* no está claro; matón que vive de las mujeres. En la novela de Francisco López de Ubeda, (1605) *La Picara Justina*, su protagonista se expresa así: "Como el bellacón oyó que yo le hablaba de lo de venta y monte, y que yo había tomado el adobo de la hampa que él practicaba, le pesó de verlo".

Antonio de Solís, en sus *Poesías*, emplea el calificativo en este modo: "¡Aquél si que era galán, airoso, hampón y alentado...!".

Cervantes, que en su novela ejemplar *Rinconete y Cortadillo* describe de manera realista y desenfadada la baja vida de su tiempo, dice acerca del sombrero de Monipodio, el gran valedor de pícaros, rufianes y truhanes, que "era de los del hampa, campanudo de copa y tendido de falda". Es término que al principio se debió aplicar a rufianes y matones de taberna, chulos de mancebía y espadachines de alquiler.

Haragán.

Perezoso, holgazán, que rehuye el trabajo; persona ociosa, con tendencia a vivir de mogollón, y a explotar a los demás. Empleaba el término López de Yanguas en su *Diálogo del mosquito*, editado en Valencia en 1521, donde se lee:

Ninguno no come si bien no lo gana
(...) Yo hallo que tiene Natura razón,
pues no le contenta la gente haragana.

Es de probable etimología árabe, de la voz *faraga* = ociosidad, de donde también descende, según me comunica don Manuel Celdrán Gomariz, el término valenciano *fargandán*, utilizado en una zona con epicentro en Alcuñá de Carlet, junto a Valencia, donde significa "gandul, vago, ocioso, que hace ascos al trabajo, y se esconde de él"; tanto es así que hasta un viento arremolinado que afecta cíclicamente la comarca recibe el nombre de "buscafargandans", debido a que los holgazanes huyen de este viento

molesto que parece perseguirles hasta donde se refugian para gozar de su ocio. Covarrubias, con etimología equivocada, define así el término: "...Holgazán, flojo, perezoso, tardo en lo que le mandan hazer, lo qual haze con desgana y murmurando o refunfuñando. Es nombre arábigo de raíz hebrea, del verbo *ragan*, murmurar; cosa propia de ruines criados o peones y jornaleros reçonrones".

Harón.

Haragán, vago; sujeto lerdo y perezoso que se resiste a trabajar. Es voz ofensiva de antiguo uso en castellano. Con "f-", "farón", aparece en el *Libro de los Caballos*, del siglo XIII. Es de uso normal en la Edad Media y Renacimiento, siempre con tintes negativos. Pedro Espinosa, (primer tercio del siglo XVII) cita la voz "harón" entre las palabras malsonantes, ofensivas y vulgares que un hidalgo o persona de bien no consiente se le diga. Fray Luis de Granada, (mediados siglo XVI) dice de los individuos desafectos al trabajo: "Son como los mozos harones, que si no los ahilan delante van refunfuñando a los mandados". (Véase también "haragán").

Hazmerreír.

Persona que por su figura ridícula y porte extravagante hace reír a los demás; payaso, bufón; mamarracho que sirve de diversión. El famoso predicador del siglo XVI, Basilio Ponce de León, utilizaba así el término: "Sacó en limpio que era un despojo del tiempo, y un hazmerreír de la fortuna". Y el autor de *Fray Gerundio de Campazas*, ya en el XVIII, el Padre Isla, usa así el término: "... fue el hazmerreír mientras la comida, y aun todo el resto del día y de la noche".

Es voz compuesta, del verbo hacer en presente de indicativo (no de imperativo), más el pronombre de primera persona seguido de infinitivo. Se utiliza a menudo en el ámbito de la familia. Como insulto, va cayendo en desuso.

Hediondo.

Del latín *foetibundus* = que hiede o apesta arrojando de sí un olor nauseabundo; hedentinoso, fétido. En el archipiélago canario se aspira la h-: "jediondo". Por derivación del sentido se dice de quien en su trato y conducta resulta insufrible, inaguantable, repulsivo; persona torpe y obscena, sumamente procaz y deslenguada, a cuyo comportamiento une aspecto desaliñado y sucio; sujeto intolerable y en grado extremo molesto y coñazo. Covarrubias define así el término en su *Tesoro de la Lengua* (1611): "...el hombre enfadoso que de mal acondicionadillo no ay quien le sufra". Es voz de uso muy antiguo en castellano; Gonzalo de Berceo la emplea en los *Milagros de Nuestra Señora*, del primer tercio del siglo XIII:

Yo mesquino fediondo que fiedo más que can,
can que iaçe podrido, non el que come pan...

Hijo(de)puta.

Hideputa, fijoputa. Es término con el que se afrenta a quien de hecho es hijo bastardo, ilegítimo o espurio, recordándosele sus orígenes. Fue insulto grave, y ofensa que requería satisfacción, y durante mucho tiempo el más violento y soez. En el fuero de Madrid, (1202) aparece la forma femenina "filia de puta" como insulto castigado severamente por las leyes. En diversos pasajes de la literatura áurea, como en el *Quijote*, el término "hideputa" ya había perdido virulencia para convertirse en exclamación ponderativa sin intención de injuria, en la misma línea en que hoy calificamos con familiaridad y ligereza de "cabrón" a un amigo, en frases exclamativas o de asombro fingido. En uso parecido utiliza el sintagma el autor de la *Tragedia Políciana*, (mediados del siglo XV), poniéndolo en boca de un personaje popular: "¡Oh hideputa neçio, qué hechizado está con aquella putilla de Philomena...! E juro a los Euangelios no ay mayor rabosa en el reyno...".

A finales del mismo siglo, Juan del Encina, en su *Cancionero*, hace decir al pastor Bras, dirigiéndose a su colega Lloriente:

Hidesputas, mamillones,
no dexáys
cabra que no la mamáys.

Con valor semejante usa el término Lope de Rueda, en el paso de *El ratón manso*, donde Sulco, el amo de Leno, dice a éste:

¡Oh, hideputa, perro! ¡Qué diligente mozo! (...) ¿Parécete bien que a estar sin comer en casa, que estuviéramos frescos? ¡Habla! ¿De qué enmudeces? ¿Qué hacías escondido en la pajiza, do el asno...?

Coetáneamente, Sebastián de Horozco, en sus *Representaciones*, utiliza el término en tono familiar, sin ánimo de insulto, aunque entre gente baja y de ningún valer. A pesar de usos como éste, festivos, o en son de gracia y broma no quiere decir que hubiera dejado de ser insulto serio, incluso entre pícaros y pilluelos, sobre todo por las connotaciones sociales, y la humillación pública que suponía, más incluso que por el hecho en sí, cosa que al protagonista de la novela picaresca de Quevedo le tiene en su fuero interno sin cuidado, como se ve en el siguiente texto de la *Vida del Buscón don Pablos*:

Todo lo sufría, hasta que un día un muchacho se atrevió a decirme a voces hijo de una puta y hechicera; lo cual, como me lo dijo tan claro -que aún si lo dijera turbio no me pesara- agarré una piedra y descalabréle.

Agustín de Salazar y Tones, poeta del siglo XVII, en su *Cítara de Apolo* emplea de esta manera irreverente para con los dioses clásicos, el término:

Hijo de Venus y de sus maldades,
que la veleta fue de las deidades,
y, en fin...: hijo de puta.

Conoció formas abreviadas, para quitar hierro a lo grueso de la frase: "ahijuna" = hijo de una puta; o el "juepucha, hijueputa" argentinos. La propia violencia del insulto ha hecho necesaria la creación de paliativos eufemísticos que quitaran grosor a la injuria: bastardo, hijo adulterino, hijo natural, hijo sacrílego. En otros casos se ha preferido distensión y cierto tono festivo o jocoso, con el que se resta

virulencia y veneno a la puta y se traslada al hijo, que es a quien de hecho se quiere ofender, y de quien se ríe el insultante, dejándolo en ridículo y expuesto a la broma: Hijo de condón pinchado, hijo de la Gran Bretaña, de la Grandísima Petra, hijo de la piedra, hijo de su madre, hijo de la chuta, del arpa o de la chingada, hijo de porra, de lapa, de mil leches..., y un larguísimo etc.

Hipócrita.

Persona que finge o aparenta lo que no siente ni cree; sujeto falso y sinuoso que con su doble faz y simulación constante puede mantener a alguien engañado durante mucho tiempo. En cuanto a su etimología, deriva de la voz neogriega *ipocrisis* = acción de representar un papel, a su vez del griego *hipocrités* = actor. Se encuentra ya en el *Corbacho*, del Arcipreste de Talavera (siglo XV). El musicógrafo Asenjo Barbieri, en su *Cancionero musical de los siglos XV y XVI*, recoge la siguiente canción anticlerical:

Pues casa d' arena y palo de ciego,
bordón de romero con brazo gallego,
en fraire tan malo, que de ti reniego,
hipócrita triste y beguino...

Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua*, (1611) escribe:

Hipócrita (...) propiamente significa el representante, porque finge muchos afectos, ya llorando ya riendo, (...) comúnmente se toma por el que en lo exterior quiere parecer santo, y es malo y perverso, que cubierto con la piel blanda y cándida del cordero es dentro un lobo carnizero.

Fue término de cierto predicamento en los siglos de oro. Lope de Vega lo emplea así:

¡Qué de hipócritas que roban
honras, famas y dineros,
con unos ojos hundidos
de pensar malos intentos...!

Suele ser término de uso en contextos religiosos, diciéndose de quien finge devoción, contradiciendo sus palabras y rezos con una conducta que no está en consonancia. Mark Twain, novelista norteamericano del siglo XIX, contaba una anécdota relacionada con cierto financiero de su tiempo, hipócrita notable, quien habiéndole expresado su deseo de ir en peregrinación a Tierra Santa y subir al monte Sinaí para leer en voz alta los diez mandamientos, el escritor le contestó: "Podría Vd. hacer algo mejor: no moverse de su casa, y cumplirlos..".

Holgazán, holgón, holgachón.

Persona acostumbrada a pasarlo bien con el mínimo esfuerzo. En las *Coplas de Mingo Revulgo*, (1464) se lee:

Andase tras los zagales
 por estos andurriales
 todo el día embeveçido,
 holgazando sin sentido,
 que non mira nuestros males. (...)
 Apaçienta el holgazán
 las ovejas por do quieren...

Covarrubias define así a este sujeto, en su *Tesoro de la Lengua* (1611): "El que no quiere trabajar y se anda vagamundo y ocioso". Félix María de Samaniego (segunda mitad del siglo XVIII) utiliza el término en su fábula de la Cigarra y la hormiga:

La codiciosa hormiga
 respondió con denuedo,
 ocultando a la espalda
 las llaves del granero:
 "¡Yo prestar lo que gano,
 con un trabajo inmenso!
 Dime pues, holgazana,
 ¿qué has hecho en el buen tiempo?"

En cuanto a su etimología, es derivado culto del latín tardío *follicare*, en el sentido de descansar para tomar aliento y recuperar el resuello.

Hortera.

Con el significado de escudilla o cazuela de madera es voz antigua procedente del latín, escrita en castellano con "f-" inicial en documentos del siglo XI. Para designar algún utensilio de cocina sigue empleándose en el Alto Aragón: "hortera, ortera = cazo de hojalata para la sopa", que posteriormente solían llevar los mendigos para recoger la sopa boba en los conventos o en las puertas de los cuarteles. El que fuera útil inseparable del pícaro en sus correrías, hizo de él emblema del miserable, como más tarde ha pasado con el bote de hojalata, que ha servido tanto para pedir como para recibir la sopa de caridad. Mateo Alemán, en su *Guzmán de Alfarache* (1599), escribe: "...que pueda traer un paño sucio atado a la cabeza, tijeras, cuchillo, lesna, hilo, dedal, aguja, hortera, calabaza, esportillo, zurrón y talega".

En uso metonímico se llamó "hortera" a quien utilizaba la escudilla, lo que equivalía a llamar al sujeto en cuestión "pobre desgraciado, ridículo". No sólo el pícaro, también el hidalgo venido a menos recurría a la escudilla, que escondía entre sus pobres ropajes. El carácter insultante actual del término se originó como apodo que se daba en Madrid a los dependientes de mercería y mancebos de farmacia; acepción con la que aparece en el *Diccionario Castellano con las Voces de Ciencias y Artes*, de E. Terreros (siglo XVIII). La naturaleza del apelativo pudo deberse a la insignificancia social de los dependientes. Otros piensan que se les llamó así porque para mezclar los ingredientes de las recetas se utilizaba una tortera de barro, Ramón de la Cruz utiliza así el término:

-Por defender al hortera

ha sido esto.
-Pues a él:
que lo paguen sus orejas.

Bretón de los Herreros, presenta así a uno de los del gremio:

Atravesado en un mulo
a Madrid hice mi viaje:
me recibieron de hortera
en la casa que ya sabes...

El Duque de Rivas, coetáneamente, en *Tanto vales cuanto tienes*, pone estos versos en boca de doña Rufina:

No fuera malo que yo
a un horterilla quisiera
por yerno. ¡Bueno estuviera...!
¿Quién tal cosa imaginó?

Los libretistas de zarzuela, y algunos novelistas del 98, como Pío Baroja, usan el término para referirse a los dependientes de comercio, aunque "hortera", como calificativo ofensivo de los de un gremio, había caído ya en desuso. Hoy experimenta un nuevo auge, si bien con cierto cambio semántico, ya que el hortera de nuestros días es persona de mal gusto, ramplona y zafia, aunque adquiriendo una progresiva significación que tiene más que ver con lo vulgar y lo cursi.

Huevón, huevazos.

Individuo tranquilo, perezoso y torpe, cuya cachaza y escasa energía exaspera a quienes lo rodean; bobalicón; sujeto de reacciones muy lentas, que por nada se inmuta; calzonazos que puede terminar llevando cuernos, eventualidad que no le saca de su aparente arrobamiento y pasmo. Es voz de uso generalizado, aunque de probable origen sudamericano, a pesar de que en Méjico y Nicaragua significa todo lo contrario: persona animosa y valiente.

Idiota.

Imbécil, falto de entendimiento. En cuanto a su etimología, procede del griego *idios*, *idiotes* = peculiar, particular, que no se comunica ni entra a formar parte con los demás. A su paso al latín alteró su semantismo, entendiéndose por idiota al "ignorante o profano en algún asunto u oficio", ignorancia o impericia atribuida a falta congénita de facultades, por lo que se equiparó al idiota con el imbécil. En sentido figurado, el término se tornó insultante y ofensivo, contexto en el cual lo utiliza Cervantes:

Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan honrada y tan rica como vues tra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano...

En su acepción médico-científica, equivale a cretino, atrasado o débil mental, sentido en el que utiliza el término Pedro Felipe Monlau mediado el siglo pasado:

Si son fecundos los matrimonios interconsanguíneos, exponen gravemente la prole a la debilitación física(...) a la idiotez y a la enajenación mental.

Iluso.

Ingenuo; persona fácil de persuadir, a la que es posible convencer de cualquier cosa; individuo simple y un tanto bobalicón, que da crédito a cuanto se le dice con firmeza, aunque se trate de una patraña; simplón que cae en toda suerte de timos, carne de pringa(d)o. Es voz de etimología latina, del término *illudere* = burlar, engañar. Su uso en castellano data de finales del siglo XVI, en que lo utiliza el místico carmelita Jerónimo Gracián en la primera redacción del *Dilucidario del verdadero espíritu*. El poeta neoclásico de la segunda mitad del siglo XVIII, Meléndez Valdés, usa así el término:

¡Oh! ¡ Cómo iluso en juvenil locura
el mundo ante mis ojos parecía
risueño, y de la vida el aura pura!

Imbécil.

Al alelado y débil mental, al escaso de razón, llamamos imbécil. Es uno de los insultos más corrientes, cuando se dirige a alguien *sensu non stricto*, esto es: en sentido figurado. Es palabra latina, en cuya lengua *imbecillis* significa "débil en sumo grado"..., flojo y escaso de cabeza, de la facultad de pensar. El *Diccionario de Autoridades*, (primer tercio del siglo XVIII), acentuaba la palabra en la sílaba última: "imbecil", y no le daba otro significado que el que tenía en latín. Con el significado actual empieza a utilizarse en la primera mitad del XIX, en que la Real Academia introduce esa acepción en su diccionario. Unamuno, en un artículo publicado en 1923, *Caras y caretas*, tiene esto que decir, en cuanto a la etimología: "Imbecillis, el que no tiene bacillus o bastón donde apoyarse, el débil, el inerte, el flaco".

No fue utilizada como insulto hasta mediados del siglo pasado, por contaminación semántica del término en francés, en cuya lengua la palabra tiene las connotaciones modernas. Por lo general, el término tuvo siempre connotaciones médicas, equivaliendo a cretino e idiota en sus acepciones clínicas. En el

sentido de "persona floja de carácter, débil de voluntad" utiliza el término, refiriéndose a las insidias del diablo, Palacios Rubios en el siglo XVI: "Algunas veces a los más osados y más fuertes acomete y vence, y a los más imbéciles y flacos deja".

Imberbe.

Se dice de quien teniendo edad para ello, carece de barba, adquiriendo su cara aspecto poco serio, y desmereciendo ante las personas hechas y de valía; barbilampiño o lampiño. La carencia de barba conllevó antaño cierto menosprecio social que recoge el Refranero: "A poca barba, poca vergüenza", se decía en tiempos de Cervantes. Jovellanos, a principios del siglo XIX, usa así el término:

Imberbe aún, y falto
de inspiración y fuego,
tenté del sabio Apolo
subir al trono excelso.

Suele acompañarse del sustantivo "joven", con lo que se muestra desconsideración hacia aquél de quien se dice o predica.

Impertinente.

Persona importuna y enfadosa que molesta de palabra o de obra, o que se comporta y conduce de forma que no viene a cuento; sujeto desentonado, que sale con caprichos o planes impropios del momento, o plantea asuntos que no hacen al caso. Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua*, (1611) lo define como "hombre sin sustancia y sin modo (...) fuera de propósito". Poco después, Tirso de Molina emplea la palabra en el sentido descrito:

-¿Qué dices, necio?. Responde:
vienes aquí a ver si hay gente,
y estarte aquí, impertinente...

Uso que también le da, en el siglo XIX, Bretón de los Herreros: "¿Cómo, ella es la impertinente, y atrevida, y mala hembra...?". Fue término menos ofensivo antaño que hoy; en nuestro tiempo ha ganado en significado negativo, tal vez por confundirse a menudo con insolente.

Impresentable.

Indigno de ser presentado ante nadie, o de presentarse él mismo; sujeto a quien le precede su mala reputación y fama; individuo poco formal. Es forma adjetiva de la frase "no ser alguien o algo de recibo", y voz de uso relativamente reciente, tomada de una de las acepciones del verbo presentar, utilizada antaño en el medio eclesiástico y legal: "Proponer a alguien para una dignidad, oficio, cargo o beneficio". Para ello, era imprescindible reunir una serie de cualidades, como seriedad, preparación, sensatez y ciencia que, obviamente, el impresentable no tiene.

Incapaz.

Falto de toda aptitud y talento; ignorante rayano en la estupidez; tonto al que se ha puesto al frente de responsabilidades y cometidos que por su ignorancia y nula preparación no puede llevar a cabo. Benito Jerónimo Feijóo (primera mitad del siglo XVIII), utiliza así el término, en uno de los primeros textos antimachistas: "...aquella propasada estimación de nuestro sexo, que tal vez ha preferido para el régimen un niño incapaz a una mujer hecha...".

Incordio.

Sujeto sumamente agobiante y molesto. Se dice en sentido figurado de su acepción principal: tumor, buba o grano, a menudo de naturaleza venérea, que se forma en ingles y sobacos, dificultando el uso de pies y manos. Fue término frecuente en los siglos de oro, aunque no como calificativo o insulto. Es de etimología latina, de *anticor* = en el pecho, ante el corazón. En castellano medieval se dijo "encordio"; y en el siglo XVI Juan de Timoneda, en *El Patrañuelo*, utilizó ya la forma definitiva.

Inepto.

Incapaz de llevar a cabo aquello para lo que ha sido entrenado o educado. Necio; no apto para cosa alguna que exija la más mínima dificultad. El dramaturgo y erudito riojano de la primera mitad del siglo XIX, Bretón de los Herreros, emplea el término en el siguiente diálogo:

-Pero, en fin..., esos papeles
¿qué contienen...? ¡Acabemos!
-¿Qué? Su licencia absoluta
por vicioso y por inepto.

Infame.

Sujeto indigno, vil y despreciable, que carece de honra y no merece respeto de nadie. Covarrubias dice en su *Tesoro de la Lengua*, (1611) que es infame "el notado de ruín fama". Es voz que empieza a sonar a finales del siglo XV, aunque la mayoría de las que participan de su raíz son de uso más antiguo. Fue insulto gravísimo, equiparable a ser motejado de "cobarde, felón, traidor y hereje", por carecer el infame de honra, crédito y estimación. Juan de Mariana, historiador del siglo XVI, que se la tenía jurada a los cómicos, escribe: "Los farsantes que salen a representar deben ser contados entre las personas infames".

Coetáneamente, Cervantes, en su *Rinconete y Cortadillo*, usa así el término: "Se deja para otra ocasión contar su vida y milagros, con los de su maestro Monipodio, y otros sucesos de aquellos de la infame academia".

Lope de Vega, escribe:

Luego que suelta del infame lazo

Filomena se vio, corrió a la espada,
pero cayó con más seguro abrazo
en los tiranos brazos desmayada...

Infeliz.

Persona apocada, bonachona y condescendiente que por su afabilidad excesiva y cortés trato peca de tonta; individuo ingenuo y bienintencionado, de quien se abusa, y a quien todos toman el pelo. Gonzalo de Céspedes y Meneses, en sus Historias peregrinas y ejemplares, (mediados del siglo XVII), usa así el término:

...no había en toda aquella poderosa ciudad (de Sevilla) caballero o ciudadano, mercader o plebeyo (...) que no acudiese al aumento y regalo de don Sancho, que este era el nombre del infeliz caballero...

Espronceda (primera mitad del siglo XIX) continúa este valor semántico dos siglos después:

Estos, por lo común, son buena gente;
son a los que llamamos infelices.

En contextos ligeramente despectivos, denotando conmiseración y lástima hacia la persona a quien se dirige, se usa como sinónimo de ingenuo que se cree importante no siéndolo. Suele ir acompañado del adjetivo "pobre". Ejemplo de infeliz fue cierto paisano del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, de quien se cuenta que cuando llegaron a Torrelaguna las nuevas de su elección como arzobispo de Toledo en 1495, decía en la plaza: "Me alegro por él y por mí...". Quiso el cura del pueblo saber por qué se alegraba por sí mismo, y le contestó: "Porque yo fui su maestro". Queriendo saber cómo un pobre infeliz como él, que no sabía leer, podía llamarse maestro del Cardenal Cisneros, repuso: "Sepa su merced que yo enseñé a fray Francisco Jiménez de Cisneros a silbar...".

Ingrato.

Desagradecido, que olvida el favor recibido; también, persona o cosa que tiene rudeza o mal trato; sujeto áspero y desagradable, desabrido y molesto. Juan de Zabaleta, en la dedicatoria de su obra *El día defiesta por la tarde*, mediados el siglo XVII, agradeciendo viejos apoyos a un su amigo, dice:

No sé cómo hay ingratos. La cosa más fácil que hazen los mortales es agradecer. Al que tiene con qué, ¿qué le cuesta...?. Y al que no tiene, ¿qué le cuesta desear tenerlo...?

Lope de Vega aseguraba que nada hay en la vida tan despreciable, ni vicio más detestable, que la ingratitud. A lo largo de los dos siglos de oro (XVI-XVII), la escena española bulle con el asunto del olvido o desconocimiento del bien recibido. Calderón de la Barca, en la loa de su auto *PsiQuis y Cupido*, ve así al sujeto aquejado de esta maldad:

Quien usa beneficios

con un ingrato,
lo que siembra en linezas
coge en agravios.

Y a finales del XVIII, Jovellanos usa así el término:

Ingrato, injusto, bárbaro y despiadado será el hombre que a vista de tan noble y prudente conducta pueda abrigar en su corazón la más liviana sospecha contra nuestra fidelidad.

Fue antaño, cuando se valoraba la lealtad por encima de cualquier otra obligación del hombre bien nacido, insulto u ofensa grave. El refrán: "No es de bien nacido el no ser agradecido", está entre los de uso más antiguo.

Insensato.

Persona fatua y carente de sentido. Zabaleta, en su deliciosa obra de costumbres, *El día de fiesta por la tarde*, (mediados del siglo XVII), emplea así el término:

Otro bulle incansablemente, como si por dentro estuviera hecho de llamas.

Otro suena a entendido, y es un insensato. Otro huele a muchas cosas buenas, pero no tiene de ellas mas que el olor.

Un siglo más tarde, el autor de las *Fábulas morales*, Samaniego, de la (segunda mitad del siglo XVIII), advierte así al joven que dormía sobre el brocal de un pozo, haciéndole ver lo insensato de su conducta:

Gritóle la Fortuna:
¡Insensato, despierta!
¿No ves que ahogarte puedes
a poco que te muevas...?

Insolente.

Descarado, orgulloso, soberbio y desvergonzado; individuo que se comporta sin el debido respeto, como no suele hacer quien es educado, careciendo del comedimiento que la situación o el caso requieren. Covarrubias dice en el *Tesoro de la Lengua* (1611):

El sobervio y arrojado, desvanecido; del nombre latino insolens (...) porque las cosas que éste haze no las hazen los demás ni acostumbran tal modo de proceder.

Cervantes se ocupa así de estos sujetos:

Porque vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos que en él se hacen por los insolentes y malos hombres.

Diego de Saavedra Fajardo, en su diálogo satírico *Locuras de España*, mediado el siglo XVII, expresa esta sentencia: "Si un mismo premio se da al vicio y a la virtud, queda ésta agraviada, y aquél insolente". Es voz ofensiva y agravio que, dirigida a quien lo merece, no surte efecto, dada su desvergüenza. Hoy sigue en vigor, aunque en ámbitos de cierta educación y cultura.

Inútil.

Persona que no sirve para cosa alguna; nulidad. El término parece que lo empieza a utilizar en el siglo XVI el historiador cordobés Ambrosio de Morales en su obra *Antigüedades de las ciudades de España*. Es voz de etimología latina, de *uti* = usar, empleando el sentido contrario mediante el prefijo "in-": persona o cosa que no tiene uso, que no sirve.

Jaque.

J Valentón y fanfarrón que presume de bravura y guapeza. Es voz de germanía, en cuyajerga equivale a "rufián". Procede, en primera instancia, del árabe *sah* = rey en el juego de ajedrez; bajo esa acepción se encuentra en el *Libro del Ajedrez* mandado escribir por Alfonso X el Sabio (segunda mitad del siglo XIII). Con ese valor semántico se ha utilizado siempre. Como voz ofensiva, es uso figurado de la acepción anterior, pues el dar jaque era actitud un tanto fanfanona y retardora dentro del juego, engolando la voz quien lo daba, y mostrando ufanía y suficiencia, lo mismo que el "jaque" pretendía meter en un puño a los demás aparentando fuerza y bravura, y amilanando así a quienes escuchaban sus baladronadas. Con esa acepción aparece a principios del siglo XVII. Francisco de Rojas (primera mitad del mencionado siglo) lo pone en labios de cierta dama:

He dado en pensar que es
desgarrado y algo jaque,
y los bravos solamente
son los que me satisfacen.

Dos siglos más tarde, Bretón de los Herreros, también en la escena, echa así mano del término:

-Sí: ¡pues bonito soy yo!
no hay en la provincia un jaque
que tosa donde yo toso.

Jaquetón.

Aumentativo de jaque, que a diferencia de aquella voz, también tiene forma femenina. Sujeto bravucón y perdonavidas que a la hora de la verdad resulta ser cobarde; guapo de taberna que piensa que trae a las mujeres de calle. Bocazas y fantasmón, que cuando ve que tiene las de perder toda la calle le parece camino corto para poner pies en polvorosa. De este fulano dice la frase: "Como el jaquetón de Jadraque, que al acostarse mataba el candil de un trabucazo". Pero no era capaz de matar nada más que eso.

Jesuita.

Calificativo que el vulgo suele dar a quien es hipócrita y falso; sujeto que manifiesta doblez; persona solapada y ladina que tiene una particular astucia para manejar los negocios, llevando siempre el agua a su molino, o arrimando el ascua a su sardina. Un dicho lo pone de manifiesto de esta gráfica manera: "Cuando el jesuita se ahoga o se ahorca, su cuenta le tendrá...". Es acepción derivada del individuo de esa orden religiosa fundada por San Ignacio de Loyola en el siglo XVI, visión negativa de estos religiosos, parte de la campaña de desprestigio que contra los Padres de la Compañía de Jesús, e indirectamente contra España, emprendió primero la Leyenda Negra y luego los francmasones ingleses y los franceses de la Ilustración, y a la que tantos papanatas hispánicos se adscribieron.

Jeta (ser un).

Hocico del cerdo; morro. En sentido figurado, caradura y aprovechado; persona abusona y atrevida, con más cara que espaldas. Equivale a "morro" (véase "tener mucho morro", "caradura"). El término se utilizó antaño en la frase hecha "estar uno con jeta", con el valor semántico de "mostrar alguien malhumor, enfado o enojo en el semblante". Hoy se emplea como sinónimo de descarado. También se emplean el aumentativo "jetón" y el sustantivo mostrenco jetamen, referido a la capacidad de frescura y desvergüenza que tiene alguien.

Jodido.

Stricto sensu, fodidencul*, porculizado. En sentido figurado sujeto ruín y malintencionado; persona miserable y dañina. A menudo, al menos en el uso que le dan los autores renacentistas, es refuerzo peyorativo de "puto", así lo hace Bartolomé de Torres Naharro en su Comedia Soldadesca:

Mal año y negra vejez
meresce el puto hodido...

Coetáneamente, Lucas Fernández, en su *Farsa del Nacimiento*, pone en boca de un pastor el término "hodido", en un momento en el que también se emplean las formas "jodú" y otras con el valor semántico de "ruín y molesto", acepción asexuada del término, que se dice a quien es enfadoso y pesado. Su capacidad ofensiva no radica tanto en la carga semántica como en factores suprasegmentales dependientes de la voluntad del hablante, cobrando entonces el término toda clase de significados y matices. Entre los más frecuentes está su uso como sinónimo de "persona muy fastidiada, física o moralmente hecha polvo". Rafael Alberti da el siguiente empleo al término, en *Roma, peligro para caminantes*:

Que está tu cuerpo ya más que jodido
se ve en que vas como corriente alterna,
pues se encuaderna o se desencuaderna,
pierniencogido o ya piernitendido.

Juan Bragazas.

Junto a Juan Lanás, a quien engañaba su mujer con un ciego de vida pícara, estaba su amigo Juan Bragazas, a quien su propia esposa daba todas las noches calabazas. Al parecer el apellido viene obligado por la rima que se busca. Pero existió un Juan Braga, seguramente portugués, afincado en Toledo en tiempos del emperador Carlos V, que dio que hablar por ser notorio cabrón con pintas, es decir con palabras de Camilo José Cela (*Diccionario del Erotismo*):

Quien lo es en grado sumo, y hallando tanto deleite en serlo que hasta propicia el que la esposa lo cornifique; para ello la viste de gala, canta sus alabanzas ante los posibles suplentes, viaja mucho y presume de moderno. Suele ser ganado manso, huidor de trabajo y complicaciones...

De él se dijo "bragazas" al hombre casado que carece de voluntad, haciendo la de su mujer y su suegra, y dejándose gobernar por cualquiera. (Véase también "calzonazos").

Juan de Aracena.

La segunda parte del dicho describe al personaje: "ni palabra mala, ni obra buena". Este individuo, natural de aquella localidad onubense, donde tuvo olivares y viñas a finales del siglo XVIII, existió. Se caracterizó por ser un bribón encubierto cuya conducta errática, inesperada y caprichosa hacía poco recomendable su amistad y compañía. Tildar a alguien de ser un "Juan de Aracena" es tanto como llamarle persona de poco fiar, taimada y de reacciones imprevisibles. Se dice, asimismo, de quien con buenas palabras consume traiciones.

Juan el tonto o el tonto de Juan.

Como el nombre de "Gil", en el Renacimiento, o el *Jacques* francés, "Juan" es uno de los nombres propios de gente rústica y sencilla (véase lo que decimos en "Juan Lanas" o en la voz "gilipollas"). En el dicho "El tonto de Juan", la segunda parte es la que nos habla del personaje: "...en verano terciopelo, y en invierno tafetán". Se trata del típico tonto atacado de espíritu de contradicción, que obra siempre al revés de lo que cabría esperar, o va contra corriente de la sociedad. No es peligroso, aunque si enojoso, pesado y enfadoso, ya que se torna combativo a la hora de defender sus posiciones. De este parece que se dijo aquello: "más tonto que Juán, que cebó al pichón por el culo".

Juan Lanas.

Algo parecido a lo que sucediera con "Ambrosio el de la carabina", sucedió con Juan Lanas, hombre apocado o marido complaciente. Más que tonto fue cornudo, pero a esta condición llegó por vía de excesiva bondad propia y confianza en la ajena. En Castilla, donde nació el dicho "ser alguien un Juan Lanas", el nombre de Juan es siempre dado a un buenazo, a alguien que tras pasarse de bueno da en la tontez. Así, en una relación de tontos notables del Reino, ¿del siglo XVIII?, se lee:

Ahí vienen Juan de buen alma, con su amigo Juan Lanas, y con ellos Juan Parejo, Juan Zoquete y Juan Jumento. Llega también Juan Díaz, que ni iba ni venía, y Juan el de la Flor, que se curaba para estar mejor, primo de Juan el Pobre, a quien se comían las moscas a cucharadas, y de Juan de la Valmuza, que no tenía capa pero gastaba caperuza...

Muchos de estos Juanes son invento forzado por la rima, pero no Juan Lanas. Juan Lanas existió hacia mediados del siglo XVI. Pudo ser vecino del pueblo de Cantimpalo (Segovia), de donde reza el dicho que era el famoso ánsar o gansa, tonto animal que salía al camino para saludar al lobo. Diversas fuentes señalan hacia la historicidad del personaje, que sin embargo no pasó a la historia por tonto, sino por marido engañado y consentido.

Juan Palomo.

Es pariente del otro homónimo suyo, el que se comía lo que él mismo se guisaba. Pero es un Juan distinto; de éste se dijo que pretendía ir a misa sin dejar el campanario, de donde el dicho: "pretender estar en la procesión y repicando". Es asimismo personaje histórico, casado con Juana Paloma, de la que decía la gente que no utilizaba alas para volar, sino sólo la escoba, con lo que la tildaban de bruja y sucia. Hay rastro documental suyo, o lo hubo antes de la guerra civil, en la ciudad castellana de Medina del Campo.

Judas.

Hombre falso, traidor, fementido y alevoso. Es voz cuyo sentido le viene dado por la conducta del apóstol de Cristo Judas Simón Iscariote, que vendió o traicionó a su Maestro por treinta monedas de plata. El uso del término como ofensa e insulto, es antiguo. F. de Quevedo lo utiliza en el primer tercio del siglo XVII:

Grande cosecha de Judas
dicen que ha de haber hogaño...

Hubo antaño una celebrada disputa al respecto del origen del apellido Ximénez, Siménez o Jiménez, substanciada sobre si es patronímico formado a partir del nombre "Simón", apellido de Judas, ya que Iscariote es sólo una referencia a la aldea donde nació, junto a Jerusalén, significando *ish karaiot* = hombre de los arrabales o suburbios, en hebreo. Muchos de aquel apellido tomaron la noticia como afrenta.

Judío.

Individuo perteneciente a la religión y pueblo hebreo. Despectivamente se predica de quien se muestra en exceso interesado y avaro; usurero. En cuanto a su etimología, es voz hebrea, de *jehudi* = perteneciente a la tribu de Judá, a través del término latino *judaeus*. Es vocablo muy antiguo en castellano, lengua en la que se utiliza desde los orígenes mismos del lenguaje. El término estuvo siempre negativamente connotado por motivaciones religiosas más que de la vida práctica. Un miembro de esta raza y fe, el rabino de Carrión Shem Tob, escribe en sus *Proverbios morales* (1355), consciente de la reputación negativa y mala imagen de los de su pueblo:

Non val el açor menos
por nascer de mal nido,
nin los enxemplos buenos
porlos dezyr judío.

Julandrón, julandras.

Primo, pringao, julay. Persona que ha sido involucrada en asuntos turbios y de difícil salida sin su consentimiento o conocimiento pleno. También funciona como sinónimo de maricón paciente, o puto. Es insulto ofensivo, aunque utilizado sólo en medios marginales. En cuanto a su etimología, pudo decirse de

la voz gitana "julay", pero no se aviene con el significado de este término caló: amo, mesonero. Aunque de difícil comprobación filológica, podría derivar de la voz "julo": animal que va delante en la recua, generalmente un mulo o un asno grande; "julandrón" sería forma aumentativo-despectiva. De hecho, el término se emplea con ese valor a finales del siglo XV.

Jumento, jumental.

Burro, asno, bestia de albarda. Por extensión, persona torpe, ignorante y necia. Luis de Góngora emplea así el término:

Esto decía Galayo,
antes que el Tajo partiese
aquel yegüero llorón,
aquel jumental jinete.

En tiempos de Cervantes era insulto leve, tildándose de jumento a quien sabía poco, o no era capaz de aprender. Covarrubias recoge el término en su *Tesoro de la Lengua* (1611), diciendo:

En nuestro castellano para dezir a uno que sabe poco, usamos deste término: Es como un jumento; y porque qualquiera que peca es ignorante, con razón se llama al pecador "jumento".

Lacayo.

Lacayo. Servil y rastrero; tiralevitas, voz de su amo. Se dice por extensión de su acepción principal: criado de librea cuyo cometido principal es el de acompañar a su amo a pie, a caballo o en coche, obediéndole en todo, y siendo sus manos y pies. Entre las etimologías barajadas resulta curiosa la que hace derivar el término de una voz antigua occitánica, *lecar*, con el significado de "lamer". Se documenta el término en el siglo XV, en versos del poeta Alfonso Álvarez de Villasandino recogidos en el *Cancionero de Baena*. Con el significado de "mozo de espuelas", criado con librea que va junto a su amo, se usa en castellano a mediados del siglo XVI. Covarrubias da entrada en su *Tesoro de la Lengua* (1611) a la definición anterior, y cree que es término de procedencia alemana, introducida en España en tiempos de Felipe el Hermoso, esposo de Juana I, La Loca. Tirso de Molina emplea así el vocablo:

Agradecido un lacayo
dejando a solas sus dueños,
combatido de promesas,
importunado de ruegos,
me refirió por extenso
la patria de las dos damas.

En valenciano el término es *alacayo*, forma que se mantiene hoy en vigor, y que en nuestra opinión hace pensar en el artículo árabe "al-", lo que daría procedencia de esa índole al vocablo, tal vez a través del griego *lakis*: andador, porque el lacayo acompaña a pie a su señor, yendo éste montado. Sea como fuere, es voz desprestigiada, usada a menudo para calificar a los descastados y traidores a su clase, a los esquirols que rompen las huelgas, y en general a cuantos parecen aliarse con sus enemigos naturales de clase. La politización del término ha desvirtuado su significado original, y hoy es claramente un insulto.

Ladilla.

Parásito, lapa; persona que se pega a otra para vivir a su costa. En la novela de Francisco López de Ubeda, publicada en 1605, la *Picara Justina* exclama: "¡Negra fue la hora; pegóseme como una ladilla!". La naturaleza venérea de este desagradable insecto contagia de negatividad el término, multiplicando la capacidad ofensiva del calificativo. Luis Vélez de Guevara (s. XVII), en su novela *El Diablo Cojuelo*, usa así el término:

Almorranas y muermo,
sarna y ladillas,
su mujer se las quita
con tenacillas.

Ladino.

Taimado, astuto y disimulado; persona muy sagaz que normalmente se vale de todas las artes, buenas y malas, para salirse con la suya y alzarse con su propósito; hoy se usa en su lugar el término

"maniobrero". Larra, (primer tercio del siglo XIX), escribe: "La reina es ladina, y aunque no está de su esposo enamorada, como se supone, sábele mal dosis tan cargada de celos..."

En cuanto a su etimología, procede de "latino", referido a las lenguas romances, como el castellano. Salvo esa particularidad, el término ha experimentado a lo largo de su historia pocos cambios semánticos. Su uso original, a finales del siglo XIII, fue el de astuto y avisado, aunque sin carácter peyorativo. En la *Crónica General de España*, del siglo citado, su anónimo autor dice de cierto caballero musulmán: "Moro tan ladino que semejava christiano". Su acepción moderna, como sinónimo de persona sagaz y astuta se da en el siglo XVI. El hecho de que se diera a la lengua hablada a finales del siglo XV por judíos y moriscos el nombre de ladino, en contraposición a las lenguas no latinas habladas en sus lugares de asentamiento final, como Grecia, Turquía, el Norte de Africa, etc., tras sus respectivas expulsiones, hizo que el término pasara a ser sinónimo de "judío", cargando así con la semántica negativa que injustificadamente recibieron los de aquella religión y raza. La equivocadamente supuesta rapacidad y cautela, astucia y manipulación de los judíos, que hablaban ladino, hizo que el término se cargara de aspectos negativos. De ahí que tildar a alguien de "ladino" era tanto como llamarle persona de poco fiar, con la que convenía guardar las distancias y tomar precauciones.

Ladrillo.

Muermo. Persona aburrida y pesado, desangelada y soporífera; plomo o plomazo. Se aplica también a situaciones y cosas en las que el denominador común sea el aburrimiento y el bostezo, la desgana y el tedio. Es acepción que no recoge el diccionario oficial a pesar de estar mucho más viva y en uso en la calle que la de "ladronzuelo" que antaño tuvo en lenguaje de germanía, por afinidad de sonido.

Ladrón.

Individuo que hurta o roba. Es de etimología latina, de la voz *latro* = guardia de corps. Es término utilizado en castellano desde los orígenes del idioma. En el *Poema de Mio Çid* (redactado en el siglo XII) aparece en el siguiente contexto:

Pusiéronte en cruz por nombre en Golgotá;
dos ladrones contigo, estos de señas partes,
el uno es en paradiso, ca el otro non entró allá...

Cristóbal de Castillejo, en sus *Coplas* (primer tercio del siglo XVI), utiliza así el término:

Después de haber sojuzgado
a Cartago, a su senado,
en lugar de galardón
acusado por ladrón
en fin murió desterrado.

Resulta curiosa la evolución semántica del término a su paso al romance. En latín no tenía siempre sentido peyorativo, como tampoco en griego -lengua de la que desciende la voz latina-, donde *latreio*, *latría* equivalía a "servidor de los dioses, sirviente pagado". Debido a etimología tan favorable fue antropónimo, nombre de pila de muchas personas en la alta y baja Edad Media: Latro, en Aragón y otros

puntos de España; y después, apellido ilustre: la Casa de los Ladrón de Guevera, seguramente por haber sido los fundadores de este linaje compañeros del rey, fieles y servidores de reales personas. Sin embargo, ya en el latín clásico tuvo una derivación semántica hacia el campo del bandidaje, del robo en cuadrilla, pasando luego a equivaler a "soldado de fortuna, mercenario", de donde derivaron las connotaciones actuales de esta voz.

Lameculos.

Pocos compuestos tan ofensivos como éste, ya que con tan soez y baja práctica se denuncia al adulator impenitente y servil. Modalidad político-sindical de este personajillo es el esquirol, de quien se cantaba:

Esquirol, esquirol,
que por mor de que él le vea
lameculo es del patrón.

También se llamó al lameculos "el lacayo lacayuno": mozo de espuelas en exceso servil, que se ponía a cuatro patas para que lo utilizara el señor de banqueta y subir más fácilmente al caballo, o al carruaje.

Lameplatos.

Goloso y hambrión de escasos recursos, que se ve obligado a alimentarse de sobras. Es comilón y ansioso, como el lambistón. A veces, para poder satisfacer su gula se torna servil, adulator, lameculos y lampón. Tiene infinidad de variantes, siendo una de las más extendidas el término zamorano: "lambrucio", cruce de gorrón y alzapuelles o tiralevitas.

Lapa.

Gorrón que se caracteriza por la pesadez e importunidad con que se conduce para conseguir su propósito de vivir de mogollón; latazo, pelma, coñazo; persona insistente en exceso, que da la tabarra de manera continuada hasta conseguir sus fines. Se emplea en sentido figurado, teniendo *in mente* su acepción principal: "molusco gasterópodo en forma de caperuza que vive asido fuertemente a las rocas costañas", ya que quien es una lapa se pega a su víctima sin que a ésta resulte fácil deshacerse de él. En ese sentido emplea el término, a mediados del siglo pasado, Bretón de los Herreros:

La amante doña Ruperta
se pega como una lapa
a don Tomás, su marido...

Se dice también de quien es muy tacaño y miserable, que se agarra como una lapa a su dinero, sin soltarlo, prefiriendo pasar necesidad a aflojar la bolsa.

Lata, latazo, latoso.

Pesado, coñazo, pelma; persona o cosa aburrida y cansada. El *Diccionario ideológico*, de Casares, escribe: "Discurso, conversación u otra cosa cuya prolijidad causa disgusto cansancio". Parece que no tiene que ver con la lata de hojalata, al menos en origen. Eso defendió Dámaso Alonso, afirmando que la expresión "dar la lata" se difundió hacia el último tercio del siglo pasado en el medio rural, en cuyo ámbito significó antaño "dar de palos, dar de garrotazos", ya que en los medios aludidos "lata" equivale a "varapalo". Lata y varapalo han servido para apalea a la gente, es decir: para darles la lata. De ese origen participa también el término sinónimo "paliza", ya que quien cansa con su machacona presencia, conversación o manía termina por ser menos sufrible que un varapalo.

Lebrastón.

Lebrato grande; de esa acepción derivó el calificativo despectivo aplicado al sujeto cobarde pero astuto y sagaz, que sólo se ocupa de su medro a espaldas de los demás, sin importarle pasar por encima de ellos. Covarrubias (1611) dice que "liebrastón" es liebre pequeña.

Lebrón.

Hombre tímido, encogido y cobarde. *La Pícaro Justina*, de López de Ubeda (1605) tiene esto que decir: "Y sepan todos como mi marido Santolaja, si fue moscón, le picó en las mataduras, y aunque celibato le bregó a coces la barriga al muy lebrón...".

La liebre tuvo una valoración contradictoria en el mundo clásico: por un lado, se consideró que era animal cobarde, asustadizo y de poco fiar, seguramente por la velocidad con que era capaz de huir; por otra, que se trataba de una criatura astuta, taimada y miserable que en cualquier momento podía hacer alguna de las suyas, seguramente por su capacidad de dormir con los ojos abiertos.

Lechuguino.

Muchacho imberbe que ya quiere galantear a las mujeres, para lo cual se esfuerza en aparentar más años que los que tiene. En el teatro del siglo XIX aparece a menudo como tipo un tanto ridículo, pero que cae en gracia a las mujeres. Tiene además, a lo largo de aquel siglo y principios del XX, la connotación de individuo remilgado, petimetre y elegante que se preocupa únicamente de enamorar a las mujeres, generalmente sin esperar recoger los frutos de esa conquista. Pisaverde que se ocupa en acicalarse y componerse, siguiendo en todo los dictados de la moda. Mesonero Romanos recuerda sus tiempos de juventud de la siguiente manera:

¡Qué tiempos aquellos para las muchachas pizpiretas en que el lechuguino bailaba la gavota de Vestris y no se sentaba hasta haber rendido seis parejas en las vueltas rápidas del vals...!

En tiempos cervantinos, sin embargo, sólo se entendía por lechuguino el plantel que nace de la simiente de la lechuga.

Legñoso.

Pitañoso, pitarroso, legañil; persona afectada de legañas, humor procedente de la mucosa y glándulas de los párpados y que se cuaja en el borde de los ojos entorpeciendo la visión y dando a quien lo sufre un aspecto miserable y un tanto repulsivo. Bretón de los Herreros emplea así el término, mediado el siglo XIX:

¿Cómo gozar de las tintas
rosadas, verdes o azules
con que el sol viste los campos
y colorea las nubes
si miope y legñoso,
dando aquí y allá de bruces
no ves siete sobre un asno...?

Era voz empleada a finales del siglo XVI; Oudin la incluye en su *Tesoro de las dos lenguas francesa y española*, de 1607. En cuanto a la etimología de legaña o lagaña, nada hay definitivo salvo el hecho de que se trata de un vocablo pre-románico, tal vez del vasco *lakaiña*. El erudito Vallés, médico de Felipe II, emplea el término en la segunda mitad del siglo XVI.

Lelo, alela(d)o.

En un sainete de Ramón de la Cruz, dos castizas madrileñas se dicen la una la otra, después de recibir un sobresalto:

- He quedado lela...
- Y yo aún estoy asustada.

Uno de los ingredientes semánticos de este calificativo, básicamente ofensivo, es el aturdimiento, que cuando es pasajero, el lelo es sólo un alelado temporal. Lo grave es cuando no se recupera de ese estado, y queda lelo, es decir: pasmado para siempre. El lelo es sobre todo un fatuo, de muy lento entendimiento. Ese contenido semántico le da el *Diccionario de Autoridades*, (primer cuarto del siglo XVIII), que es cuando se testimonia la palabra por vez primera en forma escrita. Este hecho hace que sea demasiado tardío su uso para que proceda, como quieren algunos, del término griego *lalos* = bobo. ¿para qué recurrir a idioma tan culto para crear palabra que tenía ya cien posibles maneras de realizarse? Más acertado parece Corominas, en su *Diccionario Crítico*, cuando afirma que es término de creación expresiva, parecida al francés *gagá*, o al catalán *babau*. En el refrán de *las Aventuras de don Procopio en Paris*, cuplé estrenado en 1907 en el Kursaal Central, por la Fornarina (la madrileña Consuelo Vello Cano), se lee:

Y luego, al colocarse todas en fila,
don Procopio, alelado, igual decía:
"Comprendo que estén locos

con la machic,
que es el baile de moda
que baila toda la gente chic".

Lenguaz, lenguaraz.

En sentido figurado, persona que tiene la lengua muy larga; deslenguado e impertinente que dice necedades y se muestra atrevido en el hablar; desvergonzado que no mide el alcance de sus palabras ni es consciente de la gravedad que a menudo supone la incontinencia verbal. El autor de la novela picaresca *Guzmán de Alfarache* (1599), Mateo Alemán, escribe: "Costal de malicias, embudo de chismes, lenguaraz en responder, mudo en lo que importa hablar...". (Véase también "deslenguado").

Leño.

Familiarmente, se dice de la persona necia y torpe, de poco talento y ninguna habilidad; zoquete, tarugo. Covarrubias (1611) corrobora esta acepción, en su *Tesoro de la Lengua*: "Al que tiene poca habilidad y discurso dezimos ser un leño". Y antes que él, Juan Rufo, en *Las seiscientas apotegmas*, a finales del siglo XVI, describe así a estos zoquetes: "Los necios se reducen a tres géneros: los unos son verdaderamente leños, porque discurren poco y hablan menos".

Es voz latina, de *lignum*, trozo de árbol cortado, o tronco sin desbastar. De esta condición ruda y no tratada derivó el sentido figurado del término: persona no cultivada, necia y torpe, especie de bruto sin desbastar, o trozo de madera sin pulir.

Lerdo.

Pesado y torpe en el andar; dicese más comúnmente de las bestias; en lenguaje figurado, tardo y torpe para comprender o ejecutar una cosa; en germanía, sujeto sin valor, individuo cobarde. Todas las definiciones le caben a este individuo. Fernández de Moratín, (finales del siglo XVIII), en una de sus obras no dramáticas, incluye el término en el contexto que sigue: "Los postillones, del todo execrables: lerdos, sordos, embusteros, estafadores a no poder más:" El lerdo es siempre bobo, sucio o descuidado. El término se documenta por primera vez en castellano hacia la primera mitad del siglo XIV, en el *Libro de Buen Amor*, del Arcipreste de Hita, donde se lee:

Lunes antes del alva comencé mi camino,
fallé cerca el Comejo, do tajava un pino,
una serrana lerda, dirévos qué me avino:
cuidós casar conmigo como con su vezino.

¿Por qué era lerda la serrana de quien habla Juan Ruiz? Por su falta de seso, ya que "dejó lo ganado, por lo que está por ganar", actitud propia de los bobos mentecatos, de los lerdos. Cuenta Melchor de Santacruz, en su *Floresta Española* (1574):

Un caballero preguntó a un escudero: "¿Vuestro hermano es vivo?".

Respondió: "No, señor, sino lerdo".

El autor juega con la polisemia del término "vivo", estando la gracia en que el escudero toma la palabra como sinónimo de agudo e ingenioso o listo, mientras que el señor la toma literalmente, como antónimo de muerto. Unas décadas después Cervantes, en su novela ejemplar *La Gitanilla*, emplea así el término:

No hay gitano necio ni gitana lerda: que como el sustentar su vida consiste en ser agudos, astutos y embusteros, despabilan el ingenio a cada paso, y no dejan que críe moho en ninguna manera.

En cuanto a su etimología, parece que es término procedente del griego *lordós* = corvado, inclinado, a través de la voz latina *luridus*, *lordus*, con el valor semántico de "sucio, lento, pesado, de entendimiento difícil y tarda comprensión".

Libertino.

Persona entregada al libertinaje; sujeto lascivo y libidinoso, calavera y golfo, cuya ocupación única parece ser la de entregarse a todo tipo de placeres. Es criatura literaria muy afín al gusto romántico, que exaltó su conducta, para ser duramente criticada más tarde en la escena, que hace de él una especie de demonio desalmado, perverso, seductor y miserable. En cuanto a su etimología y antigüedad, aparece en el *Universal Vocabulario* de Alonso de Palencia (finales del siglo XV), con valor semántico relativo a los libertos o esclavos emancipados, valor que tuvo el término hasta el siglo XVIII. A finales de esa centuria, por influencia del francés, se tildó así a quien observaba conducta desenfrenada en lo concerniente a la moral y a la religión. Jovellanos, escribe: "¿Cerraremos las puertas a un pueblo entero de corazones fervorosos para negar la entrada a un solo libertino...?".

Lila.

Tonto, fatuo. El "lila" es tonto del culo, por menear esa parte de la anatomía al andar amblando, meneando el culo; no es necesariamente tonto de la cabeza, aunque puede estar un poco tocado también en esa parte. Es voz de formación onomatopéyica, en imitación del balbuceo *lil-lil* propio de estos fatuos un tanto afeminados. Corominas cree que es término variante de "lelo", pero no resulta fácil probarlo, ni filológica ni semánticamente. Hay que tener además en cuenta la voz del caló "*lilo*" = loco, extravagante, sujeto a quien da por hacer tonterías o comportarse de manera desafiante y rebelde.

Lilanga, lilaila.

Lila, bobalicón, tontaina. Seguramente de la voz árabe *filali*, alusivo a los tejidos que se hacían en la ciudad berberisca de Tafilelt, en el siglo XVI. En sentido figurado, "lilaila" comparándose el primor de aquella tela con el carácter flojo y afeminado de algunos hombres, y su aspecto ridículo al adornarse con tanto perifollo. El tejido llamado "filali", (Primor), la flor "lila" (delicadeza) y el encuentro de consonantes alveolares laterales (afectación), son elementos que tomados en conjunto determinan el sentido y significado del término: Individuo flojo, un poco tonto, afectado en el habla y amanerado en el porte. El sonido de un término siempre tiene algo que ver con él. En cuanto al término "lilaila", está

asimismo participado del rastro semántico de "astucia, bellaquería, tonterías". Bretón usa el término, a mediados del XIX:

-Ni aquí vino original,
sino copiado a la letra
de otro diario... -¡Bah, bah!
Lilailas.

Al aprendiz de "lilaila" (ladronzuelo bellaco) se llama lilador en el mundo del hampa: especie de señuelo para pescar incautos, primos y pringaos.

Lilipendo, lilipendón.

Imbécil. No se conocen detalles de este término insultante. Puede ser una combinación de lilo y pendón, aunque no existe evidencia documental para afirmarlo. Este individuo tiene mucho en común con el gilí y el gilipollas, por lo que no es descabellado pensar que en origen hubiera existido un término "lipendo", hoy desaparecido, del que habría derivado el que nos ocupa. Desconocemos usos escritos de esta palabra, por otra parte no arcaica, hoy algo en desuso.

Lilo, liló, lililó, liloí, lilón, lililón.

Loco, extravagante. El femenino de este término, procedente del caló, es *lillí*. Todas estas formas del término, como también el de "lila", pueden haber experimentado algún roce o cruce con la voz *lilao*, palabra que utiliza ya Quevedo en el sentido de "ostentación vana en el habla o el vestido y porte", pues al lilo le gusta llamar la atención bien por su atuendo o bien por su discurso. (Véase también: "lilanga, lilaila").

Lirón.

Dormilón, y por extensión: holgazán. Se dice en alusión al roedor que pasa el invierno durmiendo, escondido bajo tierra en estado de letargo, adormecido. Tirso de Molina emplea el término en la primera mitad del siglo XVII:

¡Que me durmiese yo en pie!
¿Hiciera más un lirón?
Pero..., ¿qué es de mi frisón...?
Maniatado le dejé.

Se llamaba así, de entrada, al criado, siervo o escudero, por suponerse que éstos estaban siempre dispuestos a zanganear en ausencia del amo.

Listo, listillo.

Sujeto diligente y agudo, siempre dispuesto a hacer cualquier cosa para mostrar su habilidad y presencia de ánimo; sujeto sagaz, inteligente y avisado. Covarrubias (1611) escribe en su *Tesoro de la Lengua*: "Púdose haber dicho del alistado, por la diligencia que está dispuesto a poner en lo que su capitán le ordenare...", en cuyo caso significaría "dispuesto, alerta y preparado". Aunque es aceptable que provenga del participio pasivo del verbo latino *legere* = leer, resultando la voz "leido" como sinónimo de instruido, culto, inteligente, nada se sabe con seguridad en cuanto al origen del término, que en castellano no se empleaba con anterioridad a 1604, en que lo usa el murciano Ginés Pérez de Hita en su obra *Guerras civiles*. Cervantes, sólo un año después, emplea así la voz, en el *Quijote*: "La rueda de la fortuna anda más lista que una rueda de molino". Por antífrasis, la palabra "listo" puede convertirse en insulto. Pasarse de listo es caer en la tontería; como también tomar a los demás por más tontos de lo que son. El "listo" exagera su propio ingenio en detrimento del ajeno. Es el típico descubridor del Mediterráneo, que toma por invento o hallazgo propio lo que otros hace tiempo saben. Listo famoso es el protagonista de "la docenica del fraile". El origen de la historieta, que tomo de J. M^a Iribarren (*El porqué de los dichos*), es como sigue: Un fraile lego entró en una huevería con la intención de comprar una docena de huevos para distintas personas, por lo que quería que se los despacharan por separado. Y dijo: "Para el padre prior, media docena -y apartó seis-; el padre guardián me encargó un tercio de docena -y agregó cuatro a los seis anteriores-; y para mí, que soy más pobre, un cuarto de docena-". Dicho esto se marchó con los trece huevos de su peculiar docenica del fraile, ejemplo perfecto del "listo" a que nos referimos. También tuvo fama de "listo" el capitán Araña, Aranha o Arana, que a todos embarcaba y él se quedaba en tierra. El personaje existió en la primera mitad del siglo XVIII, cuando se necesitaba reclutar marinería para luchar en América. El lo hacía, pero una vez levadas anclas saltaba a tierra so pretexto de que tenía que seguir completando nuevas tripulaciones..., con lo que se libraba de la travesía y peligros de la guerra. Son numerosos los "listos" en el refranero español. Hacer que otro cargue con el muerto, o apenque con nuestra parte del trabajo, es constante histórica. Hay muchos que inventan ocupaciones a la hora de llevar a cabo sus obligaciones, como se cuenta del galgo de Lucas, que cuando salía la liebre se ponía a mear.

Litri.

Presuntuoso y fachendoso, que adopta actitudes chulescas creyéndose importante, superior a quienes lo rodean; gallito que siempre tiene que sobresalir y hacerse notar, aunque para ello tenga que emplear malas artes. Es término muy oído en Andalucía. El autor de *Las águilas*, el escritor realista José López Pinillos (Pármeno), emplea la palabra en el siguiente contexto del andalucismo cerrado: "...con más jumos y más fachenda que tú, no lo pare madre. ¡Arrastra, litri, bitongo, bainípedo! (...) ¡Mira que eres litri, soso y tabardillo...!".

Lloramigas.

Lloricón que llora intermitentemente, o a migajas: de ahí su nombre. Como el "llorica"* es persona de poca presencia de ánimo, flojo de carácter, que busca atención y mimos. Cursa con "blandengue y mierdecilla", aunque tiene su propia entidad como insulto, utilizado con fuerza despectiva mayor que "llorica o lloricón".

Llorica.

Persona pusilánime y de carácter muy flojo, que rompe a llorar fácilmente y con frecuencia, por motivos nimios. En algunos círculos de vida callejera moderna se le llama también "lloreras". Tiene cierta leve conexión con el mariquita. Mierdecilla cruzado con llorón y quejica.

Loca del Ferrol.

El dicho completo, es como sigue: "¿Hay otra más loca que yo...? ¡Sí: la loca del Ferrol!". Se alude con ello a un hecho histórico que tuvo lugar en aquella ciudad gallega. Tres campesinas fueron a ver a sus maridos tras haber sido éstos ajusticiados en la horca, a principios del siglo XIX, Disputaban acerca de cuál de ellos estaría en mejor lugar, en el cielo, en el purgatorio o en el infierno. Una de ellas, un tanto descreída, contestó, según dice el epígrama:

A sus maridos colgados
de la horca, fueron ver
viudas de tres finados
de los que ahorcaron ayer.
Una de ellas, del Ferrol,
dijo al verlos: "Mal por mal,
mejor está mi Pascual,
que al fin, está cara al sol".

¿Por qué mereció, en el dicho, el calificativo de "loca"...? No lo sabemos. Más que loca parece optimista, acostumbrada a ver el lado bueno de las cosas, incluso cuando éstas muestran una realidad tan dura como la del relato.

Loco.

Demente; que ha perdido el juicio; persona disparatada y temerariamente imprudente. Es insulto liviano, raramente ofensivo por su uso indiscriminado, habiendo sido aplicado a todo tipo de conducta excesiva, tanto vituperable como digna de alabanza. Es loco todo aquel que reacciona por encima de lo normal, llevado por la pasión del momento, o por el empeño y celo que pone en sus cosas. Hay locos de amor y de odio, de celos y de envidia, de devoción y de rabia; locos de atar y locos desatados; locos furiosos y locos taciturnos, silenciosos, tímidos y escondidos; locos egregios, mezquinos y miserables. Tanto loco en verdad, que si no se dice otra palabra, el calificativo pierde referencia y sentido. Un loco a secas, no existe: sólo existen los locos por algo, de algo y para algo. En cuanto a su etimología, no hay seguridad; parece que no es término latino. Cree Corominas (*Diccionario Crítico Etimológico*) que procede del adjetivo árabe *alwaq*, cuyo femenino plural es *láuq*, *láuqa* = tonto, demente, insensato. Es voz presente en castellano desde el origen del idioma. Gonzalo de Berceo, en los *Milagros de Nuestra Señora*, primeras décadas del siglo XIII, la emplea así:

Cuidábanse los omnes que con seso quebraba,
no entendien que todo Satanás lo guiaba;
quando por aventura en algo açertaba,

por poco la gent loca que non lo adoraba.

En sus *Proverbios morales* (s. XIV), escribe Shem Tob de Carrión:

Ca sy non fuesse loco
non usaría así,
conosciendo algún poco
deste mundo e de sí.

Y en las *Coplas que hizo Guevara de mal dezir contra una mujer*, en pleno siglo XV, recogidas en el *Cancionero de obras de burlas*, se lee dirigidas a cierta mujer despreciable:

De la muerte figurada
vuestro talle mucho toca,
fea, vieja, necia y loca,
flaca, bruxa y desdonada.

A pesar de su posible etimología árabe, debemos decir que existe una voz latina tardía con el significado de "mochuelo": *uluccus*, de donde el italiano dialectal derivó *locco* = estúpido, imbecil, torpe y desorientado, de donde pudo haber derivado la voz que comentamos. En cualquier caso la cuestión de su etimología no está dilucidada; no sorprende la perplejidad que en 1611 expresa Covarrubias en su *Tesoro*: "La etimología de este vocablo tornará loco a qualquiera hombre cuerdo...".

El término tuvo infinidad de usos predicativos. No sólo se alude con él a quien desvaría, sino que también se utiliza para calificar situaciones y personas. Al enamorado; a quien padece del mal de los celos.

Cervantes, al final del *Quijote*, antes de colgar su peñola de la espetera, muerto el héroe, escribe:

Yace aquí el hidalgo fuerte
que a tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.
Tuvo a todo el mundo en poco;
fue el espantajo y el coco
del mundo en tal coyuntura,
que acreditó su ventura,
morir cuerdo y vivir loco.

Uno de los usos frecuentes del vocablo se refiere al maricón escandaloso que no puede ni quiere esconder su condición. En este caso se usa la forma del femenino: "loca", voz también aplicada a la puta ruidosa. Cela, (*Diccionario del erotismo*), cita esta quintilla de la *Venus picaresca*:

Toda vez que me disputa
la cáscara que a mi boca

dar no quiere pan, ni fruta,
tema, al fin, parar en... loca
si otro lo suyo disfruta.

Longuí.

Persona muy cándida e inocente, tanto que, sin serlo, parece boba. Como en el término procedente del caló, *longarés*, el apocamiento y pobreza de espíritu del longuí puede ser fingido para mejor embaucar a quien se proponen desplumar, de donde pudo venir la expresión "hacerse el longuis": aparentar inocencia para dar el timo, como el de la estampita o el tocomucho. Es voz utilizada a menudo por los autores de vodeviles y cuplés. En el chotis de Antonio Rincón, *Colón 34*, letra de Eduardo Montesinos, la cantante Manolita Rosales (1925) hizo célebre la siguiente estrofa:

Un señorito longui, con guante y botines
y un cuello largo que pa(r)ecía un ascensor,
quiso llevarme al hotel Palace
para bailar eso que llaman el fox trot.

El término tuvo también otra acepción, derivada de una etimología latina, el superlativo *longuissimus* = muy largo. De "luengo" se dijo la expresión adverbial "a luengas", con el valor semántico de "con gran tardanza, a muy largo plazo"; hacerse el longuis es tanto como demorar una cosa *ad kalendas graecas*, no pagar nunca; hacerse el loco.

Lunático

Loco cuya demencia se presenta a intervalos coincidentes con las fases de la luna; así, cuando ésta se encuentra en creciente se ponen furiosos y destemplados; y cuando en menguante, se muestran pacíficos y razonables. Un escritor del siglo XVII, fray Fernando de Valverde, utiliza el término en ciertos comentarios que escribe al *Evangelio*: "También los lunáticos y paralíticos venían a su presencia en busca de remedios". Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua*, (1611) tiene esto que decir:

"Estar la luna sobre el horno", se dize del loco cuando está con furia, que ordinariamente es en luna llena, y allí se toma horno por la cabeça del hombre, que es como una hornaza, y entonces le hiere de lleno. Por esta razón se llamaron lunáticos los faltos de juyzio, que con los quartos de luna alteran su accidente.

Es palabra de uso antiguo en castellano. A quien por mal influjo de la luna pierde momentáneamente el juicio también se ha llamado: "alunado", voz que aparece en el *Libro de Alexandre*, (primera mitad del siglo XIII):

Pesó el Criador que crió la Natura,
ovo de Alexandre sanna e grant rancura;
dixo: este lunático que non cata medida,
Yol tornaré el gozo todo en amargura.

M acaco.

Feo y deforme, como el mono de cabeza chata al que se alude, procedente de Angola, de donde el término es autóctono. Se utiliza en castellano desde la segunda mitad del siglo XVI, como voz ofensiva usada primero en Portugal. Su valor semántico no es uniforme, así, mientras que en Cuba, Chile y otras naciones americanas significa "persona muy fea y mal formada", en algunos puntos de España, como Bilbao, se da el calificativo a los mujeriegos y a los afeminados..., a pesar del contraste conceptual que hay entre ambos. También se predica de alguien, generalmente de un niño, que tiene gustos o pretende cosas no acordes con sus años, capacidad y condición, como sinónimo de "retaco", según me hace ver Juan Ramón Azaola.

Macandón.

Maula, camandulero; sujeto astuto y haragán; persona vil, inútil y despreciable. Con el valor semántico de "individuo falso y embustero" se utilizaba el término a finales del siglo XV. Lucas Fernández, en su *Farsa del Nacimiento* pone en boca del pastor Bonifacio la siguiente retahila de insultos:

¡O(h), do(y) al diablo el bordiÓN,
moxquilón y macandón!...

En cuanto a la voz insultante "moxquilón", era sinónima de holgazán: mozo fuerte, pero vago; rapazón travieso y holgazán; muchacho alto, fuerte y presumido que hace ascos al trabajo; sujeto amigo de fiestas y jolgorios. El macandón participaba de este universo haragán y calavera.

Macanero.

Que cuenta patrañas y embustes; mitómano. Es derivado de la acepción argentina del término "macana": porra. En cierta carta dirigida por José M^a de Murga al Conde de Hervías, en 1869, (véase el Boletín de la sociedad Vascongada de Amigos del País), le dice aquél a éste: "La macana es una porra con la que los habitantes de las islas de la Sonda acostumbran a ablandar la mollera a sus enemigos".

Esta acepción derivó hacia un sentido figurado obsceno, según el cual "porra" equivale a pene o miembro viril. Así, decir o contar macanas era tanto como andar contando "chorradas". Macanero, *sensu stricto* "porrero", se convirtió en calificativo con el que señalar a los mentirosos crónicos que disfrutaban esparciendo infundios, embustes y cuentos sin fundamento. En ese sentido es insulto muy despectivo, utilizado desde el siglo XIX.

Macarelo.

Bravucón y pendenciero; camorrista. Puede ser galicismo, de *maquereau* = alcahuete, chulo de putas, rufián. Es término de uso en medios agermanados, entre clientes de prostíbulo. Su uso es relativamente reciente: finales del siglo XIX, aunque la Academia no lo incorporó al diccionario oficial hasta cumplido el primer cuarto del siglo pasado. (Véase también "macarra, macareno").

Macareno.

Valentón de taberna; baladrón. Es termino derivado del término francés *maquereau*, en su acepción de chulo de burdel. Guapo, majo, pagado de sí mismo en cuanto al físico. Gonzalo de Céspedes y Meneses, en su *Varia fortuna del soldado Píndaro* recurre al término, en el primer cuarto del siglo XVII, seguramente, según el *Diccionario de Autoridades*, influenciado por el nombre del barrio sevillano de la puerta de la Macarena, ya que el pasaje de la obra donde aparece tiene ese horizonte.

Macarra, macarrón, macarronet.

Los dos primeros son variedad de chulo de sí mismo, y más frecuentemente de putas, o rufián. Probablemente de la voz francesa *maquereau*, a través del término catalán *macarró*. Tiene también acepción popular de "guapo y valentón" que se dedica a pasear su palmito, del que presume, por plazas y tabernas. Tiene puntos de contacto con el bocazas o mojarreras, con el mojarrón y el fantasma. Es tipo peligroso, y ser tildado de tal equivale a ser equiparado con el bellaco y el rufián de otros tiempos. En ambientes prostibularios, "macarronet", voz mostrenca o falso galicismo, pero que Besses en su *Diccionario de argot español* da como originaria del catalán, es el chulo de su propia mujer, con cuyo cuerpo trafica, negocio muy en boga en la actualidad.

Magancés.

Traidor alevoso; individuo ruín y perverso; persona aviesa y dañina, de la que conviene apartarse. Fue insulto gravísimo a finales de la Edad Media. En cuanto a su etimología, como tantos otros, procede de un personaje histórico medio legendario: el conde Galalón de Maganza o Maguncia, de quien se habla en la *Historia de Carlomagno*, traidor que puso a merced de los infieles al caballero Roldán, el de la *Chanson*, en Roncesvalles. Se documenta en castellano a mediados del siglo XIV, y fue término utilizado por los autores de los siglos de oro. La voz perdió virulencia y matices peyorativos a lo largo de los años.

Maganto.

De aspecto macilento, apagado y triste; persona o cosa de apariencia enfermiza y deslucida. También se utiliza como sinónimo de ocioso, holgazán y vago. Es voz procedente del caló, aunque otros quieren que haya derivado del latín *macer*: flaco, débil. Se emplea frecuentemente en las novelas picarescas de los siglos XVI y XVII. Con el significado de holgazán y perezoso se emplea en Murcia y zona castellano-parlante de Valencia. En el *Cancionero popular villenense*, de Soler, se lee:

Los mocitos de hoy en día
son como el unguento blanco,
que ni cura ni hace llagas.
¡Dios nos libre de magantos!

Majadero.

Escribe Covarrubias: "Llamamos majadero al necio, por ser voto de ingenio, como lo es la mano del mortero a que se haze la alusión". Amén de esto, la comparación se basa en que la mano del mortero, o almirez, es machacona, como importuno es el necio. Poco cabe añadir, a no ser el hecho de que el majadero suele ser, además de tonto, porfiado y enredador. A esta nota de su personalidad alude el dicho arrefranado: "Anda el majadero de otero en otero, y viene a quebrar en el hombre bueno", dándose así a entender que a menudo paga el hombre cándido e inocente los yerros del necio y porfiado. Aunque en parte es culpa de su necedad y torpeza, como escribe Juan Rufo en *Las seiscientas apotegmas*, mediado el siglo XVI: "El segundo linaje (de) necios es el de los majaderos, gente que hace ruido, desenvuelta y bulliciosa".

Antes, Sebastián de Horozco, en su *Historia de Ruth*, usó el término en un pasaje plagado de insultos, dirigidos a cierto criado:

Este asno más se estiende
neceando
mientras más le están hablando.
¡Alto de ahí, majadero!

Hoy, en su acepción de sujeto necio y porfiado, sigue en vigor, aunque se oye más en los ámbitos de la familia y la amistad que en la calle.

Majareta, majarete, majaderete, majagranzas.

De estos cuatro, el más grave es el primero, pues el majareta tiene perturbadas sus facultades mentales. Más que serlo se está, o lo vuelven a uno, puesto que "majar" es verbo entre cuyas acepciones está la de molestar, cansar, importunar. Fernández de Moratín, lo emplea de esta manera: "Entre los dos me majaban a sermones". En cuanto a "majarete", parece contracción de "majaderete", galanteador almibarado y cursi, amigo de decir lindezas a pesar de andar escaso de ingenio. Es un tipo simpático, pero a quien faltan diez minutos para caer en la ridiculez. Suele ir en compañía de otro para hacerse y reírse ambos las gracias, por lo que se dijo que no se verá nunca "al majaderete sin su compañerete". Salían a galantear pasada la siesta, o a ligar, como diríamos hoy. Este espécimen abundó en el Madrid del Barroco. Del "majagranzas" cabe decir que es tipo antiguo en la literatura española. Muchos autores renacentistas, como Juan de Valdés, citan el refrán famoso que dice: "Mientras descansas, maja esas granzas". Dicho que también usa Cervantes. Al majagranzas, hombre necio que siempre está donde no debe, molestando e importunando, no hay que darle descanso, sino tenerlo ocupado para que no incordie. Por eso, incluso cuando descansa hay que ponerlo a majar granzas, es decir: granos de trigo sin descascarillar, porque cuando el diablo no tiene que hacer, con el rabo mata moscas.

Malaleche.

Persona de permanente mal humor; sujeto mal intencionado y avieso; individuo de mala índole, que siempre anda buscando las vueltas a las personas o a las cosas. Se alude con este vocablo compuesto a la calidad de la leche que mamó de su madre el sujeto en cuestión..., y no a acepción más gruesa del término "leche". En su *Cancionero*, de 1496, Juan del Encina pone en boca del pastor Mateo la siguiente estrofa:

Yo te juro a San Pelayo
que cualquiera te deseche,
que nunca de buena leche
has mamado sólo un rayo.

Tener mala leche es tanto como tener mala índole, condición torcida, raíz borde desde el principio, adquirida con la leche que mamaron; antaño se dijo "leche" a la estirpe o ralea de la que uno descende, siendo sinónimo de raza. En este sentido utilizó el término el poeta oriolano Miguel Hernández:

.. pueblo de mi misma leche,
árbol que con tus raíces
encarcelado me tienes,
que aquí estoy yo para amarte
y estoy para defenderte
con la sangre y con la boca
como dos fusiles fieles...

Amén de lo anteriormente expuesto, en algunos lugares de España, como Navarra, tener buena o mala leche es tanto como tener la suerte de cara, o propicia; o tenerla de espaldas o adversa. Un individuo con mala leche es tanto como alguien con mala estrella, a quien por no salirle nunca las cosas como él quisiera se muestra huraño y malhumorado.

Malandrín.

Voz tomada del término italiano *malandrino*, a través del catalán del siglo XIV *malandrí* = bellaco, rufián. Su acepción primitiva, antes de adoptar el castellano el término, parece que fue la de "leproso", ya que *malandria* es término del bajo latín, tomado del griego *melandrion*, para significar una de las formas de esa enfermedad temible. Desde el siglo XVII ha mantenido el mismo significado de "persona perversa, maligna, dispuesta a hacer cualquier fechoría; bellaco". Ese uso tiene en el teatro menor, entremeses, pasos, sainetes, etc. Bretón, siempre al día de los insultos más populares de su tiempo -mediados del siglo XIX-, echa mano del término:

-¡Pobre Froilán!...
¡Funesta guerra civil!
-Le está muy bien empleado.
-Lo merece el malandrín.

Mala(n)ge(l).

Esaborío, desabrido y sin gracia; malasombra; persona pesada y fastidiosa. Es término compuesto, en el que la voz "angel", segunda parte del vocablo, soporta la carga semántica: tener mal ángel es tanto como no tenerlo bueno, es decir, estar dejado del de la guardia, y haber caído en manos del demonio. Ese

fue su significado primitivo; luego, perdido el hierro teológico, pasó a ser término de uso popular con el que se aludía al desgraciado, en sentido paralelo al que tiene mala estrella o mala ventura, y cuya compañía se consideraba nociva, por ser maleficio contagiante: de ahí su equiparación con gafes y malajes. Con el significado amplio de patoso, desmañado, antipático y desabrido se ha utilizado siempre en Andalucía, de donde irradió al resto del mundo hispanoparlante. Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, en *El traje de luces*, hacen el siguiente uso del término:

Sombrón, aratoso,
granuja, malange(l),
te engañas si piensas
que vas a librarte.

Rico Cejudo, en su novelita *María del Carmen*, de principios de siglo, usa así el término, en el medio de la familia y la amistad: "Ese y na más que ése es er que a ti te conviene, malange..., afirmó señá Salú, la Garbansera".

Malapata.

Malasombra; patoso y sin gracia; individuo desangelado y un poquito gafe. El cojo, por quien se dijo lo de malapata, tuvo antaño reputación de persona enfadosa, que por no estar a gusto consigo hace lo posible por que no lo estén los demás. De esa circunstancia surgieron, ya en la antigüedad clásica, dichos y sentencias en los que el cojo es protagonista negativo. El Refranero hace del cojo malapata un tipo astuto y ladino que emplea su ciencia y saber en incordiar y hacer daño. El humanista extremeño Gonzalo Correas, en su *Vocabulario de refranes*, (primeros lustros del siglo XVII) afirma que un diablo cojo sabe más que otro que no lo sea, porque si bien la cojera y mala pata no permiten andar largos trechos con los pies, si lo hacen con el pensamiento, que estando el cojo con el carácter agriado emplea para zaherir e importunar. Y Pedro Vallés, en su *Libro de refranes copilado por el orden del a,b,c*, (primera mitad del siglo XVI), dice del malapata o cojo, que quien es "cojo, y no de espina, no hay maldad que no imagina". Esta reputación no remitió con los tiempos; recuerdo haber escuchado a mi abuela Isabel Reyes, gaditana, decir siendo yo niño: "Dios nos libre del malapata cojo, del rojo y de uno que le falta un ojo", refiriéndose a un tío mío no bien querido por ella, pero aludiendo al refrán. Y Alcalá Venceslada, en su relato *Instinto animal*, (cito por su *Vocabulario Andaluz*), hace este uso del término, que él adscribe a su tierra andaluza:

El animal más vivo
yo declaro y pregonó que es ¡er chivo!,
que se deja la barba por entero
para no ser esclavo ni cautivo
de ningún malapata de barbero.

En otro orden de cosas, mala o buena pata son expresiones que en Andalucía, Extremadura y el reino de Murcia tuvieron y tienen la connotación de malfario o buenaventura, respectivamente. Debido a ello, el cojo barruntaba desgracia, lo mismo que un tuerto. Pero independientemente de la tara física, la palabra "pata" ha significado en el uso irónico del término, "gracia, salero"; era palabra que se empleaba para conjurar el mal de ojo. En esa dirección va la frase, que emplea López Pinillos en su obra de principios de siglo *Las águilas*: "Un entierro, la bicha y ahora un gachó con el ojo más chindigo que hay en er mundo: ¡Pata, pata y pata!".

Malasangre.

Individuo avieso. Persona que por su mala estirpe o ralea disfruta haciendo daño; sujeto de malos sentimientos. Castro, en su cuento o novela corta *El mujeriego*, (1930) sitúa el término en un contexto rural andaluz: "¿Que te parece a ti lo que ha dicho el capataz? ¿Verdad que el capataz es un malasangre...?".

Malasombra.

Patoso. Que pretende ser gracioso, sin serlo. Pelmazo que gasta bromas pesadas. Se dice también de quien tiene malas intenciones, y es capaz de hacer daño de manera gratuita sin que ello le reporte ganancia. Lope de Vega utiliza el término en el sentido siguiente: "Suelen decir por encarecimiento de desdichados: Fulano tiene mala sombra". Con lo que se daba a entender que era persona antipática y desagradable, de difícil trato. La voz "sombra" se utilizó antaño como sinónimo de apariencia o aspecto, de ahí la costumbre soez de mostrar el enfado, en medios bajos y viles, diciendo a alguien: "Me cago en tu sombra"; llegó a ser intercambiable con "persona", existiendo diversas creencias y teorías absurdas al respecto de su significado y trascendencia. Entre ellas, la peregrina idea de que a quien iba a morir en breve le abandonaba su sombra, o ésta no le obedecía y se tornaba mala. Es sabido que hasta tiempos relativamente cercanos se pensaba que los reos condenados a muerte, llevados al patíbulo, no proyectaban sombra sobre el suelo. Rafael Salillas, en el libro publicado a finales del pasado siglo, *Hampa*, atribuye el concepto de "buena o mala sombra" a la cultura gitana. El Padre Luis Coloma, en su novela *Caín*, emplea así el término: "¡Calla, calla esa boca, que merece picarse para los perros la lengua que tal dice de su padre...! ¡Te enseña eso el malasombra que te lleva a los clubs, que han de ser tu perdición y la mía!".

Malasombra, en nuestra opinión, podría ser creencia relacionada con el mundo del aojamiento y el entorno de los gafes. Se sabe que existen árboles cuya sombra puede matar a quien duerme bajo sus ramas, como cierta modalidad de olivo, de donde se pudo haber dicho lo de los gafes manzanillo, que es como llaman en Andalucía al árbol citado.

Malauva.

Persona de mala condición, de malas entrañas; malasangre; se predica también de quien tiene malas pulgas, y es de trato difícil; persona de la que, familiarmente, se dice que tiene sus días. Seguramente es un eufemismo que evita el término malsonante "mala leche". Álvarez Quintero, en *La suerte*, escribe: "...ahora, por sierto, la corteja un malange que ha venío a la feria, que no se la merese. Ladrón, antipático, malauva".

También pudo decirse de quien al emborracharse tiene un comportamiento patoso, vil y miserable; sujeto que no tiene buen beber. "Hazerse alguien una uva" era tanto como emborracharse, ya en tiempos cervantinos.

Malcarado.

Sujeto de aspecto repulsivo; mal encarado, sayón; persona que infunde temor por su apariencia. El poeta madrileño Juan Bautista Arriaza, a finales del siglo XVIII, usa así el término:

En esto, con su capa colorada
sale a la plaza un malcarado pillo,
puesto en jarras, la vista atravesada,
y escupiendo al través por el colmillo.

Malcontento.

Bulle-bulle; persona inquieta y revoltosa, amiga de broncas y alboroto, que por todo muestra disgusto y a todo pone malas caras, siendo de difícil trato y contentamiento. Jerónimo Cáncer, en una comedia suya de la primera mitad del siglo XVII, escribe:

De vos estoy mal pagado;
y aunque quejoso me muestro,
no imaginéis, gran Señor,
que soy de los malcontentos.

Y a finales del XVIII, Jovellanos emplea las formas "malcontentadizo" y "malcontento" en contextos similares: "En aquel teatro, sobre estar lleno de gentes melindrosas y malcontentadizas, hay muchos figurones y envidiosos".

En cuanto a "malcontento, descontento", el mismo autor escribe: "Tendremos el gusto de hacer muchas cosas útiles y buenas en beneficio de ese hermoso país, a pesar de los envidiosos y malcontentos".

Malcriado.

Maleducado; que carece de educación adecuada; descortés e incivil, que no ha aprendido a comportarse en público, mostrándose antojadizo, caprichoso, arbitrario e insolidario. Se dice normalmente de niños y muchachos consentidos, de mala crianza. El jesuita del siglo XVII, Juan Martínez de la Parra, en su *Luz de verdades*, describe así a dos individuos de pésima conducta pública: "Tan adelantados, por no decir tan atrevidos; tan iguales en todo, por no decir tan malcriados; tan llanos, por no decir tan groseros que apenas se podrá distinguir cuál es el padre y cuál el hijo".

Maldiciente.

Malandrín que tiene por costumbre maldecir de todo; persona crónicamente descontenta y aviesa que anda buscando motivos de queja, blasfemando y jurando de continuo, sin encontrar cosa que sea de su agrado. Lucas Gracián Dantisco, en su *Galateo Español* (1582), hace la siguiente consideración al respecto de los maldicientes: "No se debe decir (...) mal de nadie, pues al fin cada uno se guarda del caballo que tira coces. Por esto, las personas cuerdas huyen de las lenguas de los maldicientes".

También se dice del detractor, del malsín, de quien acusa por hábito. Lope de Vega emplea así el término:

Cuánto les debo, me acuerdo,
 puesto que conozco yo
 que algún maldiciente habrá
 que no me tenga por cuerdo.

En la segunda mitad del siglo XVII, el Padre Juan Martínez de la Parra, en su *Luz de verdades*, verdadero best-seller de su tiempo, escribe: "¿Saben quién son estos áspides? Pues son los maldicientes (...), son los que, y las que, teniendo todo el día la boca llena de maldiciones, es boca del infierno la suya".

Ha sido término muy empleado antaño con intención crítica, de censura e insulto. Con ese ánimo lo utiliza Bretón de los Herreros mediado el siglo XIX:

Que hable y murmure un barbero,
 eso es moneda corriente;
 pero... ¡ser tan maldiciente
 un ilustre caballero...!

Hoy es vocablo más literario que popular, fuera de uso como voz insultante.

Maldito.

Persona de mala raíz, de condición miserable y ruín. Sujeto perverso, de intenciones dañinas y costumbres degeneradas. Es voz de muy antiguo uso en castellano, hallándose documentada en el *Libro de Alexandre*, extenso poema de 1240, atribuido a Juan Lorenzo Segura de Astorga, donde se lee:

La bestia maldita tanto pudo bollir,
 que basteció tal cosa onde ovo a reir...

Y en el XVI, Sebastián de Horozco, en su *Representación de la historia evangélica de San Juan*, pone en boca de Isaac, el siguiente reproche:

Anda, maldito, de ahí,
 que eres un engañador,
 gran mentiroso y traidor.

Dos siglos más tarde el término seguía en vigor, con valor semántico similar. El canario Tomás de Iriarte, en las *Fábulas literarias*, usa así el término: "¿Desea usted vivir en una paz octaviana y aplacar a sus émulos? En manos de usted está. Deles el gusto de aburrirse; tiéndase a la larga; abjure de la maldita secta poética...".

En tono menos hiriente, más familiar, sin el hierro que la palabra tiene, ni su veneno, se empleó la frase "maldito de cocer": individuo enfadado y liante, terco y apicarado, que pugna por salirse con la suya a sabiendas de que no le asiste la razón. También se empleó en tono de desprecio, expresión del enojo y el enfado que se siente por alguien. En ese sentido lo emplea Bretón, en la segunda mitad del siglo pasado:

-¡Ah, maldito de cocer!;
no me quiere para yerno
porque yo no soy marqués,
ni hacendado ni intendente...

Maleante.

Persona pervertida y ruín, que se dedica a la mala vida, a malearse y malear a los demás. Vicente Espinel, en su *Vida del escudero Marcos de Obregón*, (primer cuarto del siglo XVII), escribe: "Llegóse cerca de mí un gran maleante, que los hay en Córdoba muy finos...".

En el *Vocabulario de Germanía*, de Juan Hidalgo, (1609) el término tiene el valor semántico de burlador, persona fementida y perjudicial, que engaña y miente para reportarse ganancia a expensas de otro que es bobo.

Maleta, maletón.

Como voz insultante tiene los siguientes significados procedentes del mundo de germanías: ramera que va acompañada en todo momento de su chulo o rufián; ladrón que para robar se hace encerrar previamente en un baúl o cofre, del que sale cuando el campo está despejado. En lenguaje figurado: chapucero, individuo que no desempeña bien su trabajo, generalmente referido a los malos toreros. A este uso último se refiere el cuplé de principios de siglo, creación de *La Goya*, letra de Tecglen y música del maestro Yust:

Me ha pretendido un maleta
y yo le he dicho que no;
que un hombre que no se arrima
para qué lo quiero yo.

El aumentativo sólo es aplicable a este último significado. En cuanto al origen de estos empleos significativos, debemos decir que se trata de usos metafóricos, caprichos del idioma o floreos verbales que nada tienen que ver con la etimología ni el valor semántico principal de esta voz.

Malfario.

Gafe; malasombra, persona malhadada que trae desgracias, mala suerte e infortunio sobre los demás. En el sentido descrito emplea el término Serrano Anguita en *La Petenera*:

Sigue, Paco, tu camino,
porque contigo va ya
er veneno de mi sino:
¡Era mi fario verdá!

Rodríguez Moñino recoge en sus *Cantos populares*, las siguientes coplas:

Corre y merca un insensario,
y sajúmale ese cuerpo:
Mira que tienes mar fario.

Y en el sentido de malasombra, recoge el mismo autor esta otra copla:

Anda, que tienes mar fario:
que te fuiste con el otro
porque te subió el salario.

Según algunos, es voz de origen gitano, del caló *fario* = desdicha; según otros, es palabra flamenca, que se corresponde con "malasombra"; pero pudo derivar del término latino *fatum* = destino, voz de la que procede "malfadado o malhadado, malsinado; de mal sino", persona de mala estrella, nacida en mala hora o momento según los estrelleros horoscopistas renacentistas, bajo un signo (sino) adverso. Es voz ofensiva, temida en ciertos medios afines al mundo gitano y de los bajos fondos, donde el malfario se teme tanto como al mal de ojo. Por otra parte, el término pudo haber derivado por metátesis de *farmalio*, de donde "malfario", compuesto latino de *malum facere* = hacer daño, cuya forma primitiva aún se conserva en el habla andaluza, donde es común escuchar los compuestos "mar fario" y "güen fario" con el valor semántico de mala o buena suerte. En documentos latinos medievales aparece así el término: "Mulier si fecerit malfairo viro suo cum homine altero cremetur cum igne...", es decir, que la mujer que hiciera malfario a su marido con otro hombre debe arder en el fuego; en el caso citado malfario es sinónimo de adulterio, pero el adulterio no trae malfario a quien lo comete, sino a quien es víctima de esa villanía.

Malmirado.

Individuo descortés, de trato tosco y zafio, falto de urbanidad y carente de modales, que pone en ridículo a quienes se relacionan con él; persona desagradecida, que no mira ni repara en lo que debe. Covarrubias (1611) despacha el término diciendo que malmirado es tanto como poco advertido, o persona desconsiderada, que no tiene miramiento para con las cosas o personas. Agustín Moreto, en una de sus comedias, tiene esto que decir acerca del personaje, en el primer tercio del siglo XVII:

Cierto que es un malmirado,
viendo que somos aquí
huéspedes, y que por mí
le reciben por donado...

Como sinónimo de ingrato, que olvida los favores recibidos, funciona todavía en Andalucía y Castilla; el valenciano *malmirat* es heredero de este término, muy ofensivo antaño.

Malnacido.

Indeseable; mala persona; sujeto desaprensivo e ingrato. Se dice también de quien traiciona a los de su círculo más íntimo: la familia y los amigos, desnaturalizándose y yendo contra su gente. Fue y es voz muy ofensiva, que no admite paliativos ni gracias, sino que se dice siempre con gran carga despectiva, de injuria fuerte. En algunos casos y contextos: hijo (de) puta.

Malqueda.

Persona despreocupada, que queda mal por no poner diligencia en hacer honor a su palabra; sujeto informal que no cumple debidamente con los demás la cortesía que exige la vida en sociedad y las reglas de urbanidad.

Malquisto.

Aborrecible y odioso; persona que por su aspereza o maledicencia no es aceptada o admitida por nadie en su compañía o círculo de amistad porque no la sufren junto a sí, ni soportan. En cuanto a su etimología, se trata del antiguo participio pasivo del verbo "querer", empleado antaño sin la compañía del adverbio: "No hay cosa tan quista commo la humillddança", escribe en la primera mitad del siglo XIV rabí Sem Tob de Carrión, quien también derivó un sustantivo: "malquista" = antipatía. A finales del XV Nebrija emplea la forma con adverbio: "bienquisto y malquisto", con el significado de "bien amado o mal amado, bien visto o mal visto, bien reputado o mal reputado". En tiempos de Cervantes, "malquistar" era tanto como enemistar o mirar a alguien con malos ojos. Rodríguez del Padrón, en su obrita *Siervo libre de amor*, de mediados del siglo XV, utiliza así el término:

Alegre del que vos viese
vn día tan plazentera,
e que dezir vos oyese:
¿Ay alguno que me quiera?
Y ninguno vos quisiese.
Malquisto de vos en quanto
paso la desierta vía,
amadores con espanto
fuyen de mi compañía...

Gabriel del Corral, en *La Cinthia*, obra del siglo XVII, emplea el término como ofensa, incluyéndolo entre otros insultos:

Tu deidad desacreditan,
Amor, tan baxos respetos,
malquisto con humildades,
y cobarde con desprecios.

Santa Teresa de Jesús cuenta en su *Vida* que al principio era muy "malquista" de las demás monjas. Y Cervantes pone esto en boca de *Don Quijote*: "Volviéndose Don Quijote a Sancho, le dijo: ¿Qué te parece cuán malquisto soy de encantadores?".

Malsín.

Chismoso y mal intencionado, que intenta perder a otros con tal de ganar él con ello. Delator, espía y calumniador, que se gana la confianza de los demás para conocer sus faltas y denunciarlas luego. Juan del Encina, a finales del siglo XV en su *Cancionero*, usa así el término:

¡Calla, calla ya, malsín,
que nunca faltas de ruyn...

Cristóbal de Fonseca, en su *Tratado del amor de Dios*, a principios del XVII, escribe: "Conviene defender nuestras orejas de las lenguas de los malsines y aduladores".

Es voz hebrea, de *malsín* = denunciador, derivada a su vez de *lashon* = lengua, pues el malsín se va de ella y cuenta cuanto a otro no conviene que se sepa. Se documenta la palabra en Nebrija. Hoy es de uso frecuente entre los judíos de origen turco o griego que habitan en Jerusalén, en cuyas calles hemos podido escucharla de labios de sefardíes, judíos descendientes de españoles arribados al Mediterráneo oriental a finales del siglo XV, tras la expulsión. Fue de uso muy frecuente en la España de los siglos de oro, seguramente por estar al día las denuncias de elementos conversos al tribunal de la Inquisición, donde se dirimían estos asuntos político-religiosos. Era insulto grave, y afrenta que solía exigir reparación.

Mamahuevos, remamahuevos.

Soplapollas; mamón que lo chupa todo. Es voz formada a partir de "mamar": realizar la felación; y "huevo": cojón. No conocemos documentación escrita del término, por ser vocablo de creación reciente. En cuanto a los elementos del compuesto, la voz "huevo" la emplea en el siguiente contexto erotizado Ventura de la Vega, en *Retaguardia*, mediados del siglo XIX:

La mujer de culo en popa
dos agujeros presenta
para que elija el cipote
el que mejor le parezca.
Como nadie de los huevos
una linterna se cuelga,
fácil es equivocarse; pero sale igual la cuenta.

(Véase también el término "mamón").

Mamarracho.

Llamamos así a las personas informales e indignas de aprecio. Es forma en vigor desde finales del siglo XVIII. La forma antigua del término es "momarracho, moharrache", del árabe *muharrag* = bufón, persona que anda siempre embromando; esta etimología se cruza con la de Momo, figura mitológica relacionada con el escarnio, la risa y la mofa. De esta última condición procede su vinculación con el mundo del carnaval, del disfraz y de la máscara. Aparte de ser insulto que afecta a la condición moral de la persona, también tiene vertiente ofensiva en lo que respecta al físico. Se llamó antaño momarrache a hombres o mujeres de figura deforme o ridícula. Covarrubias recoge así el término, en su *Tesoro de la Lengua* (1611): "El que se disfraza en tiempo de fiesta con hábito y talle de zaharrón; y por la libertad que en un tiempo tenían de decir gracias, y a veces lástimas, les dixerón momarraches".

Mameluco.

Necio, insensato y bobo. También se dice del individuo de aspecto feroz, que no razona, sino que entra por las bravas, sin tratar de explicarse, ni dejar que se expliquen los demás. En *La picara Justina*, de Francisco López de Úbeda (1605), la protagonista se encara con cierto individuo, a quien dice: "Dígame, mameluco, ¿cómo se ha atrevido a venir a mi casa, que nacen Roldanes de la noche a la mañana...?".

Poco tiene que ver este mameluco con el soldado que servía en los ejércitos de los sultanes egipcios. Sólo guarda de él el nombre: estos guerreros dejaron un recuerdo de fiereza y brutalidad grandes, pero también de gente desprovista de voluntad, como su etimología, "esclavos", ponía de manifiesto. En este sentido recogen el término los escritores del siglo XIX. Bretón lo emplea así, en su teatro:

¡Persiga Capricornio al mameluco
que sin pasiones vegetar te manda
cual si fueras de mármol o de estuco!

Era insulto frecuente en tiempos de nuestros abuelos; en parte por guardar relación con el término y concepto de "eunuco", o guardián castrado de los harenes turcos.

Mamerto.

Idiota o imbécil. Es insulto de uso moderno. También se dice del gorrón que mama de continuo, en el sentido de que vive de prestado o de mogollón; mamalón. No parece atinada la teoría según la cual derivaría de los *pueri mamerti*, o mamertinos, que en tiempos preclásicos eran dedicados al dios de la guerra, Mameros, por las tribus sabelias de Italia central, a los que cumplidos los veinte años se condenaba al destierro..., "conducta estúpida propia de idiotas e imbéciles", ya que a esa edad es cuando podían dedicarse al dios de la guerra de manera efectiva. Sea como fuere, los diccionarios al uso no incluyen el término siquiera.

Mamón.

Sujeto indeseable y despreciable. Es voz procedente del latín *mammare*, pero con sexualización del sentido y corrupción del significado. Montado ejemplifica el uso al que aludimos, en su *Parodia cachonda de El Diablo Mundo* (cito por Cela, *Diccionario del Erotismo*): "¿Quién es Jove? ¿Do está?

¿Quién se la mama?"; quien lo hace es el mamón, o chupón. A pesar de lo grueso del insulto, "mamón" por inversión de sentido, se utiliza en plan afectivo y cariñoso en ámbitos de la amistad, en cuyos contextos pierde toda fiereza, y equivale incluso a lo contrario: "machote, tío grande", etc. Es lo mismo que sucede con "hijo (de) puta".

Mamporrero.

Inútil, tonto, maricón. Es término que al insulto une el ridículo del individuo de quien se dice o predica. La acepción principal del término es la de persona que dirige el pene del caballo cuando éste va a montar a la yegua, ayudándole así a encontrar con facilidad el órgano reproductor de ésta para copular. De la bajeza de esta ocupación nació su semantismo negativo, ya que no se necesitan muchas luces ni entendimiento para llevar a cabo una operación que el animal mismo puede desempeñar sin dificultad. Lo de "maricón" vino por el contexto, manipular con la mano la porra u órgano del macho. La etimología es obvia: palabra compuesta de mano y porra. La primera no tiene dificultad de entendimiento, y en cuanto a la segunda, está empleada en sentido metafórico: la porra es el órgano que para la generación tiene el macho. Véase un uso festivo de la palabra en cuestión, en el siguiente *Epitafio a una dueña*, que se ha atribuido a Quevedo, como tantas obras y opúsculos de cariz semejante:

Aquí descansa en eternal modorra,
cumplido de su vida el postrer plazo,
la astuta cazadora cuyo lazo
jamás pudo evitar humana zorra.
Murió de un fuerte golpe que en la morra
le dio furioso un atrevido abrazo,
que era justo muriese de un porrazo
quien vivió de dar gusto a la porra.

Mandria.

Tonto, haragán, egoísta y cobardón; sujeto pusilánime, apocado y tímido. El término llegó procedente de Italia, donde significa "rebaño", siendo su primera documentación esta estrofa de uno de los *Romances de Germanía* publicados por Juan Hidalgo (último tercio del siglo XVI):

No es posible a tal hombre
quererle mujer del hampa,
porque, ¡vive el alto Coime!,
que me parece una mandria.

El personaje en cuestión no era merecedor del interés de la mujer citada, por ser él un cobarde notorio, de nula presencia de ánimo, incapaz de hacerse valer o respetar por otro: una mandria. De éstos hay un millón en la literatura picaresca española, y en los medios hampescos de los siglos áureos. En cuanto a su etimología, es probable su procedencia del griego *mandra*= redil o establo. Lo ofensivo del calificativo estriba en que asimila a quien se le aplica con gente borreguil, sin personalidad ni carácter, que se limita a cumplir órdenes y a seguir a los demás, como el Vicente del dicho: que va donde va la gente. Un mandria es un don nadie, una especie de gilipuetas rezagado, y si se nos disculpa: un mierda.

Manfla, manflota.

Fulana; barragana o manceba; querindonga o mantenida con la que se tiene trato ilícito frecuente. Es voz de germanía que también se empleó para denominar el lugar donde se reúnen para su oficio las ramerías. Recoge el término Juan Hidalgo, en su *Vocabulario de Germanía*, publicado en Barcelona, en 1609, pero que incluyen romances anteriores a esa fecha:

Que con la ganancia
desta manflota
compraré a mi rufo
espada y cota.
Con la ganancia
deste burdel
mercaré a mi rufo
espada y broquel.
En esta manflota
no se gana un pan:
mal para la puta,
peor para el rufián.

Polo de Medina, en sus *Ocios del Jardín*, mediado el siglo XVII, escribe:

Serás, oh Venus, mi manfla;
yo seré, Venus, tu cuyo:
serás deste Marte, marta
que le abrigues aun porjulio.

En cuanto a la etimología, Corominas parece desechar la voz del caló, procedente del sánscrito, *manapá* = bella y seductora; a finales del siglo XVI los gitanos ya dominaban en buena parte el mundo hampón, como atestigua Cervantes, y su jerga podía haber sido utilizada por la jerigonza agermanada que constituía la lengua de los pícaros, los rufianes y las putas del momento.

Manga ancha (tener o ser alguien de).

Persona que disculpa con facilidad y excesiva indulgencia sus propias faltas y las ajenas; dicese también de aquellos confesores que ponen poca penitencia. Probablemente se alude a las mangas de los hábitos monacales. Variedad simpática de estos individuos es la llamada *frigilis putilis*, mujer que se justifica con suma facilidad, disculpando sus faltas con ligereza. José María Sbarbi cuenta en su *Diccionario de Refranes, Adagios y Proverbios* la siguiente graciosa anécdota: "Confesábase una mujer, y reprendiéndole el cura porque no se apartaba de la vida licenciosa que traía, se excusó ella con las palabras: "...como somos tan frígilis..." (queriendo decir "frágiles"); a cuya excusa replicó el confesor: "...como somos tan pútilis...", remedando a la confesada".

Es calificativo que se aplica a quienes ponen excusas e inconvenientes inverosímiles e infundados.

Mangante.

Ladrón; sinvergüenza y desaprensivo que da sablazos. Persona despreciable, sin oficio ni beneficio, que se dedica a mendigar y a pedir, y que si no obtiene fruto con esas actividades no duda en robar. Es voz procedente del caló *mangar* = pedir, mendigar. Tiene abreviatura popular: "manguis".

Mangonero, mangón.

Chalán; individuo ocioso y entremetido; sujeto enredador que gusta de mangonear, tratando de mandar y disponer en personas y cosas que no son de su incumbencia, metiéndose en asuntos que ni le van ni le vienen. Es término de estirpe latina, utilizado bajo distintas formas a lo largo de la Edad Media, siempre con connotaciones negativas, y en situaciones y contextos donde prima el engaño, la burla o la vida holgazana y poco clara. Tuvo a finales del siglo XIX un uso literario entre los autores dedicados al realismo regionalista. Así, en Andalucía, Luna, en *El Cristo de los gitanos*, hace el siguiente brindis:

Por todos los flamencos, mangones y gitanos,
yo levanto mi caña de vino jerezano.

Mangorrero.

Tipejo inútil y despreciable; persona o cosa de nula importancia. Su primera acepción, documentada a finales del siglo XV en textos de Nebrija, es la de "cuchillo con mal mango, o mangorro". Por extensión se predicó de cualquier cosa, e incluso de personas. Es de uso peyorativo en todos los casos.

Manso.

Cornudo; hablando de maridos o novios, consentidores en que su pareja reciba galanteos y favores de otros hombres. Se dice del cabrón de condición apacible, pobre de espíritu, dominado por la mujer que hace y deshace tanto en su vida como en la propia de ella. Se alude a las reses que en las plazas de toros salen a devolver al animal dañado a los chiqueros, asociación que permite llamarlos también "cabestros". Iglesias de la Casa, en su *Venus picaresca*, (segunda mitad del siglo XVIII), emplea así el término:

¿Admiraste del marido
que, sin renta, y holgazán
sale al Prado tan galán
como un Adonis lucido?
Pues mira, esto ha conseguido
por ser mando de la villa,
o, en buen romance, cabrón:
"porque no se da morcilla

a quien no mata lechón"...

Manta.

Persona torpe y holgazana, sin oficio ni domicilio conocidos, que anda de un sitio a otro en busca de no se sabe qué. Del hecho de llevar estos individuos consigo la manta con que arrojarse derivó el calificativo. De forma peyorativa se aplica a también a holgazanes y vagos con vocación de maleantes. Se aplica también (despectivamente) a los que ejercen su afición (o profesión) de manera desganada, deficiente, o a un bajo nivel, en particular a los deportistas.

Marica.

Es término habitual en los siglos XVI y XVII. Cervantes lo utiliza para referirse al hombre afeminado. Deriva del diminutivo de "María". Francisco de la Torre, en uno de sus Epigramas, lo retrata así:

A tu gobierno extendido
nada el marido replica;
el sexo va confundido,
tú eres, Marica, el marido,
y tu marido, el marica.

Es probable que, como escribe Camilo José Cela en su *Diccionario del Erotismo*, el marica de los siglos de oro no tuviera que ver con la práctica de la homosexualidad en su fase más dura, sino que se tratara de individuos flojos de carácter, fácilmente subyugables por la esposa o los amigos, con ciertos resabios y amaneramientos femeniles. Su valor semántico, antaño, sería como el de nuestros mariquitillas de hogar, que en el sentido sexual de la frase, amagan pero no dan.

Maricón, marión, maricona.

Aumentativo de marica. Hombre, afeminado o no, que busca para el goce sexual la compañía de otro hombre, adoptando actitud pasiva o de puto tomante. Invertido; sodomita. Si bien hoy es insulto, ofensa grave y palabra gruesa, hasta mediados del siglo XIX era menos virulento. Covarrubias, (1611) lo define así, en su *Tesoro de la Lengua*: "El hombre afeminado que se inclina a hazer cosas de mujer, que llaman por otro nombre marimaricas; como al contrario dezimos marimacho la muger que tiene desembolturas de hombre".

Cervantes, y el teatro de los siglos de oro, utilizan el término "marión". Quevedo, que lo hubiera utilizado en toda su crudeza de haber sido ese el caso, se limita a equipararlo al que hoy tiene la voz "afeminado" ; Tirso de Molina, sin embargo, parece equipararlo a puto y cobarde:

-Dejad de tañer el muerto,
pues eres pandero vivo.
-¿Quién te mete en eso, chivo?

-Dalas, carretero tuerto,
y callen los mariones.

"Maricón" no era todavía insulto grueso en la primera mitad del siglo pasado; Bretón de los Herreros, en su comedia *Marcela, o ¿a cuál de las tres?* (1831) lo utiliza como achaque leve, haciendo exclamar a uno de los protagonistas, referido a cierto individuo con ademanes feminoides: "¡Qué enfadoso maricón!", sentido que todavía conserva entre los hablantes hispanoamericanos. En cuanto a la voz "maricona", no la hemos escuchado en contextos en que se aplique a la mujer desviada, tortillera o lesbiana, sino al hombre que se pasa de rosca en el ejercicio de la mariconería: maricón superlativo, o el no va más en lo que a ser maricón se refiere; también se llama así al mariconazo afectado, que exagera su condición de bardaje o sodomita paciente; pervertido que se insinúa a los hombres, e incluso se mete con ellos para tentarlos.

Marimacho.

Mujer que se comporta como un hombre, y que a menudo tiene los gustos de éste, pareciéndolo en su corpulencia y modo de conducirse. Es contracción de "María y macho". Pedro Felipe Monlau, médico de mediados del siglo XIX, y autor de un *Diccionario etimológico*, dice: "Hay algunas marimachos, o mujeres hombrunas, de costumbres masculinas, voz ronca, etc."

Es término utilizado ya en el siglo XVI, y poco después por Lope de Vega, en *La Serrana de la Vera*, donde dice:

Lindo talle, hermosa moza,
si marimacho no fuera...

No tenía antaño la connotación de lesbianismo que hoy conlleva, sino únicamente el de hembra fiera, desenvuelta en las cosas de los hombres, y de aspecto masculino; no parece que se quisiera ir más lejos. En la primera mitad del XVIII, Diego de Torres y Villarroel, en su *Barca de Aqueronte*, dice de cierta dama que "volvióse marimacho y brotó un par de bigotes como un tudesco". Sobre el espinoso asunto de la homosexualidad femenina, que con tanta desenvoltura abordó el mundo clásico, la sociedad europea en general, y española en particular, corrió un conveniente velo, de modo que no hay referencias literarias excesivamente claras sobre la materia. No se consideraba, por otra parte, cosa ofensiva, sino melindres propias del sexo débil a las que, como en casi todo lo que con él se relacionaba, se le concedía poca importancia. Era insultante recordarle a una mujer lo poco femenino de su aspecto, y mentarle los bigotes o los descomunales bíceps.

Hoy, sin embargo, es grave ofensa, pero menos injuriosa que bollera o tortillera*, voces que descarnadamente ponen sobre la mesa la cuestión de la homosexualidad femenina.

Mariol.

Marión. Sodomita; maricón o puto que en la relación homosexual adopta la actitud del tomante. Procede del término catalán homófono, y éste del patronímico femenino "María". Covarrubias (1611) recoge esta voz con un significado diferente. De que se utilizaba en el siglo XVII tenemos constancia por un manuscrito de cierta *Descripción de Argel*, escrita en el primer tercio de ese siglo, que todavía aguarda publicación, y donde cautivos, moros y cristianos de aquella ciudad emplean el término como sinónimo de bujarrón.

Marioneta.

Fantoche; títere; persona que carece de opinión y actúa y se conduce en función del criterio de los demás. También se dice del sujeto que falta a su palabra, o varía caprichosamente las condiciones de algún compromiso. Es galicismo moderno, con el valor de "títere". El matiz peyorativo de su significado se entiende en sentido figurado de la acepción principal. Es término cuyo empleo está cayendo en desuso a favor de la voz "títere".

Mariposa, mariposón.

Maricón, sobre todo en la forma aumentativa del término; también se dice de quien es veleta y cambiante, que va de una ocupación en otra, desempeñando muchos oficios diferentes en poco tiempo; persona promiscua, que muda de relación de pareja con gran celeridad, incapaz de comprometerse seriamente en sus relaciones afectivas. Se dice en sentido figurado, teniéndose *in mente* la costumbre de ese insecto de posarse sobre diversas flores en poco tiempo. Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua* (1611), le da otro significado:

Mariposa es un animalito que se cuenta entre los gusanitos alados, el más imbécil de todos los que puede aver. Tiene inclinación a entrarse por la luz de la candela, porfiando una vez y otra, hasta que se quema. (...) Esto mismo les acontece a los mancebos livianos que no miran más que la luz y el resplandor de la muger para aficionarse a ella, y quando se han acercado demasiado, se queman las alas y pierden la vida.

Mariquita.

Hombre afeminado y cobarde, que se comporta con la pusilanimidad y remilgos de una mujer. No está claro su grado de coincidencia semántica con los términos "maricón o marica". Le gusta comportarse como una mujer, porque en el fondo se siente femenino, y como tal mujer que se siente busca al hombre, y no como un hombre busca a otro, en el caso del homosexual puro. Los autores no se ponen de acuerdo a la hora de encauzar al personaje en cuestión. En el siglo XIX estaba visto como una mezcla de conductas, todas ellas negativas. Así, Bretón de los Herreros, autor muy representativo del momento, escribe:

¡Y a tu amo
que es un loco, un mariquita,
libertino y jugador,
tanto agasajo...!

Marmitón.

Galopín, pícaro de cocina o paje de escoba; muchacho sucio, desaliñado y generalmente sin familia; aprendiz de mendigo y acompañante de ciego o lazarillo. Estebanillo González, en el prólogo a la novela picaresca del mismo nombre, escribe (1646):

Criado de un Secretario,
 marmitón de una Eminencia,
 barrendero y niño Rey
 de un Príncipe de la Iglesia.

El término fue popular incluso a mediados del siglo pasado, en que Antonio Flores, gran conocedor de la vida pequeña, de las peripecias del pueblo llano, muestra a uno de estos pinches de cocina apicarados y crueles: "Los marmitones de las casas de la grandeza y los demás criados que iban a la plaza, no volvían tan pronto como el vecino honrado".

Es voz derivada de "marmita", olla o perol grande con tapadera, donde se cocinaba el gran plato único de las comidas de otro tiempo: los guisotes, potajes y cocidos.

Maromo, maromero.

Rufián, chulo de mancebía; chorbo, mozo que hace compañía a una mujer. En la América hispanohablante se dice del volatinero y acróbata; de donde por extensión: persona informal y poco constante, veleta que muda de opinión y partido con facilidad.

Marquesa, marquesa, marquida.

Ramera; puta de mancebía; garduña o coima. Es voz de germanía que hizo fortuna en tiempos de Cervantes. Hoy, y desde hace mucho tiempo, está en desuso. En *La Picara Justina*, (1605) su autor, el médico López de Ubeda, escribe: "¿Pues de qué le sirve a la pícara pobre hacerse marquesa del Gasto si luego han de ver que soy Marquesa de Trapisonda y de la Piojera, y Condesa de Gitanos...?".

Marrajo.

Astuto, taimado, que esconde o encubre su dañina intención, esperando ocasión propicia para asestar su golpe, o realizar su mala acción. Con este significado emplea el término Quevedo, en su *Cuento de cuentos*: "El padre, que era marrajo, lloraba hilo a hilo y venía en éstas y estotras...". Como término para la ofensa o el insulto se emplea en sentido figurado, teniendo al fondo el semantismo o significado principal de la palabra "marrajo": toro o buey que arremete siempre a golpe seguro; también, cierto pez parecido al tiburón. En ambos animales, lo más sobresaliente de su carácter es la astucia y el arte con el que consiguen engañar a su presa, una vez ganada su confianza. Pudo haber generado el término en hablas del hampa; al menos, su primera documentación en nuestra lengua se da en un romance de esa naturaleza, del que se hace eco el *Vocabulario de germanías* de Juan Hidalgo, entre los siglos XVI y XVII:

Desde mi tierna edad
 he seguido lo germano,
 encargado de marquisas (chulo de putas)
 que me palmaban el cairo (le entregaban el dinero),

estafando jorgolinos (compinches de rufianes),
y brechando los marrajos, (trucando los dados).

En el *Diccionario de Autoridades* del primer tercio del siglo XVIII, significa como hoy: "cauto, astuto, y difícil de engañar". En ese sentido lo emplea el sainetista Ramón de la Cruz:

¡Qué serio y qué avinagrado
es este hombre! Yo no sé
cómo siendo tan marrajo,
consiente que su mujer
tenga cortejo; y el caso
es que desde que lo tiene,
la mira con más agrado
sin duda debe de ser
gran peso una mujer, cuando
algunos maridos buscan
quien les ayude a llevarlo...

Marrano.

Sujeto sucio y desaliñado; persona que procede con vileza. Es insulto intercambiable con el de "cerdo, puerco, cochino, gorrino o guarro". No está clara su etimología, como sustantivo alusivo al animal; como tal es de uso antiguo en nuestra lengua, remontándose a los orígenes del idioma, hacia el siglo X, en que aparece en escrituras leonesas de compra-venta. Cree Corominas que se trata de una de las voces del fondo prerrománico, pero no resulta descabellado atribuirle origen árabe, en cuya lengua *mahrán* equivale a "cosa prohibida". Amén de lo dicho, conviene tener en cuenta otras connotaciones de tipo étnico-religioso que convirtieron este calificativo en sinónimo de tornadizo, converso, judío o morisco que abrazaban el cristianismo de manera insincera, para eludir la expulsión. Como el marrano solía volver de manera oculta a la práctica de su antigua fe, ser tachado de tal adquirió tintes peligrosos, ya que una acusación de esa naturaleza acarrearía, hasta la desaparición del tribunal del Santo Oficio, afrontar la cárcel, e incluso la pena capital. Cree Covarrubias (1611), erróneamente, que el término nació del hecho de pedir los judíos y moriscos, como condición para su conversión, se les concediera merced de no tener que comer cerdo o marrano, no tanto por cumplir con la ley mosaica o coránica, cuanto por la repugnancia que decían les causaba la carne de este animal. De esta singularidad nacería el llamarles con el nombre del animal que aborrecían, vituperio que les sería asignado por sarcasmo a estos cristianos nuevos. El insulto se generalizó a partir del Renacimiento, y se extendió por Europa, donde se llamaba "marrano" a todos los españoles, para zaherirlos tachándoles de judíos o cristianos nuevos. En este sentido se documenta en la comedia cervantina, *La casa de los celos*, donde Roldán insulta a Bernardo tachándolo de cristiano nuevo, de sangre poco limpia, de converso:

¡Oh cuerpo de San Dionís,
con el español marrano!

Amén de esto, el término experimentó cierto cambio semántico, y se tildó de marrano a quien se quería humillar o despreciar. Téngase en cuenta que en el sur de Francia se llamaba *gourret* al judío, es

decir: "gorrino, lechón". En el norte de Italia, se les tildaba de *ghinoùj* a= cerdito; en las Baleares, el término "chueta", judío converso local, proviene de *xuia* = carne o chuleta de cerdo. No sorprende que en castellano se echara mano de esta palabra ya en época temprana, en torno al siglo X-XI, en que todavía no existían las voces sinónimas de "cochino, guarro, o cerdo". De cualquier forma, y afortunadamente, este tipo de insulto ya no tiene lugar.

Marrullero.

Adulador que echa mano de todo tipos de halagos, fingimientos y zalemas para liar, embaucar y enredar con astucia a la gente; liante de buenas palabras, que pone su pico de oro al servicio de tramas inconfesables. Fernández de Moratín dice lo siguiente de un individuo de esta calaña: "Labriego más marrullero y más bellaco no lo hay en toda la campaña...". Corominas, en su *Diccionario Crítico Etimológico*, deriva el término del verbo "arrullar, adormecer al niño". Pero también pudiera pensarse en el verbo marullar, marullear = haber marullo en la playa, y por extensión: "rumores, alboroto de gente, alteración de los ánimos", con un sentido último de enredar y revolverlo todo para mejor realizar el engaño o marrullería. El marrullero no sólo se lleva el gato al agua con buenas palabras y adulaciones, sino que si esto le falla recurre a procedimientos menos suaves, sin emplear nunca la violencia, pero sí provocando el caos, el barullo y la marrullería o situación de engaño y trampa, en los escenarios de su actividad.

Mastuerzo.

Majadero; hombre necio y torpe. Creen algunos que pudo haberse dicho por la planta del mismo nombre, *masturtium*, herbácea muy picante, de tallos torcidos y divergentes, parecida al berro, y como éste de uso en ensaladas. Sin embargo la etimología es otra: del término "nastuerzo", nariz torcida, que aparece ya en el libro de la *Caza de Aves* del Canciller López de Ayala, (segunda mitad del siglo XIV): "mestuerzo". La atracción entre consonantes nasales "m, n" es frecuente en castellano; véase el caso actual de "mindundi(s), nindundi(s)". Como insulto no es término que registren los autores de los siglos de oro; Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua* (1611), se limita a decir que el "mastuerzo" es una hierba conocida con el nombre latino de *nasturcium*, porque su insufrible olor hace a quien lo huele torcer el gesto o morrillo, y ladear la nariz, dando al rostro aspecto avieso y ridículo. De esta planta escribió Plinio en el siglo I, que provocaba el estornudo.

Matacandiles.

Barragana o manceba de clérigo. En la *Segunda parte del Lazarillo de Tormes* (1620), de Juan de Luna, se emplea así el término: "Afeáronme el caso diciendo era un hombre que no tenía sangre en el ojo, ni sesos en la cabeza, pues quería juntarme con una piltrafa, escalentada, matacandiles y finalmente mula del diablo, que assí llaman en Toledo a las mancebas de clérigos".

Era insulto entre las del gremio. Hoy lo gráfico y expresivo de este término compuesto suscita en nosotros una leve sonrisa, sobre todo si se entiende, como en la época, que "matar" significa apagar el fuego de la lujuria, y candil...: el humilde foco de esa llama perturbadora del deseo. Estas profesionales estaban a la voz y obediencia del cura o del fraile que requerían su servicio.

Matasiete.

Fanfarrón, rufián; espadachín y bravucón que se precia de guapo y valiente, tratando así de meter el miedo en el cuerpo a quienes se relacionan con él. Juan Ruiz de Alarcón, dramaturgo del primer tercio del siglo XVII, tiene esta bonita forma de utilizar el vocablo:

Ya se salen de Segovia
 quatro de la vida airada,
 el uno era Pedro Alonso,
 Camacho el otro se llama;
 el tercero es Jaramillo,
 y Cornejo es el que falta:
 todos quatro matasietes
 valentones de la fama.

También se da este nombre a los que presumen de lo que obviamente no pueden ser (véase la voz "enano"); a éstos se les da este nombre con retintín o antífrasis, para reírse de ellos. Se utilizaba en tiempos de Cervantes, y era término popular entonces. Quevedo, en tono festivo burlesco, introduce así el término:

Hallóse allí Calamorra,
 sobre fino matasiete
 bravo de contaduría,
 de relaciones valientes.

Juan Hidalgo, en su *Vocabulario de Germania* (1609), recoge el siguiente uso:

Puse pies en polvorosa
 y del peligro afuféme,
 dexando mi hembra a cargo
 de un temerón matasiete.

Hoy es voz en desuso, pero no el personaje, que ha sobrevivido en el lenguaje de algunos cuentos para niños, donde conserva valor despectivo.

Maula.

En sentido figurado y género femenino, se dice de la persona que paga mal y tarde; individuo tramposo y marrullero, que deja de cumplir con sus obligaciones a las primeras de cambio; individuo taimado, bellaco y vil, en quien no es recomendable confiar. Mesonero Romanos emplea así el término: "Pero... ¿adónde está Juanilla?; ¿y el cadete? ¡Ah, buenas maulas!"

Su acepción principal es la de "engaño, triquiñuela, cosa despreciable". Su utilización primitiva fue como sustantivo con el valor de "astucia y marrullería". En ese sentido utilizó Quevedo la palabra, hacia el primer cuarto del siglo XVII. E. Terreros (s. XVIII), en su *Diccionario Castellano con las Voces de Ciencias y Artes...*, lo define así: "Uno que es sagaz, astuto, artificioso y mal pagador". Su etimología es

de naturaleza onomatopéyica, por imitarse el maullido del gato. Hoy es voz relegada a las hablas marginales, y su uso ha decaído mucho tanto en el lenguaje escrito como en el hablado.

Mazacote.

Pesado, tardo, estúpido; hombre molesto e importuno. Es término insultante, y empleado en sentido figurado, ya que se tiene *in mente* la acepción principal de esta palabra: mezcla compuesta de piedras menudas, cemento, arena y hormigón. Covarrubias sólo recoge esta acepción de "argamasa", pero pocos años después, el cordobés Luis de Góngora, en sus romances burlescos, emplea el término en sentido figurado, aunque haciendo juego con el famoso poeta renacentista Macías el Enamorado:

Dexad caminar al triste
Macías o Mazacote
a la ausencia y a los zelos
componiendo un estrambote.

Meapilas, measalves.

Santurrón, beato; persona hipócrita que se da golpes en el pecho y entona el "yo, pecador...", pero cuya conducta no está de acuerdo con su pretendida piedad. Es voz compuesta, de uso despectivo, en la que el término "pila" alude a la del agua bendita, a la entrada del templo, usada para persignarse o santiguarse quien entra en el lugar sagrado. El verbo "mear" no está, lógicamente, empleado en sentido literal, sino en el sentido figurado: lo que mea el santurrón es el agua bendita de tanto tomarla. También se alude indirectamente a la costumbre de beber ese agua ciertos enfermos, a quienes se la receta algún santero o curandera. En cuanto al measalves, es, como el meapilas, un beato hipócrita que se pasa la vida rezando la salve, oración mariana por excelencia, siendo una mala persona que no tiene caridad con el prójimo. El verbo "mear", en este caso, está empleado de la misma forma que en los compuestos peyorativos "chupatintas, cagatintas, meatintas...".

Mediopolvo.

Sujeto macilento, escuálido, de aspecto miserable y enfermo; canijo al que no se le considera capaz de heroicidad alguna en la cama, de donde deriva su etimología el nombre: no tener alguien un polvo completo..., es decir, ser incapaz de satisfacer plenamente a una mujer. El término, empleado entre gente rastrera, se lo he escuchado a Sara Montiel, la cantante y actriz, referido a cierto político conservador de renombre.

Meliloto.

Persona insensata y abobada. Persona necia cuya presencia estorba. Pudo decirse "meliloto" con la acepción de "bobo" de esta planta leguminosa cultivada como forraje para pasto de bestias, en un uso metonímico. No obstante esto, el famoso médico y humanista segoviano Andrés Laguna, del siglo XVI, en sus anotaciones a Dioscórides afirma decirse melilotos a los bobos y personas insensatas, porque esta

planta "está compuesta de facultades contrarias, porque juntamente reprime, resuelve y madura". Pero es una explicación *a posteriori*, ya que en su tiempo el término en cuestión estaba muy extendido.

Melindroso, melindres.

Seguramente uso figurado derivado de la voz "melindre": especie de cinta muy estrecha. Por extensión se dijo del individuo amanerado, que afecta excesiva delicadeza y refinamiento en el trato, porte y acciones de la vida diaria. Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua*, (1611) da esta otra explicación: "Melindre: un género de frutilla de sartén hecha con miel; comida delicada y tenida por golosina. De allí vino a significar este nombre el regalo con que suelen hablar algunas damas, a las cuales por esta razón llaman melindrosas".

Pero siempre fue más utilizado el masculino que el femenino. Se usa en la expresión "ser alguien un tío melindres", raramente "una tía". Luis de Ulloa, instructor del hijo bastardo de Felipe IV, don Juan José de Austria, y escritor de la primera mitad del siglo XVII, recoge así el término:

Las necias melindrosas y tusonas,
las no limpias, las gordas, las busconas (...)
que hacen mella en un diamante...

Y Lope de Vega, que da el calificativo tanto a hombres como a mujeres, confiere al término cierto matiz insultante, si bien no excesivamente ofensivo:

No te quiero decir cosas
que a un viejo parecen mal,
desta regla universal
de feas y melindrosas.

Es decir, de ambas tal vez deba el hombre huir. La voz principal, de donde deriva el sentido figurado de "melindroso, melindre", se documenta por primera vez en los escritos de Santa Teresa de Jesús, quien escribió, para aleccionar e instruir a sus monjas, en su obrita *Modo de visitar los conventos*: "... la manera del hablar que vaya con simplicidad y llaneza (...), que lleve más estilo de ermitaños y gente retirada, que no ir tomando vocablos de novedades y melindres, creo los llaman, que se usan en el mundo".

El melindroso atiende más al porte externo que a la limpieza y aseo. Tiene mucho de la personalidad del figurín, siendo una especie de petimetre espiritual. Se pirra por un saludo bien elaborado, y por la observancia meticulosa del ceremonial cortesano, y sin embargo puede llevar varios meses sin haber visto de cerca el agua y el jabón.

Membrillo.

Chivato, soplón, acusica; también, sujeto zafio, iluso y medroso que va por la vida dándose las de señor. He escuchado el término en contextos donde significa "comecoños"; no me sorprende, pues el membrillo, llamado en latín "*cotonium*"; "codoño" (en valenciano), era utilizado en la Antigüedad como sinónimo del órgano sexual femenino, cuya forma parece asemejarse a la de este fruto. El "comecoños"

antiguo tenía que ver con el individuo a quien la pobreza material llevaba a comer esta fruta áspera y tosca por no poder acceder a otra mejor y más cara.

Melón.

Registra el diccionario oficial entre las acepciones de esta palabra, la siguiente. "Figurado y familiarmente, persona torpe y bellaca". Lo de torpe se entiende, lo de bellaca, no. En los contextos que hemos manejado para extraer los semas o notas negativas del melón, nunca aparece maldad ni ruindad digna de mención, y sí merma de ingenio y sobra de cabezonería o tozudez. Con el melón se alude a la cabeza del individuo que merece ser tildado de tal, gorda y huera, voluminosa y desprovista de seso. La cabeza de estos individuos torpes y tontos tiene forma aproximada a la de esa cucurbitácea, siendo además, dado lo romo de su entendimiento, cabezas fingidas, puesto que no piensan ni dan muestra de tener seso dentro.

Memo.

En una de las primeras ediciones del *Diccionario de la Real Academia*, la de 1729, se lee al respecto de "memo": "El uso regular desta voz es en la frase "hacerse memo", que es lo mismo que fingirse tonto...".

Es en el texto anterior donde por primera vez parece documentarse por escrito esta palabra, aunque evidentemente llevaba ya muchos años en el uso oral. Su acepción actual es la de "tonto, simple y mentecato". En cuanto a su etimología, se ha querido ver en ella un derivado del término latino *mimus*=bufón. Pero parece que no es así. Al menos, Corominas cree que el término es de creación expresiva, por aliteración, imitando la repetición de la consonante nasal "m...m..", propia del alelado o atontado que no acierta a saber lo que dice ni cómo decirlo. Su alcance semántico es muy despectivo, tanto en el romance castellano como en las demás lenguas románicas, siendo el calabrés *mimiu* = ignorante, abotargado y mentecato, el que más se acerca al uso que la palabra tiene en el castellano actual. La memez, como la necedad, es irremediable, como afirma el refrán: "Quien memo marchó a Roma, memo retorna". Y es que estas criaturas no tienen arreglo.

Mendrugó.

Individuo rudo, tonto, zoquete. Algunos quieren que proceda, el término, del verbo latino *manducare* = comer; otros, como el autor del *Diccionario Crítico Etimológico*, Corominas, creen que se trata de término de origen incierto en cuanto a su etimología. La palabra aparece usada en el siglo XIV con las acepciones de "pedazo de pan duro que se desecha o se da de limosna al mendigo", y de "hombre necio y de cortos alcances. En el habla de Sanabria mendrugó equivale a holgazán; y en medios dialectales santanderinos se llama así al hombre tosco y de escaso saber. (Véase también "zoquete").

Mentecato.

Fatuo, tonto, falto de juicio o privado de razón; persona de flaco entendimiento. Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua* (1611) define así al personaje: "Falto de juyzio; del latino *mente captus*". El sintagma latino *mente captus* alude al hecho o circunstancia de no poseer alguien en regla todas sus

funciones mentales por estar tocado o cogido de la cabeza. La palabra empezó a utilizarse en castellano hacia mediados del siglo XVI, y de ella se hacen eco autores como Cervantes, en el Quijote, o Cristóbal de las Casas en su poco conocido *Vocabulario de las dos lenguas toscana y castellana*. Calderón de la Barca, en su comedia Los dos amantes del cielo, (segunda mitad del siglo XVII), usa así el término:

Cautivó un moro a un gangoso,
y él bien o mal, como pudo,
se fingió en la nave mudo (...),
(y) cuando el moro le vio
defectuoso, le dio
muy barato. Estando fuera
del bajel: "Moro -decía-,
no soy mudo, hablar no ignoro".
A quien oyéndolo el moro
desta suerte respondió:
"Tu fuiste gran mentecato
en fingir aquí el callar,
porque si te oyera hablar
aun te diera más barato".

Como ejemplo de mentecatez ponen algunos al ánsar o gansa de Cantimpalo (Segovia), que salía al camino a recibir al lobo, exponiéndose al peligro de manera insensata. Su falta de juicio es manifiesta, como ya se hizo notar en tiempos cervantinos.

Mequetrefe.

Hombre entremetido, bullicioso y de ningún provecho. Bernardino de Rebolledo, emplea el término en la primera mitad del siglo XVII:

Fui en Francia prisionero;
en Brabante, libertado;
en Holanda, mequetrefe;
en Ynglaterra, guapo.

Coetáneamente Quevedo, en su *Cuento de cuentos* (1626), dice de alguien que decide darse a la mala vida: "...el otro hermanillo, que se venía al husmo, se hizo mequetrefe y faraúte del negocio...". El término, no empleado antes del siglo XVII, fue siempre malsonante, insulto u ofensa. En un romance de germanía de ambiente hampesco, (primer tercio de aquel siglo), se lee:

De Granada, patria mía,
avrá salí algunos meses;
travesuras fueron causa,
no las diré por ser leves.

No diré que di de palos
a un pícaro mequetrefe,
ni que açoté a la Escalona,
ni que estafé yo a la Pérez.

Aunque se ha propuesto media docena de desarrollos etimológicos, entre ellos el aceptado por la Real Academia: del árabe *mugatraf* = orgulloso y petulante, lo más probable es que se trate de voz de origen portugués, compuesta de *meco*: libertino, calavera; y *trefe*: revoltoso, inquieto, malicioso.

Merluzo.

Bobo, incauto, infeliz a quien resulta fácil engañar y sorprender. Es voz creada a partir del sentido figurado de merluza: "borrachera". El merluzo, como el borracho, se comporta como un tonto bobalicón. Independientemente de esto, la merluza tuvo fama adicional de pez voraz y gregario, que cae fácilmente en la red, pescándosele a lo largo de todo el año, por lo que por derivación se dijo que ser un merluzo es tanto como ser ingenuo. Otros atribuyen el sentido insultante de "merluzo" a su aspecto y mirada una vez pescado este pez: ojos abiertos desmesuradamente, sin expresión determinada. Tener ojos de merluza era como carecer de expresividad o encanto. (Véase también "besugo").

Metepatas.

Persona importuna, que se mete en asuntos que no son de su incumbencia ocasionando trastornos a quienes sí están implicados en ellos; también recibe el nombre de metomentodo. Procede de la frase "meter la pata" = intervenir en alguna cosa con importunidad. En la obra de Romualdo Nogués, *Cuentos, dichos, anécdotas y modismos aragoneses* (1881), se lee: "Meter la pata es dicho ofensivo para los hijos de Sestrica (Aragón), y tanto que no se les podría dirigir mayor insulto. Proviene esto de que en el referido pueblo hacen correr a las caballerías el día de San Antón alrededor de la imagen del santo, empeñándose los que las guían en que metan una pata por debajo de las cuerdas".

Es el "meterete" argentino: sujeto entrometido y zascandil capaz de asistir a bodas y entierros de personas con las que nada tiene que ver. (Véase también "malapata").

Metesillas y Sacamuertos; metemuertos.

Persona de poca estimación social, digna de desprecio por su talante murmurador y su disposición permanente al chismorreo. Se dice de alguien entrometido e importuno, que se dedica a difundir todo tipo de habladurías sin miramiento hacia la honra y fama de terceros. Tiene su origen en el mundo del teatro, ya que a estos individuos se les encarga introducir, sacar o retirar enseres y parafernalia que la función requiere. Tienen también el cometido de figurantes, sirviendo para hacer bulto, formar comparsa, dar recados y entregar cartas. El metemuertos, o racionista, retiraba asimismo los muebles del estrado cuando se pasaba de una escena a otra, con lo que cumplía. El resto del tiempo lo dedicaban a críticas y comentarios maldicientes. Calderón de la Barca utiliza así el término, en su acepción insultante de servidor oficioso y lameculos, de crítico impertinente, de poca cosa o nulidad social:

¡Vive Dios, que fue contigo

Macías niño de teta,
 un metemuertos Leandro,
 y Píramo un alzapuertas!

Como acepción adicional, el *Diccionario de Autoridades* da para "metemuertos" el de persona agorera, que sólo cuenta desdichas y penalidades, acarreando desgracias sobre quien le escucha.

Metición.

Persona entrometida y bulliciosa que arde en deseos de enterarse de vida y milagros ajenos, metiéndose en asuntos que no son de su incumbencia. (Véase también "metomentodo, entrometido").

Metomentodo.

Sujeto metición y entrometido; persona bulliciosa e imprudente que se mete donde no la llaman, haciendo el ridículo, malogrando a menudo el curso natural de las cosas; cocinilla que mete sus narices en asuntos de la casa, incordiando a su mujer e incluso al servicio. Tiene alguna afinidad con el cargante o pejiquera, que está siempre encima de los demás incordiando, aunque sin mala fe ni propósito avieso. Es voz muy similar a "metepatas", aunque menos hiriente. José Nogales, en *El puente de las Animas* (Nº 496 de *Blanco y Negro*) pone la siguiente expresión en boca de un lugareño andaluz, harto de un muchacho metición: "¡Nos ha fastidiado el crío metementó...!".

Mezquino.

Miserable, escaso, tacaño rayano en la avaricia, ruín. En ese sentido emplea el término Sem Tob, rabino de Carrión, a mediados del siglo XIV, en cuyos *Proverbios morales* se lee:

Cuydando que más largo
 algo (= haber) (h)a su vezino,
 tiene todo su algo (=riqueza)
 por nada, el meçquino.

Es de origen árabe, de *misikin* = indigente, adjetivo derivado del verbo *sákan* = humillarse, ser pobre. Es evidente su uso metafórico, ya que con esta acepción se alude también a la miseria moral. Con este sentido aparece en el *Lazarillo de Tormes* (1554), siendo su uso normal a lo largo de los siglos de oro: "Mas también quiero que sepa vuesa merced que con todo lo que adquiría y tenía, jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi...".

Entre los sentidos que tuvo el término en la Edad Media está el de "poca cosa, pequeño, diminuto, menudencia o insignificancia". Así aparece en la obra del Infante don Juan Manuel, *El Conde Lucanor*: "La formiga, que es tan mezquina cosa, ha tal entendimiento, y face tanto por se mantener...".

También connota condición de "infeliz, desgraciado, desventurado y triste". Pero a esa carga semántica se ha impuesto su uso como ofensa e insulto. Covarrubias (1611) en su *Tesoro de la Lengua*,

emplea así el término: "... algunas veces se toma por el hombre miserable y apretado, que teniendo para sí y aun para los otros, no osa comer, y vive con gran miseria".

Mierda, merdón.

Hombre despreciable; sujeto que no cumple su palabra y carece de seriedad y autoestima; persona sin credibilidad, que carece de importancia social alguna; hombrecillo encanijado y carroza que pretende ridículamente esconder su mezquina y ruín condición. Es uno de los insultos más fuertes en todos los idiomas. Entre los sefardíes de origen turco y griego que hoy habitan en Israel, he escuchado en forma de adagio o sentencia: "Si a la voz de merda un home non responsa, non es home o es sordo, o morto es que non oye".

En Andalucía y Extremadura se utiliza la forma del aumentativo despectivo merdón como sinónimo de cobarde, hombre para poco, pusilánime y flojo. Es voz de etimología latina, de *merda* = porquería, inmundicia. Es de uso muy antiguo, documentada ya en los orígenes del idioma. Si bien es uno de los vocablos tabú de nuestro tiempo, en los siglos de oro se utilizó con desenvoltura. El médico de la real familia López Pinciano, en el siglo XVI escribe: "sería más ridícula si fuese más fea: como uno que recibiendo olor malo dijo: "O es una mierda o asa torreznos".

Mierdecilla.

Persona encanijada y hampona, sin importancia social o económica alguna; sujeto despreciable, aunque inofensivo e inocuo. Es muy despectivo, e incluso cruel, puesto que se dirige a personas hundidas en su propia miseria, o envueltas en la de los demás. También se le llama "comemierda". Ambos son calificativos recientes groseros, de uso en medios agermanados y de la mala vida. Hemos podido escuchar la siguiente seguidilla:

Llamadme ustedes mierda,
no mierdecilla,
que a las veces lo chico chiquillo,
más recio humilla.

Mindango.

Sujeto astuto y gandul; camandulero y buscavidas. En Murcia y zonas aledañas al viejo reino se dice del individuo socarrón y vivalavirgen, despreocupado y holgazán, que a su condición de parásito une la de persona falsa, despreciable e hipócrita, que esparce infundios y crea enemistades. En diversas partes de España es variante de pindonga o pendanga: ramera, mujer que vive a salto de mata. En cuanto a su etimología, nada hay definitivo; algunos quieren que proceda del cubano "manguindó": fulano que anda ocioso y vive de gorra. El término citado pudo derivar de voces afroamericanas, aunque según otros el origen del término sería gitano.

Mindundi (-s).

Voz de creación reciente con el significado de donnadie, mierdecilla, cantamañanas o zascandil. En puntos de Murcia y Almería equivale a sujeto sin oficio ni beneficio; pillete gandul e indolente que merodea por plazas y mercados sin rumbo ni destino claros. En cuanto a su etimología, se ha pensado en la voz latina *minutus* = menudo, menguado, de donde también derivaría *minuendus* = que debe ser rebajado; sujeto merecedor de humillación y desprecio. La peripecia filológica de las voces latinas no resultan de fácil explicación, sobre todo teniendo en cuenta la escasa vida que mindundi(s) tiene en la lengua hablada, y su inexistencia o escasísima presencia en el lenguaje escrito. También se oye "nindundi", seguramente por atracción del pronombre indeterminado "ninguno" = nulo, sin valor, nadie. No es descartable una procedencia andaluza para el término: del vocablo "mindín" = joven presumido a quien gusta lucirse, siendo un mierda sin oficio ni beneficio; es voz procedente de "minda" = minga, polla, pijo o pene, con lo que un mindundis sería una variedad del "carajo a la vela"*.

Miramelindo.

Individuo amanerado, que cuida en demasía de su aspecto externo. Especie de "lindo don Diego", o de "mírame y no me toques", este precursor del petimetre y abuelo del pisaverde es hombre superficial y un tanto afeminado cuyo tiempo ocioso dedica al espejo, el sastre y los afeites. Más que insultante fue voz despectiva dirigida al hombre que se comporta, en los cuidados cosméticos y del atuendo, como una mujer. Alcalá Venceslada, en su *Vocabulario Andaluz*, recoge la palabra como propia de aquella tierra, que documenta así: "Y con esa postura de miramelindo, zapato de polilla y pisar con ponleví, es el furor de las damas...".

El término se toma en sentido figurado, por la acepción principal que tiene: planta, también llamada balsamina, de largos tallos llenos de zarcillos trepadores, de hojas de color verde muy brillantes; es planta muy fragante, que se usó como medicinal, gozando de predicamento por la belleza de su porte.

Mochales.

Loco, chiflado; familiarmente, persona que ha perdido el juicio, o la chaveta (clavo o tornillo). En cuanto a su etimología, pudo decirse de la voz "mocho": romo, sin punta, lo contrario a agudo, posiblemente del vascuence *motz* = sin filo, feo, corto de talla. Suele acompañarse de la palabra "tío". En cuanto al plural, véase lo que decimos en "vivales". En el conocido cuplé *¡Ay, Tomasa!*, de principios de siglo, el letrista Fidel Prado emplea así el término:

Y él me dice entonces: "¡Chacha!,
 es que te usas un vaivén
 que ti tomo por la jaca
 del tiniente coronel".
 Y como está el pobre
 mochales por mí,
 me mira mu tierno
 diciéndome así:
 ¡Ay Tomasa, ay Tomasa!,
 yo no sé lo que me pasa
 que me tiés desjarretao...

Alcalá Venceslada, en su *Vocabulario Andaluz*, dice que es voz propia de su tierra, del término "mocha"= reverencia que se hace inclinando exageradamente la cabeza muy servilmente.

Mocoso.

Muchacho poco avisado que presume de hombre hecho y derecho; ignorante. También se dijo antaño de la persona necia y despreciable, que no merece estima. Baltasar Gracián, (primera mitad del siglo XVII), escribe en su *Criticón*: "Advierta el otro presumido de bachiller, y conózcase que es un rapaz mocoso que aún no discurre ni sabe su mano derecha".

Antes, Cervantes, en el *Quijote*, da al término el significado de persona o cosa de poca monta y ninguna importancia: "Por que vea vuestra merced, señor don Lorenzo, si es ciencia mocosa lo que aprende el Caballero que la estudia y profesa".

También se utilizó antaño en son de censura o desprecio hacia el niño malmandado y desobediente, que se atreve a contestar a los mayores, criatura producto del mimo y el consentimiento. Bretón emplea así esta acepción:

O bien con necio cariño
halagan todos sus gustos,
y de un mocoso rapaz
hacen un rey absoluto.

Mocosuena.

Que ha oído campanas sin saber dónde suenan; persona que atiende más al sonido de las palabras extranjeras que a su significado. Se dice también del individuo que no sabe por dónde va, ni parece que le importe. Sujeto que llamándose músico no sabe ni solfeo ni armonía, tocando de oído y cantando de la misma manera, como los cantautores de nuestro tiempo.

Modorro.

Individuo que une ignorancia a torpeza; sujeto de apariencia sonámbula, que permanece dormido de pie. La palabra está formada a partir del sustantivo modorra, "sueño pesado". Covarrubias escribe en su *Tesoro de la Lengua* (1611): "El que está con esta enfermedad soñolienta, que saca al hombre de sentido, cargándole mucho la cabeza. Algunas veces se dice del hombre muy tardo, callado y cabizbajo. Díxose "modorro" del nombre latino morio (a su vez del griego) moros: fátuo, estólido...".

Pero es seguramente etimología equivocada, desconociéndose su origen, a no ser que sea la voz vascuence *mutur* = taciturno, que llora con facilidad y hace pucheros, voz residual de las lenguas prerrománicas de España, conservada en el lenguaje pastoril. El autor del *Libro de Buen Amor*, Juan Ruiz (primera mitad del siglo XIV) utiliza la forma afín *amodorrado*, y en las *Coplas de Mingo Revulgo*, mediado el siglo XV, se lee:

¿Sabes, sabes, el modorro
allá dónde anda a grillos?

Burlanse los moçalvillos
que andan con él en el corro.

Para Antonio de Nebrija, modorro equivale a "bobo"; "modorrón, modorro, amodorrado" son frecuentes en el teatro renacentista como sinónimos de necio. Bartolomé de Torres Naharro, en su *Comedia Himenea*, (principios del siglo XVI), usa así el término:

Muy modorro sóis, amigo,
porque yo me sé guardar
de los peligros mundanos.

Como el ceporro o ceporrón, el modorro duerme con facilidad, y una vez traspuesto no es fácil despertarlo, ya que sestea como un bendito. Es individuo de buen contentar, apacible y manso, incapaz de disputas o bizzaría alguna, lo que anima a quienes lo rodean a meterse con él, ante la convicción de que no responderá de forma brusca. Esta fama de bondad a ultranza le hace aparecer como persona simple y noblota, apariencia ayudada por su torpeza y evidente ignorancia de gentes y cosas.

Modrego.

Persona desmañada y torpona. Es cruce de modorro con borrego, lo que da como resultado un individuo carente de habilidad o gracia. Su primera documentación escrita aparece en el *Diccionario de Autoridades* (primer cuarto del siglo XVIII).

Mojarrilla, mojaras, mojareras.

Persona poco seria, con muchos pájaros en la cabeza, que siempre anda alegre y con ganas de chanza, haciendo gracias y burlas. Cree Corominas que derivó de "mojarra", pez pequeño parecido al besugo, tan resbaladizo y ágil que se escapa de entre los dedos. No acertamos a ver la relación, sobre todo cuando no sería difícil hacer derivar el término de la voz "moharrache, moharracho" que tienen carga semántica afín al significado de mojarrilla: vivalavirgen, charlatán e inconsciente, siempre de jarana y con ganas de broma. De hecho, el actual "mojaras" y "mojareras" están en esa línea de los bocazas presuntuosos y boquirrotos.

Mojigato.

Individuo que afecta falsa humildad y mansedumbre para engañar o confiar a la posible víctima a quien se pretende confundir. Es palabra compuesta por dos sinónimos del mismo animal felino: "mojo y gato". Se quiere poner de manifiesto con esta repetición enfática la apariencia mansurrona de estos sujetos que en cuanto se da uno la vuelta aprovechan para llevar a cabo su traición o trastada. Fernández de Moratín gustaba de sacar a este personaje a escena:

Vamos, es menester
no hacerse la mozigata,

no mentir, no aparentar
perfecciones que te faltan.

Es palabra desusada en castellano, aunque todavía viva en valenciano, como herencia de la vieja lengua aragonesa, donde al parecer surgió el término hacia el siglo XVI.

Momia.

Antaño se dijo, despectivamente, de quien era enjuto y seco en exceso, uniendo a esa condición la de sobradamente moreno de piel, tanto que parecía mestizo. En sentido figurado, persona de mucha edad, muy delgada y fea. En esta acepción última es voz popular que cursa con "pergamino".

Monstruo.

Como insulto, afecta tanto a lo físico como a lo moral. Así, llamamos monstruo a la persona mala, cruel y perversa; y también al individuo deforme, extremadamente feo, que contradice con su existencia el orden natural de la naturaleza. En ambos sentidos se utiliza desde el siglo XIV. En cuanto a su etimología, proviene del latín *monstrum* = monstruo; así se llamó en castellano hasta entrado el siglo XVII, en que César Oudin lo recoge bajo la forma actual en su *Tesoro de las dos lenguas francesa y española*. Juan de la Cueva, en *El infamador*, (primera mitad del siglo XVI), usa así el término:

¿Quieres, si en algo te dejó agraviado,
le corte un brazo o una pierna quiebre,
o a bofetadas le deshaga el rostro,
de suerte que la deje hecha un monstruo?

Es la forma que recoge en 1611 Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua*:

Monstruo es qualquier parto contra la regla y orden natural, como nacer el hombre con dos cabeças, quatro braços y quatro piernas; como aconteció en el condado de Urgel, en un lugar dicho Cerbera el año 1343, que nació un niño con dos cabeças y quatro pies; los padres y los demás que estaban presentes a su nacimiento, pensando supersticiosamente pronosticar algún gran mal y que con su muerte se evitaría, le enterraron vivo. Sus padres fueron castigados como parricidas, y los demás con ellos. He querido traer sólo este exemplo por ser auténtico (...) Y Herodoto, en el libro 7 de sus Historias, cuenta que quando el ejército de Xerxes pasó a Europa, parió una yegua de las que en él iban una liebre, y por ser la yegua animal belicoso, y la liebre tímido y cobarde, fue pronóstico del vencimiento y huyda de un tan grande ejército.

Hoy el término ha perdido fiereza, y se toma en sentido de "prodigio y maravilla", que también tuvo antaño. Así, en el lenguaje familiar decimos que fulanito o menganito son unos monstruos "que han aprobado la oposición, o encontrado trabajo", cosas peliagudas, dignas de mención, o de ser mostradas.

Morcón.

Persona gruesa y pequeña, como el bamboche, de aspecto sucio, desaseado, dejado y flojo, que se asemeja al embutido a que se alude: especie de morcilla con pringue que chorrea. En el antiguo reino de Murcia también se tilda a este morcón, de "morcillón, o morcillas". Es descriptivo despectivo, más hiriente que insultante, ya que no se predica de quien no reúne las condiciones para hacer verosímil la atribución.

Morlaco.

Individuo resabiado que finge ignorancia; sujeto disimulado, que se hace el tonto. Es término tomado del italiano, lengua en la que significa "hombre rústico, patán". Deriva en última instancia de "habitante de Morlaquia", comarca eslava de las montañas dálmatas, donde los hombres tienen esa reputación. Quevedo, en una de sus jácaras, emplea así el término, (primer tercio del siglo XVII):

No muy chico dijo Andrés
que aquí no somos morlacos;
entre bobos anda el juego,
no sino huevos asados.

Y el autor y homónimo de su obra, Estebanillo González, la emplea así: "Regalábase mi amo a costa ajena; que es gran cosa comer de mogollón y raspar a lo morlaco..." ...es decir: haciéndose el tonto, como quien no quiere la cosa, de *bobilis bobilis*, sin que nadie lo advierta. Así actúa el morlaco, que podría alistarse perfectamente en el batallón de los tontos fingidos.

Moro.

En su acepción principal: individuo natural del Norte de África, donde estuvo antiguamente la Mauritania. Es voz de etimología latina, del término *maurus*. En sentido ligeramente peyorativo de marido en extremo celoso cuyo ideal o lema es "la mujer, la pierna quebrada y en casa", es de uso relativamente reciente, posiblemente de origen literariomusical: de la ópera de Verdi, *Otelo*, estrenada en 1887, que a su vez recoge el drama de William Shakespeare, de los primeros lustros del siglo XVII. Estas obras, pasadas por el tamiz y conciencia romántica, convirtieron al personaje protagonista, negro de tez, en moro celoso. De hecho, "marido posesivo, español y moro" han sido voces sinónimas de machista, cuyo valor semántico conserva aún hoy.

Moromurcio.

También "moromusa". Persona bruta e insociable; compuesto de "moro", en el sentido popular de desconfiado y celoso, y de la voz de germanía "murcio", ladrón, ratero a pequeña escala, del verbo "murciar", de donde también se dijo murciano, pero sin aludir a los naturales del hermoso y antiguo reino de Murcia. Digamos aquí que a esta voz se debe la confusión del legendario cartel que algunos dicen haber sido expuesto en la Puerta de Alcalá de Madrid, donde según la creencia se leía: "Prohibida la entrada a gitanos, murcianos y gente de mal vivir"; pues bien, los murcianos a que se alude son los ladrones y rateros en general, y no los naturales de aquella región levantina.

Morral.

Como sustantivo, procede de la voz "morra": parte superior de la cabeza. El término "morral" alude al talego o saquillo con pienso que cuelga de la cabeza de las bestias para que éstas coman mientras caminan o trabajan. Llamárselo a alguien, mediante sinécdoque, es tanto como tacharle de bestia que come de él. En forma adjetiva, se dice del hombre zote, necio y grosero. Como tal insulto o voz ofensiva aparece por primera vez recogido en el *Diccionario de Autoridades*, hacia el primer tercio del siglo XVIII.

Morro (tener mucho o poco).

Equivale a morrudo u hocicudo, de bezo colgante. Como el lector sabe, el morro es el saliente que forman los labios abultados y gruesos. Tenerlo exageradamente grande es tanto como ser bestia, y mientras más grande sea, más bestia se es. Si es tan grande que su poseedor se lo pisa al andar, el grado de brutalidad o bestialidad es superlativo. Parece que la voz es resultado de evolución compleja. En principio podría proceder del neogriego *moure* = cara; sin embargo, también el alemán dialectal utiliza la voz *murre* = semblante malhumorado, o término despectivo para aludir a la boca abultada o ajetada. En las lenguas provenzales, como la de Oc, *morre* equivale a hocico, y como "morro", era frecuente ya a partir del siglo XII. También en el genovés *müro* = jeta del puerco, aunque también puede ser la cara del hombre cuando es excesivamente grande; mientras que en dialecto sardo decir morro es tanto como decir hocico. Como se ve, el campo semántico del término es siempre negativo, en el sentido de que evoca el ámbito animal, y sirve para expresar grados de bestialidad. Amén de lo expuesto, no existe en nuestro castellano rastro o evidencia lingüística de usos similares a los apuntados. Como sustantivo en función adjetiva e intención ofensiva, es expresión de uso relativamente reciente, limitado en su empleo al lenguaje familiar o callejero entre adolescentes y gente joven. Substituye a "cara dura", a "tener mucha cara", a poseer excesiva manga ancha. Es asimismo intercambiable con "jeta", "ser un jeta", "tener mucha jeta"*.

Mosca.

Sebastián de Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua* (1611), dice lo siguiente al respecto de este sustantivo en uso adjetivo: "Al hombre que es pegajoso, que no le podemos echar de nosotros, solemos llamar mosca". Sujeto pesado, molesto e importuno; persona impertinente y pelmaza, llamada así por el zumbido que hace este insecto pasando y repasando junto a las personas sin que éstas sean capaces de librarse de su incordio y pesadumbre. El poeta José de Espronceda (primera mitad del siglo XIX), usa así el término:

No soy yo
mosca nunca; en mi vida
la he estorbado para nada...

Mosca cojonera.

Sujeto insufrible que en su pertinaz insistencia en salir adelante con su propósito da el coñazo, incordia y revuelve Roma con Santiago, causando desazón, molestia e inquietud en quien lo padece y aguanta.

Moscamuerta, mosquitamuerta, matalascallando.

Persona de ánimo aparentemente apocado y genio apagado que, no obstante lo apacible de su disposición y mansedumbre de su carácter trama a espaldas de todos, conspira y maquina a fin de hacer prosperar su causa y beneficio, sin importarle urdir acechanzas; sujeto hipócrita que finge hasta el final, siendo descubierto cuando ya es tarde para su víctima; matalascallando. Es calificativo con solera en la tradición hispánica. Mateo Alemán, en su *Guzmán de Alfarache*, (1599), escribe: "¿...Sois vos el que me alababan; la mosca muerta, el que hacía del fiel, del que yo fiaba mi hacienda...?".

Y Quevedo, algunas décadas después, usa el término de esta manera:

Andaba de mosca muerta,
aturdido de facciones,
con sotanilla y manteo,
el carduzador Onofre.

Moscardón.

Hombre impertinente y no desprovisto de picardía, que molesta de forma machacona y pesada. Agustín Moreto, en una de sus comedias de enredo, hace este uso del término:

-¿Qué es esto? ¿Ya despachados
no quedan los moscardones?
Siempre son los pobretones
soberbios y porfiados.

Dos siglos más tarde, Bretón equipara al moscardón con el moscón y el moscatel que revolotean en torno a las casadas para convertirse en sus galanes:

Hay marido tan idiota
que no sabrá lo que vale
su mujer mientras no vea
en torno de ella un enjambre
de moscardones que le hagan
rabiarse de celos aparte.

Moscatel.

Hombre pesado e importuno con las mujeres que corteja o pretende cortejar. Lope de Vega, que de lances de amor entendía más que nadie, y también de celos y amoríos apasionados, utiliza mucho el término, casi siempre en boca de damas:

Busque un nuevo moscatel
a quien con celos engañe;
que ya a mí no hay qué me dañe,
si no es la lástima dél.

Moscón.

Sujeto importuno, pesado y pelmazo que da constantemente la lata con el mismo tema, y termina saliéndose con la suya y lograr lo que persigue, murmurando sin cesar entre dientes aquello que sabe que va a molestar a quien lo escucha; individuo que con terquedad y astucia consigue lo que se propone, fingiendo a menudo ignorancia, o haciéndose el tonto. El poeta romántico José Espronceda, pone en boca de cierta damisela, en la primera mitad del siglo XIX, las siguientes palabras dirigidas a un galanteador pesado que de repente se queda mudo:

Mocito, ¿usted ha perdido
el habla? ¡Vaya moscón!

El moscón era el terror de las damas madrileñas de finales del XVIII y principios del XIX. Juan Eugenio Hartzenbusch emplea así el término, en el siguiente diálogo entre una joven y su amiga:

-¿Viene mi ama con él?
-¡Si tal. -¡Maldito moscón!,
aguardaré a que la deje
sola...

Es voz caída en desuso, aunque se oye todavía en el ámbito huertano del campo de Murcia y zonas limítrofes con aquel antiguo reino.

Mostrenco.

En sentido figurado se dijo del hombre que carece de casa, oficio, señor o asiento alguno; y por extensión, se llamó, y aún hoy se llama así, al simple que carece de amo. El mostrenco tiene notas connotativas de individuo grueso, pesado, ignorante y tardo en el discurso, que requiere mucho tiempo para recoger sus ideas. Pero la primera acepción del término alude a la res perdida cuyo dueño se desconoce, y que si no apareciere antes de transcurrido un año de haber sido pregonada, pasa a la hacienda del rey, de los conventos, comendadores o personas que tuvieren privilegio de tal naturaleza. El encargado de tales pregones era el mostrenquero, documentado a finales del siglo XIII. De ese uso y costumbre derivan las voces "mestengo, mesteño o mestenco" = cosa perteneciente a la Mesta. Por influjo

del latín *monstrare*, se dijo "mostrenco". En *La Celestina*, de Fernando de Rojas (1499), "hacerse mostrenco" significa "hacerse vagabundo".

Motolito.

Persona a la que se engaña fácilmente por ser poco avisada y falta de experiencia. Es sinónimo de tonto. Sin embargo, dada la existencia de la expresión "vivir de motolito" = mantenerse de mogollón o a expensas de la hacienda ajena, hace de este personaje un tonto fingido (véase "tontos fingidos"). Era voz muy usada en los siglos XVII y XVIII. La recogen tanto el *Diccionario de Autoridades* (1729), como el de la Academia de finales de aquel siglo. El autor de *La pícaro Justina*, Francisco López de Ubeda, (1605) recoge así el término: "Esta era la pieza que él hacía asomadiza a las pollas, que es treta de motolitos y feos mostrar el vellocino de oro para que les tengan amor".

Muermo.

Persona aburrida, repugnante y deprimente, amén de pesada y coñazo. Se emplea en sentido figurado, por extensión de la acepción principal del término: enfermedad de las caballerías y bestias en general, transmisible a los hombres, uno de cuyos efectos es la respiración difícil y entrecortada, los ronquidos y ruidos guturales hechos al hablar, de modo que resulta insufrible estar junto a ellos, tanto por el rezongar continuo como por el moqueo asqueroso constante.

Muerto.

Persona de carácter apagado, fúnebre y desvaído que con su sola presencia colma de aburrimiento y pesadez el ambiente. Individuo cargante y plomo; sujeto insoportable por su capacidad para aburrir. La expresión "quedar uno con el muerto" tuvo originariamente que ver con este tipo de cadáveres metafóricos, más que con los reales, y significó "tener que aguantar uno la presencia insulsa y deprimente de alguien". De ese significado se pasó al actual de "cargar con la culpa", o el moderno de "comerse uno el marrón".

Muñeco.

Joven afeminado e insubstancial; se dice también de la persona de escasa valía que pretende cosas por encima de sus posibilidades; donnadie; que no tiene dignidad y merece desprecio. Es término frecuente a principios del siglo XIX, y muy del gusto de sainetistas, periodistas y comediógrafos. El personaje que se firmaba *El Soldado Píndaro* escribe: "...Voto al Sol que estos ninfos muñecos de la Corte piensan que en viendo a un hombre con un gabán pardo, no hay más de hermanear y echar un vos redondo".

Y Bretón, en una de sus comedias de sabor costumbrista, utiliza así el término:

Para que otro muñeco
no venga a hacer cucamonas
a mi hija, en un convento

la tendré mientras celebra
sus desposorios...

En su acepción principal es voz de finales del siglo XV En sentido figurado, su uso es posterior. Hoy es término muy despectivo y humillante en el ámbito de la chulería nocturna, y entre matones, ambientes en los que hemos escuchado el término acompañado de "comemierda", con el valor de sujeto sin dignidad ni hombría; mamarracho. Últimamente hemos podido escuchar su empleo en contextos políticos subidos de tono; así, quien fuera figura importante del socialismo, García Damborenea, se expresa al respecto de otro socialista de pro, el valenciano Ciscar: "...es un muñeco de ventrílocuo que tienen los socialistas para decir tonterías...".

Nazareno.

Eccehomo, persona que por su ingenuidad y buena fe recibe siempre las bofetadas. En el extremo opuesto de la semántica, se denomina también así al estafador hoy muy en boga por protagonizar el timo de su nombre, consistente en comprar con letras aplazadas mercancía que vende o malbarata sin satisfacer su pago; estafador.

Necio, necezuelo.

Persona falta de razón, terca y porfiada en cuanto hace o dice, a sabiendas de que todos lo tienen por descabellado. En las *Coplas del Provincial*, (segunda mitad del siglo XV), se usa así el término:

Decidme, doña Lucrecia,
en el nombre, y no en la fama,
¿a cómo vale el ser necia
y fingir mucho de dama?

Y entrado el XVI, Juan de la Cueva, en *El infamador*, ofrece esta visión crítica:

¡Necio! píntame agora un caballero
que sea pobre, y ponlo en competencia
con un rico de oscura descendencia,
verás a cuál se inclina la victoria,
y entenderás cuál vive en la memoria:
el noble pobre o el villano rico.

Aludiendo a estos individuos, Lope de Vega escribe en *La Dorotea*:

De quantas cosas me cansan
fácilmente me definiendo,
pero no puedo guardarme
de los peligros de un necio.

El necio dió mucho de sí tanto para el teatro como para la novela, estando los siglos de oro repletos de sus necesidades. Esteban de Garibay, en sus *Cuentos*, relata este chascarrillo:

Un padre tenía un hijo necio, y queriéndole desposar encomendóle mucho que no hablase, porque no entendiesen que era necio. Y estando todos sentados a la mesa, los parientes de la novia dijeron que parecía, el desposado, necio (...), y oyéndolo el desposado dijo a su padre: "Señor, bien puedo ya hablar, que me han conocido".

Gonzalo Correas, en su *Vocabulario de refranes*, (principios del siglo XVII), incluye el siguiente texto: "Con necios y porfiados labro yo los mis tejados". "Dícenlo abogados y ministros por lo que se aprovechan del gasto de pleiteantes".

Francisco López de Ubeda, en *La Pícara Justina* (1605), hace decir a la protagonista: "Con los discretos hablo bien, y con los necios hablo en necio para que me entiendan"; y Agustín de Rojas Villandrando, en *El Viaje entretenido*, utiliza así el término:

¡Ay gran máquina del mundo!
 ¡Ay, licencioso tiempo...
 Con qué ligereza pasas,
 y cuán veloz es tu vuelo...!
 ¡Cómo encumbras al humilde,
 y humillas al altanero...!
 Mas..., ¿cómo es posible, tiempo,
 que olvides discretos pobres
 y quieras a ricos necios?
 ¡Ay, silencio de mi alma, q
 uédese aquesto en silencio!

El necio no es tonto. Se trata de un ignorante vocacional, que no ha llegado a aprender lo que podía. En castellano, esta palabra, de la voz latina *nescius*, remonta su uso a los primeros autores de nuestra literatura en el sentido que hoy tiene: ignorante e imprudente, no desprovisto de atrevimiento. Su ignorancia es culpable y mayor aún su osadía y temeridad, de ahí que se dijera: "Al hombre discreto se le convence con razones; al necio a palos y mojicones".

Cervantes escribe en *El licenciado Vidriera*: "Entendió el marido de la ropera la malicia del dicho, y díjole: "Hermano licenciado Vidriera, (que así decía él que se llamaba), más tenéis de bellaco que de loco". "No se me da un ardite, respondió él, como no tenga nada de necio".

Nerón.

Sujeto de gran crueldad, ruín y taimado. En un uso moderno y caprichoso del término, se alude con el nombre del personaje clásico al tacaño insolidario que chupa de los demás cuando no tiene, y no deja que los demás chupen de él cuando tiene; es uso forzado por la rima del siguiente ripio:

¡Fumemos, dijo Nerón,
 y fumaba sólo el cabrón...!

Gorrón que cuando acontece tener tabaco o cualquier otra golosina, después de haber estado fumando o bebiendo a costa de los demás, saca el paquete o pide una caña sin invitar a nadie. Es dicho achulado y gracioso, por lo inesperado del desenlace y lo chusco de la situación anacrónica que crea.

Ninchi.

En ámbitos achulados, entre personas que conocen el argot de los bajos fondos, equivale a punto filipino; pájaro de cuentas; sujeto informal y carente de sentido común; mequetrefe que a pesar de ser un mierda puede hacer daño. Parece que procede del caló, lengua en la que significa "chico, muchacho", no

entendiéndose lo negativo de su semántica a partir de un sustantivo poco sospechoso de tan extremas maldades.

Niñato.

Despectivamente se dice del joven de buena familia; niño pera. El sufijo en "-ato", aplicado a persona, es ofensivo, por ir asociado a las desinencias de esta naturaleza propias de animales: lobato, jabato, ballenato, lebrato, cervato, etc. Téngase en cuenta que la acepción que de la voz "niñato" recoge el DRAE alude al "becerrillo que se halla en el vientre de la vaca cuando la matan".

Nota.

Persona que llama la atención a pesar de que pretende lo contrario; mirón, vigilante, espía chapuzas, membrillo. En la expresión "caer en nota", significa darla, escandalizar, ponerse uno en ridículo. En el siglo XVI, "nota" era igualmente término de ofensa e insulto grave, ya que significaba infamia en alguna persona que era señalada y notada por ello, de donde vino el nombre. Su uso peyorativo deriva del que tuvo como sustantivo en el siglo XV. Juan del Encina, en su *Cancionero* hace el siguiente uso, aunque utilizado el término a la moda del sayagüés, con palatalización inicial en "ñ", y significado de "reparo, censura, crítica desfavorable":

¡Bien me plaze dessa ñota,
hideputas rabadanes!
Ladran detrás de los canes
y no saben una jota.

Covarrubias (1611) da al término el valor semántico de "infamia en alguna persona". Hoy se ha perdido el antiguo sentido, y tildamos así a quien sin tener de qué presumir o lucirse, lo intenta, haciendo el ridículo; también se escucha en contextos orales en los que equivale a "listo" *.

Novato.

Novicio, nuevo, neófito o principiante en un trabajo, oficio, o cualquier otra cosa. Suárez de Figueroa, en *El Pasajero*, curiosa obra donde describe las costumbres de su tiempo -el siglo XVII-, usa así el término: "Había comunicado con otros mozuelos el estilo que se tenía en aquella universidad, no sólo con los novatos, sino con los provecos".

Y coetáneamente, Quevedo, escribe estos versos:

Enseñaré a las novatas
recetas de tal primor
que hará Marqueses del Gasto
los Condes de Peñaflo.

Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua* (1611), da al término uno de los valores semánticos que ha tenido desde entonces: "Nevos llaman en las universidades a los estudiantes novicios de aquel año, por otro nombre novatos".

Novillo.

Individuo a quien su mujer o novia pone los cuernos. Es término que, como todo lo relacionado con esta circunstancia social, tiene uso antiguo en castellano. El madrileño Francisco de Quevedo muy amigo de emplear esta familia de insultos, le saca el siguiente partido:

De su novio hará novillo,
y así con él arará;
lo que siembra cogerá
con algún primo carnal.

Y su oponente literario y personal enemigo, el cordobés Luis de Góngora, ve así al sujeto en cuestión, traicionado por su mujer:

No vayas, Gil, al sotillo,
que yo sé
quien novio al sotillo fue
que volvió hecho novillo.

Ñajo.

Sujeto muy pequeño, a pesar de lo cual se muestra pendenciero y matón. Es término despectivo, de significado afín al de la expresión "ser alguien como el enano de la venta"*. Como en el caso de "ñarra", suele formar compuesto con la voz "peque", abreviado de pequeño, duplicando así su capacidad despectiva.

Ñarra.

Enano, ñajo. Es voz despectiva que suele ir unida, formando compuesto, con "peque", abreviado de "pequeño", resultando el término "pequeñarro, -a", es decir, individuo muy pequeño, casi diminuto.

Ñiquiñaque.

Persona o cosa muy despreciable. De ñaque = conjunto de cosas inútiles. Se dice a la persona a la que se quiere mostrar desprecio. Dice Corominas que es palabra inventada, sin significado alguno, usada por el vulgo para el fin que hemos dicho. Pero debe ser derivada de "ñaque", palabra que connota negativamente a la persona o cosa a que se aplica.

Ñoño.

Persona muy apocada y remilgada, que se queja y asusta por cualquier pequeña cosa. Es voz de creación expresiva, como casi todas en las que interviene la aliteración o repetición de sonidos. Su significado primero parece haber sido el de "caduco, débil, en decadencia", del término latino para abuelo o viejo decrepito: *nonnus*. El *Diccionario de Autoridades* recoge el término con el siguiente valor significativo: "caduco o chocho: dicese de los viejos (...) vuelto a la edad de los niños, por corrupción de esta voz". El DRAE, en su edición de 1884, concreta así el término: "Dícese de la persona sumamente apocada o delicada, quejumbrosa y asustadiza..." a cuya definición añade después la siguiente nota semántica: "...y de corto ingenio". Leandro Fernández de Moratín utiliza en este sentido el término: "...porque en él pintó con excelencia un viejecillo tan pusilánime, inepto encogido, frío, memo y ñoño como el autor le imaginó".

Y Bretón de los Herreros aplica los siguientes epítetos a una señora muy anciana. "¡...la Petronila, tan fatua, tan ñoña....!".

Ñorda.

Palabra gruesa con la que se tacha a alguien de "tío mierda". M.J. Llorens la da como término propio del caló, en su *Diccionario Gitano*.

Ñordija.

Término muy grosero dirigido a mujeres, con el valor semántico de "tía mierda". Es el femenino de "ñorda".

O

gro.

Gigante mitológico que se alimentaba de carne humana. Es voz procedente del latín *orcus*, voz con que se denominaba al dios de los infiernos, Plutón. En castellano se dijo antaño "huerco"; el Arcipreste de Hita, en su *Libro del Buen Amor* (primer tercio del siglo XIV) utiliza ya el término, y dos siglos después, Sebastián de Horozco lo

emplea así:

En el hombre necio y terco
 nadie ffe ni se enhote:
 huya dél como del güerco,
 porque de rabo de puerco
 nunca sale buen virote.

Pero el castellano "ogro" actual pudo derivar directamente de la voz francesa *ogre*, muy en uso en el siglo XVI con el significado de "devorador de niños". Terreros recoge el término en su *Diccionario*, redactado a mediados del siglo XVIII. Por derivación del sentido: individuo de aspecto brutal, que impone por su apariencia descomunal e intimidadora; también sujeto perverso, capaz de cualquier ruindad e ignominia, a modo de bestia parda.

Onagro.

Asno salvaje. Es variante del empleo ofensivo o humillante de voces como "burro, asno, jumento, pollino", y del resto de los solípedos, en cuya substitución se usa por cansancio de las mencionadas voces, para denotar originalidad en medios cultos. Como insulto es de uso reciente.

Orate.

Loco, inconstante, desequilibrado; persona de poco juicio, moderación y prudencia. Algunos han defendido una etimología griega para este término: la voz *oratóes*: visionario; más razonable es pensar que proceda de la voz valenciana *orató*: persona a quien ha dado un aire o "aura malsana" tornándola loca. La primera documentación en castellano aparece en Zaragoza, donde en 1425 se fundó una "casa de orates", u hospital para estos enfermos. Es voz de uso general en los siglos de oro, y muy usada en la escena. El toledano Francisco de Rojas emplea el término, que pone en boca de una desconcertada dama:

Ayer un amante orate
 mi mano alabó por bella,
 pero a cada dedo della
 le dijo su disparate.

Y Tirso de Molina, coetáneamente, llama a la Corte, su Madrid natal, "Casa de orates", en una conocida comedia suya.

Ordinario.

Individuo vulgar y chabacano, de poca estimación y calidad; persona plebeya o de ruin condición, que carece de educación y se comporta groseramente, sin importarle la bajeza con la que se conduce por la vida. El dramaturgo Antonio Mira de Amescua, en su comedia *Galán, valiente y discreto*, (primer tercio del s. XVII), utiliza así el término:

Un enfermo deliraba
y grande rey se fingía,
imperios y monarquía
en su locura gozaba.
Sanó, y alegre no andaba,
diciendo:...Gracias no doy
a quien me da salud hoy,
pues era rey soberano,
enfermo, y estando sano
un hombre ordinario soy.

Su matiz peyorativo pudo derivar de haberse llamado así al arriero o carretero que habitualmente conducía personas o mercancía de un lugar a otro, sujeto rudo, blasfemo y vulgar, especie de camionero de los siglos pasados.

Oveja negra (ser la).

Llamamos así a quien difiere desfavorable o negativamente del resto de los componentes de una familia o grupo. El origen de este sintagma adjetivo parte de la confusión entre la palabra originaria, "arveja", y la hembra del carnero. La proximidad fonética entre los sonidos iniciales del término condujo a la errónea interpretación de un vocablo por otro, sobre todo cuando el término "arveja" empezó a caer en desuso, asimilándose en la mente del hablante con el de "oveja", más conocido y cercano a la experiencia rural. La arveja es voz que designa tanto al guisante como a la almorta. Ser la "almorta o arveja" negra es tanto como ser el garbanzo negro. Todo ello circunscrito semánticamente a las prácticas seguidas para decidir o votar premios y castigos, en cabildos y conventos. A fin de calificar a alguien, tanto moral como académicamente, los individuos con derecho a voto introducían en una bolsa negra un garbanzo, o una arveja; si la resolución era positiva, hacia el premio o hacia el "sí", la legumbre en cuestión era de color blanco; si se consideraba negativamente el asunto o persona, se introducía la arveja o garbanzo negro. Ser la arveja negra era tanto como distinguirse desfavorablemente. Hasta el siglo XVII se siguió en conventos, cabildos y congregaciones la costumbre de introducir en un tazón un haba, garbanzo o arveja negra entre el resto, que eran blancas. Quien sacaba la negra, pechaba, pagaba o se hacía cargo de la situación. Esta costumbre dio también origen a la frase "tocarle a alguien la negra, o tener la negra", o ser la oveja (arveja) negra.

Pájaro, pajarraco.

Persona disimulada y astuta; hombre cauteloso y taimado, de turbios manejos y poco fiar. Como calificativo insultante u ofensivo se utiliza desde antiguo: "pájaro de mal agüero". Con ese valor semántico lo emplea Damián Cornejo, escritor de mediados del siglo XVII: "Quien entre tantas luces mendigase tinieblas, o tendrá la vista enfermiza y achacosa, o se precia de pájaro de mal agüero".

A veces forma frase en unión con otras palabras, en cuyo caso se diluye su significado, se toma ambiguo, y no se sabe si el pájaro en cuestión es de fiar, o no, como sucede con el sintagma "pájaro de cuentas, pájaro viejo, pájaro solitario", etc. En su terminación del femenino, "pájara, pájara pinta, pajarraca", equivale a mujer pública, o ramera.

Paleta.

Zafio, capaz de desenvolverse bien sólo en el medio rural, debido a sus modales rústicos; sujeto sin pulir ni desbastar. Es de etimología latina, de *pala* = azada, por utilizarla las gentes del campo; también pudo provenir de la voz latina *palla* = capa que vestía el rústico para defenderse de la inclemencia del tiempo, a la que estaba siempre expuesto; en este caso, sería uso metonímico del término. Corominas escribe a este mismo respecto: "Paleta, "gamo" (por sus astas anchas), y de ahí "rústico, zafio"". Mal parecen avenirse gamos con cuernos anchos, con paletos o gente del campo.

Paliza.

Persona importuna y muy pesada; coñazo. Es voz actual que describe la situación en que queda alguien tras haber soportado la tabarra de un latoso persistente, que se ha ocupado a fondo en el ejercicio de su arte.

Palurdo.

Tosco, rústico, grosero. Es probable su relación con la voz francesa *balourd*, con el valor de "torpe, lerdo". Se documenta ya en el *Diccionario de Autoridades*, (primeras décadas del XVIII). Ramón de la Cruz utiliza el término a finales del mismo siglo como sinónimo de aldeano tosco, o paleta. Juan Valera, en el siglo XIX, lo emplea en el siguiente contexto, refiriéndose a *Pepita Jiménez*: "¿Cómo, pues, ha de entregar su corazón a los palurdos que la han pretendido hasta ahora...?".

Pamplina (-as).

De su acepción principal: planta que se utilizó como comida para canarios y aves canoras enjauladas, derivó el calificativo de persona o cosa insignificante y de poca entidad y fundamento; sujeto amigo de cuentos chinos, de recados tontos, que actúa como correveidile. De las cosas sin fuste y descabelladas, o de escasísimo interés se dice que son pamplinas, nombre que también se da a quien se ocupa de ellas y de su difusión y conocimiento.

Panarra.

Hombre muy simple, mentecato; persona que se abandona, floja de carácter. Es una especie de Juan Lanas, carente de voluntad. Ramón de la Cruz lo ve así, en uno de sus sainetes más celebrados:

El pobre es un panarra
que sí le pido cuarenta
doblones también los larga.

No sabe decir "no", por lo que todos, con su mujer a la cabeza, se le suben a las barbas y le dan sopas con honda.

Pánfilo.

Buenazo un tanto tontorrón, que se pasa en el ejercicio de la bondad. Covarrubias, bajo la voz *pámphilo*, escribe en su *Tesoro de la lengua*, hacia 1611: "(...) Comúnmente llamamos Pánfilo un moço de buen talle pero pasmado y que sabe poco".

Individuo desidioso, de escasos reflejos, tardo en reaccionar y en decidirse, lento, pausado, bobo. Es antropónimo de origen griego, cuyo significado, "amigo de todos", ha podido originar la acepción que aquí tratamos.

Panoli.

Se dice de la persona que muestra excesiva candidez en el trato con los demás, pecando de confiado. Panoli equivale a tonto en muchos contextos, pero quitándole hierro al calificativo, ya que se trata de persona simple, de escasa voluntad y nula iniciativa, y de pocos recursos materiales y espirituales. En cuanto a su etimología, procede del sintagma valenciano *pa amb oli* = pan con aceite, comida antaño muy popular en España para merienda de niños y gente pobre, como soldados y estudiantes. En el Reino de Valencia, así como en el Condado de Cataluña, y buena parte de la Corona de Aragón, decir de alguien que es un *pa amb oli*, es tanto como enmarcarle entre las clases menesterosas y más indefensas.

Papanatas, papamoscas.

Decimos que lo es el individuo cándido y crédulo en exceso, que presta atención y valora sin crítica cualquier manifestación; sujeto que apoya, cree y fomenta cosas en extremo novedosas llevado por cierto interés y preocupación en aparecer como persona que está al tanto de la última moda y de lo que se lleva. Nadie como él hace el ridículo, si quien lo observa pone alguna atención. En cuanto a su morfología, la palabra es un compuesto. Su primera mitad, "papa", del verbo "papar", alude al hecho de comer y tragar cosas blandas, sin masticar: da crédito a cualquier asunto sin haberlo sometido a crítica, o sin habérselo pensado dos veces, sin masticarlo ni digerirlo adecuadamente. En cuanto a la segunda parte del vocablo, "nata", alude a la crema de la leche, que se ingiere con facilidad. Habría un cruce semántico entre crema de los lácteos -alimento prestigiado-, y crema de las cosas -ser algo lo mejor de su especie-. El papanatas valora sobremanera todo cuanto se le presenta como novedad y progreso, sin pasarlo por el tamiz de su propio criterio. Es espécimen emparentado con el *snob*, aunque éste es menos burdo; y con el papamoscas, persona impresionable, muy fácil de engañar, no ya por su escasa capacidad de pensamiento,

sino por su holgazanería: el papamoscas es tan vago que no se molesta en cerrar la boca para evitar que por ella se paseen estos dípteros.

Páparo.

Paparote. Hombre simple e ignorante que se pasma ante la más nimia cosa. Se utilizaba a principios del siglo XVII con el significado que hoy damos al término "papanatas". Tirso de Molina pone esto en boca de un criado:

(...) Al páparo, ¿quién le mete
en si yo soy alcahuete,
o no...?

Y en el XIX, Bretón sigue dando al vocablo el mismo valor semántico:

-Deja ilusiones ridículas,
por Belcebú.
¿Quién cree eso sino un páparo
cual eres tú...?

Paparote, papirote.

Tonto el uno y bobalicón el otro. Alternan con la voz "tonto". (Véase "tonto de Capirote"). Es aumentativo de páparo: aldeano simple que entrando en la ciudad se queda maravillado, abobado y pasmado de cuanto ve y encuentra. Al paparote boquiabierto se le solía dar un golpe bajo el papo, o sopapo, con lo que se buscaba cerrarle la boca. Ese golpe recibía el nombre de papirote, de donde, confundiéndose ambos términos, vinieron a convertirse en sinónimos intercambiables.

Papatoste, papahuevos.

Es miembro de la extensa familia de papanatas, papahuevos y papamoscas. Como ellos, es un alma cándida, que se pasa de blando, como el papandujo. Es término compuesto, siendo el segundo de los que integran el vocablo el que decide en cuanto a la significación del mismo. En este caso, "tueste o toste" son fritura de vianda, generalmente chorizo, de uso extendido en el principado de Asturias, de donde se fue extendiendo por el antiguo reino de León. El papatoste es un necio bonachón cuyo destino es comer y escuchar, y como dice el gracioso: "en ambos casos por un sitio le entra y por el otro le sale..." Del papahuevos podría decirse otro tanto: son primos hermanos.

Paquete.

Petimetre; individuo que cuida demasiado de su imagen, siguiendo como un esclavo los dictados de la moda. Ir hecho un paquete es ir hecho un figurín, o a la última. El término deriva de *paquet* = paca o

fardo pequeño muy bien envuelto, de donde pudo decirse lo de ser alguien un paquete: individuo atildado muy enfajado y presentado. Hay otra explicación de su etimología. De hecho, el término se recoge en el *Diccionario de Voces Gaditanas*, publicado en Cádiz (segunda mitad del XIX), donde se afirma que originó por la costumbre de cierto caballero local, muy elegante, de acudir al puerto cuando empezaron a llegar los "paquetes o paquebotes" de vapor ingleses, de tránsito de Gibraltar, diciendo para ponderar lo refinado y especial de su atuendo y vestuario que él recibía todas las cosas "por el paquete". El paquete es el paquebote, del inglés *packboat*. Bretón de los Herreros, coetáneo del término, le da ese sentido:

Ni a una dama
se le ha de hablar del Mogol,
de la guerra de los rusos,
de si vino el paquebot
de la Habana, de...: a las bellas
se las ha de hablar de amor.

La etimología popular confundió el paquete o paquebote, barco de pasajeros y correo, con el paquete sinónimo de envoltorio. El caballero elegante esperaba el "paquete", tanto al barco como al envoltorio, pues ambos venían juntos.

Pardillo.

Simple, rústico, pueblerino. Como el pinchabombillas o pinchauvas, el pardillo es un pringao a quien se engaña con facilidad. Se califica con esta voz al ingenuo, por su carencia de capacidad de crítica, y al primo, a quien todo parece bien. Parece que la equiparación de estos individuos crédulos y simples, con el pajarillo en cuyo sentido figurado se emplea el término, se debe a que el pardillo es ave fácilmente domesticable, y que se aviene a vivir en la jaula, donde regala con sus bien templados trinos a su amo. No es ave conflictiva, y se la contenta sin problemas. Asimismo, el simple y crédulo todo lo ve bien, y a todo se hace sin dificultad, como el pardillo.

Paria.

Persona a la que se tiene por vil, excluyéndosela del trato con los demás, y de las ventajas de que goza la mayoría. Hoy llamamos "paria" con ánimo ofensivo o insultante a quien queremos humillar de manera grave, y mostrar desprecio grande. Es voz introducida en Europa por los portugueses a principios del XVII: *pariá*, adoptada de la lengua tamul, donde significa "el que toca el tambor", función considerada innoble, y relegada a los individuos de cierta casta india ínfima.

Pasmarote.

Llamamos así a quien adquiere un aspecto ridículo por haber sido presa del asombro. Por ser el suyo embobamiento o arrobo pasajero no es demasiado ofensivo tildar a alguien de pasmarote, o pasmón. Cuando el sujeto afectado de tal embeleso o pasmo no consigue desembarazarse del estado de estupefacción, sino que se queda paralizado, sin capacidad de reaccionar, como clavado en el suelo, se pasa al estado de estafermo, pues no son términos sinónimos, aunque algunos autores los homologuen y

confundan. Hartzbusch lo utiliza con corrección en el siguiente pasaje: "... y cuando llega el momento y la tal persona me sale con un reparo que no se me había ocurrido, me quedo hecho un pasmarote, encajo una necesidad y ciento en seguida".

Pasota.

Sujeto que se aparta de la cultura y forma de vida tradicional y se mantiene al margen de la sociedad; pseudo-ácrata, falso anarquista, que se refugia en el vivir marginal y aparentemente abraza ideas contrarias a la cultura vigente, de la que vive y a la que no aporta nada, viviendo como un parásito, entregado al ocio, y haciéndole guiños a las drogas y a la pequeña delincuencia.

Patán, pataco.

Aldeano, rústico, grosero, hombre zafio y tosco que no conoce modales. Antonio de Guevara, (primeros años del XVI), lo sitúa en el siguiente contexto: "Mucho me cae a mí en gracia que si uno ha estado en la corte y ahora vive en la villa o en la aldea llama a todos patacos, moñacos, groseros y mal criados...".

El término, surgido al parecer en tiempos del citado Antonio de Guevara, es un derivado de "pata". En idiomas como el italiano, el alemán o el francés, voces parecidas a "patán" tenían el valor semántico de soldado de a pie, o de infantería. Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua*, (1611) dice que el patán es "el villano que trae grandes patas y las haze mayores con el calçado tosco". Desde entonces acá ha sido término muy utilizado, en parte porque fue personaje de teatro junto al gracioso o el galán, con el que el público estaba familiarizado: especie de payaso que recibía las bofetadas y hacía el ridículo. Amén de lo dicho, se correspondía con un personaje de la vida real: el campesino emigrado a la urbe, que escogía oficios característicos de su baja condición social: carromateros, cocheros, ordinarios, azacanes. Leandro Fernández de Moratín escribe: "Y sobre todo la mugre, el ruido, la conversación ronca de carromateros y patanes que no permiten un instante de quietud".

Patibulario.

Sujeto de aspecto repulsivo que por su aviesa condición causa espanto; individuo malencarado que produce horror, recordando su aspecto a los reos que son conducidos al cadalso. Mesonero Romanos emplea así el término, mediado el siglo pasado: "...esos jovencitos alegres y bulliciosos son los que nos trasladan al lienzo los rostros patibularios, las sonrisas infernales?".

En cuanto a su etimología, deriva de la voz latina *pati* = padecer, con el sufijo propio de los diminutivos en "-ulus". Es de uso relativamente reciente: el siglo XVIII, documentándose ya el término en el *Diccionario de Autoridades*.

Patoso.

Persona necia y falta de gracia, soseras. También, individuo torpe y desmañado, especie de manazas. El diccionario oficial dio acogida al término en la segunda mitad del siglo XIX con el valor de persona que presume de aguda y chistosa, no siéndolo; individuo inhábil o desmañado. Hoy se usa mayormente para calificar a quien carece de gracia, con la agravante de que estropea cuanto toca.

Pavo, pavitonto, pavisoso.

Bobo, ingenuo; persona excesivamente crédula y bienpensada ; sujeto soso, desmañado y sin gracia. Pavitonto, necio, estúpido. Se dijo por la frase "estar en la edad del pavo", es decir: en época de merecer o de cortejo, aludiéndose a la conducta de ese animal. Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua*, (1611), tiene esto que decir al respecto de ese animal: "...Conoze su hermosura y haze alarde de sus plumas (...) quando la hembra está delante, para aficionarla más. (...) Es muy amigo de la compañía y presencia de la hembra".

En cuanto al pavisoso, es un soseras desangelado y patoso, que carece de gracia y viveza.

Payaso.

Persona poco seria, que no distingue las cosas importantes de las triviales, tomándose todo a chirigota; sujeto informal que aburre con su manía de hacer gracia, y su constante actitud histriónica. Se llamó antaño "payaso de circo", y es voz de origen italiano: *pagliaccio*. (Corominas remite a la voz "paja" como origen del término, aunque no substancia luego su insinuación, ni da explicaciones). En el Madrid de entre siglos hubo dos modalidades, ambas en el ya desaparecido *Circo Price*: los "toninos", que se limitaban a hacer un cúmulo grande de tonterías en la pista (especialidad de Tony Grice, famoso payaso de la época); y los "augustos" (por el payaso Augusto Magrini), que se dedicaban a tropezar y darse tremendas costaladas que hacían reír a los espectadores. Con la acepción descrita es voz de uso relativamente reciente. Hoy, tildar a alguien de "payaso", cuando no se inscribe en un contexto familiar o de amistad, puede ser insulto grave.

Pazpuerca, fazpuerca.

Mujer grosera, de cara sucia y aspecto desaliñado. Su etimología es clara: del sintagma "faz puerca". Cervantes,(II Parte del *Quijote*) utiliza el término en el siguiente contexto: "Mirad qué entonada va la pazpuerca".

Pécora.

Persona astuta, hipócrita y taimada, de intención aviesa. Se dice en especial de la mujer mala y viciosa. Es voz latina, tomada del nominativo del plural de *pecus*, *pecoris*: *pecora* = res o ganado lanar. Con el concurso del adjetivo "mala", significando "persona taimada" se utilizaba ya a principios del siglo XVIII, en que incorpora la palabra el *Diccionario de Autoridades*. El término tuvo un uso diferente en el XVII, también peyorativo, derivado de "pecorear" = salir los soldados a robar por su cuenta; y por extensión: vida airada, ociosa y libertina, propia de quien va de un sitio para otro sin más propósito que la diversión desarreglada. Seguramente de ese uso derive el sentido que la voz tiene hoy, de mujer excesivamente ligera, mala e innoble, entregada a la prostitución. También es probable que debamos buscar en este término la explicación que sigue exigiendo la voz "pícaro".

Pedante.

Sujeto ridículo que alardea de erudición y conocimientos que no posee en el grado que él piensa; persona afectada en el hablar, y en el uso del léxico, utilizando a menudo palabrejas cuyo significado y alcance no domina, poniéndose a menudo en evidencia. El término se documenta en el primer tercio del siglo XVI, en que lo emplea Juan de Valdés en su *Diálogo de la Lengua*, diciendo que es voz de procedencia italiana. No tenía valor peyorativo, en esa lengua, como tampoco en el siglo XVII, en que Covarrubias se limita a definirlo así, en su *Tesoro de la Lengua*, en 1611: "El maestro que enseña a los niños". En el primer cuarto de ese siglo, Lucas Gracián Dantisco, emplea así el término, en su *Galateo Español*: "Engañaban luego a cuatro pedantes; mas llegaban luego los varones sabios y leídos, y decían: esta no es la doctrina de aquellos antiguos...".

No tardó en perderse el uso antiguo de esta palabra, relegándose a calificar a la persona que se complace de manera ridícula en adoptar poses de intelectual, haciendo inoportuno y vano alarde de un saber y ciencia que no posee. Es voz con futuro, toda vez que el sujeto al que describe es espécimen social en alza.

Pedazo de, cacho.

La anteposición de este sintagma a términos humillantes u ofensivos, lejos de aminorar o disminuir su carga semántica multiplica las posibilidades del término al que se antepone: alcornoque, animal, bestia, burro, cabrón, imbécil, etc. Por lo general se utiliza en periodos exclamativos. Ramón de la Cruz, en muchos de sus más de trescientos cincuenta sainetes, utiliza a mediados del siglo XVIII el término: "¡Habrás pedazo de bestia!". Es uso extendido en casi todos los idiomas. Su porqué no está claro. Pudo haber originado del hecho de ser el término "pedazo" (parte de alguna cosa), usado por antonomasia en relación con el trozo de paño utilizado en los remiendos, o alusivo al trozo de cuero que se cosía en la suela del zapato para tapar agujeros. Estos empleos humildes y bajos contribuirían a hacer de la voz "pedazo + preposición de con valor indicativo de procedencia, origen o materia de que está hecho algo" una construcción léxica apropiada para rebajar o humillar a alguien o algo, mediante la disminución, acompañada de la connotación de desecho, desperdicio o sobras que tiene el término "pedazo", parte de algo ya no entero, roto y desechado. También se emplean otras formas léxicas, como "cacho, cachito ...", en cuyos casos o bien se quita hierro al insulto, acercándolo al ámbito de la familia o la amistad, o por el contrario se incrementa el poder despreciativo del insulto.

Pedorro, pedorrero, pedorrón.

Persona que con excesiva frecuencia y sin reparo expele las ventosidades o pedos del vientre. Se dice generalmente de los viejos incapaces de controlar ese mecanismo, o que no les importa el hacerlo. Acompañado de "viejo" equivale a "gagá"*. La carga semántica negativa del término se agrava con el aumentativo "pedorrón", y cobra toda su crudeza y matiz despectivo en su forma femenina.

Pegote, pegotero.

Persona que no se aparta de otra para comer a su costa, pegándose a ella para vivir de mogollón, llegando incluso a introducirse en casa de otro a la hora precisa de la comida o de la cena, haciéndose invitar. En ese sentido utiliza el término Quevedo, (primera mitad del siglo XVII): "Al sentarse a comer, mirará la mesa, y viéndola sin pegote, moscón ni gorra, echará la bendición".

Se dice asimismo del individuo que presume de lo que no es ni tiene, que se tira pegotes; también de quien desmerece o está fuera de lugar, de la persona o cosa que no pertenece al cuadro, notándose en seguida que se trata de algo postizo, a modo de parche.

Pejiguera.

En sentido figurado, persona quisquillosa y pijotera; sujeto o cosa que sin traernos provecho sólo ofrece molestia y dificultad. Bretón de los Herreros usa así del término, refiriéndose a alguien que no hace mas que recordarle lo que tiene que hacer, decir o recordar de continuo: "... sobre que no puedo olvidarme del canasto, ¡vaya que es pejiguera!...".

Es palabra de uso familiar, todavía en uso en el sur y sureste de España. La acepción principal del término alude a la planta llamada duraznillo, de sabor picante. Con el significado de "dificultad y embarazo", recoge el término E. de Terreros y Pando en su *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las 3 lenguas francesa, latina e italiana*, (segundo tercio del siglo XVIII), de donde lo tomó la Academia a principios del XIX para incorporarlo al diccionario oficial. Consideramos que el uso figurado del término no está suficientemente explicado por Corominas y el resto de los filólogos que han abordado el problema. Podría proceder de una derivación popular del latín *persicaria* = hierba o planta de sabor dulzón y flores inodoras que se empleó antaño como detergente para tratar y limpiar heridas superficiales, operación que se hacía con escurpulosidad tediosa, y fastidioso cuidado, tanto que cansaba y aburría a quien recibía el cuidado y a quien lo prestaba. Se dijo primero de situaciones y cosas, pasando después a describir a ciertas personas incordiantes y pesadas.

Pelafustán.

Holgazán; persona indolente y despreciable que merodea por el pueblo en busca más de beneficio que de oficio; pobre de solemnidad sin voluntad ni fuerza para salir de su miseria. Como los términos "pelagallos y pelagatos", es palabra compuesta, en este caso del verbo "pelar", y del sustantivo fustán = tela gruesa de algodón con pelo por una de sus caras. El pelafustán pasa tanto tiempo tumbado con la manta encima que llega a pelarla. Las expresiones: "andar con la manta", "no quitarse la manta", "ser un manta", están en relación con lo que decimos, cayendo de lleno en el ámbito de la holgazanería.

Pelagallos.

Individuo sin oficio ni beneficio, a quien no se le conoce domicilio fijo, ni *modus vivendi* claro; hombre de muy baja condición social, que no se ocupa de cosas honradas, ni tiene interés en vivir de manera reglada. Es palabra compuesta, aludiéndose con el segundo término, "gallos" a los dos naipes primeros que da el banquero en el juego del monte, entretenimiento en el que pasa las horas:

Otros pelagajos
que tienen ya callos,
no burléys con ellos;
mejor es dexallos...

Pelagatos.

Hombre pobre y desvalido, a menudo despreciable; sujeto de muy baja condición social, que a su pobreza une villanía. El calificativo alude al bolsón donde se guardaba antaño el dinero, llamado "gato" por hacerse con la piel de ese animal: pelar el gato era registrarlo hasta el fondo en busca de algún maravedí que pudiera haber quedado en su fondo. Bretón de los Herreros utiliza el término en el siguiente contexto:

¿Tan mal fundado juzgas el derecho
de una rica al amor de un pelagatos
que no tiene ni viña ni barbecho?

Pelanas.

Persona inútil y despreciable; pelagatos; individuo sin importancia, de condición social irrelevante; piernas. Es de probable construcción a partir de la voz "pelón, pelona": de escasos recursos, mísero, sumamente escaso, teniéndose in mente la idea de "pelado", de poco o ningún pelo. Mi padre, levantino, solía decir de quien no tenía recursos: "fulano es un pelanas por mucho que rasque o pele el forro de sus bolsillos".

Pelandusca.

Putas, ramera. El *Diccionario de Autoridades*, (primer tercio del XVIII), aventura la idea de que pudo haberse dicho porque las mozas descarriadas que andaban sueltas por plazas y calles eran peladas como castigo a su disipación. Leandro Fernández de Moratín, (finales del XVIII) utiliza así el término: "...la han heredado en vida chalanes, bodegoneros, rufianes y pelanduscas...".

Es término en declive, ya que las palabras para designar a este tipo de mujeres es siempre numeroso y cambiante, queriendo cada época tener las suyas propias. Pellejos, pellejas, pendejos, peliforras, zorras, zorriones, pendones, pécoras, putones, ramera, pelanduscas, meretrices, prostitutas, busconas, esquineras, tiradas, olisconas, pajilleras, pindongas, fulanas, lagartas y lagartonas, manflas y soldaderas, yiras y yirantas, yeguas y vacas, trotacalles, volantusas, potajeras y piltrafas..., son sólo una pequeña parte de la inventiva popular para esta profesional del amor y de las ilusiones al detalle. Hay una legión más de nombres que la imaginación ha querido relacionar con el viejo y útil oficio del amor tasado, medido, contado y despachado al por menor.

Pelele.

Persona simple e inútil, fácilmente manejable por su falta de personalidad; sujeto abúlico y sin carácter que va donde lo llevan y en todo se muestra obediente a lo que le dicen que haga. Palabra de uso tardío en castellano, de origen desconocido, aunque parece creación elemental del idioma, de formación expresiva. También pudo originar del entrecruzamiento de "lelo" con otro vocablo. No se documenta con anterioridad a los años finales del siglo XVIII. El novelista Juan Valera, en su *Pepita Jiménez*, utiliza así el término: "No es mala pécora la tal Pepita Jiménez. Con más fantasía y más humos que la infanta Micomicona, quiere hacernos olvidar que nació y vivió en la miseria hasta que se casó con aquel pelele, con aquel vejistorio, con aquel maldito usurero, y le cogió ochavos".

Peliculero.

Sujeto fantasioso y mitómano que se inventa historias y cuenta películas que nada tienen que ver con la realidad. Persona mentirosa, un tanto enredadora, pero nada peligrosa, ya que a estos individuos se les ve venir, tomándose un poco a guasa los infundios y producciones que fabrica su poderosa capacidad fabuladora, y sus fantasías.

Pellejo.

Borracho, persona ebria. Es uso figurado: de pellejo u odre donde antaño se almacenaba el vino. Cursa con pendejo, y fue antaño insulto mayor que también se dirigía a la mujer de vida airada, sobre todo a las rameras de muy baja estofa. Con ese valor utiliza el término Quevedo, en el primer tercio del siglo XVII.

Pelma, pelmazo.

Pesado y cargante, auténtico coñazo. Persona tarda y reiterativa en sus pensamientos y acciones. "Pelma" es posterior a "pelmazo". Con la acepción citada hace poco honor a su etimología grecolatina: *pegma-pegmatos* = compacto, pesado, solidificado. Su significado principal fue el de "emplasto", pues Alonso de Palencia, en su *Universal Vocabulario*, (finales del siglo XV) habla del *pilostrum* y lo traduce por "pelmazo a manera de unguento que pela desde la rays los pelos". Es término de viejo uso en castellano, ya que se encuentra en Gonzalo de Berceo y en el *Libro de Alexandre*, obras del siglo XIII. A pesar de esto, parece vislumbrarse su significado actual en el empleo que de esta voz hace (primera mitad del siglo XIV) Juan Ruiz en su *Libro de Buen Amor*:

"Alafé", diz la vieja, "desque vos veyen biuda,
sola, sin compañero, non sodes tan temida:
es la biuda, tan sola, como vaca, corrida;
por ende aquel omne vos ternié defendida:
este vos tiraríá todos esos pelmazos
de pleitos e de fuerças, de vergüeñas e plazos".

Pelmazo, aquí, equivale a "lío, enredo, inconveniente, pega y coñazo", y está referido tanto a personas como a cosas, en sentido figurado, o por extensión. Ese significado básico tiene hoy. Así, cuando tildamos a alguien de pelmazo, tenemos in mente al pesado y cargante que viene a darnos la tabarra sin que podamos evitarlo. En este sentido es de uso no anterior a finales del siglo XVIII. Ramón de la Cruz escribe: "Vamos a la tertulia y , dejemos a estos pelmazos". También lo utilizaron los autores de canciones y copleros. Heredero de este uso es el cuplé *La chula tanguista*, que hizo famoso en 1924 *La Bella Chelito* (pseudónimo de la madrileña Consuelo Portella):

¿No habéis observado lo que pasa hoy
de noche en los *soupers*?
Van cuatro pollitos que no valen na, la gracia está en los pies.

(...) Van unos abuelos a la Pompadour
que gastan bisoñé
y, aunque son más pelmas que Muley Hafid,
abillan el parné.

Pelón.

Se dice de quien no tiene medios ni caudal alguno; pobretón mísero lleno de deudas y cuitas, muy escaso de recursos; pobre de solemnidad. Se usa también en sentido figurado del verbo "pelar" en su acepción de despojar a uno de los bienes con engaño, arte o violencia; o desplumar, cuyo participio pasivo califica al jugador que lo ha perdido todo debido a la ludopatía que padece. Tirso de Molina, (primer tercio del siglo XVII) utiliza el término con el valor de persona tacaña, mezquina y avara, de escasos recursos, que se aprovecha de la gente a su servicio; así, pone en boca de un criado el siguiente parlamento:

...no gano
mas que una triste ración,
y con ella veinte reales
de salario, aún no cabales,
porque es mi dueño un pelón.

En Méjico es voz despectiva, dicha en el medio campesino al peón, al bracero, al que vive de un jornal que no le alcanza para sacar adelante la familia.

Pelota, pelotilla, pelotillero.

Adulador que se alinea siempre con quienes pueden favorecerle, sin importarle perjudicar a terceros. Baboso, y a menudo rastrero, el pelota sonríe, saluda de manera aparatosa a sus jefes y jefezuelos; es ducho en el arte de dar coba, halagos y embustes con los que ganarse la voluntad del adulado, y sus favores. Prototipo de pelota adulador fue cierto cortesano a quien Luis XIV de Francia preguntó: "¿Qué edad tenéis?", y contestó tras grandes reverencias: "Sire, la que a vuestra majestad guste que tenga...". También se dice pelota a la mujer pública, o ramera. Corominas (*Diccionario Crítico Etimológico*) deriva el término del latín *pilula* = píldora, por su forma. Nos parece que la explicación etimológica es otra, que relacionamos con la frase "estar alguien en pelota", que es estar en cueros, sin nada sobre la piel. Pelota deriva, pues, de la voz latina *pellis* = piel, de la palabra *pellita*, adjetivo latino que significa "cubierto de pieles, o hecho de pieles", como se hacían estos juguetes, las pelotas. De hecho, la voz más corriente en la Edad Media para denominarla era "pella". Juan Ruiz, en su *Libro de Buen Amor*, utiliza así el término:

Otorgóle doña Endrina de ir con ella folgar
e tomar de la su fruta e a la pella jugar.

De ahí deriva lo de "hacer pellas", hecho de no acudir al colegio el niño, yéndose al campo o a la calle. Siglo y medio antes, Gonzalo de Berceo, en los *Milagros de Nuestra Señora*, hace este uso de la palabra:

Fue pora la Gloriosa que luz más que estrella,
 movióla con grant ruego, fue ante Dios con ella;
 rogó por esta alma que traíen a pella,
 que non fuesse iudgada secund la querella.

El recuerdo de la voz latina *pellis*, de la que también deriva "pellejo", o despectivo de "piel", está siempre presente en el vocablo. Cuando Quevedo, (primer tercio del XVII) equipara las voces pelota y ramera, lo hace habiéndose perdido la conciencia etimológica, el recuerdo del origen de la voz en cuestión, y dice que se llama así a las putas porque, como la pelota, pasan de una mano en otra. Sin embargo, no era así: en los siglos XVI y XVII, y como voz de germanía, se llamaba pelota a la prostituta porque acompañaba al pelote: su chulo o rufián.

Penco.

Mujer despreciable, de ninguna estima social, que ha caído demasiado bajo; puta vieja. Es voz derivada del verbo "pencar": azotar el verdugo a un reo; cruzado a su vez, este término, con otra acepción del mismo: trabajar, apachucar con algo, cargar con alguna cosa material o moralmente. Fue insulto cruel, cuyo uso no se documenta con anterioridad a finales del XIX.

Pendanga.

Mujer de mala vida; mala hembra, infiel a todos; puta buscona, y ratera de ocasión o descuidera. Francisco Santos, en *Día y noche de Madrid*, (1666), escribe: "Haz reparo en aquel hombre macilento que está en aquel umbral de aquella puerta; era su hacienda muy florida, y por lo pericón se la han comido las pendangas deste lugar".

(Véase también "pendón, pindonga").

Pendejo, peneque.

Suele ir precedido de la voz "tío". Hombre cobarde y pusilánime, vago y amigo de chanchullos. Como el peneque, el pendejo suele ir borracho dando tumbos por las calles del pueblo, llevando tras de sí una comitiva de perros, niños y grandes lanzándole piedras o palos en medio de una lluvia de improperios. Es palabra derivada de la vieja lengua leonesa, del término peneque = tambaleante. Amén del uso descrito, es voz antigua para referirse, en una mujer, a los pelos del pubis, derivada del término latino *pectiniculus*; Francisco Delicado usa el término en este sentido, en su *Lozana Andaluza* (1528): "...vézanos a mí y a esta mi prima como nos rapemos los pendejos, que nuestros maridos los quieren así, que no quieren que parezcamos a las romanas, que jamás se lo rapan".

De este uso al de puta mediaba escaso trecho, sobre todo teniendo en cuenta la proximidad conceptual y fonética de "pellejo" en la acepción de "desperdicio, cosa residual y sin valor".

Pendón, pindonga.

Persona, generalmente una mujer, de vida licenciosa, moralmente despreciable. Con anterioridad a nuestro siglo XX se llamaba "pendón" a la mujer muy alta y desvaida, de aspecto desaliñado y sucio. En cuanto a "pindonga", es mujer callejera que se dedica a deambular de un extremo a otro de la ciudad sin propósito claro. Se utiliza como voz substituta de puta, fulana, ramera o buscona, por ser menos ofensiva al oído. Su correspondiente masculino sería el "tío pendejo". Emilia Pardo Bazán utiliza así el término: "¿Hase visto hato de pindongas? ¡No dejarán comer en paz a las personas decentes...!".

Y antes, Bretón de los Herreros, tiene este diálogo escénico:

-No soy ninguna pindonga.
-¿Quién dice tal?- Me he criado
en buenos pañales, oiga...

Penseque.

Irresponsable; improvisador excesivamente confiado; persona que se disculpa diciendo: "yo creía, yo pensé que..., esperaba...", y siempre presenta excusa tras sus equivocaciones y errores. También se dijo del necio que se lamenta por el mal éxito de sus asuntos o negocios que no ha sabido planear con anticipación, pagando *a posteriori* lo que no supo prever *a priori*. Como reza el dicho popular: "Penséque, Asneque y Burreque, todos tres son hermanos". Es personaje típico de la actitud improvisadora, de última hora, tan propia de la psicología hispana, que tiene esta copla popular antigua:

A Burreque y a Penseque
los ahorcaron en Madrid;
pero han debido dejar
muchos hijos por ahí.

Tirso de Molina, en *El castigo del Penséque*, aborda así a este personajillo:

Tú no sabes
la descendencia y parientes
del penséque, que en el mundo
tantos mentecatos tiene.

Por su parte, Quevedo, en *El entrometido, la dueña y el soplón*, escribe: "Está hirviendo ahí Penséque, aquel maldito que es discreto después, y advertido a destiempo".

Lope de Vega dice que "los padres de Penséque son Asneque y Burreque". Y así debe ser, dada la inconsciencia y cortedad de alcances de quien se lanza a la acción sin pesar sus pros y sus contras.

Percebe.

Lelo y simplón, acepción que no hemos visto recogida en el diccionario oficial. De este marisco se come todo menos lo que el crustáceo trata de esconder en su concha. De esa circunstancia creen algunos

que deriva el considerarlo tonto, y por extensión, a toda persona que con notable simpleza esconde la paja y muestra el grano. El término tuvo uso popular a través de tebeos y comics, que lo divulgaron como insulto leve; hoy se ha quedado anticuado, e incluso resulta ñoño e insulso.

Perdis.

Sujeto de vida disoluta y licenciosa; calavera; hombre de poco asiento y de moral laxa; perdulario. Se utiliza a menudo en frases hechas, como "ser o estar hecho alguien un perdis". Es término derivado de "perder", con la carga semántica negativa de "perdido (moralmente)". La Academia acogió el término a finales del XIX, cuando ya la Condesa de Pardo Bazán le había dado uso literario en sus novelas. Hoy se utiliza como sinónimo de "calavera y perdedor", y como consecuencia de ese uso, término afín a desgraciado a quien siempre toca apechugar con algo, o pagar los platos rotos.

Perdonavidas.

Bravucón y matasiete; jaquetón que presume de guapeza; baladrón que hace gala de sus pretendidas y nunca comprobadas hazañas y atrocidades; comehombres y bocazas. El jesuita José Francisco de Isla, en su novela satírica Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes, (mediados del siglo XVIII), escribe: "Concurría diariamente (al juego de pelota) toda la gente ociosa del pueblo, entre ella uno de aquellos valentones y perdonavidas de profesión, que se erigen en maestros".

Un siglo después, Bretón, en una de sus deliciosas comedias, escribe:

Yo no soy hombre de puños,
como usted dice, ni jaque,
ni perdonavidas; pero
tengo bastante carácter
para obligarle a guardar
más respeto...

Perdulario.

Vicioso incorregible; sujeto sucio y descuidado, tanto moral como físicamente. Covarrubias, dice que "es término vulgar que vale perdido", es decir, que se emplea con ese significado. Es palabra derivada del verbo "perder", empleada en sentido figurado, con connotación moral, y de viejo uso. Malón de Chaide (segunda mitad del XVI), la incluye en este contexto: "Pues Señor, ¿no véis que os ha gastado la hacienda?; ¿no véis que os ha ofendido, que es un perdulario...?".

Unas décadas más tarde, el dramaturgo toledano, Agustín Moreto, escribe:

Ya oí misa a buena cuenta.
¡Que sea yo tan perdulario
que nunca acabe un rosario...!

Hoy es voz en desuso, aunque todavía suena de vez en cuando con el sentido de sujeto embrutecido y de mala educación, seguramente por entrecruzarse el sentido de "verdulera, ordinario", con el de "perdido y tirado".

Perico el de los palotes.

Ser más tonto que este personaje proverbial no resulta fácil, pero tampoco difícil. En el siglo XVI se llamaba así a un bobo que tocaba el tambor precediendo al pregonero, listo que se quedaba con los cuartos y sueldo de ambos, incluidas las propinas que el tonto iba recogiendo. Perico, más que tonto era bueno. No se sabe quién fue, pero debió existir. Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua* (1611), tiene esto que decir: "Palotes. Troços de palos delgados, como los palillos del atambor. Perico el de los palotes, un bobo que tañía con dos palotes. El que se afrenta de que le traten indecentemente, suele dezir: Sí, que no soy yo Perico el de los palotes...".

Acompañaba al pregonero cuando éste se disponía a ejercer en la plaza del lugar. Son muchos los casos en nuestra historia literaria donde se describen situaciones parecidas. El tonto, con su tambor, a veces con otro instrumento como el cornetín, imitaba al pregonero, quien trataría de desembarazarse de él ante la risa y regocijo de todos. Las figuras del pregonero, y la de Perico el de los palotes, a falta de tonto oficial, solían ser utilizadas para sacar mofa y hacer irrisión. Recuérdese el pregón de Codos (Zaragoza), donde se echa mano de un pregonero, a falta de toro, para que disfrazado de este animal sea corrido por los vecinos: el toro fingido era un pregonero.

Perillán.

El calificativo proviene del toledano Pedro Julián, o Perillán, militar que vivió hacia el siglo XIII. Este caballero tuvo un capricho curioso: ser, a su muerte, enterrado en alto para que nadie pisara su tumba, que puede verse todavía en la capilla de Santa Eugenia de la catedral toledana. Al parecer, esta cautela excesiva, o prevención, fue vista como rasgo de agudeza de ingenio, tanto que la gente dió en llamar "perillán" a todo aquel que mostraba viveza de ingenio rayana en la astucia, e incluso la picardía. Por eso, al mañoso y sagaz, a quien toma todas las precauciones posibles en el manejo de sus negocios o en la forma de conducirse por la vida, llamamos perillanes. También al pícaro y astuto, por extensión. El término no se documenta por escrito hasta el primer cuarto del siglo XVIII, en el *Diccionario de Autoridades*, donde llega ya muy desvirtuado de lo que debió ser su significado primero, ya que le añade la nota de vagabundo, por ser ésa una de las peculiaridades del pícaro literario, que tiene poco que ver con el astuto personaje que originara el vocablo.

Peripuesto.

Lechuguino, pisaverde, petimetre; sujeto que se acicala, viste y adereza con afectación y excesiva delicadeza, sin tener en cuenta motivo ni ocasión, gustando de lucirse siempre con lo mejor de sus galas. Hartzenbusch ve así al personaje, mediado el siglo XIX, referido a cierta dama:

¡Qué peripuesta sale!
 ¡Disposiciones famosas
 para echarse encima el sayo
 burdo y quedarse pelona!

En cuanto a su etimología, es voz compuesta del prefijo "peri-", con el valor semántico proposicional de "alrededor, en torno", y el calificativo "puesto" con el valor de "dispuesto, preparado", aludiéndose con ello a que estos individuos no dejan detalle al olvido cuando de adornarse ellos se trata. Corominas afirma ser de uso relativamente moderno, y da como fecha de primera documentación la del año 1884, equivocadamente, ya que el dramaturgo antes citado murió en 1880 y ya empleaba a menudo el término en sus comedias.

Perogrullo.

Pertenece a este apartado de tontos Pedro, el de las verdades que saltan a los ojos. Es tipo interesante, que llenó los Siglos de Oro con voluminosos informes, memoriales y sesudos estudios de lo evidente. Este Perogrullo, que a la mano cerrada llamaba puño, existió. En un curioso libro de J. Godoy Alcántara, *Ensayo histórico etimológico filológico sobre los apellidos castellanos*, se lee que Pero Grullo aparece como testigo en escrituras de compra venta entre los años 1213 y 1227, como vecino de Aguilar de Campóo. Era coetáneo y convecino suyo un tal Pedro Mentiras. Ambos hombres tuvieron reconocimiento popular, el uno como tonto, pero incapaz de decir falsedad alguna; y el otro como todo lo contrario. Hernán Núñez, se ocupa de él en 1551, y Cervantes, en el capítulo LXII de la II Parte del *Quijote* pone en boca de Sancho las siguientes palabras: "Bueno, par Dios, -dijo Sancho-, esto yo me lo dijera, no dijera más el profeta Perogrullo".

Sea como fuere, en *La pícara Justina* (1605), de Francisco López de Ubeda, se afirma que Pero Grullo fue asturiano; y continúa el autor diciendo, abundando en la noticia, que sus paisanos viven todavía atentos a la profecía que les hiciera, de que llegaría el día en que bajaría por el río una avenida de toneles de vino de Rivadavia (Orense). Francisco de Quevedo, en su *Visita de los chistes*, cita las siguientes profecías y aseveraciones de Pero Grullo:

Si lloviere, habrá lodos,
y será cosa de ver
que nadie podrá correr
sin echar atrás los codos.
El que tuviere, tendrá.
Será casado el marido;
(...) las mujeres parirán
si se empreñan,
y los hijos que nacieren
de cuyos fueren, serán.
Volaráse con las plumas,
andaráse con los piés;
serán seís dos veces tres,
por muy mal que hagas la suma.

Algunas de las verdades de Pero Grullo anduvieron en coplas, como las que recogió Rodríguez Marín en sus *Cantos populares españoles*:

Si quieres que las damas

tras de ti anden,
 cuando vayas andando,
 ponte delante.
 Señal será si hablas
 que tienes lengua;
 y que si muelas tienes,
 no estés sin ellas.
 Y es cosa clara
 que si vas al espejo
 verás tu cara...

Personajes perogrullescos ha habido en la historia española muchos. Sobresalió el cordobés Lucas Valdés Toro, autor de un opúsculo titulado *Tratado en el que se prueba que la nieve es fría y húmeda*, obra publicada en su ciudad natal, en 1630, y de la que hay ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Perro.

Persona desidiosa y haragana; sujeto degradado, a quien anima mala intención. Es término afín a grosero, holgazán, sucio, malintencionado y cachondo o rijoso. Con estas notas semánticas se utiliza en Andalucía, Extremadura y Murcia. Se dice también del individuo indigno y vil, dándose a quien se quiere afrentar o mostrar desprecio. Antaño se calificó así a quienes no profesaban la religión de uno: "perro luterano, perro protestante, perro judío, perro moro, perro infiel..". Como término insultante, de ofensa grande, e ignominioso lo utiliza Quevedo en *La fortuna con seso*, (primer tercio del XVII), donde lo acompaña de otros calificativos denigrantes: borracho, vago, etc. Independientemente de su uso como sustantivo, para denominar al can, su uso insultante se remonta a la Edad Media. Su empleo como insulto se debió a que el término "perro" estaba desprestigiado entre la gente de valía, que preferían la palabra "can", caso de los autores importantes de la época: el anónimo juglar o juglares que redactaron el *Cantar de Mio Çid*, Gonzalo de Berceo, el *Libro de Apolonio*, Alfonso X el Sabio. De hecho, el término era frecuente en contextos negativos de carácter popular, unas veces como apodo denigrante, otras en calidad de insulto. En la colección de cuentecillos y fábulas mandada traducir por Alfonso el Sabio, a mediados del siglo XIII, *Calila e Dimna*, se lee: "Los homes viles son aquellos que se tienen por abastados con poca cosa, et alégranse con ello así como el perro que (ha)lla el hueso seco e se alegra con él".

A cargar de sentido peyorativo el término contribuyeron factores ajenos a la naturaleza de este animal. El término "can" era prestigioso en la Edad Media: hubo perros malos, pero nunca canes ruines. El can acompañaba al señor en sus cacerías..., el perro, al pastor en su trabajo. Siendo el mismo animal, la palabra era distinta: la voz "can" estaba rodeada de la solemnidad aristocrática de su nombre latino, y del noble al que servía; la otra, estaba contaminada de la miseria y villanía del campesino y de la obscuridad de su etimología. Sin embargo, se impuso perro por razones lingüísticas: "can" carecía de femenino, de diminutivos, aumentativos, despectivos. Al heredar "perro" el arco de significación del término "can", y conservar el suyo propio, la palabra se convirtió en término de uso ambiguo: A la nobleza del can cazador que acompañaba a su señor, se unía a principios del siglo XVI la carga semántica negativa del perro de pastores, del perro urbano abandonado, con sus enfermedades y miserias. El can era cristiano y noble, de sangre limpia y estirpe clara; el perro era moro, judío, y luego incluso hereje, animal sucio, de oscuros orígenes, y de ocupación villana. El romancero refleja esta situación:

A ese perro mal nacido a

quien ya mostró el turbante,
no fío yo dél secretos,
que en baxos pechos no caben.

Petardo.

Tipo aburrido y carente de atractivo. En su acepción principal: "tubo cargado de pólvora, o morterete que se hace estallar", es voz que se utiliza en castellano desde el siglo XVII. En sentido figurado es de uso muy posterior, tal vez cruzado con el significado de "estafador, mal pagador" que también tuvo el término antaño. No es descabellado, para explicar la acepción de la voz como insulto, comparar los significados de petardo y cohete. En efecto, mientras el primero se limita a estallar a ras de suelo, haciendo sólo un gran ruido, el segundo sube hasta el cielo, donde deja una estela y un dibujo de luz pirotécnica. Ser un petardo es ser algo sordo, sin brillo, estruendoso y mate, un tipo aburrido, al fin; en cambio, el otro elemento de los fuegos de artificio está cargado de notas o semas positivos.

Petimetre.

Persona que exageradamente cuida de su aspecto exterior y compostura, de acuerdo a dictados de modas. Es voz francesa, de *petit-mâitre*= señorito, introducida en España en el siglo XVIII coincidiendo con la mudanza del gusto en la Corte tras el cambio de dinastía. Mesonero Romanos documenta el término: "Por los años de 1789 visitaba yo en Madrid una casa en la calle Ancha de San Bernardo: el dueño de ella tenía una esposa joven linda, amable y petimetra".

Don Ramón de la Cruz, saca a relucir el término en sus sainetes o estampas madrileñas, haciendo que uno de los personajes del pueblo exclame exultante:

¡Qué chusca y qué petimetra
es la prima de don Blas...!

Hacia 1780, la tonadillera *la Caramba* había puesto de moda la siguiente canción:

Un señorito muy petimetre
se entró en mi casa cierta mañana
y así me dijo al primer envite:
¿Oye usted, quiere usted ser mi maja?

El término se debatía entre el insulto y el halago, entre la ofensa y la adulación. Dependía mucho de las situaciones y los personajes; después de la francesada las cosas cambiaron, y habiendo caído en desgracia todo lo relacionado con el pueblo gabacho, también siguieron la misma suerte los viejos gustos. El petimetre pasó a ser visto como un pisaverde, un lindo, un figurín. Hoy, aunque el término está en desuso, aún se oye en ámbitos y tertulias de gente semiculta y *snoob* para quienes parece sinónimo de "niño pitongo."

Petulante.

Insolente, descarado; sujeto que actúa con jactancia, vanidad y osadía en su manera de conducirse con soberbia y desenvolvimiento; persona presuntuosa en extremo a quien puede el orgullo. Es término procedente del verbo latino *petere* = aspirar a algo. Luis de Góngora lo utiliza así, en 1621:

Al tronco Filis de un laurel sagrado
reclinada, el convexo de su cuello
lamía en ondas rubias el cabello,
lascivamente al aire encomendado.
Las hojas del clavel, que habíajuntado
el silencio en un labio y otro bello,
violiar intentaba, y pudo hacello,
sátiro mal de hiedras coronado;
mas la envidia interpuesta de una abeja,
dulce libando púrpura, al instante
previno la dormida zagaleja.
El semidios, burlado, petulante,
en atenciones tímidas la deja
de cuanto bella, tanto vigilante.

Picaño.

Pícaro y holgazán; sujeto de muy poca vergüenza, que anda siempre andrajoso, y a la que salta. Es palabra de uso frecuente en el siglo XV, aunque se generaliza en el XVI, con el triunfo de la novela picaresca, y de los modos de vida del picaño. Tanto es así que alguien exclama, exultante: "¡Oh vida picaril; trato picaño...!". Sebastián de Horozco, (primera mitad del XVI), emplea el término en su *Representación de la historia evangélica de San Juan*:

¡Oh de la casta vellaca,
si te apaño...!
Saquéte de ser picaño,
que andavas roto y desnudo,
y dite un sayo de paño...

El término se utilizaba todavía en el siglo XIX, como muestran estos versos de Bretón de los Herreros:

Pero... aquí, para inter nos,
confiéseme usted, picaña,
que a uno de los dos engaña...,
si no es que engaña a los dos.

Pícaro, pícarón, picarona.

Sujeto de bajísima condición social, falto de honra y carente de vergüenza, cuyo comportamiento es a menudo ruin y doloso; cínico con vocación de parásito, que vive rozando la legalidad, y cae a menudo en la pequeña delincuencia. Cervantes, en *La ilustre fregona*, al hablar de cierto muchacho que deja su casa paterna, escribe:

"...pasó por todos los grados de pícaro hasta que se graduó de maestro en las almadrabas de Zahara, donde es el finibusterre de la picaresca. ¡Oh, pícaros!, ¡oh pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios; pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover, de la plaza de Madrid, vistosos oracioneros, esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa, con toda la caterva innumerable que se encierra debajo deste nombre: Pícaro; bajad el toldo, amainad el brío, no os llaméis pícaros si no habéis cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes".

Fernández de Navarrete (primer cuarto del XIX), en su Colección de viajes y descubrimientos, escribe: "...Y lo que es peor es el ver que no sólo siguen esta holgazana vida los hombres, sino que están llenas las plazas de pícaras holgazanas que con sus vicios inficionan la Corte".

Para entonces, la figura del pícaro tenía más de tres siglos de historia. El término aparece escrito en 1525, asociado al oficio principal que tuvieron estos pillos: "pícaro de cozina que es tanto como pinche". En una obra de la primera mitad del XVI, de E. de Salazar, *Carta del Bachiller de Arcadia*, se lee: "Cuando Dios llueve, ni más ni menos cae el agua para los ruines que para los buenos; y cuando el sol muestra su cara de oro, igualmente la muestra a los pícaros de corte que a los cortesanos".

Como los siglos de oro confundieron miseria con vicio o disipación moral, el pícaro no podía ser bueno, sino visto siempre con prevención. Era el parado de su tiempo, de difícil redención ya que carecía tanto de padrinos como de oficio. Estaba condenado a la mendicidad, a la vida pordiosera, al vagabundeo a la intemperie en pos de una faltriquera, a la caza de la pitanza diaria. Era un buscón en una época que no arrojaba desperdicios aprovechables a la basura. En cuanto a su etimología, es asunto que está por dilucidar aunque parece que debe aceptarse su derivación del verbo "picar", dado el oficio más frecuente entre ellos, el de la cocina; "picar" dió la voz pícaro, como "papar" dió el término "páparo"; el primero es sujeto avisado, que corta un pelo en el aire, pillo listo, aunque desafortunado, a quien no acompaña la suerte. El segundo, el páparo, es el hombre simplón y necio que ante cualquier pequeña cosa se asombra y admira. De estos páparos antiguos vendrían los papanatas modernos, (véanse ambos términos).

El pícaro, tipo descarado, de cuestionable actitud ante la religión y la vida, es una de las creaciones literarias de las letras españolas; pero no es personaje de ficción: la realidad de su existencia inspiró el nacimiento del género. Tan poderoso influjo dejó que Gómez de Tejada, poeta y religioso del siglo XVII, dice de ellos: "Solas dos suertes de personas hallaron con entera satisfacción paz y contentamiento: una, la de los pícaros, que nada tienen, nada desean; otra...".

El pícaro, sujeto realista, hace su propia composición de lugar, y se resigna. Es un tipo que degenera poco a poco, desde el dramatismo inicial de la absoluta miseria, al desenfado y descarado que supone aceptar su destino. Todo le da igual. Este antihéroe pasó de ser término ofensivo e insultante, a serlo de valoración positiva: el pícaro no es tonto, sino ingenioso, y ríe aunque de la sima donde ha caído no puede salir por su propio esfuerzo, y nadie le tiende una mano. Da lástima, porque el personaje es valioso; pero... ¡había tantos en aquella condición...! En cuanto a pícarón, y picarona, de uso actual, conservan las notas de astucia e inclinación hacia la marrullería y el engaño. Carlos Arniches, en *Las campanadas*, ya en nuestro siglo, haciéndose eco de una copla popular, emplea así el término:

Las Animas han dado,
mi amor no viene.
Alguna picarona

me lo entretiene.

Los letristas de cuplé, desde finales del siglo XIX intercambian el término con voces como pillo, granuja, aprovecha(d)o, etc. En el *Tango del Morrongo*, de G. Giménez, estrenado en el Eslava, por María López, (1901) Guillermo Perrin y Miguel de Palacios escriben:

Yo tengo un minino
de cola muy larga,
de pelo muy fino.
Si le paso la mano al indino
se estira y se encoge
de gusto (...)
y le gusta pasar aquí el rato,
¡Ay arza, que toma,
qué pícaro gato...!

Pichabrava, pollabrava.

Versión masculina de la ninfómana; individuo hiperactivo en la cama, que se recupera en seguida, pudiendo llevar a cabo sucesivos coitos; individuo itifálico o tentetieso, que siempre tiene ganas de yacer con mujer; hombre lujurioso y lascivo, rijoso, que en presencia de la hembra se inquieta y alborota, poniéndose en seguida cachondo, como una moto, o a cien. Es antónimo de "pichiruche" y de "pichafría" *.

Pichafría, pollafría, pollaboba.

Hombre excesivamente flemático o tranquilo en cuanto al sexo, que mira los asuntos relacionados con esa actividad de manera distante, sin sentirse concernido; impotente, o que puede permanecer durante muchos meses ayuno de trato y actividad carnal. Es antónimo de pichabrava.

Pichiruche.

Persona insignificante y de la que se habla con menosprecio; pollafloja, que en sus relaciones con la mujer experimenta eyaculación precoz. Es insulto grueso, extendido en parte de la América hispanohablante, y de uso muy común en Chile. Sin embargo es voz de origen andaluz, formada a partir de voces como "picha", (variante familiar de "pene") y "ruga" (arruga, pliegue desordenado de la ropa). En sentido figurado, el pichiruche es una especie de impotente e incapaz, tanto en su vida social como en la privada.

Picio.

Persona de extremada fealdad, más feo que el Bu. Comparar a alguien con Picio es tanto como manifestarle desprecio y repulsa por su aspecto físico. José María Sbarbi, en su *Gran Diccionario de Refranes* (finales del XIX) afirma que el personaje existió. De hecho, los andaluces añaden a la primera parte de la comparación la siguiente coletilla: "Más feo que Picio, a quien le dieron la extremaunción con caña, por el susto que tenía el cura en el cuerpo de verlo". Parece que fue zapatero en un pueblo granadino, Alhendín, de donde se mudó a vivir a Granada hacia el primer cuarto del XIX. La fealdad le sobrevino tras haber sido condenado a muerte por fechorías que había llevado a cabo en Santa Fe, y hallándose en capilla recibió la noticia del indulto, lo que le causó tan fuerte impresión que perdió el pelo del cuerpo, incluidas cejas y pestañas, se le deformó la cara, llenándosele de tumores. Sbarbi asegura haber hablado con personas que conocieron personalmente a Picio y tuvieron amistad y trato con él, quienes le relataron que no pudiendo Picio sufrir el desprecio generalizado se retiró a Lanjarón, de donde también tuvo que marcharse porque nunca acudía a la iglesia por no quitarse el pañuelo con que cubría su horrorosa calva; vuelto a Granada murió al poco, datando de entonces la segunda parte del dicho, porque se negó el cura a escucharle en confesión al no ser capaz de acercársele lo suficiente como para oírle.

Piernas.

Patoso y tonto; zascandil que se compromete a cosas que no puede realizar; donnadie. También -y es acepción que da el diccionario oficial- hombre que presume de galán y bien formado, es decir: cachas, pero en sentido un tanto peyorativo. Persona sin autoridad ni relieve; títere.

Pijo.

Persona o cosa insignificante, de nula entidad; sujeto tonto y ridículo, generalmente hombre joven, niño pijo = niñato. También puede aplicarse a individuos del sexo femenino; en este sentido emplea el término Juan Marsé, en *Últimas tardes con Teresa*, donde hace exclamar al muchacho: "¡Niña-pijo, qué buena estás...!". Hoy se emplea como calificativo que acompaña al pollo pera o pollo bien, hijo de papá que no tiene en la vida otro problema que el de pasar el tiempo. Detrás de todas estas acepciones subyace la base semántica del término, o su primera acepción: miembro viril, que contamina su ámbito significativo con matices peyorativos, despectivos y altamente insultante.

Pijotero.

Quisquilloso, antojadizo, pejiquera; que se fija en detalles tontos y hace observaciones meticulosas de cosas de poca entidad e importancia, mostrándose cuidadoso y pesado en cosas nimias. También se dice de quien es mezquino y cicatero, miserable y ruin.

Pillo, pillete, pillín, pilluelo, pillastre, pillabán.

Pillo es tanto como pícaro, sujeto sin crianza, que carece de modales; individuo desvergonzado, sagaz y astuto. Deriva del verbo "pillar" en la acepción de coger, hurtar, robar, a través del italiano *pigliare*. Se documenta en el *Diccionario...* de E. de Terreros, (finales del XVIII). En cuanto a "pillín, pillete, pilluelo", son voces que introduce el *Diccionario de la Academia* un siglo después. "Pillastre"

procede del valenciano, y tiene su propia historia; y en cuanto a "pillabán", es término usado en Asturias y León con el valor de "granuja, golfillo". El poeta romántico J. Espronceda, (primera mitad del siglo XIX), registra así el término "pillo":

...ora forman en torno de él corrillos,
ora le sigue multitud de pillos.

El término ganó en popularidad a partir de finales del siglo pasado. En 1905 aparece en las letras de cuplés como *La gatita blanca*, que cantaba Julia Fons, con música del maestro Amadeo Vives y letra de Jacinto Capella:

Un gatito madrileño,
que es un pillo de una vez,
me propuso que al tejado
me saliera yo con él.

Piltrafa, piltraca.

Hombre acabado, vencido por el vicio y la mala vida; alcohólico impenitente sin fuerza ni voluntad para redimirse. También se dice de la mujer pública de ínfima categoría entre las de su gremio; putón rastrero, pendón y zorrón muy bajo. Lope de Rueda, al comienzo de su paso *El rufián cobarde*, (primera mitad del siglo XVI) pone en boca del lacayo Sigüenza las siguientes palabras: "Pase delante, señora Sebastiana, y cuéntame por extenso, sin poner ni quitar tilde, del arte que te pasó con esa piltraca disoluta, amiga dese antuviador de Estepa, que yo te la pondré de suerte que tengan que contar nacidos y por nacer de lo que en la venganza por tu servicio hiciere...".

Es voz de germanía, que deriva de piltra = cama, en esa misma jerigonza, toda vez que la cama es el taller u obrador de putaraçanas y pilinguis, por usar dos sinónimos separados por medio milenio de distancia léxica.

Pinchabombillas.

Desgraciado; mierdecilla. Persona sumamente irrelevante, de ninguna consideración social, y carente en modo extremo de recursos. También se le llama "pinchaglobos", para dar a entender de forma despectiva lo poco valioso de su tiempo u ocupación. Es voz compuesta, siendo de interés el término primero de la composición: pinchar. (Véase también "pinchauvas").

Pinchauvas.

Sujeto sin importancia, que carece de posición económica y social. Colga(d)o. Es voz expresiva de creación paralela a pinchabombillas, tomando, ambos términos compuestos, su parte significativa principal de la voz "pinchar", que por sexualización del sentido equivale a copular. Pinchar a una mujer es eufemismo por poseerla. El pinchauvas llega tan lejos en su insignificancia que ni siquiera tiene compañera con la que yacer.

Pindonga, pingo, pingajo.

Pindonga, mujer despreciable. Es de uso figurado, del latín *pendere* = colgar. Fernández de Moratín, en *La escuela de los maridos*, (primer tercio del XIX), utiliza así el término: "Pero, ¿cuál es más admirable, el descaro de la pindonga o la frescura de este insensato?".

Posteriormente, Emilia Pardo Bazán, escribe: "¿Hase visto hato de pindongas...? ¡No dejarán comer en paz a las personas decentes...!".

De pindonga se dijo pindongear: deambular ocioso, callejear sin rumbo ni propósito. Y de pingo se dijo "poner el pingo", en el sentido de dar la nota, ponerse en ridículo, darse alguien a conocer de forma desvergonzada y grosera. Bretón de los Herreros, inscribe el término en el siguiente contexto: "¡Es mucho cuento, el río de Madrid! Sobran puentes, sobran pingajos, sobran lavanderas, sobran meriendas, sobran bodegones, sobran garrotazos...: Sólo falta allí una bagatela..., ¡el puente!".

Pinta (tener mala, ser un).

Rastro o huella que el hecho de llevar mala vida, física o moralmente, deja en algunas personas; aspecto o facha por donde se conoce la calidad buena o mala de una persona o cosa. Con este significado empieza a utilizarse el término en el siglo XVI. Mateo Alemán, en su *Guzmán de Alfarache* (1599) lo emplea para hablar del aspecto de personas o cosas, y Cervantes hace intercambiables pinta y fisonomía o aspecto de la cara. Hoy se emplea peyorativamente, de modo que no se usa tanto para aludir a quienes tienen buena imagen, o pinta, como a los que la tienen mala y deleznable; de ese uso deriva el hecho de que a menudo "pinta" equivalga a insulto. Fue uso extendido a partir de los siglos XVIII y XIX. El dramaturgo Hartzenbusch, dice de cierto individuo de mala catadura moral: "...es un sujeto cuya pinta no ofrece grandes garantías..". Un siglo antes, el Padre Isla, en su *Fray Gerundio de Campazas*, al referirse a una mesonera insinúa que "tenía pinta de ser una buena pieza, que sabía vender bien sus agujetas...". Buena pieza, y "pinta" son voces ambiguas cuyo sentido final depende de elementos suprasegmentales, de la voluntad y ánimo del hablante, de sus tics y del énfasis que ponga al pronunciar la palabra, y guiños de que la acompañe.

Piojoso.

Persona miserable y mezquina. Es el sentido que ha tenido el término literariamente desde finales del siglo XV. Bretón lo utiliza así, en el XIX: "¿Cómo se entiende? ¡Piojosa!, la intrusa eres tú, que vienes a comer la sopa boba a título de cuñada de un primo tercero".

Covarrubias afirma en su *Tesoro de la Lengua* (1611), que llamamos piojoso "al que es muy malaventurado y escaso (...) y al entremetido, que es como piojo en costura". En el *Calila e Dimna*, (s. XIII) aparece por primera vez en castellano el término: *Fábula del piojo y la pulga*. Desde la Antigüedad, hasta tiempo reciente, ser piojoso era desgracia que daba lugar a la *pthiriasis*: el cuerpo se llenaba de costras purulentas. En una persona afectada, la puesta de un piojo podía llegar a los dieciocho mil huevecillos a lo largo de la vida del insecto. El médico portugués del siglo XVI, Amato Lusitano, cuenta el caso de un enfermo que puso a todos sus criados en la tarea de despiojarle y no daban a basto. Ser tildado de piojoso era insulto grave por el ámbito terrorífico que evocaba. Hoy el término ha perdido virulencia como insulto, pero sigue siendo ofensivo, por lo que denota de despreciativo y humillante.

Pipolo.

Inexperto y novato; tontito. Término seguramente derivado del verbo "pipiar": dar voces las aves cuando aún están en el nido, y el sustantivo familiar y ñoño para aludir a la orina del niño: "pipi", procedente del italiano, en cuya lengua significa bebé, (de *pipiu*: órganos genitales del bambino). La terminación de diminutivo en "-ulus, -ulo" incide sobre la palabra para acentuar su significado. Es término que la Academia incorporó hacia 1880 al diccionario oficial, y en la actualidad ha experimentado una rehabilitación en cuanto a su uso. También cabe pensar en un diminutivo en "-olus" de "pipí, repipi"*.

Pira, pirante.

Golfo, ladrón y sinvergüenza. Son voces jergales, gitanismos cuyo uso va en declive, Su significado básico se da en la frase hecha "darse el piro, pirarse", cuyo sujeto es el pirante, pira o pirao. También tiene connotación de estar alguien loco, "pirao de la cabeza", sujeto cuyo cerebro se ha dado el piro y no rige la cabeza. (Véase "pirado").

Pirado, pirao.

Seguramente del caló *pira, pirarse, pirar* = salir huyendo, escapar. Es voz gitana tomada del sánscrito *phirna*. El término lo documenta en castellano E. de Arriaga en su *Lexicón etimológico, naturalista y popular del bilbaino neto*, a finales del pasado siglo: "Anda pirao de casa". Al principio de su vida semántica fue sinónimo de pillo y pillete. Su significado básico es hoy el de persona un tanto chalada, pirada de la cabeza, ida del seso, que tiene desalquilado el último piso, o desocupada la azotea..., sentido figurado para aludir a la vacuidad de su cerebro. Cabeza hueca, y también de chorlito.

Pirantón, pirandón.

Del caló "pira" (Véase la voz "pirado"). Su contenido semántico emana de otra acepción de "pira": huelga. Se dice del individuo que gusta ir a huelgas, mítines, manifestaciones y algaradas, en parte porque así evita tener que trabajar o "dar el callo". Está relacionado con la expresión catalana familiar: "tocar el pirandón", largarse, no querer saber nada. En Andalucía tiene también el significado de mujeriego y juerguista, persona muy corrida y sinvergüenza. El novelista Arturo Reyes, en *El lagar de la viñuela*, obra de ambiente sevillano, escribe: "Gran pirandón en que Dios puso tanta vista, tanto olfato y tanta gramática parda...".

Y los hermanos Álvarez Quintero, en su delicioso juguete escénico *Los marchosos*, utilizan así el término, refiriéndose a cierto individuo: "Pirandón y calavera es como no hay en Sevilla cuatro. Un trueno, una bala perdía".

Pirujo.

Persona de poca monta y escasa consideración social, que dice tonterías, y anda esparciendo embustes y patrañas; sandío. Suele acompañarse, para reforzar el sentido, de la voz "tío, tía", y es de uso mayoritario en Andalucía y Murcia.

Pisaverde.

Persona presumida y algo afeminada, que se ocupa sólo de su imagen física, de acicalarse, perfumarse y reinar en el ocio, deambulando todo el día por la ciudad en busca de galanteos. Hombre vano, que hace afectación de elegancia, y que a menudo carece de fortuna. Es término que empieza a utilizarse muy a finales del siglo XVI. Cervantes lo hace así: "Este su grande retraimiento (el de Isabela), tenía abrasados y encendidos los deseos no sólo de los pisaverdes del barrio, sino de todos aquellos que una vez la hubiesen visto".

Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua* (1611), pone una nota simpática al abordar el término: "Este nombre suelen dar al moço galán, de poco seso, que va pisando de puntillas por no rebentar (...) La metáfora está tomada de del que atraviesa en algúnjardín (...) que por no hollar los lazos va pisando de puntillas".

Pitañoso, pitarroso.

Legañoso (véase). En cuanto a su etimología, derivan de la voz *pistanna* = pestaña, emparentada con el vascuence *pitarr* = legaña, de donde las voces castellanas, utilizadas ya por Alfonso el Sabio en el siglo XIII, "pitarrá, pitaña", y de ahí: pitañoso, pitarroso, que tiene las pestañas afectadas por un acúmulo de legañas, entorpeciendo así la visión, dando a los ojos aspecto enfermizo, ya que corre por ellos un humor blando. Son voces de uso corriente a lo largo de los siglos de oro, con matiz ligeramente insultante, aunque descriptivos de la realidad.

Pitongo, niño.

Pollopera, niñoato; joven redicho y remilgado de familia bien, hijo de papá, presuntuoso y un tanto gilipollas. También se dice "bitongo", en cuyo caso equivale a niño zangolotino, que siendo ya crecudito y apuntándole sobre el labio superior el bozo se quiere hacer pasar por niño. En algunas partes de Andalucía, aplicado a muchachas, tiene un matiz positivo; en ese sentido utiliza el término González Anaya, en *La oración de la tarde*, hacia el primer cuarto del siglo. "Mira, aquí, en este carmen tan bonito, floreció la niña bitonga a quien tú quieres".

Plasta.

Coñazo; pejiquera, sujeto sumamente pesado; persona muy latosa, que con su insistencia saca de quicio. Tiene alguna relación semántica o de sentido con la acepción principal que da al término el diccionario oficial: "masa blanda; cosa aplastada, imperfecta y sin proporción". En sentido figurado de la definición anterior se creó paralelamente el significado de "coñazo, pelma, latazo", que no recoge la Academia ni los diccionarios al uso. Es voz reciente, que se escucha mayoritariamente entre hablantes en edad escolar.

Plepa.

Persona o cosa cargada de defectos, tanto en lo físico como en lo moral. Corominas, en su *Diccionario Crítico...* cree inverosímil la etimología aportada por García Soriano en su *Vocabulario del dialecto murciano*, (primer tercio de siglo). Sin embargo es digna de crédito, si se tiene en cuenta que la primera documentación escrita del término, en el teatro de Bretón de los Herreros, es bastante posterior a la francesada, momento histórico en el que empieza su uso. Parece que, en efecto, surge del compuesto francés *plait pas*. A principios del XIX hubo en Sevilla un intendente francés encargado de comprar caballos para el ejército de ocupación, a quien la gente le llevaba sus animales. El francés los examinaba cuidadosamente, aceptando unos y rechazando otros. Respecto a éstos últimos, los descartaba con un lacónico y enigmático *plait pas*, que en castellano significa "no me gusta". Así, la voz "plepa" se introdujo en castellano con el significado negativo de "caballo defectuoso", que luego se hizo extensivo a personas y cosas.

Plomo, plomazo.

Atendiendo a la naturaleza de este mineral, y en sentido figurado y familiar, se dice de quien es muy pesado y molesto, pelmazo y pejuguera o plasta. Como insulto leve, se documenta en el teatro de los siglos XVIII y XIX. Bretón de los Herreros hace exclamar a uno de los personajes harto de soportar la prolijidad pesada de su compañero:

¡Oh Dios mío...! ¡Qué plomo!
Hay bastante..., ¡Vamos!

Pollo bien.

Joven presumido, atildado, pollopera, currutaco y moderno, de familia con dinero y estudios. Es versión contemporánea del petimetre del XVIII, del pisaverde del XIX, del elegante de tiempos de nuestros abuelos y del niño pitongo de nuestros padres. Aunque se dice con ánimo de insulto, quien lo recibe no se siente ofendido, sino halagado en el fondo, pues queda en el ánimo de uno y otro el hecho de que serlo no está nada mal. (Véase también "pollopera").

Pollopera.

Niñato, pollo bien. Palabra compuesta; en cuanto a la primera, "pollo", es el mozo de pocos años, bien parecido y formado. Una damisela se expresa así, en cierta obra dramática del siglo XIX, perpleja ante la cantidad de jóvenes bien puestos entre los que escoger:

Cierto es que en este Madrid
hay mil riesgos, mil escollos,
y es muy desigual la lid,
con una legión de pollos.

Respecto de la segunda parte del vocablo: "pera" es la renta vitalicia, el destino o la posición aventajada y lucrativa que permiten una vida descansada. Un pollo pera es, pues, un joven con el futuro solucionado: una perita en dulce, a decir de nuestras abuelas. Esa seguridad ante el destino que le da al joven tanta confianza en sí mismo, caracteriza al personaje, haciendo del sujeto en cuestión un individuo indolente, que tiende a la vagancia y al dulce ocio, convirtiéndose en un paseante en corte en busca de aventuras. El pollopera con poco talento no tarda en convertirse en niño pitongo, última parada para llegar a la condición de perfecto gilipollas en forma de mozalbete educado y bien vestido. Como en el caso del "pollo bien", un pollopera se siente envidiado, a pesar de que se le dirige el calificativo en son de ofensa.

Porcaz.

En Asturias, se dice de la persona sucia, grosera y descortés. El término habla de suciedad física y evoca tachas morales, suciedades que afectan al cuerpo y al espíritu, pues la persona a quien conviene el calificativo es de aspecto sucio, y a la vez de espíritu ramplón y conducta descortés. Hay cruce con el adjetivo "procaz".

Portera.

Sujeto chismoso, un tanto enredador, especie de cocinilla social que mete sus narices en asuntos que no son de su incumbencia; persona zafia, de gustos ramplones y groseros, de ningún interés. Es término que emplea a menudo Pío Baroja, junto con el de "hortera", con el que existe cruce semántico evidente. La frase de Miguel Boyer -ex ministro de Economía con el primer gobierno socialista-: "España es un país de porteras", documenta el término, y lo pone en su acepción insultante moderna.

Presumido, presuntuoso.

Persona jactanciosa y vana, que presume tanto con motivo fundado como sin causa. Sujeto afectado, remirado, que tiene de sí mismo una idea exagerada. Tiene puntos de contacto con el pagado de sí mismo, orgulloso y soberbio, que mira por encima del hombro a cuantos con él conviven o se relacionan. Ruiz de Alarcón, mediado el siglo XVII, pone en boca de una dama estos versos:

Conócete, presumido
 confiado, vuelve en tí;
 que el seguirte yo hasta aquí,
 no Amor, sino fuerza ha sido.

Leandro Fernández de Moratín, muy a finales del siglo XVIII, tiene esto que decir, a cierto petimetre pedante: "Usted es un erudito a la violeta, presumido y fastidioso hasta no más". En cuanto al "presuntuoso", es un presumido en grado patológico, a quien le puede el orgullo y la soberbia.

Primavera.

En medios achulados, se dice del ingenuo, cándido e iluso; persona sin malicia a la que resulta fácil engañar por su falta de viveza o ingenio; primo. Es voz seguramente formada a partir de esta palabra última: de primo, primavera, en construcción paralela a "rarera, sosera", creados a partir del positivo "raro, soso, primo", con ánimo despectivo.

Primo.

Inocente a quien se engaña con facilidad; persona incauta que se deja explotar. Por lo general se utiliza dentro de la frase "hacer el primo", donde equivale a dejarse embaucar. Es sinónimo de términos jergales modernos como "pringao, primavera". Dada la cantidad y modalidad o diversidad de tontos y bobos en circulación, el número de primos y voces similares para describir a estos infelices, es enorme. Joaquín de Entrambasaguas, en *Estudios dedicados a don Ramón Menéndez Pidal*, dice que el término, en su acepción de "incauto", viene en una obra de Bretón de los Herreros ya con el significado que la Academia dio a esta voz en 1852: "hombre simplón y poco cauto". Y en cuanto a la frase "hacer el primo", asegura que es anterior, por encontrarse en la correspondencia epistolar entre el infante don Antonio, el presidente de la Junta de Gobierno, y el general francés Joaquín Murat con ambos representantes de la autoridad en tiempos de la francesada. El general encabezaba así las cartas al infante: "Señor primo, señores miembros de la Junta.. ", para a continuación lanzar amenazas y exigencias de obligado cumplimiento...., terminando las cartas con esta tranquilizadora despedida: "Mi primo; señores de la Junta: pido a Dios que os tenga santa y digna gracia". En Madrid no tardaron en conocerse estos formulismos, y en hablar la gente de que el infante y la Junta hacían el primo con el general francés. Parece razonablemente documentada la explicación de Entrambasaguas, que aceptamos. El término, en el sentido de persona incauta y simplona, versión décimonónica del pringao de nuestros días, se documenta, como Entrambasaguas apuntaba, en este pasaje cómico de Bretón de los Herreros:

A las mesas no me arrimo
donde robando se juega.
Ni la codicia me ciega,
ni me gusta hacer el primo.

Pringa(d)o.

Implicado a su pesar en algún asunto sucio; persona un tanto simple, aunque no carente de malicia, que se ve envuelta en fregados por no haber tomado precauciones; individuo un tanto memo, al que involucran en un asunto feo, que termina por pagar el pato, y salir imputado. Es participio pasivo del reflexivo "pringarse": verse envuelto indebidamente en un negocio turbio. Fernández de Moratín, a horcajadas entre los siglos XVIII y XIX, hace este uso del término:

-¿Y está todo...?- Lo que falta
don Claudio os lo pagará,
que yo no me pringo en nada.

Algunas décadas después, Bretón de los Herreros escribe:

Y cuidado con pringarte,
como Simón, si no quieres
ir al infierno a buscarle.

Prostituta.

Mujer que se prostituye para vivir de su cuerpo; puta, ramera. Es participio pasivo del verbo latino *prostituere*: exponer o abandonar a una mujer a la pública deshonra, corromperla y abajarla. La palabra "prostituta" aparece como tal en el *Universal Vocabulario* de Alonso de Palencia, (1490), donde se lee: "Prosedas, quiere Plauto que sean las mundanarias que están sentadas ante sus boticas para yazer con quien a ellas veniere; dizense prostíbulas, o prostitutas".

Siempre se mantuvo como término culto, ajeno al vocabulario popular, no siendo recogido por el diccionario oficial hasta principios del siglo XIX. De los numerosos términos que tiene el castellano para nombrar a las mujeres que comercian con su cuerpo, "prostituta" es seguramente el más aséptico y menos hiriente, porque al remitir a la profesión u oficio se tiene de quien la practica la idea de una profesional o trabajadora del amor. Los otros términos son ofensivos por incidir más en la persona que en el tipo de negocio que desempeña o trae entre manos. Son legión, de la "a" a la "z", los vocablos que se ocupan de la prostitución.

Puerco.

Cochino, persona desaliñada y sucia; hombre grosero, ruin y venal, que carece de cortesía y crianza. Del término latino *porcus*. Es una de las palabras más antiguas, (primera mitad del siglo XI), siendo desde entonces hasta el XVII término generalizado para designar al cerdo. Covarrubias (1611) tiene estas cosas que decir, acerca del animal en cuestión:

Del puerco no tenemos ningún provecho en toda su vida, sino mucho gasto y ruido, y sólo da buen día aquel en que le matamos. Muy semejante a este animal es el avariento, porque hasta el día de su muerte no es de provecho. El puerco dicen a ver nacido para satisfacer la gula, por los muchos bocadillos golosos que tiene. Unos son domésticos, que llamamos puercos o lechones; otros salvajes, dichos puercos monteses o javalíes.

Que el puerco era insoportable en la cochiguera, zahurda o pocilga adjunta a la casa, era cosa que andaba en cientos de refranes: "Casa sin ruidos: puerco en el ejido"; "puercos con frío y hombres con vino, hacen gran ruido". A partir de la fecha citada, el uso en sentido figurado de "puerco" para designar a la persona desaseada y sucia, forzó la creación de un sustituto, incorporándose así al léxico la palabra "cerdo", quedando la voz "puerco" relegada a ámbitos marginales. Como insulto, esta voz ha dado infinidad de derivados: "porcachón, porcallón y porcal", formadas a partir del sustantivo latino *porcellus* = lechón, de donde arranca el ilustre apellido de los Porcel de Murcia, y otros muchos. Torres Naharro, en su *Comedia Himenea* (primeros años del siglo XVI), pone en boca de un criado, dirigidas a una criada, las siguientes palabras:

Pues si alcanzarte pudiera,
por eso que agora dices
te cortara las narices,

¡doña puerca escopetera!

Y en el *Galateo Español*, manual de buenas costumbres escrito en 1582, de Gracián Dantisco, un caballero dice a cierto hombre que regoldaba mucho en público, preciándose de ser ello costumbre sana: "Señor mío, vuesa merced vivirá sano, pero no dejará de ser un puerco".

Puñetero.

Individuo de trato difícil y aviesas intenciones; sujeto torvo y de ruin condición, que en cualquier momento puede asestar su golpe, bien de hecho o bien de palabra. A pesar de lo extendido de su uso no ha sido recogido el término por los diccionarios al uso. En un inventario aragonés de principios del XV, entre las cosas que se mencionan hay "hunos punyetes de oro bermellos, con rivés de oro en el cerco". El encargado de hacer tan trabajosa y concienzuda labor era ciertamente un "puñetero". Sin embargo, no parece que el término ofensivo homófono tenga esa etimología. En el *Universal Vocabulario, en Latín y en Romance*, de Alonso de Palencia, (finales del siglo XV), "puñeta" significa "masturbación", y el puñetero, persona que se entregaba a este vicio o servía a otros en tan ruín menester. En su *Arte de las putas*, Nicolás Fernández de Moratín, incluye los siguientes versos:

No me olvido de ti, pulida Fausta,
que apenas a Madrid recién venida
te pegaron espesas purgaciones
y escarmentada evitas los varones
siendo, cual vieja o fea, puñetera.

Aparte de éste, tuvo también otro uso léxico, ya que se llamaba así al cargante y pesado que andaba siempre fastidiando y aburriendo a los demás, es decir: "haciendo la puñeta, o puñeteando". El mismo autor citado hace este otro uso del vocablo:

¿Ves aquellos que andan cabizbajos y lentos,
que murmuran de todos, sean malos o buenos,
y que hacen lo contrario que nosotros hacemos?.
Pues esos, no lo dudes, todos son puñeteros.

Este significado de persona incordiante es el que ha tenido mayoritariamente, y sigue teniendo, en España. Finalmente, creen otros que se llamó "puñetero" a quien siempre andaba jurando y lanzando baladronadas, toda vez que "¡puñeta!" fue antaño imprecación grosera, utilizada en la calle como exclamación de disgusto.

Putas.

Mujer que comercia con su cuerpo, haciendo de la cópula carnal un modo de vida. Como tal oficio siempre existió y tuvo pingües beneficios; pero no siempre estuvo igualmente denostado. El mundo antiguo en general no concedió excesiva carga negativa al arte de fornicar por interés, aunque ello dependía de la puta misma: en el medio griego clásico no era lo mismo una hetaira, cortesana de cultura,

porte y belleza, que una auletride o tocadora de flauta en los banquetes o *simposya*, a la que se le podía pasar la mano por el cuerpo mientras ejercía. Es voz muy antigua en castellano. En un manuscrito del siglo XIII, aparece el término en el siguiente consejo o mandato bíblico: "No tomarás mujer puta". El término, de origen latino, ya tenía las connotaciones ofensivas de hoy: "ramera, meretriz", y en lo posible se evitaba pronunciar tal palabra, que se rehuía por malsonante e hiriente a los oídos; sin embargo, Gonzalo de Berceo, en los *Milagros de Nuestra Señora*, (primer tercio del siglo XIII), utiliza la forma popular "*putanna*" = putaña:

Fue durament movido el obispo a sanna,
 diçié: nunca de preste oí atal hasanna.
 Disso: diçít al fijo de la mala putanna
 que venga ante mí, non lo pare por manna.

Antón de Montoro, en una copla que hizo a cierta mujer que era gran bebedora, se expresa así a mediados del siglo XV, sin pelos en la lengua, como se acostumbraba antaño:

Puta vieja, beoda y loca,
 que hazéis los tiempos caros,
 esso (lo mismo) me da besaros
 en el culo que en la boca.

El siglo de oro de las putas parece que fue desde 1450 a 1550, al menos en la vida literaria española. Dos grandes obras de nuestra literatura las consagran: *La Celestina*, de Fernando de Rojas, a escala popular, en la ciudad de Toledo; y *La Lozana Andaluza*, de Francisco Delicado, a escala más refinada, en el medio cortesano y curial de la Roma del Renacimiento. De esta obra extraemos el siguiente catálogo de maneras de llamar a las putas:

Pues déjáme acabar, que quizá en Roma no podríades encontrar con hombre que mejor sepa el modo de cuantas putas hay, con manta o sin manta. Mira, hay putas graciosas más que hermosas, y putas que son putas antes que mochachas. Hay putas apasionadas, putas estregadas, afeitadas, putas esclarecidas, putas reputadas, reprobadas. Hay putas mozárabes de Zocodover, putas carcaveras. Hay putas de cabo de ronda, putas ursinas, putas güelfas, gibelinas, putas de simiente, putas de botón griñimón, nocturnas, diurnas, putas de cintura y de marca mayor. Hay putas orilladas, bigarradas, putas combatidas, vencidas y no acabadas, putas devotas y reprochadas de Oriente a Poniente y Setentrión; putas convertidas, repentidas, putas viejas, lavanderas porfiadas que siempre han quince años como Elena; putas meridianas, occidentales, putas máscaras enmascaradas, putas trincadas, putas calladas, putas antes de su madre y después de su tía, putas de subientes e descendientes, putas con virgo,

putas sin virgo, putas el día del domingo, putas que guardan el sábado hasta que han jabonado, putas feriales, putas a la candela, putas reformadas, putas jaqueadas, travestidas, formadas, estrionas de Tesalia. Putas abispadas, putas terceronas, aseadas, apuradas, gloriosas, putas buenas y putas malas, y malas putas. Putas enteresales, putas secretas y públicas, putas jubiladas, putas casadas, reputadas, putas beatas y beatas putas, putas mozas, putas viejas y viejas putas de trintín y botín...

Ya en XVI, el toledano Sebastián de Horozco, en *el Cancionero de amor y de risa*, hace el siguiente alegato *Contra la multitud de las malas mujeres que hay en el mundo*, en la más clara tradición misógina:

Putas son luego en naciendo,
 putas después de crecidas,
 putas comiendo y bebiendo,
 putas velando y durmiendo...

Covarrubias, (1611) se despacha diciendo que es puta "la ramera o ruín muger. Díxose quasi putida, porque está siempre escalentada y de mal olor (...)." Etimología equivocada, desconociéndose de dónde proceda el término a no ser que se trate de una abreviación de la voz latina "reputata" = tenida por, de donde la frase "ser mujer reputada o tenida por ramera".

Siempre fue ofensa grave, sobre todo desde finales del XV a finales del XVII. Recuérdese que los asuntos del honor llenaron de sangre la vida española, y dotaron de mil argumentos a los autores teatrales. El honor se centra, en la época, en la conducta de la mujer, especie de depositaria de la honra familiar. Moreto, el dramaturgo toledano de mediados del siglo XVII, tacha a alguien de hijo de puta mediante metáforas en las que pescar = tener un hijo, y el anzuelo = pene con el que se engendra. El aludido se defiende devolviendo el insulto de manera directa; véase el pasaje:

-¿Hubo ruegos hacia el padre
 que te pescó sin anzuelo?
 -Hubo el ladrón de tu abuelo
 y la puta de tu madre.

En el siglo XVIII se vió todo con mayor amplitud de miras. También el Refranero abordó el personaje de forma desenfadada, sin el hierro que la literatura moralista puso en el asunto. Así, son numerosos los refranes que comprenden o salvan a la puta, o ramera: "Veinte años puta, y uno santera: tan buena soy como cualquiera"; "Putá a la primería: beata a la derrería"; "Putá temprana: beata tardana"; "Veinte años de puta, y dos de beata: cáatala santa"; "A la mocedad, ramera; a la vejez, candelera"... y así *ad infinitum*. Pero no historiamos aquí el viejo arte de Afrodita, diosa que llevó a las putas al templo para que se prostituyeran en su divino beneficio; ni siquiera hacemos un recorrido por toda nuestra literatura. Sólo queremos dar una idea ligera de la carga peyorativa que el término llevaba consigo, y lo que de ofensivo, injurioso e insultante tenía el impropio en cuestión. De hecho, "puta" se encuentra entre las cinco palabras mayores, así llamadas antaño las más injuriosas, ofensivas e insultantes, siendo las otras: sodomita, renegado, ladrón y cornudo. Tres de ellas tienen que ver con el sexo, tabú con el que siempre anduvimos a vueltas.

Puto.

Bardaje o sodomita paciente. El término se emplea en las *Coplas del Provincial* (siglo XV). Su acepción principal es la de "individuo o sujeto de quien abusan libertinos y degenerados, gozando con esa indignidad como goza hombre con mujer". Sebastián de Horozco, en el *Entremés que hizo a ruego de una monja parienta suya*, hace el siguiente uso del término, (primera mitad del siglo XVI):

Mas yo te juro a San Bras,
 nunca me pagué jamás
 de ser puto ni ser lladre,
 porque me eché con tu madre.

Bernal Díaz del Castillo, en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, dirige el calificativo a los indios bujarrones y putos, dados a este pecado nefando; y Juan de Arguijo, en sus *Cuentos* (finales del XVI), relata la siguiente historieta: "Un cura de una aldea enojado con un villano del lugar, díjole con cólera, entre otros baldones: "Sóis un puto". Dió voces el aldeano: "¡Séanme testigos que me descubre la confesión".

Cursa con maricón, como dejan ver los versos del poeta murciano del siglo XVII, Polo de Medina:

A puto el postrer, Apolo le seguía,
y a voces le decía:
Detente, fugitiva de mis ojos,
mira que vas descalza y hay abrojos.

Fue antaño insulto grave, altamente ofensivo; hoy está en desuso, confundido a veces con el putero, elemento que está en las antípodas del maricón.

Quedón, quedona.

Quasón y bromista pesado que a menudo se pasa de rosca. Se dice también de quien la toma con alguien -con quien "se queda"- y no lo deja tranquilo. Puede cursar con chulo o valentón. Es voz moderna, de uso suburbial, preferentemente empleado en ambientes juveniles. Se dice, en femenino, de la muchacha ligona, que fácilmente acepta las relaciones de cama; antónimo de "estrecha".

Quejica.

Individuo molesto de carácter flojo, a quien cualquier pequeña cosa enfada o agobia, y que de todo se queja de manera afectada y melindrosa. Pejiguera que murmura y habla mal de cuanto le rodea. (Véase también "melindres" y "llorica"). Es de uso en ámbitos de la familia y la amistad. También: mierdecilla que sale llorón.

Querida, querindanga, querindonga.

Mujer que tiene relaciones amorosas, o un apaño, con un hombre que la mantiene para satisfacer su lascivia; en cuanto a querindonga, es despectivo de "querida". Larra, escribe: "Se muere por las jorobas sólo porque tuvo un querido que llevaba una excrecencia bastante visible entre ambos omoplatos".

Son términos muy del gusto del siglo XIX, en que a la moza enamoradiza se le llamó "querendona", término que se aplicó también a la amante o manceba de alguien, vocablo muy utilizado antaño en Andalucía, Murcia y Canarias. Pudo experimentar un cruce con la voz "maturranga" = apaño, treta, marrullería, en contextos muy despectivos.

Quidam.

Es voz latina: *quidam* = uno cualquiera, alguien. Se dice del sujeto despreciable, de poco valer, cuyo nombre no dice nada, por lo que se ignora u omite, ya que no se quiere citar; donnadie, un mierda. Bretón de los Herreros usa así el término:

¿Hay mayor dicha
para ti que ser esposa,
no de un pobre, no de un quidam
como yo, sino de un mozo
que tiene un genio de almíbar
y es cosechero en Marchena...?

Quitahipos.

Persona que por su aspecto o fiereza causa espanto; sujeto malencarado y astroso que produce miedo, prevención o sorpresa grandes. Cree Alcalá Venceslada, en su *Vocabulario andaluz* ser voz propia de su tierra, y aduce el siguiente ejemplo, que toma de la novelita *Javier Miranda*, de Juan Francisco

Muñoz y Pabón, (finales del XIX): "El que quiera aturrullarse con portentos y maravillas, sorpresas y quitahipos, provéase de la historia...".

Es término gráfico, que describe el estado de ánimo de la persona que se encuentra ante lo inesperado, definiendo al sujeto que lo provoca mediante el efecto que produce. Prototipo de quitahipos fueron Picio, el Sargento de Utrera, y otros feos eminentes. Es voz que tuvo mucho uso en el siglo pasado; hoy se oye, aunque ha experimentado un cambio semántico hacia lo positivo, tildándose de quitahipos aquello que produce admiración grande.

Quitolis.

Niñato vaina y un poco litri; aprendiz de calavera; niño pitongo de provincias, que quiere ser fino sin dejar de ser un trasto. Alcalá Venceslada incluye el término en su *Vocabulario Andaluz*, aunque es también de uso frecuente en Murcia y partes colindantes con Castilla la Nueva. Alcalá Venceslada da el siguiente uso de esta palabra, citando la novela de José López Pinillos, *Las águilas*, (principios de nuestro siglo): "¿No le dije? Un rayo se ha hecho este niño quitolis. ¡Er Señor nos mire con misericordia...!". La palabra tiene sin duda su origen en la expresión latina *qui tollis peccata mundi* = que quitas los pecados del mundo; perteneciente al lenguaje religioso de la misa católica, pero no vemos la relación de este origen con la aplicación del vocablo.

R ácano.

Vago, holgazán, tacaño. Persona que escurre el bulto, huyendo si puede de situaciones en las que pueda ser llamado a realizar algún esfuerzo. No recogen el término los diccionarios al uso, a pesar de su implantación en todos los niveles de la sociedad.

Rahez, rafez.

Vil y despreciable; sujeto de ínfima condición y muy baja estofa; persona de ningún valor social; individuo soez. Es voz del término árabe *rafiz* = de bajo precio. Deriva del antiguo verbo rahezar: envilecerse, y como tal cuenta con uso muy antiguo en castellano. El rabino de Carrión, Sem Tob, en sus *Proverbios morales*, (mediados del siglo XIV) usa así el término:

Sy mi razón es buena,
non sea despreciada
porque la diz presona
rafez, que mucha espada
de fyno azero sano
sale de rrota vayna...

El Marqués de Santillana recoge así esta palabra, muy en boga antaño, y hoy sólo de uso literario:

No digo que te raheces
por tal vía,
que seas en compañía
de soheces.

Raja(d)o.

Vulgarmente se dice de quien falta a su promesa o incumple tratos y propósitos firmemente expresados, desdiciéndose de aquello a lo que se había comprometido formalmente; cobarde, asustadizo y miedica, a quien es fácil amedrentar; caga(d)o que ante cualquier contingencia o atisbo de peligro se echa atrás, dejando en la estacada a quienes iban con él.

Ramera.

Mujer que negocia con su cuerpo, viviendo de acceder a la lascivia del varón por interés; prostituta. Es voz antigua en castellano. Alonso de Palencia (finales del siglo XV), en su *Universal Vocabulario*, hace esta distinción entre dos tipos de meretrices: "...meretrix tiene esta diferencia de prostíbula: que meretrix, que es ramera, no es tan pública y gana más ocultamente. La prostíbula que es mundaria, está de día y de noche ante su botica presta a todos".

Era ya término que acarrea pésima reputación sobre la mujer a la que se dirigía. Juan de Mariana, (segunda mitad del siglo XVI), fustiga los excesos del teatro, en su tiempo, diciendo: "¿Qué otra cosa contiene el teatro, y allí se refiere, sino caídas de doncellas, amores de rameras...?".

Y coetáneamente, Cervantes emplea la palabra en este contexto: "Acabó de confirmar D. Quijote que estaba en algún famoso castillo, y que le servían con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candial, y las rameras damas...".

Manuel José Quintana, (mediados del siglo XIX), escribe: "Si tienen por voto nacional los gritos de la canalla (...) que al son de los panderos y sonajas de las ramerillas pagadas para ello salían a recibir al rey pidiéndole cadenas...".

En cuanto a su etimología, pudo haberse dicho del latín *ramus* = miembro viril, o pene. Sin embargo, Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua*, (1611) da esta explicación: "...sobre unas estacas armaban sus choçuelas y las cubrían con ramas, de donde se dixeron rameras". Parecida interpretación, aunque en otro sentido, da Corominas en su *Diccionario Critico Etimológico*, quien cree que se diría "ramera" por el hecho de poner éstas profesionales del amor una rama en la puerta de la taberna donde a escondidas ejercían el viejo oficio.

Ramplón.

Zafio, tosco, inculto; persona vulgar y grosera. Antonio Flores, mediado el siglo XIX, dice lo siguiente de cierto personaje arribista: "Lo cierto es que antes de entrar en palacio era un peluquero ramplón". Pero el término era ya empleado en el siglo XVI, en 1591 lo registra R. Percivale en su *A Dictionary in Spanish and English*, muestra de que era término en uso con la acepción, entre otras, de zapatón tosco, siendo aplicado en sentido figurado, también a quien los calzaba, por lo general gente rústica y zafia de poco valer.

Randa.

Pícaro; ladrón; granuja; persona de bajos pensamientos e innoble proceder; sujeto astuto y desaprensivo. Puede ser voz procedente del caló, donde significa "maleante".

Rapaz.

Individuo muy aficionado a hacerse con lo de los demás, cosa que procura dando a sus acciones visos legales. Persona insaciable y envidiosa. El anónimo autor del *Libro de Apolonio*, (primera mitad del siglo XIII), utiliza así el término:

Fueron al traydor, echaron le el lazo,
matáronlo a piedras commo a mal rapaço.
Quando el rey ouieron de tal guisa vengado,
que fue el malastrugo todo desmenuzado,
echáronlo a canes commo descomulgado...

Rareras.

Tipo raro y peculiar, indeciso sexual, de quien no se sabe nada en claro. Se dice también del maricón que lo lleva en secreto. Tipo sospechoso del que conviene guardarse. Como en los casos de "soseras, voceras, tocineras, mojarreras, golferas guarreras" el sufijo en "-eras" incorpora matices peyorativos al significado principal, haciendo del "tío raro" de siempre un individuo ambiguo de conducta imprevisible, de quien no resulta fácil saber por dónde nos va a salir.

Rastracueros.

Antiguamente se dijo del individuo que se arrastraba desnudo, en cueros, sumido en la mayor miseria; persona despreciable, de infima calidad y ningún interés social. Es curioso el cambio semántico radical experimentado por esta voz con la sola adición del prefijo "a-". (Véase arrastracueros).

Rastrapaja, rastrapajo.

Palurdo que se arrastra. Persona miserable, que a la pobreza material une la espiritual. También se le llamó "rastrapies", por el andar cansino y vacilante de quien no tiene rumbo en la vida. Es el arrastraculos y rastracueros que anda un tanto sonado buscando el modo de llenar el vientre todos los días. Aparece en los *Milagros de Nuestra Señora*, de Gonzalo de Berceo, (primera mitad del siglo XIII) como término muy despectivo:

Finó el restrapaia de tierra bien cargado,
en sogas de diablos fue luego cativado,
rastrábandlo por tierrillas de coçes bien sovado...

Rastrero.

Bajo, vil y despreciable. Se dice de personas o cosas, con carácter altamente despectivo. Es ofensa e insulto grande en todas las épocas. Fray Luis de Granada usa mucho el término a mediados del siglo XVI, así como los escritores moralistas de los siglos de oro: "Pues que (no) se sigue de aquí sino que viendo el hombre esta nueva nobleza y dignidad no se atreve a cosas viles y rastreras".

Cursa con "arrastrado", que a miseria material une degeneración y depravación moral. La cupletista Amalia de Isaura cantaba en los primeros lustros del siglo, en clave de humor, el cuplé *No hay quien me mate*:

Y aunque el tal Facundo yo lo considero
por este motivo como hombre rastrero,
sin su amor la vida yo no la resisto,
y pa el viaje eterno he tomao el "mixto".

El término, sin perder la solemnidad y rigidez de siglos pasados, pasó a significar sujeto golfo y encanallado, capaz de gastarle a alguien serias pasadas.

Ratero, rata.

Ladronzuelo de poca monta; sujeto que roba a pequeña escala, hurtando cosas de escaso valor. En *La Picara Justina* (1605), su autor López de Ubeda escribe: "...fue el caso que por decir otra gracia le sucedió otra desgracia en que cierto Roldanillo ratero se deslizó un punto de dedos...".

Rechiquirritillo.

Parece que se trata de la voz despectiva o insulto más diminutivo que pueda decirse en castellano. Así llamamos al archidiminuto y proto-enano, decano de las menudencias liliputienses. Se dice con desprecio y lástima de alguien a quien se considera tan minúsculo en cualquier aspecto moral o social que casi nos parece eso: absolutamente nada. Claro que ese diminutivo podría todavía elevarse a superiores potencias, mediante el uso de nuevos afijos, como archi-, requete-, etc. Recuérdese que el castellano es la lengua más maleable, en este sentido, que existe. Tenga *in mente* el lector que aunque el insulto es siempre una calumnia en miniatura, con este término se llega ya a extremos singulares.

Reinona.

Maricón bocazas, de influencia social notable, y pujanza económica. Se utiliza entre la llamada "jet set" y "gente guapa", turba de advenedizos políticos, sociales y económicos surgida de las filas del arribismo e izquierdismo postizo.

Rémora.

Se dice de alguien que se ha convertido en un obstáculo o estorbo grande; lastre o peso muerto; parásito. Viene de la antigua creencia que asegura tener el pez así llamado en su cabeza un disco oval que adherido al casco de una embarcación puede retardar su avance, hasta llegar a detener el objeto flotante sobre el que actúa. Covarrubias da en su *Tesoro de la Lengua* (1611) considerable atención a este término: "Es un pez pequeño (...) que si se opone al curso de la galera o de otro vagel le detiene, sin que sea bastante remos ni viento a moverle. (...) Para señalar la causa (...) no hallan razón natural".

Tirso de Molina se hace eco de la creencia, y aplica el término referido al oro, que convierte a las personas en rémoras de sus obligaciones y deberes. Y, en general, todo el teatro del siglo XVII utiliza el vocablo, hablando de criados, escuderos, sirvientes, amas... rémoras de sus señores. También poetas como Luis de Góngora y otros. El término sigue en vigor, calificando tanto a personas como a situaciones y cosas.

Renacuajo.

Se llama así al hombre pequeño, mal tallado y enfadoso; hombrecillo despreciable no ya por su escasa alzada, sino por su mal genio y peor intención. Se utilizaba como insulto a finales del siglo XIV, aunque se generalizó a finales del siglo XVI, utilizándose para tildar de tal, como en el caso de "mocoso", a adolescentes y muchachos que afectan actitudes de adulto, así como a gente de nula relevancia social.

En los *Disparates muy graciosos* que figuran a modo de apéndice al final del *Cancionero de obras de burlas*, (siglo XV) se hace este uso del término:

...y topé una procesión
de infinitos renacuajos,
vi quejarse los atajos
porque apriesa los pisaban,
y vi ciertos que cantaban
aquesta glosa siguiente...

Repipi.

Se dice de quien es afectado en sus modales y pedante en el hablar; persona que se conduce de manera manifiestamente ridícula, sin aperibirse de ello. En general, se predica del niño o adolescente redicho y en extremo circunspecto, que traiciona con su conducta pretendidamente adulta sus pocos años. También se emplea el término "pitimini", sobre todo cuando se trata de la versión femenina del repipi, aludiéndose así a la delicadeza y escaso tamaño de las rosas que produce ese arbusto de tallos trepadores. Puede ser voz introducida en el siglo XIX, reduplicación del término italiano familiar *pipi* = bambino, o de la voz dialectal, de esa misma lengua, *pippione*: necio, estúpido engreído. Es posible, sin embargo, que se trate de abreviación de "pipiolo": principiante*, novato*, inexperto*.

Retro(grado).

Carca, carroza o carcamal de naturaleza política o de cualquier otra condición intelectual, que profesa ideas o doctrinas desacreditadas o abolidas por antiguas. Es el antónimo natural de "progre(sista)". Etimológicamente significa "el que va o mira hacia atrás". Larra, (primer tercio del XIX) hace el siguiente uso del término: "La oposición (...) era de hombres retrógrados que abogaban por el progreso...".

Décadas más tarde, Bretón, en una de sus comedias, retrata así a un sujeto chapado a la antigua:

¡Siempre con esas hipérboles
me has de venir...!
¿Quién tus ideas retrógradas
puede sufrir...?

Rezonglón, rezongón.

Persona que rezonga, gruñe o muestra enfado y repugnancia cuando se le manda hacer alguna cosa. También llamados rezongadores, tuvieron pésima fama antaño, y se les zahería desde la escena. Francisco de Rojas, en *La Celestina*, (1499) los ve así: "...no hay, cierto, tan mal servidor hombre como yo, manteniendo mozos adevinos rezongadores...".

Covarrubias lo retrata así, en su delicioso *Tesoro de la Lengua* (1611): "Gruñir el mozo quando le mandan alguna cosa, y a éste le llaman reçongón, porque haze con la boca y narizes cierto sonido, de donde se le puso el nombre por la figura onomathopeia".

(Véase también "zorronglón").

Ribaldo.

Sujeto ruin y apicarado, violento y de vida licenciosa y poco clara; también se dice del hombre vil, chulo o matón de mancebía que vive de las mujeres. Es voz antigua en castellano. En cuanto a su etimología, deriva del francés antiguo *ribaud*, *ribalt* = libertino, bribón, vagabundo, que a su vez deriva de la voz procedente del germano o alemán antiguo, *riben* con el valor semántico de copular, de donde derivó a su vez el término *ramera* según algunos. El escudero del *Libro del Caballero Zifar* (principios del siglo XIV), se llamaba así, y había sido antes un bellaco parlanchín criado de un pescador; el término se documenta en esta primera novela de caballerías, en el siguiente contexto: "¡Ve tu vía, ribaldo loco! - dixo el hermitaño- ¿Cuidas fallar en todos los otros omes lo que fallas en mí, que te sufro en paçiençia quanto quieres dezir?".

Poco antes lo había utilizado el autor de la *Gran conquista de Ultramar*, c. el año 1300. A mediados de aquel siglo, Juan Ruiz, en su *Libro de Buen Amor*, da al término valor semántico de ignorante y bribón:

Entiende bien mios dichos, repiensa la sentencia,
no m'contesca contigo como al dotor de Grecia
con el ribald romano e su poca sabencia
quando demandó Roma a Grecia la ciencia.

Pero el término, que se documenta todavía en el siglo XVI con el valor semántico de "pícaro, pobre mezquino", sonaba ya anticuado, siendo desde entonces raro su uso, sobre todo a partir del siglo XVIII.

Ridículo.

Que mueve a risa por su extravagancia o excentricidad; sujeto insensato, inconsciente, incapaz de apercibirse de que sus acciones, palabras o conducta chocan con la norma. A menudo cursa con "payaso y espantajo". Es voz culta, descendiente del término latino *ridere* = reír, de donde *ridiculus* = que mueve a risa. Lo recoge Cristóbal de las Casas, en su *Vocabulario de las dos lenguas toscana y castellana*, (último tercio del siglo XVI), utilizándolo asimismo Cervantes, en el *Quijote*, con el sentido moderno de "cosa digna de risa". Alonso de Salas Barbadillo, autor de la novela picaresca *La hija de la Celestina*, (1605) escribe: "...siendo vuessa merced severo en el nombre y ridículo en las acciones, se hace más ridículo para con aquellos que le ven obrar contra la esperanza que de su nombre se tenía".

Robaperas.

Granuja de poca entidad; se dice también de la persona de importancia social irrelevante. Voz sinónima de tirillas, mierdecilla, sonajas, donnadie, términos todos ellos de implantación moderna y uso suburbial. Más que ofensivos, son vocablos despreciativos, con intención humillante.

Rocín.

Hombre tosco, ignorante y mal educado, que no ha asimilado bien lo que le han pretendido enseñar. En ese sentido emplea el término el dramaturgo Agustín Moreto, (primera mitad del siglo XVII):

¡Hay tal desesperación!
Ese hombre es un rocín...!

Es tanto como llamarle a alguien "asno, burro". Se dijo antaño de quien por falta de inteligencia o valía no consigue lo que se propone..., como el potro, que por no tener edad para ello, o haber sido muy maltratado, no llega a merecer el nombre de caballo.

Rogelio.

Rojillo no excesivamente izquierdoso, sino sólo lo justo. Tiene carga semántica ligeramente despectiva. Es intercambiable con "rojerías". En el argot político de la calle, se opone a "retro, carga, facha", etc., siendo su antónimo. La voz que ha hecho fortuna en ámbitos populares y de la amistad, se formó a partir de "rojo", color que morfológicamente evoca; no falta quien asegura haber surgido para asimilarlo al antropónimo o nombre de persona, en este caso cierto portero de una casa importante en la calle de Almagro, de Madrid, todavía en ejercicio, según me cuenta un comunicante amigo.

Rojo.

Los términos de valor político suelen conocer valoraciones diversas, en cuanto a la negatividad de su carga semántica, dependientemente de vaivenes y modas. Así, "rojo" ha sido término ofensivo y peligroso para quien lo recibía, en época no muy lejana; y también voz meliorativa que dignificaba a su merecedor, en época igualmente próxima. Más que insulto es impropio o injuria, dicha para perder a aquél a quien se dirige, echándole en cara una condición políticamente peligrosa antaño; o para encomiarle, según fuere el caso, recordándole su vinculación o adscripción a una causa. Es el caso de "rojo, rogelio, rojerías, fascista, sociata, facha, carga, anarco, nazi, etc". En contextos políticos se dice o predica del radical revolucionario de izquierdas; y en lo social, del individuo exaltado, apasionado, un tanto visionario, que cree que el cambio de la sociedad, y hasta el rumbo de la Historia, dependen de él.

Rostro.

Caradura, aprovechado; sujeto atrevido, que bordea la temeridad con tal de vivir de mogollón, a costa de los demás. Tener rostro es tanto como echarle cara a las cosas, y carecer de miramiento alguno, o vergüenza. (Véase también "cara, caradura").

Rudo.

Tosco; necio y de inteligencia torpe; descortés y grosero. Es término y concepto tomado de la voz latina *rudis*, cosa burda, no elaborada ni trabajada. El uso más antiguo conocido del término lo muestra el Arcipreste de Hita, en su *Libro de Buen Amor*, donde escribe:

El amor faz sutil al omne que es rudo;
fazle hablar feroso al que antes es mudo,
al omne que es covarde fazlo muy atrevudo,
al perezoso faz ser presto e agudo.

Rufián.

Hombre sin honor, despreciable y perverso; chulo de mancebía, alcahuete de prostíbulo, que vive de comerciar con las mujeres. Pocos insultos hay tan ofensivos, y pocos individuos con peor catadura moral y humana que éstos, en la tradición literaria española. No hay mejor modo de saber lo que es un rufián que asomarse a la novela cervantina *Rinconete y Cortadillo*, o a su comedia *El Rufián Dichoso*. Allí se ve que no se trata únicamente de un alcahuete y ladrón, de un encubridor de rateros, sino también de un matón y espadachín de oficio, especie de asesino de alquiler. Tirso de Molina los saca a escena con valoraciones como la que sigue:

¡Mal haya quien bien os quiere,
rufianes de Belcebú...!

Corominas, que atestigua la antigüedad del vocablo remontándola al siglo XIV, cree que pudo decirse del término latino *rufus* = pelirrojo, seguramente por la prevención moral que ha existido siempre contra los hombres de ese color de pelo, y por la costumbre de las rameras romanas de utilizar pelucas de esa color. Pero tal vez sea remontarse muy atrás, o hilar demasiado fino; sobre todo si se atiende al término germánico *ruffer*, con el significado de "alcahuete", una de las ocupaciones principales de estos individuos. Cervantes hace hablar así a un criado: "...fue su postre dar soplo a mi amo de un rufián forastero, que nuevo y flamante había llegado a la ciudad".

Cervantes, amable y generoso, quita hierro a las cosas. Ve rufianes por todas partes, con lo que el personaje pierde en fiereza. Medio siglo antes, Lope de Rueda, tiene el siguiente pasaje en el paso *El rufián cobarde*: "¡Ah putilla, putilla, azotada tres veces por la feria de Medina del Campo, llevando la delantera de su amigo o rufián, por mejor decir...!".

Ruin, roín.

Bajo, vil y despreciable; persona de malas costumbres; individuo mezquino y avariento; hombre de mal trato, o cosa no buena. El Marqués de Santillana, (mediados del siglo XV) decía que era la mejor cuña para su propia madera, ya que "a ruín, ruín y medio". G. Correas, en su *Vocabulario*, sentencia: "Cuando al ruín hacen señor, no hay cuchillo de mayor dolor"; y el autor del *Lazarillo de Tormes* dice que Lázaro estaba... "escapando de los amos ruines que había tenido, y buscando mejoría". Juan de Valdés, en el *Diálogo de la Lengua*, asevera: "Al ruín, dadle un palmo y tomaráse quatro". Su forma antigua debió ser "ruino", del vocablo latino *ruina* = desmoronamiento, derrumbe, en sentido figurado, trasladando la carga semántica al campo moral. La frase "cosa ruina", con el significado de mezquino y

mala, se emplea a finales del XV en castellano y en lengua valenciana; en ese sentido usa el término Juan del Encina, en su *Cancionero*:

Trobe y cante quien cantare,
que yo te prometo, Gil,
so pena de ruyn y vil...

Es voz ofensiva empleada desde la Edad Media, variando poco su significado y uso. El toledano Cristóbal de Fonseca, escribe entre los siglos XVI y XVII: "Supiéronlo los fariseos y salieron con dos calumnias: una, que andaba en compañía de gente ruin; otra, que eran glotones, y no ayunaban...".

En el uso actual, sobre todo en Asturias y Galicia, "ruin" se aplica más a cosas materiales que morales. Se puede ser ruín de cuerpo, tlaco y desmedrado, de escaso tamaño o mala salud, y al mismo tiempo grande de espíritu, de gran bondad y calidad humana.

Sabandija.

Se dice en sentido figurado, teniendo *in mente* al reptil pequeño, o al insecto repugnante y molesto. Persona despreciable y dañina. Es término documentado a finales de la Edad Media. El poeta del *Cancionero*, Francisco de Baena, pone en boca de cierta dama la siguiente poesía satírica declarando a su galán por qué lo rechaza:

Ca me han fecho entender
que sóis mala savandija,
e que tenéis una agrija
do la non queréys tener.

Durante las primeras décadas del siglo XVI el término gozó de popularidad, siendo insulto liviano. Sebastián de Horozco, en su *Representación de la historia de Ruth*, lo pone en boca de cierto bobo:

¡Oh, qué gentil sabandija
(...) otro moço es menester ...

Referido a los muchachos, se dice del que es inquieto, sumamente travieso y activo, que no descansa ni deja reposar a los demás, lagartija o zarandillo incansable cuya actividad no reporta beneficio ni utilidad.

Sacamuelas.

Charlatán y enredador. Se dice en sentido figurado de la persona que en cualquier materia o razón quiere alzarse con el triunfo, independientemente de la veracidad o justicia del asunto; individuo que miente con desfachatez y a las claras, con evidente descaro, con tal de llevar a cabo su plan. Se dijo por la costumbre antigua de los dentistas o sacamuelas, que prometían en plazas y mercados sacar muelas o extraer dientes sin provocar en el paciente dolor alguno, para convencerles de lo cual tenían que hablar por los codos. En el teatro de los siglos de oro es personaje del que se echa mano, a menudo despectivamente. Agustín Moreto lo emplea así:

Yerra un doctor la cura a unas viruelas
que las puede curar un sacamuelas...

Y Tirso de Molina, en el mismo siglo XVII:

Muertes en rosario, al cuello:
parecerán sacamuelas.

Hoy se emplea como término despectivo con el que se califica a los malos dentistas, en el mismo sentido que hablamos de "matasanos" cuando nos referimos a los medicastros.

Sacapelotas.

El *Diccionario de Autoridades* (primer tercio del siglo XVIII) recoge el término con el valor semántico de persona ordinaria, sujeto de baja condición, nulidad social, individuo despreciable. También se le llamó sacabuches y sacatrapos. Se alude, con él al individuo que antiguamente asistía al escopetero o arcabucero, como ayudante de soldado; y también al instrumento para sacar balas, o el utilizado para limpiar el cañón.

Salido.

Persona rijosa, de irremediable lascivia, que se mantiene en estado de cachondez durante largos espacios de tiempo, no siendo capaz de adormecer o aplacar su lujuria. Quevedo, en su *Vida del Buscón* (1626) hace sujeto del calificativo a una criada de mesón: "Determinéme de ir a una posada, donde hallé una moza rubia y blanca, miradora, alegre, a veces entremetida, y a veces entresacada y salida".

Saltabardales.

Marimacho; mujerona inquieta y liosa. Es voz gruesa dirigida a mujeres, ya en los primeros lustros del siglo XVII. Se trata de vocablo compuesto, siendo el segundo término sinónimo de valla de espinos, tapial o muro. Existió antaño la frase "ir como saltabardales por el ejido", es decir: andar una mujer hecha un hombretón, o ir sin rumbo y de escapada, como puta por rastrojo.

Saltimbanqui, saltabanco.

Charlatán, socarrero, bufón; hombre bullicioso e informal; persona de poco fiar. Jovellanos (finales del siglo XVIII) usa así el término: "Castilla estaba ya llena de trovadores,... de mimos y saltimbanquis, y otros bichos de semejante ralea".

Era palabra muy del gusto de autores teatrales y novelistas del género pícaro; se sabe que sus gracias y bufonadas en escena levantaban carcajadas en el público. El saltaembanco era criatura dramática que por su propia naturaleza caía bien. No obstante, una cosa era el teatro y otra la vida real. Mateo Alemán, que retrata esa vida en su *Guzmán de Alfarache*, (1599) da este consejo por boca de su protagonista: "... ni haga pacto ni alianza con ciegos rezadores, saltaembancos, músicos ni poetas".

Lope de Vega, en *El amante agradecido*, usa también el término, aunque con el significado de charlatán ambulante metido a boticario, valor que en su tiempo tenía, ya que llamaban entonces así a quien blasonando de químico, puesto sobre un banco o mesa en la calle o bajo algún chamizo o toldo, vendía hierbas y quintaesencias, remedios contra cualquier dolor:

Aquesta es una receta
que un saltabanco me dio
en Sicilia...

De ahí vino el nombre, porque subían y bajaban rápidamente del banco sobre el que se dirigían al público, saltando con agilidad, visitando las más alejadas villas y pueblos. Mateo Vázquez de Leca, (segunda mitad del siglo XVI) en *El filósofo de aldea*, escribe, recordando estampas de su niñez: "...Aquellos chocarreros, bufones y salta-in-banqui, como dice el italiano...". Y en una loa anónima de

muy poco después, un pícaro vagabundo cuenta sus andanzas por Italia, donde fue charlatán callejero, intercalando a menudo la lengua de aquel país que entonces era poderoso imán para los españoles, en sus versos, seguro de ser entendido por todos:

...¿No fui saltimbanqui
entrando por Pontinello?

Y dirigiéndose al público, remedándose a sí mismo, continuaba:

Sentite un poco de gracia,
signiori, quatro parole
che li voglio far intendere
de la bellissime cose...

Y engañaba a la gente, absorta con su río de palabras, su oratoria simpática, su presencia histriónica.

Sandio.

Su uso en castellano se remonta al siglo XII. La empleó Gonzalo de Berceo en su obra *Milagros de Nuestra Señora*, donde escribe "sandío", con acento que deshacía el diptongo:

Respondió el cristiano, díssoli al judío:
entiendo que me tienes por loco e sandío,
que non traio consejo, e ando en radío...

Como el *sandeu* portugués, el sandio es un idiota o un loco. Cree Corominas que pudo haber originado en el sintagma latino *Sancte Deus*, vocativo piadoso que provoca la presencia del pobre infeliz mentecato. Pero parece explicación un tanto traída por los pelos, por lo que cabe pensar en otro sintagma latino: *sine Deus*, pues el sandio es tan idiota que parece haber sido dejado de la mano de Dios. Fue palabra popular en la Edad Media, de uso tan extendido entonces como hoy lo está la voz "imbécil". Juan Rodríguez del Padrón, en su novelita sentimental *Siervo libre de amor*, utiliza el término (primer tercio del siglo XV) con el valor semántico de "necio, simplón":

Avnque me vedes así,
catyvo, libre naçí (...).
Y después, como sandío,
perdí mi libre aluedrío,
que non so señor de mí...

En tiempos de Cervantes parece que era término ya en desuso, por lo que dice Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua*, (1611): "Sandio vale tanto como loco y hombre fuera de su juyzio; vocablo español antiguo desusado. Ensandecer vale enloquecer..."

Sanguijuela.

Sujeto que con mentiras y habilidad va sacando a otro lo que tiene, quitándole poco a poco bienes y dinero. Tiene puntos de contacto con el chupóptero. El maestro Gonzalo Correas, (primera mitad del siglo XVII), escribe: "Chupar la sangre como sanguijuela (se dice) de los que chupan y usurpan la hacienda a otros poco a poco".

Se emplea teniendo *in mente*, el sentido figurado de su primera acepción: "gusano anélido que se alimenta de la sangre que chupa a otros animales a los que se adhiere". Mateo Alemán, en su *Guzmán de Alfarache* (1599), se refiere así al tahúr: "Al jugador desengañó el tablajero, que como sanguijuela, de unos y otros, poco a poco, chupa la sangre".

Desde 1513 lo corriente era llamar a este gusano "sanguijuela", aunque Covarrubias utiliza la forma antigua en su *Tesoro de la Lengua* (1611), "sanguisuela", según él procedente del italiano *sanguisuca*, "porque chupa la sangre, y no suelta hasta que llena el pellejuelo y revienta". Los judíos que dejaron España con anterioridad al siglo XVI, todavía utilizan formas antiguas del término, como hemos podido comprobar en el barrio sefardita de Jerusalén. Fue término muy del gusto de los siglos áureos y sucesivos. Bretón, en su teatro del siglo pasado, critica así a la burocracia:

¡Qué de empleados...!
No hay quien los sume;
son sanguijuelas
que nos destruyen.

El uso de "sanguijuela" como voz insultante ha llegado con todo su vigor y fuerza hasta nuestros días, en que se usa en diferentes contextos.

Sansirolé, sancirolé, sansirolí.

Es tanto como decir "soso y simplón". Se trata de palabra de creación reciente (en 1900), y empleada originariamente en la zona de Salamanca. Según Corominas, (*Diccionario Crítico...*), puede tratarse de una deformación de la expresión peyorativa San Ciruelo -San Necio- por parte de la lengua hablada por los gitanos, el caló, que suele desplazar a la última sílaba el acento de las palabras sobre las que incide, convirtiéndolas en agudas; en cuanto a lo peculiar de la terminación, el caló alterna los finales en -ó, é, í, (*parné, parnó*). Como es sabido, "ciruelo" es forma de llamar al hombre necio. Decir "San Ciruelo", San Sirolé, es tanto como invocar a santos inexistentes, que no podrían ayudarnos, convirtiendo tal conducta en una insensatez propia del tonto. El día de San Ciruelo es como el año sin viernes: una imposibilidad. Amén de lo dicho, en la tradición del teatro renacentista español, para tildar de tonto a un pastor se le llamaba San Ciruelo. Ello, unido al hecho de que para los gitanos no haya mayor tonto ni víctima tan fácil como el pastor, explica la oportunidad del término; lo que sorprende es su tardía aparición.

Sátiro.

Hombre lascivo en extremo, para quien el goce sexual y la concupiscencia han llegado a convertirse en obsesión; salido, que se encuentra en estado de permanente cachondez o deseo; sujeto que padece de itifalia o erección constante del pene. También se dice de la persona ruín, mordaz y atenta a zaherir y motejar. Se toma en sentido comparativo -como en el fondo funcionan gran parte de los insultos-,

teniéndose *in mente* a los personajillos de la mitología clásica, monstruos semidivinos, medio hombres y medio cabras, cuya actividad sexual era exacerbada; de ellos se dio nombre a la enfermedad o desorden fisiológico llamado satiriasis, que es un estado de exaltación morbosa de las funciones genitales del varón.

Sietemachos.

Matasiete en pequeño; persona ridícula que se mete en refriegas de las que no puede salir bien parado. También se dice de las personas de muy escasa estatura que con todo parecen atreverse, sin reparar en sus escasas fuerzas y reducida anatomía.

Simio.

Mono; que en todo imita y remeda a otros, resultando grotesco y ridículo en su intento.

Simple, simplón, simplicísimo.

Persona de escaso discurso, algo boba; mentecato, incauto. Del latín vulgar *simplus* = simple, ingenuo. Es término castellano antiguo, que utiliza ya Gonzalo de Berceo (principios del XIII). En su acepción de "mentecato" se documenta en la primera mitad del siglo XVI. Lucas Gracián Dantisco, en su *Galateo Español* (1582), escribe: "...el lisonjero muestra claro que el que se paga de sus lisonjas sea vano y arrogante, simple y de poco ingenio, pues se deja conquistar y vencer de cosa tan liviana".

Covarrubias, (*Tesoro de la Lengua*, 1611) emplea así el término: "... simple algunas veces significa el mentecato, porque es como el niño, o la tabla rasa, do no ay ninguna pintura, por tener lesa la fantasía y los demás sentidos, y no discurrir en cosas con razón ni entendimiento".

Para el dramaturgo Agustín Moreto, (siglo XVII), simple es sinónimo de mentecato: "Anda, vete, mentecato, que eres un simple"; décadas antes Tirso de Molina escribía:

¿Tan mal gusto tengo yo,
que permito competencias
de una villana, vos noble?
¿De una simple, vos discreta?

La aparición del simple en escena fue celebrada por el público de los siglos de oro. En cuanto al superlativo "simplón", incorpora el matiz de incauto, manso y apacible al significado general de mentecato. Los simplones son unos benditos, aunque los ha habido que han salido listos, como el llamado "simplón de Córdoba", que preguntado por qué no había ido a misa contestó:

No puedo ir a misa
porque estoy cojo;
si voy a la taberna
es poquito a poco.

A éste, como al tonto del dicho, no era aconsejable meterle el dedo en la boca.

Sinvergonzón.

Persona que descaradamente carece de vergüenza, haciendo gala de esa condición. La forma del aumentativo, en contra de lo habitual en estos casos, quita aquí hierro a la carga peyorativa del término, disminuyendo la gravedad del insulto, y haciéndolo más cercano y familiar. (Véase también "sinvergüenza").

Sinvergüenza.

Bribón; pícaro desvergonzado que no se recata de cometer villanías y caer en bajezas; persona que carece de rubor. Es voz latina del latín *verecundia* = vergüenza, que compitió a lo largo de toda la Edad Media con otra forma más popular del mismo término: "vergoña" (todavía viva en hablas dialectales asturianas y en las lenguas catalana y valenciana). En cuanto al compuesto "sin-vergüenza", es voz relativamente reciente, admitida por el diccionario oficial en el siglo XX, aunque de uso anterior, como hemos visto. Es sinónimo de desvergonzado, que Covarrubias define como "el mal criado y atrevido", término de antiguo uso, que se documenta en el *Libro de Alexandre*, (primera mitad del siglo XIII). De hecho, poca falta hacía crear el término "sinvergüenza", sobre todo cuando además existía desde el siglo XVI la frase con valor adjetivo "poca vergüenza", documentada en el *Guzmán de Alfarache*, (1599) de Mateo Alemán. Bretón de los Herreros, a mediados del siglo pasado, utiliza así el término:

En tanto que halaga la fortuna
a un gandul sinvergüenza, torpe, idiota,
gime el talento, y el honor ayuna.

Versos que se avienen con el antiguo refrán que asevera: "Quien tiene vergüenza, ni come ni almuerza".

Snob,esnob.

Novelero, fantasioso, que valora de modo desmesurado cuanto viene de fuera, obnubilándose ante lo advenedizo y foráneo, y restando valor a lo propio. El *snob* es un esclavo de la moda, por lo que su tontuna es semoviente. Padece de una afectación aguda causada por su admiración enfermiza de las novedades, a las que se ve incapaz de resistirse. En cuanto a su etimología, Salvador de Madariaga, (*ABC*, 11-I-1970) *El castellano en peligro*, asegura ser de origen latino vía lengua inglesa. La palabra originó en la universidad inglesa de Oxford, la mayoría de cuyos alumnos procedía de la clase nobiliaria. Los estudiantes hijos de aristócratas rellenaban dos columnas en el registro de la facultad donde se matriculaban, poniendo en una de ellas su nombre, y en la otra el título nobiliario de sus padres. El *registrar*, u oficial mayor encargado de hacer la inscripción, ponía en la columna de los alumnos sin título las siglas S. NOB., abreviatura del sintagma latino *sine nobilitate*, es decir: sin nobleza, plebeyo. De allí derivó *snob*, ya que los alumnos sin título se comportaban como si pertenecieran a la clase noble, adoptando sus maneras y gustos, y tratando de pasar por tales. Evidentemente, eran unos snobs, forma peculiar de hacer el ridículo social.

Sobrero.

Cabrón; cornudo. Se dice en sentido figurado del hombre a quien su mujer engaña sin él saberlo; se tiene *in mente* la imagen del toro que en las corridas se tiene como reserva por si alguno de los de la partida sale deficiente, falto, escaso de cornamenta, o con ésta visiblemente afeitada. "Sobrero", que sobra..., sobre todo a su mujer, enredada con otro. Es voz utilizada en ámbitos encanallados, próximos al suburbio, aunque está muy extendido en recintos urbanos frecuentados por la juventud nocturna, donde se constata su uso.

Socarra,socarrón.

Golfo, rufián; sujeto que con palabras de doble sentido, cáusticas y quemantes, se burla de otro en su cara. Es una de las acepciones posibles del término, y la que asume Cervantes en *El rufián dichoso*:

Estas señoras del trato
precian más, en conclusión,
un socarra valentón
que un Medoro gallinato.

En *Rinconete y Cortadillo* pone Cervantes en boca de una moza del partido:

Por un sevillano rufo a lo valón
tengo socarrado todo el corazón.

Es voz muy del gusto suyo. En *La ilustre fregona* le da este valor semántico: "Aunque conoció que antes lo había dicho de socarrón, que de inocente, con todo eso le agradeció su buen ánimo, y le entregó el dinero".

En todas sus novelas utiliza el término, que a principios del siglo XVII era de uso reciente, ya que se documenta por primera vez en la vida literaria hacia el último cuarto de la centuria precedente. Así, en el *Coloquio de los perros*, se lee: "...Socarrón tamborilero, salid del hospital, si no, por vida de mi santiguada que os haga salir más que de paso...".

Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua*, define así al sujeto: "El bellaco dissimulado que sólo pretende su interés, y quando habla con vos os está secretamente abrasando".

En el gerundio "abrasando" declara Covarrubias el origen de esta voz: de socarrar, pasar por el fuego alguna cosa de modo que por una parte esté quemada y por la otra casi cruda, aludiéndose así a lo cáustico de la lengua de estos murmuradores burlones y ruines. Como tal, el verbo "socarrar", de donde deriva el calificativo, es voz de uso antiguo en castellano. Gonzalo de Berceo lo emplea en su *Vida de San Millán*:

Levantóse el ábrego, un viento escaldado (...)
por las Estremaduras fizo dannos mortales,
ençendiendo las villas, quemando los ravales,
socarraba los burgos e las villas cabdales...

Es asimismo sinónimo de ramera, mujer de mala vida, daifa desvergonzada e impúdica, acepción con la que usa el término Lope de Vega en *El Marqués de las Navas*, donde referido a cierta dama se dice:

Socarrón entendimiento
desenvuelto y despejado
tiene la tal mantellina,
y a ser mujer principal
pudiera ser çelestial,
y quedóse en çelestina.

Sodomita.

Pederasta; maricón a quien gustan los niños; marica a quien le gusta dar y tomar. Es insulto grueso, que a vileza y degeneración une escándalo, degradando sin paliativos a quien lo recibe. Cervantes, en su novela *Rinconete y Cortadillo*, afirma: "¿(Pues) no es peor ser hereje, o renegado, o matar a su padre y madre o ser solomico? ¡Sodomita, querrá decir vuesa merced, respondió Rincón!."

Equivocación parecida en cuanto al término se da en una anécdota relatada por Juan de Arguijo, en sus *Cuentos*, (finales del siglo XVI): "Venía el cura de una aldea con un villano y, entre las injurias que le dijo fue una llamarle somético. Parecióle al labrador que se vengaba (...) con decir a voces: "¡Séanme testigos que me descubre la confesión". Entendiéndose la gracia en el hecho de que bajo confesión el villano se habría acusado a sí mismo de puto, o sodomita. Y Quevedo, a quien no hay palabra gruesa que le deje indiferente, escribe en *Las zahurdas de Plutón*: "Pregunté a un mulero que a puros cuernos tenía hecha espetera la frente, que dónde están los sodomitas, las viejas y los cornudos".

El término alude a la ciudad bíblica de Sodoma a orillas del Mar Muerto, arrasada por Dios por haber degenerado hacia la homosexualidad y la más desenfrenada lujuria, (Génesis, cap. XIX). Antonio de Nebrija, autor de la primera *Gramática castellana*, (1492) usa el término como sinónimo de puto, en su *Vocabulario español-latino*. Desde entonces ha sido insulto u ofensa grave, uso que sigue teniendo hoy, sin que lo culto del vocablo le hurte fiereza o quite hierro. Un sodomita es un maricón redomado, cuya querencia, para mayor deshonra del sujeto en cuestión, es hacia los niños.

Soleche.

Estúpido, embobado. Seguramente voz tomada del caló *solche*, lengua de los gitanos, donde significa "soldado". Es de uso reciente en ámbitos hampescos y de la mala vida. Algunos quieren que derive de la frase "so leches, siendo "so" monosílabo restante del término "señor o seor". Equivaldría a llamarle a alguien "tío leches", en el sentido de "donnadie", y también con el valor despectivo de "malaleche, malasombra".

Sonado.

Persona anormal, de capacidad mental disminuida; grillado, pirado, ido de la cabeza. Se dice de los boxeadores que tras una carrera profesional larga han recibido multitud de golpes en la cabeza, desbaratándoles el cerebro, que empieza a no regir bien. Se predica, asimismo, de quien no coordina ni

logra gobernarse a sí mismo por el uso de estupefacientes limitadores de la actividad cerebral. Por extensión: zombi.

Sonajas.

Donnadie; antiguamente: sacapelotas, persona sin importancia alguna; mierdecilla. Es voz de formación contemporánea, en la que posiblemente se tenga *in mente* el término "sonado", del que sería a su vez una derivación despectiva. Por otra parte, hay quien opina que es voz formada a partir del verbo "sonajar" = alejar, apartar, mantener lejos a alguien, que M. J. Llorens, en su *Diccionario Gitano* incluye entre las voces formadas por influjo del caló español. En esa acepción, el sonajas sería un pobre diablo cuya presencia siempre estorba o compromete, y que conviene mantener lejos.

Sonso.

Aunque el término comparte la etimología de "zonzo" *, su significado es un tanto diferente. El "sonso" es sosote e insubstancial, como aquél, pero añade a esa particularidad el hecho de ser un ingenuo exagerado, rayano en la tontez. Se tilda de "sonso" al muchacho tan tímido que se muestra incapaz de dirigir palabra alguna a la muchacha que le gusta. También se aplica al adulto de ojos inexpresivos, taciturno y silencioso. A los peces que se dejan pescar con facilidad se les da el calificativo de "sonsos", en la América hispanohablante, porque aunque advierten el peligro son incapaces de reaccionar. De sonso se dijo "ser sonso como la mierda de pava", que no sabe a cosa alguna, ni huele a nada; es dicho generalmente de las mujeres desangeladas y pasmarotas, defectos al que se suma un hecho desfavorable: ser poco agraciadas.

Soplapollas.

Es variante caritativa de "gilipollas", insulto cuya fiereza atenúa. Este compuesto estrambótico del verbo "soplar" y del sustantivo "polla" = pene, admite distintas modalidades, todas ellas formadas a partir del ámbito sinonímico de las partes componentes de la palabra. Así se oyen las formas: "soplapijas, soplapitos, soplapijos, inflapollas, hinchapollas, soplapichas...", con una variante simpática e inesperada, de esas que salen por los cerros de Ubeda: soplagaitas, de matices graciosos por lo inesperado de la salida. En el fondo late un contenido erótico, aunque desvirtuado de los usos antiguos del verbo soplar = tener energía sexual, o potencia.

A pesar de lo dicho, cabe la posibilidad de que sólo se trate de un recreo verbal, de un juego de vocablos al amparo del patrón de todas estas voces, que es el gilipollas.

Soplón.

Chivato; acusica y delator; sujeto que se va de la lengua por conveniencia suya, sin importarle el daño que pueda reportar con su conducta a un tercero. Es voz derivada del verbo "soplar", en su acepción de sugerir, acusar en secreto y cautelosamente, delatar. Lope de Vega, en su *Entremés del letrado*, pone en boca del rufián Perote (¡atención al nombre!) la siguiente explicación, al respecto de ciertas voces de la jerga hampesca:

Garfio (llaman) al corchete; a las esposas, guardas;
 a los presos antiguos, abutardas;
 al alcalde, prior; torno al portero;
 herrador de las piernas, al grillero;
 a los tres ayudantes, monacillos;
 abanico, al soplón; trampa, a los grillos...

Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua*, (1611) registra así el término: "Soplar a la oreja es dar aviso secretamente de alguna cosa, de donde se dixeron soplonas a los malsines".

El toledano Agustín Moreto emplea coetáneamente el término:

...un alguacil y un soplón
 me andan de noche buscando,
 con intento de que yo
 confiese culpas ajenas.

Soseras.

Persona sin ángel, esaboría y sonsa. Se dice tanto de hombres como de mujeres, ya que es calificativo sin género. (Para el sufijo en -eras, y su valor despectivo véase "rareras").

Soso, sosaina.

Persona sin gracia, que crece de viveza en acciones y palabras. Es voz de etimología latina, del término *insulsus* = falta de sal. En el primer tercio del siglo pasado utiliza el vocablo José de Espronceda, referido a la vida aburrida y monótona:

Yo no soy
 para una vida tan sosa,
 tan mecánica.

En Cuba se utiliza también "sosera".*

Sueco (hacerse el).

Se dice del individuo que se hace el olvidadizo a la hora de satisfacer una deuda; persona que mira hacia otra parte cuando se le recuerda que debe pagar o hacer honor a alguna obligación adquirida. En el *Diccionario geográfico popular*, de Vergara Martín, se lee la siguiente estrofa alusiva al personaje:

Dos súbditos pierde España
 cuando se presta dinero:

el que lo da, se hace inglés;
y el que debe, se hace sueco.

Aunque hay otras explicaciones, parece que con el sueco en cuestión se alude a los ciudadanos de ese país nórdico cuyos marineros, al llegar a puertos andaluces para cargar vino o aceite, adoptaban a finales del siglo pasado caras de circunstancias cuando se les dirigía la palabra, diciendo a todo que sí y que no, indistintamente, y sin saber a qué se oponían o a qué se negaban. No parece, pues, razonable que el sueco de que se habla esté relacionado con el mundo del teatro latino, cuyos actores cómicos se hacían los despistados o sorprendidos, calzaban el *soccus*, y ponían cara de circunstancia. Esta es tal vez explicación excesivamente traída por los pelos.

Suripanta.

Vicetiple, corista, mujer de reputación dudosa y despreciable. Es voz inventada. Martínez Olmedilla, en su libro *Los Teatros de Madrid*, cuenta que Eusebio Blasco, libretista fecundo, fue el autor de la siguiente estrofa:

Suri panta la suri panta,
macatruqui de somatén;
sun fáribun, sun fáriben,
maca trúpiten sangarinén.

Era parte de los cantables de un coro en griego ficticio, con el que se entronizaba el género bufo en España, en 1866. Aquel año se estrenó en el *Teatro Variedades* de Madrid *El joven Telémaco*, con música del Maestro Rogel, y con F. Arderius como primer actor. Fue uno de los éxitos más apoteósicos de la escena en su tiempo, sobre todo porque salían por primera vez una serie de señoritas ligeras de ropa, cantando, gesticulando y enseñando una pierna. Tal fue la acogida y favor dispensados a la obra que el público se sabía de memoria aquello de las suripantas..., dando ese nombre a las doce coristas que con casco helénico en la cabeza, y coraza, cantaban en escena el extravagante verso. De esa época data el llamar a las mujeres de teatro, primero, y a las de vida airada después: suripantas. De la misma estrofa se extrajeron otros términos, como "macatruqui", para indicar onomatopéyicamente qué es lo que se suele hacer con las suripantas.

T abardillo.

Pesado sumamente molesto; malasombra; persona que da la tabarra, y cuya insistencia la hace insufrible. Se llama así a estos latosos impenitentes por poner a sus víctimas, con su acción, al borde de un ataque de nervios, que es lo que esa enfermedad, el tabardillo, ocasiona a quienes la padecen. Como voz ofensiva la emplea José López Pinillos, a principios de siglo, en su novela *Las águilas*, de habla y ambiente andaluz: "¿Pos no quería salí de la enfermería este tabardillo...? ¡Primaco, guasón, malajoso!; ¿salír pa que te rebentara otro güey...?"

Tabarreras, tabarra.

Persona alocada y molesta que por su insistencia y machaconería resulta sumamente pesada; tabarroso, tostón, que da la tabarra. En el siglo XIX, la Academia acoge en su diccionario la voz "tabarra" como sinónimo de "lata", con el valor de coñazo, pesadez y molestia; un siglo antes, "tabarrera" equivalía a ruido y estruendo. Corominas (*Diccionario Crítico Etimológico*) opina que es voz derivada de tábano, moscón que con su picadura y zumbido molesta a las caballerías; el lugar abundante en insectos de este tipo se llama "tabanera", pero también "tabarrera" en algunos puntos del reino de Murcia y de la región manchega. Según cierta explicación pintoresca, "dar la tabarra" derivaría de la costumbre existente en el pueblo albaceteño de Tobarra de celebrar la Semana Santa con una sonada tamborrada; según esto, del topónimo habría derivado la frase. Pero no resulta verosímil; tamborradas de esa naturaleza se celebran en otros pueblos de España, como Calanda, en Aragón, por citar el más famoso.

Tagarote, tagarete.

Parásito, que aspira a vivir de mogollón. En el *Tesoro de la Lengua*, (1611) Covarrubias tiene esto que decir: "Suelen llamar tagarotes (a) unos hidalgos pobres, que se pegan a donde pueden comer..."

En su acepción principal: baharí, ave rapaz usada en cetrería, es voz castellana antigua, utilizada en el siglo XIV. En sentido figurado no sorprende que un ave de rapiña pueda entrar a formar parte del pobladísimo campo semántico de vagos, parásitos y gorriones que se arriman a cualquier mesa cuando es la hora de la pitanza. La España de los siglos XVI y XVII estuvo llena de estos hidalgos venidos a menos, que por no serles permitido el trabajo manual debido a su clase, andaban siempre hambreado; a diferencia de la clase plebeya o villana no podían ponerse en la cola de los conventos a esperar la sopa boba, ni juntarse a un estudiante rico para comer de gorra. La prohibición legal de emprender trabajos manuales los incapacitaba para ocupación otra que el ejército, la marina o la Iglesia. Recuerde el lector al *Lazarillo de Tormes*, donde el pícaro protagonista sirve en casa de uno de éstos tagarotes; o al *Buscón*, de Quevedo, por donde a menudo se ve pasar al tagarote en busca de su comida como incógnita sin despejar. El término se utilizó también para describir a quien aspira a poseer más cosas de las que puede permitirse; o a quien vive por encima de sus posibilidades.

Tarambana.

Persona alocada, atolondrada, de poco asiento y escaso juicio. Es palabra de origen dudoso, que el diccionario oficial incorpora en 1817. Seguramente se dijo del significado que tiene el término del cual parece derivar: tarabilla, zoquetillo de madera que asegura la puerta. Pero en castellano, catalán y gallego, un tarambana es un sujeto excesivamente libre, a quien no hay quien entarabile. En puntos de la América

hispanohablante el término se utiliza con ese valor semántico, pero en plural: "tarambanas", con la acepción adicional de tronera o tronado, calavera.

Tararira.

Individuo bullicioso e inquieto, que no sienta cabeza ni tiene formalidad; sujeto jaranero y calavera, variante del vivalavirgen. El Padre José Francisco de Isla, en su *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*, (segunda mitad del siglo XVIII), utiliza el término en forma substantiva: "Porque en lo demás, aunque el dios del regocijo fuese un dios de tararira, de trisca, de bulla y de chacota (...) eso para el asunto importaba un bledo".

Tarasca.

Mujer muy fea y contrahecha, aunque desenvuelta, de mal natural y carácter endiablado. Se llamó así a la hembra malencarada, deslenguada y fresca, que a las mencionadas "virtudes" unía ser negruzca de rostro y más fea que Picio. Se aludía con el nombre a la sierpe monstruosa que salía en las procesiones del Corpus Christi en Madrid, en representación del vicio y la herejía. El dramaturgo toledano Agustín Moreto, (primera mitad del siglo XVII), emplea así el término:

-¿Vióse tal persecución
en una mujer honrada?
Casilda, ¿qué hemos de hacer?
-¡Ay, Señora, qué tarasca!
Traza de tragarnos tiene.

Tarugo.

Hombre de malas trazas y rudo entendimiento. Se emplea en sentido figurado teniendo in mente, su primera acepción: clavija de madera. Esta palabra castellana y portuguesa, de origen incierto, tuvo uso temprano con el valor semántico de zoquete, hombre de escasas luces y entendimiento menguado.

Terne.

Matasiete, jaquetón; chulo de burdel; valentón, perdonavidas; espadachín y bocazas. Es término de uso entre gentes de la mala vida. En cuanto a su etimología, es voz procedente del caló, en cuya lengua significa "joven, fuerte, valiente", uno de los pocos términos respecto de los cuales hay seguridad en cuanto a su procedencia india, del industaní *tarún* = joven. Su uso no es anterior al primer tercio del siglo XIX. El poeta argentino Hilario Ascasubi gustaba del término, que utiliza así:

Por mozo trabajador
don Faustino lo quería,
(...) honrao a carta cabal,

y terne si se ofrecía.

Coetáneamente usan el término el poeta Espronceda, el dramaturgo Hartzzenbusch y el novelista Juan Valera, con el significado de "valentón".

La palabra, a pesar de la gran cantidad de voces para referirse al jaque o al chulo fanfarrón, había caído bien entre poetas y novelistas románticos debido a su procedencia exótica: el mundo gitano; también por su novedad. Hoy es término en retirada. Fue, y es, uno de los pocos vocablos que habiendo nacido con vocación ofensiva se tornó en voz laudatoria o admirativa.

Tijeretas.

Cabezota, terco y contumaz; persona incapaz de dar su brazo a torcer, y que es porfiada hasta extremos inconcebibles. Es calificativo de origen literario. Procede de la obra del Arcipreste de Talavera, el *Corvacho o reprobación del amor mundano*, (mediados del siglo XV). Se cuenta allí la historieta de la mujer a quien su marido tiró al río por porfiar con él y discutirle si cierto utensilio cortante era un cañivete o cuchillejo, o por el contrario se trataba de unas tijeretas. El marido aseguraba ser cañivete, y su esposa le contradecía con que "tijeretas han de ser", diciendo una y otra vez:

-¡Que no es cañivete, que tijeras son, tijeras!

Echóla en el río (...); non dejaría su porfía aunque fuese ahogada.

Comenzó a alzar los dedos fuera del agua, moviéndolos a manera de tijeras, dando a entender que aún eran tijeras, y fuése río abajo ahogando....

Su cabezonería le costó la vida. El tijeretas es individuo terco, que pone su loco empeño al servicio de causas inútiles que no le reportan bien alguno. También se dice de los vanos y porfiados que por orgullo y exagerada idea que de sí mismo tienen, dejan pasar ocasiones de oro para su felicidad.

Tío.

Pobre diablo; hombre rústico y grosero; sujeto miserable, de ningún recato. Mediado el siglo XVI, Juan Rufo, en sus *Poesías*, publicadas como apéndice junto a sus *Seiscientas Apotegmas*, hace al término sinónimo de fulano:

Llamaremos, si tú quieres,
por escusarnos de nombres,
tíos a todos los hombres y
tías a las mujeres.

Con el sentido actual, de trato informal y familiar, en el ámbito de la amistad y la confianza, se empleaba a mediados del siglo pasado; Bretón documenta este uso:

Mas decirle: "amigo mío ,
ya no pienso como ayer..."...
Para eso es fuerza tener

cara de vaqueta, tío.

En el medio andaluz, se dijo del sujeto sin importancia, *donnadie* o *pelanas*; también del buhonero que andaba por aldeas y cortijadas vendiendo mercancías al grito de "¡Ha llegao ya!". Una copla recoge la vieja costumbre:

El tío de los corruocos
no tiene calzones blancos,
porque está la musolina
a catorce o quince cuartos.

Hoy tiene matices semánticos diferentes y ha perdido valor adjetivo, sirviendo de muletilla para evitar mencionar el nombre de la persona a quien se habla, o de quien se comenta algo.

Tipejo.

Sujeto ridículo y despreciable; despectivo de "tipo". Incluye el término F. Ortiz en su *Glosario de Afronegrismos*, (primer cuarto del siglo XX), documentándolo en Cuba. La voz, que debe ser anterior, es uso antifrástico de "tipo": "modelo, ejemplar, perfecto". Se dijo en función exclamativa y con retintín: "¡Vaya tipo!", queriéndose significar algo parecido a nuestro actual "¡Menudo elemento!". De este uso derivó luego el despectivo en "-ejo", con lo que se profundizaba en la expresión del desprecio.

Tiquismiquis.

Persona atildada, que gusta de ofrecer aspecto cuidado, y da importancia excesiva a tonterías y a cosas que no la tienen. Pudo haberse derivado del caló *tuquis-muquis* = contigo-conmigo. Andarse alguien con muchos tiquismiquis es tanto como andarse con mucho cuidado. A pesar de lo dicho, en opinión nuestra, es término de creación expresiva, queriéndose dar a entender con el sonido de los fonemas empleados los escrúpulos y remilgos, los cuidados y prevenciones de quienes ponen gran atención en sí mismos y en la imagen que proyectan no sólo vistiendo y comportándose, sino también hablando. Mesonero Romanos, utiliza así el término, mediado el siglo XIX:

Salga aquí la más vieja y cuide de hacerme una relación clara y sucinta, sin ambajes ni rodeos, entre tanto que las demás pueden irse formando en comisiones; y cuidado con las intrigas y con los tiquismiquis, que no estoy, juro a Bríos, con intención de perder el tiempo.

El término se documenta a mediados del XVII, seguramente del latín macarrónico *tichi-michi*, alteración vulgar -cree Corominas en su *Diccionario Crítico-* de los dativos pronominales *tibi, mihi*, pronunciados así en las conversaciones de los conventos, y que solían terminar en pequeña disputa. El dramaturgo Agustín de Moreto emplea así el término:

Acabóse en tiquis-miquis:
propio paso de comedia.

Entre los remilgos adoptados por estos individuos remirados y relamidos, sobresalen los de naturaleza lingüística. Vicente Vega, en su valiosísimo *Diccionario de anécdotas*, se hace eco de cierta dama de Cuenca, Catalina de Mota, redicha y afectada, que para que abriera las ventanas y recorriera las cortinas decía a su criada: "Doméstica, abra esos pinos, corra esos linos para que entren los céfiros matutinos...".

Tira(d)o.

Persona de ínfima condición moral, despreciable y abyecta, que ha caído demasiado bajo; sujeto sin dignidad ni vergüenza, a quien no le importa vivir sin honra ni honor. Es vocablo de uso generalizado; en su acepción femenina es sinónimo de fulana, mujer rastrera, puta de ínfima clase, que vive los últimos días de su oficio de cualquier manera, y haciendo cualquier cosa. En usos coloquiales, o de ámbito familiar pierde hierro. Los hermanos Álvarez Quintero, en *Los borrachos*, pone en boca de la "señá Dolores" la siguiente retahíla de insultos, dirigidos al marido:

¡Ay, vaya un marío
que er Señor me ha dao;
tan reteperdíó,
tan retetirao...!

Tiralevitas.

Lacayo, pelota y lameculos. Sujeto siempre dispuesto a dar coba a quien considera superior a él, en la esperanza de lograr un beneficio o trato de favor, sin importarle el daño que pueda acarrear a terceros, generalmente sus compañeros de trabajo o colegas.

Tirillas.

Hombre pequeño y encanijado, de nula importancia, pero que a pesar de su insignificancia presume mucho. De este hecho le viene el nombre en sentido figurado, ya que las tirillas a que se alude son las ballenas de lienzo que se ponían simulando un inexistente cuello, en las camisas y puños, e incluso como falsa pechera; servían también para fijar en ellas el cuello postizo, y antaño el cuello duro. El tirillas gusta de presentarse bajo un aspecto impecable, pero siendo un desgraciado pobretón lo hace de esa manera entre improvisada y postiza que termina acarreándole el ridículo, ya que ni la camisa es camisa, ni nada de lo que trata de lucir es genuino. Tiene puntos de contacto semántico con el tiquismiquis y el sietemachos. Es palabra reciente, como tantas surgidas en las últimas décadas, por lo que pertenece a un léxico joven, sin historia. Muchos de cuyos términos no sobrevivirán.

Títtere.

Individuo sin personalidad propia, que obra y actúa por boca de ganso e iniciativa de terceros, siendo mero instrumento al servicio de intereses y propósitos turbios de los que apenas saca los pies fríos

y la cabeza caliente. Dícese también del sujeto informal y ridículo, especie de chisgarabís pequeñajo que a pesar de su posición y condición social baja se atreve a mostrarse incomprensiblemente pagado de sí mismo. En ese sentido se utiliza en el teatro de finales del siglo XVIII, y en el XIX:

¿No es una maldita idea
que aborreciendo a ese títere
quieras casarte con él?

Pudo derivar del griego *titiros*: mono pequeño, aunque Corominas da como probable un origen onomatopéyico al término, surgido por imitación del sonido que el titerero hace llegar mediante una lengüeta hasta la boca del muñeco. El sentido actual es figurado, y debió surgir en el mismo siglo XVII en que se introdujo el término en la lengua escrita. La novela picaresca la *Picara Justina*, (1605), y coetáneamente el Quijote, documentan su uso en su acepción original. Hoy se emplea como insulto próximo al campo semántico de "Payaso, marioneta, veleta, muñeco, fanteche, etc."

Tocho.

Se dice del sujeto inculto y tosco, necio y tonto. Covarrubias creía que el término es variante corrupta de "tosco", sinónimo de grosero y de mamón. Corominas, que lo documenta en torno al año 1500, dice desconocer su etimología. En cuanto a su valor semántico, no parece que experimentara cambios. En el *Cancionero* editado en Valencia durante los primeros años del siglo XVI, el de Hernando del Castillo, o *Cancionero General*, uno de sus poetas emplea así el término:

La paja guardan los tochos
y dejan perder los panes.

Ese rasgo de simpleza acompañaría a estos sujetos a lo largo de la vida de esta palabra, hoy en desuso. Ambrosio de Morales, (mediados del siglo XVI), dice que "a los hombres (...) mal considerados en muchas cosas, llamamos agora tochos". Coetáneamente, Sebastián de Horozco emplea el término en el siguiente pasaje de su *Representación de la historia evangélica de San Juan*:

¿Que he comido?
¡Dístesme un güeso roido!
¿Pensáis que soy algún tocho?
¡No véis que negro partido!
Y aún en todo oy no he bebido
sino sólo un escamocho.

Baltasar Gracián, ya en el XVII, (*Morales de Plutarco*) emplea así el término hablando de los varones sensatos y prudentes: "Semejante a éstos es aquél que se guarda y se recata del hombre tocho, abobado y necio..."

Tocineras.

Derivado de tocino en su acepción de "cerdo" *. Se dice de la persona torpona y boba, metida en carnes y un poquitín guarra. Es voz insultante de uso suburbial o marginal. Antaño, el vendedor o vendedora de tocino, como también el carnicero, tenía pésima reputación social, por ser entre los oficios el considerado como más villano y ruín. Incluso en el mundo antiguo era ocupación vil. Cristóbal Suárez de Figueroa, en su *Plaza universal de todas las ciencias y artes*, escrita entre los siglos XVI y XVII, a propósito de este oficio, escribe: "Plutarco refiere que siendo Hicrates hijo de un tocinero, le dio Hermodio en rostro con su bajeza".

En cuanto al plural en "-eras", véase lo que decimos en la voz "rareras".

Toli, toli, toli-toli.

Bobo, pasmarote y aturdido. Parece que es voz derivada de *tolle-tolle*, término que registra en el primer tercio del siglo XVIII el *Diccionario de Autoridades* como voces latinas que se usaban antaño para dar a entender confusión y tumulto grandes, que aturdirían y atontaban a quienes se encontraban inmersos en ello.

Tolo, tolondro, tolondrón, atolondrado.

Aturdido, que no tiene tino ni tiento en las cosas. Creen algunos que se dijo de la voz alemana *toll* = estúpido. Sin embargo, parece que es término del bajo latín, "*turundus*" "turundo" = bollo. De esta voz derivó "tolondro", por disimilación de la "r". Así aparece en el *Lazarillo de Tormes*, (1554). Cuando se quería decir, antaño, que algo se ha hecho de manera irreflexiva, sin ser pensado dos veces, se decía que había sido llevado a cabo "a topa tolondro".

Tontaco.

Individuo simplón, decaído y aplomado; sujeto de muy pocas luces y escaso entendimiento; en Andalucía, de donde parece oriundo el término, se dice de quien todavía no es tonto del todo, pero está en vísperas de serlo, estando a sólo un grado de licenciarse o recibirse como tonto completo.

Tontilindango.

Tontaina, tontilucio, tontucio. Como otras voces relacionadas con la condición de "simplón", que Alcalá Venceslada da como de procedencia andaluza en su *Vocabulario*, el término añade a la calidad propia del tonto un matiz adicional despectivo: tonto un tanto hipócrita y falso, reservón y cobista, que en un momento dado puede liar mucho las cosas. No he visto el término en su forma escrita, (Alcalá Venceslada aporta un ejemplo propio), pero sí lo he escuchado a mi abuela Isabel Reyes, natural de Alcalá de los Gazules (Cádiz) y educada en Las Palmas de Gran Canaria a principios de siglo, que lo utilizaba para reñir a mi hermana Emilia, a quien regalaba así los oídos: "Niña, eres una tontilindanga de cuidao, de las que las matan callás, ea...".

1. Tonto.

Persona muy necia e incapaz; sujeto falto de entendimiento y razón. En España empezó a utilizarse la palabra algo tardíamente, hacia la primera mitad del siglo XVI. Su primera documentación escrita parece que data de 1570, según el autor del *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana*, Corominas. Nunca fue insulto grave, a menos que se hiciera acompañar de calificativos que doblaran su extensión peyorativa, como "loco, vano, pavo", etc., así como de genitivos: "del culo, del nabo, del pijo, del higo, de la polla, de los huevos, de los cojones, de la cabeza a los pies", o tonto integral. La palabra misma admite gran número de matices mediante todo tipo de afijos. Así, la familia numerosa de los tontos alberga en su seno a los alocados, o tontilocos; a los pavitontos, tontos peligrosos que a su tontez unen la calidad de quien hace gala de dones que no posee, siendo a la vez estúpidos; a los tontos engreídos, o tontivanos, afines a los pavitontos; a los tontilocuos, o que de continuo dicen sandeces; al boto, que es tonto de mente roma, o necio de cortísimos alcances; al tontón y tontuelo, que son tontos inofensivos, así como al tontucio, que es medio tonto, sin que esté claro qué substancia integra su otro medio. Tirso de Molina gusta de pasarlo por escena, desfilando por su teatro gran número de ellos, algunos con nombre, como el Lucas de Toledo, tonto insigne a quien se le dice:

Andad, que no estáis en vos.
Es el tonto más sencillo,
el Lucas, que vio Toledo.

Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua Castellana*, (1611) asegura que la voz "tonto" tiene etimología latina, del término *tondus* = vacío; la explicación que daba era porque el tonto tiene la cabeza hueca, sin cosa alguna dentro: Púdose decir de tondo, redondo, vacío (...), y el tonto tiene vacía la cabeza por carecer de entendimiento, el cual en él es redondo, en oposición de los que tienen buen entendimiento, que llamamos agudos".

Otros creen que deriva del griego *tonzorizo*, de donde se dijo antaño lo de "tonto del rizo", sin que tenga que ver lo uno con lo otro, ya que el *tonzorizo* griego se caracterizaba por su rezongar al hablar, no entendiéndosele por ello bien. También pudo decirse de "tunditus", o vapuleado, tundido, molido a golpes..., porque con el tonto todos se metían, y se descargaba en él iras y malos humores nacidos de las limitaciones ajenas. Sánchez de las Brozas aseguraba en el siglo XVI que la voz en cuestión provenía del adjetivo latino *atonitus*, ya que el tonto parece estar siempre en estado de asombro, de cuya característica se dijo también la voz pasmarote*. El tonto, cerrado de mollera o cargado de letras, agudo como punta de colchón, puebla el léxico castellano con sus sinónimos, y de él hay cuantiosas entradas en el Refranero: "Cuando un tonto pasmao coge la linde, la linde acaba, pero el tonto sigue". "Cuando al tonto da por hilar, poco es todo el cáñamo del cañamar". "No sabo, no sabo -dice el tonto-, pero mete el nabo", etc.

2. Más tonto que el maestro de Siruela.

Dice la segunda parte del dicho: "...que no sabía leer, y puso escuela". La frase censura a quien habla de algo que no entiende, utilizando actitudes de maestro. Aunque el nombre del maestro puede venir forzado por la rima, caso de otros tantos individuos, como el maestro de Algodor, que no sabía leer y daba lección, parece que existió el maestro de Siruela en el pueblo pacense del mismo nombre. Rodríguez Moñino dice en su *Dictados tópicos de Extremadura*: "...dícese de los maestros que carecen de conocimientos para enseñar.. ". A muchos les parece que el tal maestro no era tonto, sino un listo que quería rentabilizar su ignorancia de la única forma que esto puede hacerse: ocultándola. Ese fue el caso con otro maestro ignaro, al que alude el dicho: "Más tonto que el maestro del Campillo, que no sabía leer y tomaba niños", es decir, aceptaba alumnos en su escuela o pupilaje.

3. Más tonto que el Sastre del cantillo.

El sastre del cantillo, que cosía de balde y encima ponía el hilo. Estos tontos son simpáticos y generosos, tanto que se pasan, dando en la insensatez. La frase se utiliza para denotar exceso de generosidad, rayana en la idiotez. A éste le pasaba como a la costurera de Miera (Cáceres), que bordaba de balde y además aportaba la seda. Son numerosos los dichos de esta naturaleza sospechosamente generosa en gentes de aquel oficio, que si de algo tenían fama era de ladrones. Así, se habla del sastre de Peralbillo (en Ciudad Real), o el de la localidad cacereña de Piedras Albas, de quien se dice que ponía hasta el hilo y las agujas, y no cobraba por el trabajo. Más que tontos o bobos eran gente inconsciente e insensata, a quien su familia tendría algo que decir sin duda alguna. A veces se fuerza el apellido del sastre en cuestión para buscar una rima determinada, como en el caso del sastre de Ciguñuela, que cosía de balde y ponía la seda y la tela. Este último era el más tonto de todos, porque existe la sospecha de que los demás robaban tanto en el tejido, en el género, que podían permitirse no cobrar la labor. Hay casos en la historia menuda de los gremios en los que se robaba de esa sutil manera, sobre todo en vestidos de calidad, en los que se utilizaba un paño carísimo, o se introducía entrehilados de oro.

4. Tontolínato.

Tonto de remate, o ab initio; tonto de nacimiento. Voz en cuyo segundo término del compuesto se declara la naturaleza de esta criatura: "nato", nacido así. Tonto sin remedio.

5. Tontorrón.

Aumentativo de tontón, que a su vez lo es de tonto. Persona simple y retraída, a quien la tontuna le viene de un exceso de bondad o confianza en el prójimo; persona torpe a la hora de elegir, quedándose a menudo con lo que menos le conviene. El sufijo prerromano "-orro" es forma aumentativa del despectivo, que agrava el semantismo del vocablo, caso frecuente en voces que aluden a la condición humana. Fernando Álvarez de Sotomayor, en *Alma campesina*, hace el siguiente uso del término en un contexto costumbrista de corte realista andaluz:

Y tan poco entremetío
que ni el metal de la voz
pudimos sentirle naide
ni pa darnos el adiós,
le nombraban con el mote
de Frasquito el Tontorrón.

6. Tonto bolonio.

A quien presume de sabio, siendo notoriamente un zote, se llama desde antiguo "bolonio". El dicho "ser alguien un bolonio" tiene raíces históricas. Se aplicó a los estudiantes castellanos que gozaban de beca en el Colegio Español de la ciudad italiana de Bolonia, en el siglo XIV. El centro estaba dotado por el cardenal de Toledo Don Gil Carrillo de Albornoz. A los afortunados que lograban plaza y la consiguiente beca de estudios, quienes no la habían obtenido los llamaban "bolonios", en plan de burla, mezcla de envidia y ánimo insultante. Y cuando volvían con su recibimiento o licencia, conservaban el mote. Sucedió que uno de ellos, que debió obtener la plaza por recomendación, no estuvo a la altura

intelectual que cabía esperar, sino que muy al contrario era un tonto notorio, a pesar de su diploma. Dieron en llamarle "bolonio", queriendo significar con ello "tonto solemne".

7. Tonto pajón.

Es una modalidad del tonto fingido, ya que aunque lo parecía no lo era, pues pedía de casa en casa para los mártires y se colaba en la cocina, donde hacía estragos. Esta modalidad de tonto finge ser bobo para lograr lo que persigue, y busca así su provecho. Por él se dijo lo del refrán: "¿Quieres comer a costa de otros? Pues entonces, hazte tonto. Porque si quieres vivir contento, nada como ser jumento".

8. Tonto pichote.

Pichote, o Pichoto, más tonto que un hilo de uvas, es tonto de filiación andaluza. Se llama así a alguien cuyo cerebro deja que desear en cuanto a su funcionamiento. El tonto Pichote es en extremo necio, y completamente negado para entender cosa alguna que ofrezca dificultad. No se sabe que haya existido históricamente el tonto Pichote; lo más probable es que tenga que ver con "picha", cuyo aumentativo sería. El tonto Pichote es pues una mezcla explosiva de tonto de la picha, loco, y bobo terco y contumaz. Arturo Reyes, en su novelita *De mis parrales* (primer tercio del siglo XIX), describe así a uno de sus personajes: "...y además es un güen mozo, por más que sea más tonto que Pichote...

9. Tonto pipí.

Persona poco advertida, sin viveza ni reflejos, desangelada y sin gracia, que anda siempre metiendo la pata y dando la nota por doquier, con lo que acarrea desgracias e inconvenientes no sólo para sí, sino también para quienes la rodean. Se alude al pájaro llamado pipi de los prados o de los árboles, muy común en España, que alternando llanamente y sin reserva con aves de otra especie es fácilmente cazado por su canto: el monótono "pi-pi", que emite incluso en presencia de peligro, cuando lo que le convendría sería dejar de piar, siendo él cogido mientras las demás aves se salvan. Se dice de quien hace el juego a los demás, olvidando sus propios intereses.

10. Tonta de Candelario.

Existió en ese pueblo salmantino. De hecho es la protagonista del dicho "atar los perros con longanizas". Eso hizo ella a principios del siglo XIX. El hecho tuvo lugar en la choricería de Constantino Rico, conocido por el mote de "Gran Choricero", y a quien el pintor Francisco Bayeu inmortalizó en un famoso tapiz que puede verse en el Museo del Prado. Cierta obrera que trabajaba en la factoría de embutidos tuvo la ocurrencia, por no tener sogas a mano, de atar a su perrilla con una ristra de longanizas. Entró en aquel momento su hijo a darle algún recado, y en viendo la singular atadura del can divulgó por el pueblo la especie de que en la choricería de Constantino Rico había tal abundancia de todo que se permitían atar los perros con longanizas. Lógicamente el perro en cuestión se comió las longanizas, y escapó, quedando en evidencia el grado de inteligencia de la operaria.

11. Tonto de Albeta.

En Albeta (Zaragoza) existió, según cuenta José María Sbarbi (*Diccionario de Refranes, Adagios y Proverbios*) un tonto que no lo era tanto. Tuvo la ocurrencia de arrancar en una noche todas las matas de calabaza de su pueblo, menos las del campo de su madre. Se le preguntó el porqué de su acción, y contestó con naturalidad: "Miá que redió: pa que mi madre venda más caras sus calabazas". Y es que no parece que haya nadie tan tonto que de alguna manera no busque su propio beneficio, o barra para adentro.

12. Tonto de capirote.

Persona necia e incapaz. En cuanto al origen del dicho hay diversas versiones. Entre las más antiguas se cuenta la de Gonzalo de Correas, quien en su *Vocabulario de Refranes*, al hablar del capirote dice que se lo ponen para hacer burla y escarnio de él, sin que éste trate de impedirlo. No se trata, ni tiene que ver con la capucha o caperuza, ni con el cucurucho que portaban los disciplinantes o quienes acompañaban a las imágenes procesionales de las cofradías. La voz "capirote o papirote" significa también golpe dado en la cabeza, o capón. El tonto del capirote era así llamado porque se dejaba pegar, y encima se reía. Por eso, ya en el siglo XVI se conocía también a este personaje por "tonto de papirote" y "sayo jironado", tan sumamente tonto que consiente en que le den capones y se mofen de él. Estos tontos podían ser reales, pero también fingidos, sobre todo en aquellos pueblos y lugares que carecían de tonto oficial, o tonto del pueblo, sobre el que secularmente se ha descargado los malos humores. En las fiestas populares de Castilla existía la figura del "tonto de capirote" o bonete puntiagudo, que se prestaba a recibir bromas y vejaciones por un módico sueldo. Era un tonto de alquiler para hacer reír, que pasaba por tal durante unos días, los que duraba la fiesta.

Junto a la explicación indicada al respecto del origen de este tonto, V. Vega, en su utilísimo *Diccionario de rarezas*, dice que durante la primera mitad del siglo XVII cierta compañía de comedias llevaba consigo para hacer el papel del gracioso a un cómico que hacía de criado medio idiota, el cual, con sus tonterías, ademanes grotescos y trajes ridículos con que se mostraba, movía al público a risa. A esta criatura escénica se le llamaba "tonto de capirote", por tocarse con esa prenda, montera apuntada forrada de piel de gato, prenda del tocado habitual del momento. Probablemente, tras un entrecruzamiento de todo lo expuesto se consolidaría el dicho, que ha llegado hasta nosotros.

13. Tonto de los pasteles.

No entender más que el tonto de los pasteles es tanto como entender sólo lo que a uno le conviene. Es uno de los muchos tontos que sacan provecho de la tontez, aunque no llega a ser tonto fingido, pues lo es de verdad. El tonto de los pasteles existió en Pastrana, provincia de Guadalajara, hacia mediados del siglo XVI. No tiene nada que ver con los asuntos políticos habidos en aquella ciudad alcarreña, protagonizados por la Princesa de Eboli y el famoso Pastelero local. Al bobo en cuestión lo enviaron a recoger una bandeja de pasteles de encargo, en parte para probar si servía para algo. Lo enviaron, fue y volvió. Y cuando lo vieron con las manos vacías le preguntaron por los pasteles contestó que se los había comido todos. Se le afeó la acción, y a la pregunta de por qué lo había hecho, respondió: "Toma, y como soy tonto...". Con lo que se probó que si bien no servía para traer unos pasteles de la pastelería, el mozo sí sabía sacar partido de la situación, y utilizar la fama que se le daba en su propio provecho. Juzgue el lector acerca de la conveniencia de llamarle tonto.

14. Tonto del bote.

Es otro tonto de implantación y raigambre. Junto al de Coria, Abundio y Perico el de los Palotes, está entre los más populares: todos ellos llevaban uvas de postre a la vendimia. El del bote se hizo famoso en Madrid a mediados del siglo XIX. Era un mendigo muy simple que recogía limosna en un bote en la puerta de San Antonio del Prado. En este menester estaba cuando un toro escapado de la plaza, cuando el coso estaba en la calle de Alcalá, se le plantó delante, se paró ante el pordiosero, que permanecía inmóvil, como si no fuera con él la cosa, ajeno al peligro que evidentemente estaba corriendo. El toro lo olfateó, dio un bufido y siguió Prado abajo en loca carrera. Todo Madrid comentó el suceso, y un testigo ocular aseguró que el tonto le había pedido limosna al astado. Saltó la noticia a las páginas de los periódicos haciendo célebre a su protagonista, a quien inmortalizaron con la dudosa fama del "tonto del bote", por cuyo nombre aún lo conocemos.

15. Tonto (d)el haba.

Sujeto que siendo imbécil por naturaleza tiene además la desgracia de ser patoso. Se predica de quien siendo simplón no termina por asumir su condición. La segunda parte de la frase remite, en metáfora formal, a la punta del miembro viril, por asemejarse la parte de la anatomía masculina aludida a la semilla de esa planta herbácea.

Es insulto grosero, intercambiable con los de "Tonto (de) la polla", "tonto (d)el pijo", "tonto (d)el carajo", etc. Amén de lo expuesto, tenga el lector presente la mala opinión que de esta planta tuvo el mundo antiguo, hasta el punto de prohibir su ingestión a quienes oficiaban en los templos por la flatulencia que provoca, perdiéndose -debido a las ventosidades- el respeto y decoro a los lugares sagrados. Quien osaba comerlas era tenido por estúpido. Ser más tonto que una mata de habas -como todavía se lee en algunos cuentos infantiles- participa de esas creencias antiguas.

16. Tonto que asó la manteca.

Decimos de alguien muy necio, para tratar de calibrar su grado de tontuna, que es más tonto que quien ásó la manteca. Pero ¿vivió alguna vez tal personaje...? El erudito sevillano Luis Montoto, en su obra *Personajes, personas y personajillos*, escribe lo siguiente: "No recuerdo dónde leí que el célebre cocinero Montañón, en su libro de recetas culinarias publicó una para asar la manteca".

Es claro que Montañón, andaluz guasón, incluyó tan estrambótica receta en son de broma, pero algunos se la tomaron en serio e intentaron seguirla al pie de la letra, no sin asombro para Montañón, que se llevaba las manos a la cabeza, y decía, según aseguran fuentes autorizadas: "Ozú, la cantia' e tonto c'hay...".

17. Tontos a tiempo partido.

El ejercicio de la tontez o tontuna raramente es ocupación de dedicación exclusiva. Lo más corriente es que se ejerza durante algún tiempo, o en ocasiones muy concretas. También hay quien ha sido tonto una sola vez, y por tonto lo tuvieron y motejaron. Pertencen a ese grupo los componentes de la nutrida familia de los inconscientes y demás sujetos de cortos alcances a la hora de juzgar y ponderar las consecuencias de sus actos. Ejemplos notable de tonto ocasional fueron, entre otros, la famosa tonta de Candelario, o el sastre del Campillo.

Torpe, torpón.

Es palabra que afecta a diversos ámbitos: el de la inteligencia, el de la habilidad y el de la catadura moral de las personas. En cuanto a lo primero, describe al hombre rudo, de tardo entendimiento, pesado de reflejos, y de reacciones lentas. En cuanto a lo segundo, se dice del hombre desmañado, carente de destreza. Y en cuanto al orden moral, donde se torna más grave y ofensivo, alude a la persona ignominiosa, de costumbres y conducta muy relajadas, siendo sujeto capaz de cometer cualquier bellaquería y bajeza. En este sentido último entiende el término el Marqués de Santillana, mediado el siglo XV, en la siguiente serranilla:

Serranilla de Moncayo,
Dios vos dé buen año entero,
ca de muy torpe lacayo
faríades caballero.

Del latín *turpis*, que equivale a feo, deforme, innoble, ruín e infame; también ha pasado al castellano como desmañado, manazas, rudo, tardo en entender y reaccionar. Es voz muy antigua, encontrándose registrada en el *Cantar de Mio Cid*, en los *Milagros de Nuestra Señora*, de Gonzalo de Berceo, etc. En cuanto a la voz torpón, es uso familiar menos grave que torpe, ya que excluye la torpeza moral. Torpón es el manazas y desmañado, incapaz de dar pie con bola, pero no el rijoso ganado por la lujuria, ni el vil, bellaco y miserable.

Torreznero.

Mozo holgazán, regalón y zafio que anda siempre detrás de su madre para que ésta lo cuide, y sólo piensa en cómo emplear su ocio; mujer que anda al calor de la lumbre, sin ocuparse de las cosas propias de su condición. El poeta Vicente Espinel, a finales del siglo XVI, escribe en sus Rimas:

Si un torreznero de malicias lleno,
y de cecina y nabo el tosco pancho,
de ciencia falto, y de virtud ajeno...

Era adjetivo injurioso, sobre todo dicho a persona de la que se espera grandes cosas y traiciona las expectativas.

Torrezno y huevo.

Se dice del sujeto avaricioso que todo lo quiere para sí; ansioso cuya ambición no conoce límites. Calderón de la Barca ilustra así el personaje, en una de sus letrillas:

Preguntábale a su hijuelo
una madre: "Fulanico,
qué quieres, ¿huevo o torrezno?"

Y él dijo: "Torrezno, madre,
pero échele encima el huevo;
no es malo que haya de todo".

Torticero.

Persona o cosa injusta y desarreglada, que no se aviene a razones ni sigue las reglas; es antónimo de justiciero o derecho. En el libro de *Las Siete Partidas*, de Alfonso X (mediados del siglo XIII), equivale a "soberbio", sujeto que va contra las leyes y fueros del lugar, o tuerce su sentido, queriendo en todo salir airoso contra derecho. García de Castrojeriz, escribe en su *Regimiento de Principes* (primera mitad del siglo XIV), a modo de consejo: "Non conviene a los reyes de ser peleadores nin torticeros...". Coetáneamente, el anónimo autor del *Libro del Caballero Zifar*, primera novela de caballerías castellana, utiliza así el término: "E por esto dixieron que quatro cosas están mal a quatro personas: la una es ser el rey escaso a los que le sirven; la segunda ser el alcalde tortizero...".

Fue palabra muy ofensiva e insultante, que requería satisfacción; tildar a alguien de torticero era afirmar de él que obraba contra derecho y razón, se levantaba contra las leyes y no atendía a la justicia del rey o señor natural en el caso del villano. Hoy es voz anticuada, aunque los políticos la han rehabilitado, y se escucha en los medios de comunicación por esa razón.

Tortillera.

Lesbiana, bollera, tribade, marimacho virago, mujer homosexual que practica la tortilla -de ahí su nombre- o cópula femenina. No recogen el término los diccionarios al uso, incluido el oficial, pero su empleo está extendido en el mundo hispanohablante. De Francisco Umbral, en *El Giocondo*, es el siguiente texto: "...quita de ahí, maricon, lo que te gustan a ti son las mujerazas, o esas lesbianorras del demonio, esas tortilleras sucias que te hacen llevarles al cuarto palanganas de agua...".

Tostón.

Persona pesada y muy molesta, que da la tabarra de manera insistente; latoso impertinente; coñazo. Se emplea en sentido figurado para denotar aburrimiento, cansancio, hastío ante la repetición y monotonía de algo. Pudo haberse dicho de la frase "todas las noches tostón", refiriéndose a los garbanzos tostados que antaño se daba en pueblos y aldeas por las noches como alimento o colación en los días de ayuno. Garbanzos por la noche... eran un tostón en más de un sentido, por la flatulencia que originaban. Otros piensan que también pudo haberse dicho por el ruido que producen los granos de maíz al tostarse con aceite: tostonear, en Andalucía y Extremadura, es hacer rosetas o palomitas de maíz, llamadas allí "tostones".

Tragahombres.

Perdonavidas, valentón y matasiete; baladrón y bocazas que se jacta de su valentía; milhombres. Se dice también del individuo pequeño y bullicioso y de apariencia ridícula que adopta actitudes claramente en contradicción con su potencial físico.

Tragaldabas.

Persona que come con gula: zampabollos, comilón impenitente; tragantón. Es voz de uso no anterior al siglo XVIII, en que recoge el término el *Diccionario de Autoridades*. (Véase también "zampabollos").

Tragantón.

Sujeto invadido por la gula, que come con avaricia y de forma desordenada hasta atragantarse; zampabollos, zampabodigos; tragaldabas. Es voz utilizada ya a finales del siglo XV, en que recoge el término el *Universal Vocabulario*, de Alonso de Palencia (1490).

Tragasantos.

Beato, santurrón, meapilas. Se dice de la persona que frecuenta mucho la iglesia, haciendo estación en cada una de sus capillas, donde enciende velas a los santos de su devoción sin provecho espiritual visible. Es voz compuesta, de uso despectivo, con tintes anticlericales, que he podido escuchar en los años 1950 siendo niño, de labios de un liberal octogenario en la ciudad valenciana de Alcira, dirigido a una vecina joven: "Mientras bebo los vientos por usted, usted, a tragar santos...". No conozco uso escrito del término, salvo el del diccionario oficial, que lo incorporó tardíamente.

Tragavirotos.

Sujeto que sin motivo aparente anda muy serio y estirado, erguido y solemne, dándose importancia sin venir a cuento. Es imagen gráfica, que viene de vira, especie de saeta que se tira con la ballesta. Alguien que se tragara uno de esos virotos lógicamente andaría muy tieso. Covarrubias, (1611) define así el término en su *Tesoro de la Lengua*: "Traga virotos llamamos a los hombres muy derechos y muy severos, con una gravedad necia, que no les compete a su calidad". Es voz en desuso.

Tragón, tragona.

Individuo cobarde que aguanta carros y carretas con tal de no actuar, comprometerse o darse a conocer; persona que se hace el loco, no dándose por enterado o preocupado, como el cabrón o marido engañado, que no hace esfuerzo alguno por enterarse de lo que pasa. También se dice de la mujer fácil, que accede sin problemas a la solicitud de los hombres dejándose hacer.

Trapacista, trapacero.

Persona astuta y ladina que con falsedades y mentiras procura engañar a los demás. También se dice del logrero o usurero que presta a muy alto interés y en condiciones leoninas. El término del que deriva,

"trapaça", era usual a mediados del siglo XV, por influencia de la voz portuguesa *trapa* = trampa. Cristóbal de Castillejo, (primer tercio del siglo XVI) emplea así la voz "trapaza", refiriéndose a la actividad del trapacista:

Por hacer mejor su venta
 (...) deformando sus figuras
 para salir por las plaças
 con pláticas y trapaças
 engañadoras y oscuras
 y bellacas,
 acaliñas, redrosacas,
 todas a fin de robar.

Un siglo después, Quevedo, en la *Vida del Buscón* escribe: "Bien decía yo que éste era un trapacista. Al fin, yo salí tan bienquisto del pueblo que dejé en mi ausencia la mitad dél llorando y la otra mitad riyéndose de los que lloraban".

Covarrubias da etimología culta al término, sacando a relucir la palabra griega para mesa y banquero *trapezites* = banqueros que en la Edad Media, y antes en el mundo clásico, cambiaban moneda, daban dinero a interés, etc. Su explicación nos parece muy traída por los pelos. En el XIX pasó a ser sinónimo de "agudo, listo, listillo":

¡ Qué aguda y qué trapacista!
 Pero ahora ya en la red
 le voy a prender a usted...

Hoy apenas se usa, aunque hemos podido escucharlo en el rastrillo de Tetuán (barrio de Madrid) a ciertos trileros con el valor semántico de "ladronzuelo".

Trapalón.

Embustero; sujeto hablador, que con su parloteo insubstancial y sin fundamento trata de engañar desorientando a su interlocutor. Larra hace sinónimos los términos "calavera, tramposo o trapalón". El término aparece en el diccionario oficial (primer cuarto del siglo XIX) con el valor semántico de "persona que habla mucho y sin sustancia". Hoy está en desuso, aunque sigue empleándose en ámbitos familiares castellano-manchegos. En el sentido de bulla, ruido y parloteo se utilizó el término "trápala", del que deriva. Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua* (1611), recoge el siguiente cantarillo popular:

Assomaos a esse buraco,
 cara de prata,
 correré yo el mi cavallo
 la trápala, trápala.

El trapalón aprovechaba el bullicio y estruendo, la animación popular y el barullo para colar sus embustes y hacer sus trampas.

Trapisondista.

Embollón y enredador; trapalón. De la voz "trapisonda": alboroto, bulla, escándalo, grita; persona que arma trapisondas o anda en ellas. Es término de raíces literarias; deriva del uso que de él se hizo en las novelas de caballerías, donde se alude al Imperio de Trapisonda, en Asia Menor. Fueron muchos los reinos fingidos que Cervantes recoge de las novelas de caballerías que sorbieron el seso de Don Quijote, y de los que se ríe por su extravagancia, como los reinos de Sobradisa, de Lira, de Galdapa, de Guindaya, o de Urmandía. A menudo el reino en cuestión tiene resonancias clásicas, como el de Trapobana, conocido en tiempos de Alejandro Magno; el imperio de los Garamantas, del interior de Africa, donde sitúan los autores de libros de caballerías sus aventuras y absurdas situaciones. Trapisonda está en la misma tradición. Fue ciudad a orillas del Mar Negro, capital del imperio de su nombre en tiempos bizantinos. Había sido visitada por el caballero Rui González de Clavijo, enviado por Enrique III al gran Tamorlán, a principios del siglo XV. Las noticias no estaban lejanas en el tiempo, y muchos libros del momento se hicieron eco de aquel imperio antaño real, y luego absorbido por los turcos. Don Quijote se imaginó en alguna ocasión que lo coronaban a él emperador de Trapisonda. En ese contexto calenturiento hablar de trapisondadas es evocar las mil hazañas inútiles, las batallas luchadas sólo en la imaginación de los lectores de aquella literatura de evasión absoluta. "Trapisondista" tenía ese poso significativo entre mítico y soñado, del individuo que se mete en aventuras de las que sólo saca los pies fríos y la cabeza caliente. No obstante la erudita historia del término, la Academia no lo incorporó al diccionario oficial hasta finales del siglo XIX.

Trasgo.

Duende; sujeto travieso que disfruta gastando bromas pesadas; persona que transgrede normas del juego y de la convivencia, yendo más allá de lo aceptable. Es voz latina, de *transgredi* = excederse, a través de la voz del bajo latín *trasgueer* = hacer el trasgo. En ese sentido la utiliza Antonio de Nebrija (finales del siglo XV). De este empleo pasó a adquirir, (siglos XVII y XVIII), el significado de "duende". El *Diccionario de Autoridades*, (primer cuarto del siglo XVIII), escribe:

Demonio casero que de ordinario inquieta las casas, particularmente de noche, derribando las mesas y demás trastos, tirando piedras sin ofender con ellas, jugando a los bolos, y con otros estruendos aparentes que desvelan a los habitantes; comúnmente se llama duende.

Para abonar su tesis, el diccionario cita el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán (1599):

Miré a todas partes; no hallaba por dónde hubiesen entrado; por la puerta no pudieron, que la cerré con mis manos y cerrada la hallé; imaginaba si fueran trasgos, como la noche antes me dijo el mozo; no me pareció que lo serían, porque hubiera hecho mal de no avisarme que había trasgos de luz.

Pantaleón de Ribera, en su *Obra Poética*, (primer cuarto del siglo XVII), tiene esta estrofa curiosa:

Alado coco de Chipre (Afrodita)
que sin oírte ni hablarte,

trasgo sordo y duende mudo,
espantas a los amantes.

Hoy significa "persona que finge trastadas propias de duendes y fantasmas para asustar a los incautos"; también tiene el valor añadido de sujeto que difunde bulos y rumores a sabiendas de que son infundios, o que se los inventa para crear clima de expectación y miedo; su significado experimenta en la actualidad un cruce con el semantismo de "mitómano, fantasma".

Trasto.

Persona informal y de mal trato; gamberro; sujeto inútil que sólo sirve de estorbo, estando siempre de más dondequiera que se halle. Bretón de los Herreros usa así el término:

-¡Qué cosas tienen los hombres!,
Mi papá pensaba ayer de otro modo.
-¡Calle el trasto!

Se usa por extensión de la acepción principal de esta palabra: cosa inútil que se arrincona porque no sirve; mueble viejo que embaraza; cosa de la que se prescinde por no tener uso, y que siempre está estorbando. Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua*, (1611) da esta etimología: "...Trastos son cosas escusadas (...) que por ser tales las hazinan y amontonan unas con otras, y del sonido que hazen de tris tras, topando unas con otras, se dixeron trastos".

Corominas deriva la voz del latín *transtrum* = banco, y por extensión, cualquier mueble. Pero hay que considerar un hecho histórico curioso: la voz comienza a usarse a finales del siglo XVI, y no sería descabellado pensar que derive de "trástulo", vocablo italiano sentido como diminutivo, a partir del cual se habría creado un positivo: "trasto". Y otra nota de interés: *Trastullo* significa "entretenimiento y recreo, bufón o regocijador"; como tal criatura escénica era tipo de farsa italiana muy celebrado. El término trasto comienza a utilizarse en castellano a finales del XVI y primer cuarto del XVII, coincidiendo con el éxito de las farsas representadas por compañías italianas de cómicos de la lengua, uno de cuyos directores fue el bufo Ganasa. Lope de Vega en su *Filomena* habla de los donaires de Ganasa y de Trástulo."

"Trasto" pudo venir de esta criatura de comedia. Y la voz "gansada" pudo haberse generado de Ganasa: "gansada", con deglutación o pérdida de fonema en medio de palabra: gan(a)sada". Creemos que estas explicaciones merecen atención, porque la voz "trasto", como insulto, siempre estuvo acompañada del contrapeso cómico: un trasto es un individuo travieso y algo calavera, pero nunca un metepatas con mala baba, ni un malasombra importuno. Hay un matiz simpático que lo salva.

Tribade.

Homosexual femenina adicta al tribadismo, prácticas lujuriosas entre mujeres; bollaca, lesbianorra o bollera. Es término fuerte, dirigido a una mujer.

Trilero.

Sujeto que de manera consciente y automática propende a engañar a los demás. En sentido figurado, individuo que practica el oficio de truhán, el triles: juego fraudulento de apuestas en el que el timador enseña a su víctima una carta, o una bolita debajo de un cubilete, que une a otras dos y las manipula de forma y manera que el apostante siempre pierde cuando se decide a indicar cuál es, o dónde se encuentra. En cuanto a su etimología, nada dicen los diccionarios oficiales, ni siquiera se ocupan de ella obras como el *Diccionario Crítico Etimológico*, de Corominas. Deriva del sufijo latino "tri-" = tres, y del sustantivo *filum* = hilo, de donde se dijo *fila* = hila, hilera, ya que se juega poniendo bolitas, cartas, cubiletes, etc., en fila de tres.

Tronco.

"Hombre insensible, inútil y despreciable". Ese era el significado del término en el *Diccionario de la Academia* de 1780. Su sentido era obviamente figurado, como también en el que casi dos siglos antes le da, en su *Vida del siervo de Dios, Gregorio*, Luis Muñoz, (primera mitad del siglo XVII): "Echaba de ver el demonio las grandes mercedes que el Señor me hacía y que había de servirse deste tronco para cosas de su gloria".

Como se ve, casi dos siglos antes de que la Academia registrara su uso, la voz "tronco", en el sentido de hombre rudo y despreciable, ya era frecuente; como también la frase "estar uno hecho un tronco", que equivale a estar privado del uso de los sentidos. Hoy la calle ha hecho del término una especie de sinónimo de "tío", camarada, compañero, amigo, habiendo perdido el viejo sentido peyorativo, y mejorando mucho en cuanto a su carga despectiva.

Tronera.

Que no lleva método en acciones o palabras, ni sigue un orden en la vida o en las cosas. Persona alocada e informal en extremo; bala rasa, bala perdida. Es voz de etimología complicada. La utiliza Antonio de Nebrija, a principios del siglo XVI, aunque con el significado de "estruendo" similar al trueno o disparo de cañón. De este uso pasó al figurado. Luis Vélez de Guevara, (mediado el siglo XVII) utiliza el término como sinónimo de cabeza, o mollera:

El ser rey se le (h)a asentado
lindamente en la tronera.

Y Calderón de la Barca, poco después, en su *Alcalde de Zalamea*, pone en boca de un personaje: "...ya empieza su tronera", es decir, su parloteo o griterío. En este sentido pasó el término al francés y al italiano: *tronière*, *troniera*, muy a finales del XVII. El diccionario oficial recogió el término hacia 1730 con el significado de "hombre aturdido y "atronado", de donde poco después se utilizó para denominar al calavera y juerguista. Bretón de los Herreros lo utiliza en alguno de estos sentidos. "¡Jesús que tronera! ¿Olvidas que te estamos aguardando?".

Truhán.

Sinvergüenza que vive de engañar a los demás: persona despreciable y vil, capaz de cualquier canallada con tal de medrar y lograr alguna ganancia. Es voz de origen incierto, cuya etimología última parece de raíz celta, aunque pudo haber derivado del término *truand*. Clemencín en sus notas y comentarios al *Quijote* cree que deriva de “trufa”, voz de la baja latinidad con el significado de fraude, burla, falsedad y traición. En su acepción de bribón es voz de uso antiguo, corriente en la Edad Media. Gonzalo de Berceo en sus *Milagros de Nuestra Señora*, (primer tercio siglo XIII), usa así el término:

...sabié él cosa mala toda alevosía,
ca con la huest antigua avié su confradría;
era el trufán falso pleno de malos vicios
sabié encantamientos e otros artificios...

Fue siempre insulto y ofensa fuerte. En el *Libro de las Partidas*, de Alfonso X, se llama truhán a los embusteros, embaucadores, hechiceros que tratan de engañar a la gente para sacar partido de ello. La extensión semántica de “truhán” carece de límites geográficos claros. Para los autores de los siglos de oro equivale a hombre chocarrero y burlón, sin honra alguna, que no merece respeto, especie de bufón encanallado que hace reír con sus patrañas, y cobra por ello. El Padre J. de Mariana, da al término ese valor, a finales del siglo XVI: "Representanse costumbres de hombres de todas edades, calidad y grado, con palabras, meneos y vestidos al propósito, remedando el rufián, la ramera, el truhán, mozos y viejas, en lo cual hay muchas cosas dignas de notar".

Además de ese significado, el término conserva el propio de bribón y malhechor a lo largo de todas las épocas, siendo el predominante en la actualidad, a pesar de haber decaído su uso, dejando de ser popular, lo que para un insulto es casi condenarlo a muerte.

Tuercebotas.

Persona sin importancia alguna; mierdecilla, sonajas, donnadie. Es voz creativa, que tiene ante sí la imagen del vagabundo o pordiosero que anda con los pies medio desnudos, asomando sus dedos por los agujeros de las botas, torcidas de andar de un sitio a otro. No recogen el término los diccionarios al uso, pero es vocablo que se escucha en la calle, en ambientes suburbanos, y en recintos frecuentados por la juventud encanallada, donde está bien asentado, y goza de buena salud léxica.

Tunante.

Pícaro, bribón; individuo que practica la tuna, o vida holgazana y libre del vagabundo. En la novela picaresca *Vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor*, compuesta por él mismo, (primera mitad del siglo XVII), el protagonista cuenta su aprendizaje en los modos de la vida pícaro: "...Como hombre más experimentado, con tono fraternal nos informó en las ceremonias y puntos de la vida tunante".

En cuanto a su etimología, nada hay definitivo. En cierta jerga dialectal francesa *tune* significaba "mendicidad", y al rey de los vagabundos se le daba el título socarrón de *Roi de Thunes*, rey de Túnez, o de los estudiantes que en bandadas desarrapadas y famélicas recorrían las ciudades medievales llenando con el bullicio de su presencia, sus canciones y aventuras plazas y lugares. Los tunantes competían con juglares y mendigos. En España se llamó "tuna" a la vida holgazana. Las palabras "tuna, tunante"

evocaron una visión desenfadada de la realidad. En Francia, *tuner* equivalía a beber sin medida, mendigar. La literatura picaresca española abunda en esta clase de vida transcurrida en el desamparo, a espaldas de toda norma. A finales del XVII los tunantes era una plaga en la Corona de Aragón, donde *anar de tuna* significaba vagabundear. En Castilla no caló el término, porque ya tenía el de "pícaro", que cubría las funciones del tuno; por eso, ni Covarrubias ni otros autores interesados en la lexicografía, recogieron el término, que recogería en el siglo XVIII el *Diccionario de Autoridades* con el significado actual. El cuplé cantado por María Fernández de Córdoba, *la Marietina* en 1912, *Batallón de modistillas* (música de Gaspar de Aquino y letra de Alvaro Retana), dice en un uso distendido del término:

Hay chicos muy tunantes
que a las muchachas
se brindan a seguirnos
a retaguardia;
mas hemos acordado,
por votación,
que puestos por delante
será mejor.

Tunarra.

Pillo, pícaro y truhán. Es variante despectivo de tuno y tunante, en construcción paralela a términos como bandarra, mandarra, etc., estando atento el hablante al valor semántico de "bandear": saberse gobernar uno, o ingeniárselas, para salir airoso de las dificultades, pudiendo así satisfacer las necesidades de la vida.

Tuno.

Individuo de vida disipada a quien no se le conoce empleo fijo ni domicilio conocido; haragán que vive a salto de mata, practicando la vida vagabunda, y bordeando siempre la legalidad en su ir y venir de un lugar a otro haciendo el pícaro. (Véase "tunante").

Turulato, tirulato.

Embobado, alelado, estupefacto, pasmado. Es voz de creación expresiva, de la que hay diversas variantes localistas. En Galicia: turuleque; en la América hispanohablante: tuturuto. En ambos casos se trata de "hombre falto de juicio". A pesar de su uso, muy extendido en el siglo XIX, la Academia no lo incorporó al diccionario oficial hasta pasada la segunda mitad de aquel siglo. Es voz del gusto de Benito Pérez Galdós, que la emplea en contextos como el que sigue: "Mirábanla los hombres encantados, turulatos los viejos, con asombro receloso las mujeres, y no se oían a su paso mas que alabanzas".

Como el tuturuto o el tirulaque, se trata de sujetos alelados y ridículos, que están medio tarumba y no rigen bien debido al aturdimiento constante de su mente, que sin embargo experimentan momentos de lucidez en los que parece que van a decir algo, aparecen achispados y sugerentes, para al final soltar la tontería que sus cerebros de mosquito dejan esperar, retornando a su aspecto habitual de estupefacción y

embobamiento, de estupidez crónica, en cuyo estado pueden distraerse entonando su tiroliro, tararira o cualquier otro sonsonete que ha dado lugar a la creación expresiva del término. Por ellos se dijo la frase de "habló el buey y dijo mu"*

Turullero.

Se dice de la persona ruidosa, que aturde, turba y confunde a quienes tiene alrededor, dejándolos turulatos. A. Rato, en su *Vocabulario de las palabras y frases bables* (1892), incluye *turullu* : "...el cuerno o vígaru con que los pastores dan toquidos". Es voz proveniente del sustantivo *torulla* = cuerno de cabrío. De esa voz procede "turullero", de la que a su vez se dijo aturrullar: aturdir, quitar el sentido, confundir o abatir a alguno, atronarle con el ruido del cuerno.

Ufanero, ufano.

U Persona envanecida, presuntuosa y soberbia, que mira a otros por encima del hombro, creyéndose muy especial y distinta. Equivale a engreído, sin llegar a la arrogancia; sujeto contento consigo mismo, que se ve mejor de lo que ve a los que le rodean. Es voz usada en la Edad Media para calificar a quien se paga en exceso de sí mismo, y tiene a los demás en menos. En la *Crónica General de España* se lee: "Pagábase poco de vanagloria de este mundo, nin de mostrarse ufanero". El término fue perdiendo carga negativa, hasta convertirse en el siglo XVII en término para el halago más que insultar. Sin embargo, el sustantivo "ufanía" seguía teniendo el valor peyorativo de presunción, jactancia, vanidad. Como ofensa, "ufano" es voz que utiliza a menudo Sebastián de Horozco, (primera mitad del siglo XVI), en contextos donde significa ocioso, haragán, vago que presume de serlo:

¡Oh, cómo sabe el holgar!
 Dezí(d), hermanos,
 pues que estáis buenos y sanos
 y en tiempos tan trabajosos
 do son menester las manos,
 ¿por qué todo el día ufanos
 os estáis y tan ociosos? ...

Uñilargo.

Ladrón; que tiene las manos muy largas, y un desmedido gusto por lo ajeno. Se dice del ratero aficionado, o descuidero, que roba si se presenta la ocasión. El crítico literario sevillano, Francisco Rodríguez Marín, en *Azar y otros cuentos*, echa mano del término, al parecer propio de aquella región andaluza: "...mandó llamar a un escribano que tenía fama de uñilargo, en son de consulta".

Mi madre, Dolores Gomariz, canaria de origen gaditano, utilizaba así el término referido a cierto fulano zascandil y ladrón, en los años cuarenta: "a fulanito nunca faltará qué comer, porque como es uñilargo siempre arrebaña con algo..:".

V acaburra.

Persona, generalmente una mujer, de trato rudo y áspero ; individuo tosco, muy burdo e incluso brutal, que gusta de gastar bromas pasadas de punto pretendiendo hacer gracia. Se dice también de la mujer de aspecto descuidado, un tanto hombruno, metida en carnes, a quien no parece molestar su apariencia sucia y chabacana. Es insulto fuerte entre mujeres.

Vacilón.

Bromista pesado y guasón; sujeto que disfruta tomando el pelo a los demás; persona a la que le va el vacile: acción y efecto de cachondearse del prójimo. También se emplea en el sentido de individuo a quien le gusta chulearse, hacer ostentación vana de su palmito y figura. Es voz de uso reciente, acogida por la Academia en su diccionario hace pocos años.

Vago, vagoneta.

Ocioso, haragán y gandul; sujeto que anda de un lado para otro sin ocupación, oficio o cometido alguno. Hartsenbusch emplea así el término, mediado el siglo XIX:

No falta quien abrace
la descansada profesión de vago,
profesión de funesto desenlace...

Es voz de etimología latina, de la voz *vacuus* = vacío, desocupado. En cuanto al término "vagoneta" nada tiene que ver etimológicamente con el anterior; su empleo como sinónimo de vago sólo se explica por proximidad fonética, en un uso gratuito y festivo del idioma. Teniendo el hablante la sensación de que "vago" da para poco, añade dos sílabas más, acercándose al término vagoneta, sinónimo de carretilla entre los peones de albañil que se dedican a acarrear ladrillos, cemento y material a pie de obra, y cuya reputación de haraganes y vagos es grande. Contra la plaga de los vagos que llenaban las ciudades antaño se enactaron leyes que los compelián a trabajar so pena de destierro, de ser azotados en público, o condenados al remo y a galeras.

Vaina, vainípedo.

Tonto, simplón, patoso; también, persona despreciable. Alcalá Venceslada la incluye en su *Vocabulario Andaluz* como término propio de aquella región, pero es común en la América hispanohablante, en Murcia y zonas castellanas del reino de Valencia. Vázquez del Río, en sus *Memorias de un reclamo*, escribe: "¡So vaina! ¿no viste que la ladrona de la madre se hizo la cojitranca?".

Vándalo.

Gamberro, salvaje; sujeto incivil que disfruta destrozando propiedad pública y transgrediendo las normas de convivencia; sujeto desalmado y montaraz incapaz de respetar el orden establecido. Se dijo en alusión a cierto pueblo bárbaro arribado a España al filo del siglo V, estableciéndose en Andalucía, de donde pasaron al Norte de África tras haber destrozado cuanto hallaron, y haciéndose notar por el furor con el que redujeron a ruinas los monumentos que encontraron a su paso. Es término de uso relativamente reciente: primera mitad del siglo XIX.

Vanílocuo.

Sujeto engreído que no dice sino tonterías y sandeces, hablando siempre en vano y fanfarronamente; hablador insubstancial; individuo que junta palabras sin propósito. Utiliza el término el poeta Juan de Mena en el siglo XV, en su *Laberinto de Fortuna*, aunque alterando el sentido del compuesto "locuo", del verbo latino *loquor* = hablar, por el de loco, demente: vanílocuo.

Vano, vanidoso.

Persona presuntuosa y arrogante; sujeto casquivano y vanaglorioso que se ufana de continuo por cosas de poca entidad. Es voz latina, de *vanus* = hueco, vacío, y se utiliza en castellano desde los orígenes del idioma. El humanista cordobés Ambrosio de Morales, en su obra *Antigüedades de las Ciudades de España*, (mediados del siglo XVI) utiliza el término como sinónimo de arrogante, inútil y presuntuoso: "No les contentaba nada de esto a sus soldados, y mofaban de la vana altivez de su capitán".

En el siglo XVIII, el fabulista canario Tomás de Iriarte da al término el sentido de vaciedad, inanidad, falta de solidez y consistencia, mera apariencia externa hueca, como son las personas que se ufanan y pagan en exceso de sí mismas:

Mas luego que del viento
el ímpetu violento
una caña abatió, que cayó al río,
en tono de lección dijo la rana:
"Ven a verla, hijo mío",
por defuera muy tersa, muy lozana;
por dentro toda fofa, toda vana...

Veleta.

Persona inconstante y mudable, que no se atiene a la palabra dada ni se determina a seguir el camino previamente marcado por ella misma; individuo incumplidor y de poco fiar, capaz de cambiar de idea en cualquier momento. En su uso figurado es voz utilizada por las grandes plumas de los siglos XVI y XVII. Lope de Vega caracteriza así a cierta dama: "Si, como el fundamento era valor, no fuera la mujer veleta que a cualquier viento se mueve...".

Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua*, (1611) emplea el término con el sentido que hoy tiene: "...moverse a todo viento como veleta, ser inconstante". En cuanto a su etimología, es italiana, de la voz

veletta = papahigo, vela pequeña, o banderola, que se pone al tope de los mástiles, sobre la gabia. En castellano se designó así a la vela que señalaba la dirección en que sopla el viento, de ahí que se la llamara también, en italiano y valenciano, *mostravento*. Aplicado a la persona voluble es evidentemente un uso figurado fácil de aplicar.

Verde.

Obsceno, procaz. Aplicado a la persona de edad, ser verde equivale a conservar inclinaciones galantes o apetitos carnales impropios de los años; viejo rijoso y lascivo. El autor de la *Vida de Cristo*, Cristóbal de Fonseca, (finales del siglo XVI), escribe asombrado ante las ganas de trote y bullicio de cierto hijo espiritual o de confesión, enfermo y achacoso, que sigue tras las faldas a pesar de todos los pesares: "¡Que haya llovido Dios sobre vos tanta gota, tanta hijada, tanto corrimiento, tantos dolores, y que todavía estéis verde...!".

Quevedo, en una de sus coplas hirientes, *Desmiente a un viejo por la barba*, lo descubre y ridiculiza por haberse teñido la barba para parecer joven:

Viejo verde, viejo verde
 más negro vas que la tinta,
 pues a poder de borrones
 la barba llevas escrita.

Del viejo verde se ha hecho burla en escena en todas las épocas. De ahí que el *Diccionario de Autoridades*, cuando da acogida al término, escriba: "El que tiene acciones y modales de mozo, especialmente en materias alegres", y que la expresión "darse alguien un verde" equivalga a echar una cana al aire. El verde es el color de la juventud, de la mocedad y lozanía, años que se recuerdan con melancolía. Gonzalo Correas escribe en su *Vocabulario*: "Cantares y cuentos colorados: los deshonestos". La aplicación del verde a estas materias no es reciente, aunque también el rojo sirvió para calificar obras o espectáculos escabrosos en el XVIII, como recoge el *Diccionario de Autoridades* (1791): "Palabras coloradas: las que sin ser oscuras tienen alguna alusión a la obscenidad".

Verdulera.

Mujer desvergonzada, grosera y raída. En el siglo XVI se decía "verdureras" a las vendedoras de verduras en plazas y mercados; ya entonces tenían fama de gente ordinaria y ruín, que por ganarse un cliente eran capaces de organizar grandes zapatiestas, poniéndose unas a otras de hoja de perejil. Quevedo utiliza el término tal como hoy lo empleamos: verdulera, por disimilación ante la proximidad de sonidos parecidos "ver-du-re-ra". Jovellanos, (finales del XVIII) se queja de la condición embrutecida y zafia de la población de su tiempo: "Otras naciones traen a danzar sobre las tablas los dioses y las ninfas, nosotros los manolos y las verduleras".

Es insulto todavía muy en uso, normalmente dirigido por mujeres a las de su mismo sexo, denotando zafiedad, ordinariez, ramplonería y desvergüenza, todas ellas notas que se presumieron antaño en las que vendían en los cajones de los mercados de pueblos y ciudades.

Verriondo.

Del término latino *verres* = verrón, o verraco: cerdo en celo. Por extensión, se dice del hombre cachondo, siempre excitado sexualmente, que no sabe poner freno a su apetito. También se utiliza en femenino, en cuyo caso vale tanto como puta, ramera, tirada. El término se documenta en el primer cuarto del siglo XVII, en la *Segunda parte del Lazarillo de Tormes sacada de las crónicas antiguas de Toledo*, de H. de Luna:

Uno de la Orden de San Francisco me dijo que si le quería hacer la caridad de llevarle su hato hasta el convento; díjele con alegría que sí, porque eché bien de ver que no me engañaría como había la verrionda.

Víbora.

Sujeto que con malas intenciones y peores ideas aguarda cauteloso el momento de llevar a cabo su traición, venganza o mala acción. Es voz de uso antiguo en castellano, encontrándose en algunas de las primeras creaciones literarias de nuestra lengua. Su empleo como insulto se basa en la reputación de este reptil. Covarrubias tiene esto que decir en un pasaje de su *Tesoro de la Lengua*, (1611) que no tiene desperdicio:

Escriben della que concibe por la boca, y que en el mesmo acto corta la cabeça al macho apretando los dientes, o por el gusto que recibe o por el desgusto que teme recibir después al parir de los vivoreznos, los quales, siendo en número muchos, los postreros que han tomado más cuerpo y fuerça, malsufridos y cansados de esperar, rompen el pecho de la madre. (...) Es comparada a ella la mujer que en lugar de regalar y acariciar a su marido, le mata; y de aquí nació que quando a las tales en pena las incuba, echan con ellas una bívora, una mona, un perro. De la bívora ya hemos dicho que mata al macho; la mona al hijuelo, brincándole y apretándole; el gallo pelean el padre y el hijo sobre tomar la gallina; y ni más ni menos, los perros por comer la carne (...). A la mujer que es brava de condición dezimos que es una bívora.

Con estos antecedentes, llamar a alguien así era tanto como hacerle gran agravio, por darse cita en este reptil villanías y bellacadas como la ingratitud, la traición y la hipocresía. Nicolás Fernández de Moratín, en *La Petimetra*, dice "que es víbora enfurecida, despreciada; una mujer".

Viceversa.

Sujeto desorientado y perplejo, que muestra gran indecisión ante cualquier cosa. Se dice de quien no sabe qué pensar, a qué carta quedarse, o en qué partido militar; que ignora si sube o baja, si va o viene. Parece que el uso de este adverbio, como insulto, se debe al historiador de la primera mitad del siglo XIX Modesto Lafuente, que solía referirse a sus compatriotas como tipos anómalos de conducta contraria a sus propios intereses, todo lo cual resumía en una palabra diciendo: "España es el país de los viceversas", y eso eran los españoles. Desde entonces, para llamar a alguien "ilógico y contradictorio" se le aplica el calificativo en cuestión. Es también aplicado a la persona inestable y mercurial, a los veleta que cambian de opinión con facilidad y frecuencia, a los vivalavirgen, y a todos aquellos a quienes lo mismo da ocho que ochenta.

Vidaperdurable.

Persona sumamente pesada, que se eterniza contando algo. Alcalá Venceslada, en su *Vocabulario andaluz*, documenta así esta expresión adjetiva: "Mi prima, hablando, es vidaperdurable: no se marchó hasta las once". Se alude al individuo que puesto a hablar o hacer algo es tan prolijo que aburre a quien le escucha. El origen de la expresión tiene que ver con el rezo del rosario, al final del cual se decía el credo, siendo las últimas palabras de esa oración, antes de llegar al amén: "... y en la vida perdurable...". Cuando se dice de alguien que es vidaperdurable se asegura del sujeto en cuestión que es tipo aburrido cuyo discurso va para largo.

Vil.

Hombre bajo y soez, de ruin casta y ninguna estima. Se aplica a la persona desleal, al traidor probado. Siempre fue ofensa grave, e insulto serio. El dramaturgo Ruiz de Alarcón utiliza así el término en el siglo XVII:

En vencer está la gloria,
no en matar;
que es vil acción
seguir la airada pasión,
y deslustra la victoria
la villana ejecución.

Procede del término latino *vilis* = cosa sin valor o muy barata. Es palabra de uso antiguo en castellano, desde Gonzalo de Berceo y el resto de los autores medievales, hasta nuestro tiempo.

Villanchón.

Villano rufián y rústico; sujeto vil y rudo, tosco y grosero. Fue voz muy despectiva antaño. Sebastián de Horozco, en su *Cancionero*, (mediados del siglo XVI), glosa un refrán que dice: "A fuerza de villanchón, hierro en medio". Y definiendo el vocablo afirma que se trata de un "villano agestado y reforzado". Calderón de la Barca, en *El Alcalde de Zalamea*, pone en boca del capitán que anda buscando a la hija del alcalde, estos versos, acusándole de querer esconder a su hija:

Vive Cristo, que con aquesse intento
no he dexado cocina ni aposento
y no la he encontrado:
sin duda el villanchón la ha retirado.

Villano.

Individuo de la plebe o estado llano, en contraposición a hidalgo o caballero. Por extensión, sujeto rústico, grosero y descortés, ruin e indigno de consideración social. Se contraponía antaño a la voz y concepto de hidalgo. Mientras el hidalgo fue considerado persona moralmente superior, el villano era tenido por patán, paleta, hombre necio carente de intelecto. Antaño las connotaciones de tipo social y económico eran las más sobresalientes; hoy se alude con esta palabra a aspectos morales e intelectuales del individuo. Es voz procedente del término latino *villa* = casa de campo, encontrándose entre las de más antiguo uso. Gonzalo de Berceo la utiliza en sus *Milagros de Nuestra Señora*, primer tercio del siglo XIII:

Alzaron arzobispo un calonge lozano,
era muy soberbio, e de seso liviano,
quiso eguar al otro, fue en ello villano,
por bien non selo tovo el pueblo toledano.

Ese fue el valor semántico que tuvo a lo largo de la Edad Media, y que se mantuvo durante el Renacimiento y siglos de oro. Juan de la Cueva, en *El infamador*, (segunda mitad del siglo XVI), lo emplea así :

¿Estás en ti? Agora entiendo y creo
que has perdido el juicio. Di, villano,
¿qué mujer hay que pida mi deseo
que no le tenga luego de mi mano?

Y Lope de Vega, (primeras décadas del XVII), en su *Fuenteovejuna*, da al vocablo el uso que hoy tiene:

-Que os he de matar, creed,
en ese potro, villanos.
¿Quién mató al Comendador?
-Fuente Ovejuna, señor.

Vilordo.

Tardo, lento, perezoso. Procede de la misma voz francesa que dió "palurdo": *balourd*. Era de uso común en el siglo XVII. Covarrubias acoge el término en su *Tesoro de la Lengua*, (1611) añadiendo la nota de "tonto", y adscribiéndolo a la palabra francesa *lourd*. El *Diccionario de Autoridades* le asigna a principios del XVIII su significado actual, aunque hoy es palabra arcaica, caída en desuso. Se encuentra formando frase en la locución adverbial "estar vilordo", que es tanto como "estar en vilo, pasmado", de uso entre hablantes del cono sur, en la América hispana.

Viva Cartagena.

Sujeto mediocre y ramplón, pero avisado. Es probable que el origen de la expresión esté en la ciudad murciana a que se alude. Parece que cuando se representó allí la ópera *Marina*, del Maestro Arrieta, (último cuarto del siglo pasado), al tenor se le escaparon una serie seguida de gallos que escandalizaron al público, que estando ya a punto de patear y silbar la representación, el cantante, con gran presencia de ánimo dio unos pasos hacia las candilejas, y mirando al público de frente gritó con todas su fuerzas: "¡Viva Cartagena!", con cuya ocurrencia se ganó al auditorio, que trocó insultos en aplausos. Desde entonces se utiliza la frase para adjetivar al mediocre que no haciendo las cosas bien salva el expediente mediante procedimientos un tanto indignos.

Viva la Pepa.

Fresco, indolente, vago y despreocupado. Es frase que funciona con valor adjetivo, levemente ofensivo o insultante, aplicándose a la persona que como el vivalavirgen muestra excesiva tranquilidad ante asuntos que debieran inquietarle. El origen parece claro. Desde 1814, y años posteriores de aquel siglo, "Viva la Pepa" equivalía a Viva la Constitución de Cádiz, jurada el día de San José (19 de marzo) de 1812. Tras el grito patriótico, algunos desencantados agregaban la coletilla: "...y el pan a dos cuartos". Se daba con esto a entender la tranquilidad con que algunos veían pasar los mayores males sin pestañear, siempre y cuando a ellos no les afectara ni les faltase cosa alguna. De este uso pasó a aplicarse al caradura, fresco y cínico, o al vago que sólo piensa en fiestas, que mostraba su indiferencia y desánimo, o daba a entender así que algo o alguien no iba con él, o le tenía sin cuidado.

Vivalavirgen.

Persona indolente y despreocupada, a quien todo parece darle igual. Describe la personalidad de estos individuos una nota de su carácter: la irresponsabilidad. Son como aquél que gritaba: "Si sale con barba, San Antón, y si no, la Purísima Concepción". Los mercedores de este apelativo se muestran dignos herederos del célebre pintor de Orbaneja, de quien habla Cervantes en la segunda parte del *Quijote*:

...un pintor que estaba en Ubeda, que cuando le preguntaban qué pintaba, respondía: lo que saliere. Y si por ventura pintaba un gallo, escribía debajo: este es gallo, porque no pensasen que era zorra.

Es expresión que ha sufrido a lo largo de los tiempos grandes cambios semánticos. Antaño tuvo carga significativa positiva. En tiempos de Cervantes el vivalavirgen era un "hombre sencillo y candoroso, aunque con ribetes de bobo". Cuenta José María Iribarren, en su extraordinaria obra *El Porqué de los Dichos*, que había tenido ocasión de leer en la revista *Alrededor del Mundo* la siguiente explicación del dicho: cuando las costas americanas eran atacadas por los piratas ingleses y holandeses, en los siglos XVI y XVII, los españoles armaron a los indios, recién bautizados, y los pusieron a montar guardia en las costas. Cuando los corsarios arribaban a las playas, salían ellos y los atacaban al grito de "¡Viva la Virgen"; como los ataques no eran cosa de todos los días y estos indios se pasaban la mayor parte del año indolentes, la expresión se hizo sinónimo de vago y regalón, o amigo de la vida holgazana. El mismo Iribarren se mostró reacio a aceptar esta tesis, de la que él se hizo eco sólo por haberle caído en gracia. Otra explicación da a la frase origen mariner: a finales del siglo XIX, en su libro *Viaje de circunnavegación de la corbeta Nautilus* (1895), su autor, Fernando Villaamil, tiene esto que decir al respecto:

Llámase a bordo "Viva la Virgen" al marinero conceptuado el más torpe de la tripulación. Proviene el nombre de que antiguamente, al formar la marinería para cantar número en las guardias, el que tenía el último, en vez de cantarlo exclamaba: ¡Viva la Virgen!; luego se aplicó este apodo al descuidado que llegaba tarde a formar.

Vivales.

Aprovechado y sinvergüenza; fresco y pretencioso. Se dice del vividor y desaprensivo que únicamente está atento al negocio rápido y al chanchullo. En cuanto a su etimología, es derivado de "vivaz". El plural está en función peyorativa, como en el caso de "mochales, bobales", propio de la formación de los despectivos mediante este procedimiento.

Vividor

Persona que sólo atiende a su propia conveniencia e interés, mirando por su comodidad, despreocupándose de los demás. Pérez de Montoro, en su *Obra Poética*, tiene estos versos:

Por que a vivir os enseñen,
si quisieréis vivir largo,
buscad unos vividores,
que no hai pocos en palacio.

También se dice de quien vive al día, despreocupado por completo del futuro, y haciendo honor al viejo tópico del *carpe diem*.

Y **egua.**

Se dice de quien es muy cabezón y terco, porfiado y discutidor, que en su polémica no da el brazo a torcer, ni se baja del burro, yendo de altercado en altercado por esa razón. También tuvo uso como sinónimo de ramera, siendo en ese caso voz agermanada, propia del mundo hampesco y de los bajos fondos. En el siglo XVI Cervantes da ese significado al término, en su comedia *El rufián dichoso*, poniendo en boca de un fraile estos versos:

Rufián corriente y moliente
fuera yo en Sevilla agora,
y tuviera en la dehesa
dos yeguas y aun quiçá tres,
diestras en el arte auiessa...

Yeti.

Persona extremadamente fea; es una versión moderna de Picio, del Sargento de Utrera, o de Carracuca, quien además de feo era más viejo que Matusalén. Es insulto reciente, surgido a partir de la noticia semifantástica del hallazgo de huellas pertenecientes a un supuesto ser o criatura monstruosa de la escala animal, no conocido ni catalogado, vistas por algunos montañeros del Everest, en la cordillera asiática del Himalaya.

Zafio.

Hombre tosco, grosero, inculto e ignorante. Es voz insultante de etimología árabe, surgida de un cruce o confusión entre los términos *safih* = ignorante, bellaco, y *safi* = simple. Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua*, (1611) atribuyó orígenes diversos al término: del hebreo *safáh* = labio, lengua, discurso, porque el zafio sólo habla su jerga o dialecto local; o del griego *zafeles* = rústico, simple. Pero aunque las etimologías andan equivocadas, no así el sentido. Cervantes utiliza de forma muy actual el término en el Quijote: "Y yo la vi en la fealdad y bajeza de una zafia". Como también su coetáneo Tirso de Molina:

-Mas yo debo ser zafio, un...

-¡Empieza ya...

-Un pollino, una mula de alquiler...

El *Diccionario de Autoridades*, (primeros decenios del siglo XVIII), recoge su sentido definitivo: tosco, inculto, ignorante y falto de doctrina. Su empleo en castellano es tardío, si se tiene en cuenta el origen arábigo del término. Lo emplean autores teatrales, como Juan del Encina (siglo XV): "Eres un zafio", dice un personaje a otro, en escena; también Antonio de Nebrija: "çafio en lenguas" llama al villano que no sabe hablar otro idioma que el de su terruño, y es además "descortés y mal mirado".

Zaharrón.

Fachoso, persona ridículamente vestida; sujeto que va hecho un cerdo. Es término de procedencia incierta, aunque Covarrubias (1611) lo cree de origen árabe, de *çahal* = mendigo. También pudo haber derivado de "zaga", según explica el cordobés F. del Rosal, (1601):

... zagarrones, que otros dizen çarrones o çaharrones y çarraones, son figuras ridículas de enmascarados que acostumbran ir detrás de las fiestas, procesiones o máscaras para detener y espantar la canalla enfadosa de muchachos que en semejantes fiestas inquietan y enfadan, y assí, para más horror de éstos, los visten en hábitos y figura de diablo, por lo que en Zamora son llamados diablícalos; assí se dixerón, de çaga, que es detrás.

Moharracho, mamarracho, botarga o histrión que vestía de manera ridícula, con muchos colores chillones, y desempeñaba papeles cómicos en el teatro. Por extensión se dice de quien se comporta de manera bufonesca incluso en situaciones de la vida que requieren seriedad. (Véase también "mamarracho").

Zampabodigos.

Zampatortas; sujeto ansioso, que come atropelladamente, con apresuración, y de manera descompuesta. Es voz compuesta de "zampar" verbo de origen incierto con el significado de coger algo al vuelo o por sorpresa, y "bodigo": pan que se daba de regalo, limosna, ofrenda, también para socorrer al pobre. Era manjar hecho con la flor de harina, muy delicado. Se dijo así del término "boda", porque para ocasiones tales se hacían y regalaban. Como no solía haber para todos, se apresuraban comensales e invitados a hacerse con el suyo, que engullían o zampaban en dos bocados, dado lo reducido de su

tamaño. Es término utilizado en el siglo XVII, como sus homólogos zampabollos, zampalimosnas, zampatortas, etc.

Zampabollos.

Tragón, comilón, zampabodigos, zampatortas. (Véanse estas voces).

Zampalimosnas.

Pobretón y desgraciado que no tiene donde caerse muerto; individuo mísero y estrafalario que anda de sopa en sopa y de puerta en puerta, siempre pidiendo y comiendo sin vergüenza ni recato, con ansia e impertinencia. Quevedo, en *Las Musas*, describe el ambiente de la vida mendiga en el Madrid de la primera mitad del siglo XVII:

Tendedores de raspa,
bribones de la sopa,
clamistas de la fiesta
y mil zampalimosnas...

Zampatortas.

Zampabodigos, zampapalo, zampabollos, tragaldabas. Se dice del individuo que come con gula, sin medida, y de manera brutal. También, del sujeto en cuya fisonomía, trazas y trato se muestra gran incapacidad y torpeza, así como total falta de crianza; como el zampapalo, se trata de individuos necios e ignorantes, con su algo de cretino y su mucho de bobo. Son, todas ellas, palabras compuestas donde el primer elemento, la voz verbal, indica la naturaleza del calificativo: zampar, que es tanto como meter una cosa dentro de otra de manera muy rápida a fin de que no se vea la acción, y por lo tanto de forma desordenada; coger al vuelo, hurtar por sorpresa.

Zamujo.

Se dice de la persona retraída, silenciosa y tímida, reservona e introvertida, que habla poco, y a quien no se le conoce amigos. No hemos visto empleo literario del término, aunque si constatado su vida en el uso oral: refiriéndose a cierto primo mío, con fama de mosquita muerta, decía mi abuela Isabel Reyes Moya, nacida en el último tercio del siglo XIX, en Cádiz, y que vivió gran parte de su vida en Las Palmas de Gran Canaria: "Al zamujo sin tapujo", queriendo decir que era conveniente zurrarle la badana cuando hacía alguna de las suyas.

Zamuzo.

Reservón e introvertido, un poco simple y pobre de espíritu, a quien le cuesta comunicarse con los demás; receloso y taimado, que siempre piensa mal, y es capaz de armar cualquier lío cuando menos se espera. Tiene relación semántica con "zamujo" *.

Zangadullo, zanguayo.

He aquí dos tipos listos, que se hacen pasar por tontos para no trabajar, y vivir así del prójimo pasando por simples e incapaces. En cuanto al primero, al igual que el zangandungo, era un tipo inexperto y manazas, sujeto vil y parapoco, de cuerpo ancho, rechoncho y retaco. El segundo era sujeto alto, desvaído y ocioso, que perdía su mirada en el techo ó el cielo, y en vez de hablar rezongaba.

Zangandongo, zangandungo.

Manazas, chapucero que se hace el torpe para que no le encarguen trabajos. Está emparentado con el zangadullo y el zanguayo. Es personaje frecuente en el teatro del siglo XIX:

-¿Y a qué has venido tú aquí?
-¿Eh..., yo...? Pues a llenar la bartola
con esos dos zangandungos.

Se dice también del haragán torpe que aun habiendo aprendido oficio, y ser capaz de trabajar, niega su habilidad.

Zángano.

Parásito, holgazán; individuo que vive del trabajo ajeno, pues no sólo no trabaja sino que intenta vivir mejor que quien lo hace, y a sus expensas. Cervantes, en el *Quijote*, hace este uso del término: "La gente baldía y perezosa es (...) lo mismo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen".

Y su coetáneo Covarrubias, en el *Tesoro de la Lengua*, (1611) agrega la siguiente coletilla: "De aquí vino llamar çánganos a los holgaçanes y floxos, que sólo sirven de comerse el sudor de los que trabajan".

Tirso de Molina, algo posteriormente, añade a la holgazanería la calidad de mentiroso que tienen estos individuos:

... si la cuenta confías
de un zángano entremetido
te dirá que te ha servido
tres mil y seiscientos días.

Es puesto como ejemplo por los predicadores y moralistas de los siglos de oro, de lo que la sociedad no debe permitirse: la ociosidad. Juan de Mal Lara, en su *Filosofía vulgar*, (mediados del siglo XVI) escribe: "Sin saber si sus hijos tienen habilidad, los ponen con manto y bonete a que estudien y se anden hechos unos zánganos, comiendo la hacienda de los otros hermanos".

La voz se toma en sentido figurado de su acepción principal: la abeja macho, carente de aguijón, que no elabora miel, y cuyo cometido único es fecundar a la reina. En cuanto a su etimología, a pesar de la advertencia razonable de Corominas en su *Diccionario Crítico*, parece buena la tesis de Covarrubias: "Díxose çángano, quasi çancano, por ser largo de piernas, a diferencia de las abejas, que por tenerlas tan pequeñas se dixeron apes". El lector amable tiene la palabra.

Zangarilleja.

Muchacha desaliñada, sucia y vagabunda que va en compañía de otros improvisando pequeñas actividades casi siempre delictivas, relacionadas con el baile y el cante. Su viveza y andar desenvuelto, la soltura con que se conduce, y el conocimiento de la vida pícara hacen de ella un personaje entre el hampa y el arte. Parece que el término es de origen italiano, en cuya lengua *zingarella* significa "gitanilla". En Madrid se cantaba ya en el siglo XVIII el siguiente cantar popular:

A la fuente va por agua
la zangarilleja,
a los caños del Peral,
zarandillo andar.

Zangolotino.

Niño o niña bitongo (se oye también "pitongo" por ensordecimiento de la consonante sonora "b"); individuo joven que haraganea y pierde el tiempo en cosas menudas y triviales, ocupándose de juegos y actividades propias de niños de más corta edad que la suya. Utiliza el término Quevedo, entre otros, en el primer tercio del siglo XVII.

Zangón.

De "zancón": individuo de buenas zancas. Se dice del muchacho alto, desvaído, que pudiendo trabajar y teniendo edad para ello, anda ocioso, ocupado en cosas de niños; es lo mismo que zangarullón.

Zanguango.

Indolente, embrutecido por la pereza. Según Corominas es voz de origen portugués o gallego, en cuyas lenguas significa maula que busca excusas para no dar golpe. Es lo mismo que zanguayo: hombre alto y ocioso que quiere pasar por simple para que no le encarguen trabajo o responsabilidad alguna. En esto equivale también a zangadullo, zangandungo, changallo (este último término es insulto de uso en Canarias).

Zaparrastroso, zarrapastrón.

Persona sucia, cazcariada y llena de manchas y lamparones; individuo dejado y desaliñado que al andar arrastra el vestido; andrajoso. En el *Diccionario de Autoridades* se dio entrada al vocablo en el primer tercio del siglo XVIII, documentándolo en la popular *Copla del Pingorongo*:

Puerca, cochina, zaparrastrosa,
ya no te quiero,
no echarás más garbanzos
en mipuchero:
si los echares,
rejalgar se me vuelvan
si los probare.

Zarangullón, zangarullón.

Persona alta y desgarbada, sosa y desproporcionada; zangón que anda ocioso, a pesar de estar en edad de trabajar, y no tener para ello impedimento alguno. El femenino del término es "zangarilleja", y como esta palabra, parece término derivado de "cíngaro". Una copla popular, que recoge Fernán Caballero en Sevilla a mediados del siglo pasado, dice:

Más vale onza que libra
en algunas ocasiones;
más vale un cuerpo chiquito
que no los zarangullones.

Zarracatín.

Sujeto mezquino, avariento y regatón, que pretende comprar las cosas muy por debajo de su precio, para venderlas luego por encima del precio de mercado; también se dijo antaño de quien pretende aprovecharse de los demás, o de quien es gorrón, que vive de mogollón. Es término de procedencia árabe, de la voz *saqat* = quitar, substraer. Horozco, (primera mitad del siglo XVI), usa así el término, en el *Entremés escrito a ruego de una monja*, donde incluye el siguiente diálogo entre un fraile y un villano:

Villano: -¿Querés buñuelos tragar,
después no pagar cuatrín...?
Fraile: -¿Como a un çarracatín
me tratáis...?

Covarrubias registra el término en su *Tesoro de la Lengua* (1611): "...el hombre muy miserable y menudo, que regatea la ganancia en lo que compra o vende...". Unas décadas más tarde, Angel Manrique,

sabio obispo burgalés del siglo XVII, en sus sermones, emplea así el término: "Es el demonio gran zarracatín de sus buhonerías, digo de los deleites y gustos de esta vida".

Hoy es término en desuso, aunque he podido escucharlo en labios de un religioso capuchino oriundo de Murcia, fray Isidoro de Guadalupe, mi profesor siendo niño, en contextos donde cursaba con mentiroso y tramposo.

Zarramplín.

Chapucero y torpe; pelagatos; pobre diablo y cantamañanas; persona ramplona. Independientemente de lo apuntado por Corominas en su *Diccionario Crítico Etimológico*, en nuestra opinión puede tratarse de un compuesto vasco-asturiano: *zarra* = viejo, y *farramplin* = burdo y torpón. Es término de mediados del pasado siglo. Sinónimos igualmente insultantes y altamente despectivos de este término son los de "fargallón, chafallón".

Zascandil.

Hombre enredador, entrometido, bullicioso, informal; persona capaz de prometer lo que no puede cumplir. Dícese también del pícaro que se mete donde no lo llaman. En cuanto a su uso, se emplea desde principios del siglo XVII. La palabra, todavía una frase, aparece en el *Cuento de cuentos*, de Quevedo: "¿No más llegar y zas, candil? A osadas que lo entiendo todo". *El Diccionario de Autoridades*, (primer tercio del siglo XVIII) define así el término: "Hombre astuto, engañador, y que anda de una parte a otra, por lo regular estafando. (...) Hombre de baxa esfera, y que se pretende autorizar entremetiéndose y ofreciendo lo que no puede executar".

Zolocho.

Mentecato, simple; individuo que muestra aturdimiento constante; sujeto que carece de criterio. Es término de uso en ámbitos familiares. Algunos diccionarios enciclopédicos de principios de siglo atribuyen al término etimología latina, de la voz *stultus* = necio, pero no resulta defendible. No consta que se utilizara con anterioridad al siglo XVII. El *Diccionario de Autoridades* recoge el término en 1739 con el valor anotado.

Zombi.

Sujeto de apariencia alelada; fulano de apariencia atontada, que se comporta como si estuviera sonámbulo, o ido. Se dice en sentido figurado, por el movimiento zombi de carácter mágico-religioso perteneciente a cierto culto originario de la región del Congo, en Africa, muy extendido entre los negros de Iberoamérica. Según esas creencias, un poder sobrenatural puede adueñarse del cuerpo de un difunto y reanimarlo, aunque sin poder su antiguo poseedor valerse por sí mismo espiritual o intelectualmente, siendo capaz tan sólo de un movimiento autómatas, obedeciendo designios ajenos a su voluntad. Por extensión se dice de la persona de carácter extraño, marcadamente raro, y de apariencia y comportamiento anormales.

Zonzo.

Soso que carece de viveza y gracia, siendo capaz de aburrir al más templado; persona poco advertida, de escasa iniciativa y ningún ingenio. En su calidad de "simple o mentecato" es el término más utilizado en la América de habla hispana, donde aventaja en el uso al calificativo "tonto". Lope de Vega lo utiliza así, en *El piadoso aragonés*:

Pues no creas (a) ojizarcas,
que hay déstas zonza o modorra,
que es como caldo de zorra.

Es voz de etimología latina: *insulsus* = falto de razón y sabor, aunque a este respecto Corominas disiente en su *Diccionario Crítico*. No parece necesario acudir al fenómeno de la reduplicación expresiva, o imitación onomatopéyica de la inseguridad y balbuceo, caso de ñoño. El número de sus derivados es grande, siendo los más usuales: zonzorro, zonzorino, zoncera, zonceras, azonzado, sonso, sonseras. Zonzorrión es aumentativo con vocación despectiva; Lope de Vega utilizaba a menudo el término como insulto destinado a criados y gente menuda del servicio de casa: "¡Pues infame zonzorrión! ¿así te atreves...?". El uso de toda la gama de variantes del término derivados de zonzo, en el teatro, habla de la popularidad de estos vocablos como insulto, ya que los dramaturgos de los siglos XVI y XVII no solían arriesgarse a poner en boca de sus criaturas escénicas términos con los que el pueblo no estuviera familiarizado.

Zopenco, zopo, zompo.

Individuo necio y abrutado. Etimológicamente es un tarado o lisiado, especialmente de los pies; tanto en italiano como en portugués (*zoupo*, *zóppo*), por lo que zopenco o zopo son voces con connotación de cojera. En ese sentido toma el término Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua* (1611). Cree Corominas que es de etimología latina, de la voz *suppus* = que gatea. El *Diccionario de Autoridades* da a "zopo" el valor semántico de persona sumamente desmañada, que se embaraza y tropieza con todo. En cuanto a "zopenco", deriva de "zopo". El Padre Isla, en su *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas*, a mediados del siglo XVIII, recoge así el término: "... hasta ahora no encontré estudiante tan zopenco que de dicho método sacase la preocupación de persuadirse que la Escritura para nada sirve al teólogo...".

Terreros, coetáneamente, en su *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes...*, da al término el significado de lerdo, tardo, zopo. Con ese valor semántico lo emplea a principios del XIX Leandro Fernández de Moratín, cuando esgrime la siguiente disculpa: "Seré mal poeta, seré zopenco, pero soy hombre de bien...". Otros opinan que también podría derivarse del compuesto "so penco", pero el penco es un jamelgo, un caballo flaco y desgarrado, y no resultaría fácil adecuar este contenido semántico con el del zopenco, cuya base conceptual es la necedad y la tontería.

Zoque.

Llamamos así al hombre feo y bajo de estatura, con tendencia a la rechonchez, por asemejarse a un tarugo corto y recio de madera o tronco sin desbatar. Esa es su vertiente física; en una segunda condición, de naturaleza espiritual, se dice a la persona necia y poco habilidosa. En el *Diccionario de Autoridades* hay además otra acepción que enlaza al zoquete con el *mendrugó*, ya que zoquete significó también el pedazo de pan que sobra y se seca, quedando muy duro. Este aspecto de dureza del pan pasó

conceptualmente al de dureza de mollera, de donde, por evolución semántica, salió el *mendruco* con significado de "tonto y necio". Es de procedencia árabe, lengua en la que *suqat* significa desecho o cosa sin valor.

Zorra, zorrón.

Mujer de mala vida y reputación, despreciable y ruín; ramera, hembra pública que vive de comerciar con su cuerpo. Vicente Espinel, en los primeros lustros del siglo XVII, utiliza así el término: "Es oficio corriente por toda España, y en las poblaciones tienen correspondencia y avisos de las zorras comadres para chupar la sangre a los corderos inocentes".

Con intención insultante se documenta en el siglo XIII: "persona holgazana", de donde por extensión pudo predicarse de la mujer que se entrega por dinero. No es palabra latina, y sólo se encuentra en portugués y castellano. Del portugués procede la primera acepción peyorativa, ya que en esa lengua, a finales de la Edad Media, *zorrar* equivale a arrastrar, seguramente del árabe *garr* = llevar a rastras, pero sin connotaciones morales. En el *Poema de Alfonso Onzeno*, (mediados del siglo XIV) se lee, aunque no hay seguridad en cuanto al tipo de zorra a que se refiere:

Y fue muerta otra sorra,
reyna era pagana,
fija fue de una chamorra
que salió falsa xristiana.

En cuanto a su etimología, lo probable es que sea la voz árabe *surriya* = concubina, a pesar de los reparos expuestos en su lugar por eruditos como Américo Castro o el mismo Corominas en su *Diccionario Crítico*. El hecho es que se trata de término muy ofensivo para la mujer; que aparece en todos los autores de los siglos de oro, y llega pleno de fuerza expresiva al siglo XVIII. Diego de Torres y Villarroel, lo utiliza así, en su *Historia de historias*:

El picarote, como no era la primera zorra que había desollado, y como no conocía que la moza era un poco caliente de rabadilla, la cargaba la mano, hasta que le dejó con tanta baba; y como aún se tenía la miel en los labios la desesperada volvió a las andadas, y a hacer de las suyas...

Mediado el XIX, Bretón se hace eco de los desórdenes que la vida airada ocasionaba, tanto en los burdeles como en la calle:

Si hay de noche camorra
por culpa de una zorra,
y yo por un acaso
triste, me encuentro al paso
y el agresor escapa,
y la ronda me atrapa...

El aumentativo "zorrón" ahonda en el uso denigrante del término. En unos versos de La mujer pública, atribuidos a Espronceda, (cito por Cela, Diccionario...) se lee:

Y yo os digo, por más que os cause enojo,
que son tan necesarios los zorrones
como es la luz del sol a nuestros ojos,
el pan al cuerpo, el aire a los pulmones.

Zorrastrón, zorrero.

Aumentativo despectivo de "zorro". Individuo taimado, calculador y excesivamente cauteloso; pícaro disimulado y astuto que vive atento a su interés, haciendo caso omiso del de los demás. En cuanto al derivado "zorrero", fue término muy del gusto para calificar al taimado, receloso y ladino, en el teatro de los siglos de oro; Agustín de Rojas emplea así el término, en la primera mitad del siglo XVII:

...un don Luis se ha venido
amante zorrero allado
por vuestra señora hija,
muy modesto aunque muy falso.

Zorrocotronco.

Paleta, palurdo; sujeto rústico de aspecto chabacano, sin arte, basto y burdo. Tal vez derivado de la voz "zorrotroco" con apoyo epentético = trozo grandote e inservible de alguna cosa. Es voz utilizada hoy en ambientes marginales como variante de "tronco". Tiene cruce semántico y recuerdo léxico de la voz "zorrocloco" *.

Zorrocloco.

Sujeto abobado, que parece tonto, pero que sin embargo está atento a lo que le conviene y presta atención a su utilidad. Utiliza el término Francisco de Quevedo en su *Cuento de cuentos*, primer cuarto del siglo XVII. Es compuesto de "clueco" = enfermizo, y "zorro" = sujeto astuto. El zorrocloco es un listo que se hace el bobo para mejor engañar a quien se las da de listo no siéndolo tanto.

Zorronglón.

Que hace de mala gana, con lentitud exagerada, y de mala manera las cosas que se le mandan, murmurando, refunfuñando y mostrando repugnancia. Es metátesis de rezonglón, derivado de rezongar, que es lo que este individuo hace de continuo para mostrar su desacuerdo y mala disposición a obedecer y a cumplir con su deber.

Zote.

No se trata de insulto fuerte, ya que su valor semántico equivale al de torpe, ignorante y necio; persona a quien cuesta mucho entender las cosas. El zote no es tonto, sólo tardo en el aprendizaje. Es palabra común a todas las lenguas románicas, que la tomaron del bajo latín *sottus*, a su vez enraizado en la voz clásica *stultus* = necio. En castellano "çote" aparece no hacia la segunda mitad del siglo XVI, como asegura Corominas en su *Diccionario*, sino en un cancionero de coplas tradicionales de mediados del siglo XV:

Viendo Alejo al zote,
 asió de un garrote
 y del pie al cogote
 lo hizo cardenal,
 por el cañaverál.
 Corrido va el abad.

Cervantes emplea esta palabra con el valor de "simplón", en su comedia Pedro de Urdemalas, donde le antepone el tratamiento de respeto: "Señor zote", para resaltar, ridiculizándola, la condición del sujeto en cuestión. En el siglo XIX, Hartzenbusch, da el siguiente contenido al término: "Es en su porte, modesto el hombre sabio, y altivo el zote". Y el también dramaturgo Bretón de los Herreros, escribe:

-¡No tiene mala prebenda!
 Tú trabajas, y el muy zote...

Zullenco, zullón.

Individuo de alguna edad que no es capaz de controlar la expulsión de ventosidades, y que a menudo tampoco gobierna el vientre, descargando su contenido y yéndose de cámara. Se dijo del verbo "zullarse" = ventosear involuntariamente y con excesiva frecuencia. Se insulta u ofende así al viejo que no siendo consciente de sus años anda ocupado en asuntos e intereses de la juventud, recordándosele su situación real. Es voz procedente del término "cellenco": achacoso, decrepito". Cree Corominas que el vocablo se entrecruzó con otra voz muy despectiva: *sellenca* = puta vieja que espera paciente a los clientes sentada a la puerta del burdel; la voz "sellenca" se mezclaría a su vez semánticamente con la palabra catalana "*sullar se*" = cagarse encima. Como se ve, el campo semántico está suficientemente cargado como para que de él salga un tipo ridículo y repulsivo. Por extensión, se aplica el término cualquier vieja de aspecto despreciable. Es insulto muy denigrante. Quevedo no podía pasarlo por alto, y es uno de los primeros escritores castellanos que lo utilizan en los primeros lustros del siglo XVII.

Zulú.

Cafre, salvaje, bruto. Se dice por extensión del sentido principal de esta voz: Individuo de cierto pueblo de raza negra que habita en el África austral. Ultimamente, el dirigente del Partido Nacionalista Vasco, y ex miembro de la Compañía de Jesús, Javier Arzalluz, resucitó el uso despectivo del término, afirmando que un zulú que hablara vascuence le sería más afecto que un castellano que no lo hiciera.

Zurriburri.

Sujeto vil y despreciable, de ínfima condición y extracción social. Juan del Encina, en su *Cancionero*, (finales del siglo XV), emplea así el término en valor substantivo:

Porqu'este lugar me aburre
tengo dél gran sobrecejo.
Soncas, para tal concejo
basta cualquier çurreburre.

Se tiene in mente al zurrador, curtidor de cuero que previamente despelleja al animal, oficio ordinario, tenido por vil. A ello parece aludir Covarrubias (1611) en su *Tesoro de la Lengua*: "Çurriburri (llamamos) el hombre muy ordinario, como lo es el pelo burro del asno...". También debe tenerse en cuenta que el término "zurri" es sinónimo de "cerdo" en muchos lugares de Andalucía, como Jaén, y que no es impensable una asociación de "zurri (cerdo) y "burro", para poner las cosas en el colmo del desprecio. Quevedo en el *Cuento de cuentos* echa mano del término: "...se descalzaban de risa de ver al viejo (...) y a ella que se iba a cencerros tapados con un zurriburri, refunfuñando".

Zurumbático.

Pasmado, aturdido. A principios del siglo XVIII el curioso autor de letrillas, seguidillas y pasmarotas salmantino, Diego de Torres Villarroel, utilizó el término en el sentido de "lelo, atontado, pasmado, atronado". Parece que el término descende del portugués *soombra* < *sorumbático*, con la voz latina *umbra* = sombra, al fondo. "Azurumbado" equivale a "asombrado" en toda la región centroamericana, y en Méjico, por lo que es insulto o calificativo que afecta a la personalidad y carácter. El zurumbático tiene mala sombra y temperamento sombrío o melancólico, pesimista y triste. Antaño, permanecer en sombra o carecer de ella fueron signo de desgracia; que los condenados a muerte no proyectaban sombra sobre el suelo es creencia antigua, de donde se dijo "más vale mala sombra que no tener sombra alguna".

INDICE DE INSULTOS

Aborto	Bardaje
Abrazafarolas	Barrabás
Abundio	Barragana
Acémila	Barriobajero
Adefesio	Basilisco
Agrofa	Bastardo
Aguafiestas	Basto
Alcornoque	Batueco
Alelado	Bausán
Alfeñique	Bellaco
Ambladora	Beocio
Ambrosio (carabina de)	Bergante
Amorfo	Berzas
Analfabestia	Berzotas
Analfabeto	Bestia
Animal	Besugo
Animal de bellota	Bibí
Arpía	Birria
Arrabalero	Bobales
Arrastracueros	Bobalías
Arrastra(d)o	Bobalicón
As	Bobarrón
Asnejón	Bobatel
Asno	Bobo
Asqueroso	Bobo de Coria
Astroso	Bobos de Anchuelo
Atolondrado	Bobote
	Bocaza
Babieca, estar en Babia	Bocazas
Baboso	Boceras
Babosón	Bocón
Badajo	Bodoque
Badajuelo	Bolero
Badana	Bollera
Badulaque	Bolo
Bajo	Boquerón
Bala	Boquiblando
Baladrón	Boquimuelle
Baldragas	Boquirroto
Bandido	Boquirrubio

Borde	Cagón
Bordión	Calamidad
Bordiona	Calavera
Borrachín	Calientapollas
Borracho	Callacuece
Borrachuzo	Callo
Borrego	Callonca
Borrico	Calzonazos
Botarate	Calzorras
Boto	Camaleón
Bozal	Camándula
Bravonel	Camandulero
Bravucón	Campanero
Bribón	Canalla
Brozno	Canco
Bruto	Candongo
Bufón	Canijo
Buharra	Cantamañanas
Bujarrón	Cantimpla
Bujendí	Cantimplas
Bujendón	Cantonera
Bullebulle	Capón
Bultuntún	Capullo
Burro	Cara
Buscavidas	Caracol
Buscón	Caraculo
Buscona	Caradura
	Carajo a la vela
	Carajote
Cabestro	Carantamaula
Cabezón	Carapapa
Cabezota	Carapijo
Cabra	Carca
Cabrito	Carcamal
Cabrón	Carcunda
Caco	Carota
Cachivache	Carroza
Cacho	Carrozón
Cachondo	Cáscara amarga (ser alguien de la)
Cachondo mental	Casquivano
Cafre	Cateto
Cagado	Cazurro
Cagarruta	Cebollino

Cebollo	Cipote
Cebolludo	Cobarde
Cegajoso	Cobardón
Cegato	Cochino
Cegatón	Cocinilla
Cencerro	Colipoterra
Cenizo	Comemierda
Cenutrio	Coñazo
Ceñiglo	Cornudo
Ceporro	Correvedile
Cerdo	Correvedile
Cernícalo	Corto
Cerril	Cotilla
Cerrojo	Cotorra
Chafallón	Cotorrón
Chafalote	Crápula
Chalado	Crapuloso
Chanflón	Cretino
Chapucero	Cuadrúpedo
Chapuza	Cualquiera
Chapuzas	Cucarro
Chaquetero	Cuco
Charrán	Cuentista
Chicha ni limonada	Curro
Chiflado	Currutaco
Chinche	Cursi
Chinchorrero	Cursilón
Chiquilicuatre	Cutre
Chiquilicuatro	
Chirimbaina	
Chirrichote	Desabrido
Chisgarabís	Desastre
Chivato	Descarado
Chocho	Descerebrado
Chorizo	Desgraciado
Chorra (ser un)	Deslenguado
Choto	Déspota
Chulo	Desvergonzado
Chupasangres	Dompedro
Chupóptero	Dompereciendo
Churrillero	Don
Churrullero	Dondiego
Cínico	Donillero

Donnadie	Farieseo
Doña	Farol
Dundo	Farolazo
	Farolero
	Farolón
Echacantos	Farotón
Echacuervos	Farsante
Elemento	Fato
Embrollón	Fatuo
Enano	Fazpuerca
Energúmeno	Felón
Engendro	Fementido
Entremetido	Feto
Entrometido	Figurón
Esaborío	Filibustero
Escalentada	Fino
Escoria	Finolis
Esnob	Foca
Estafermo	Fodidencul
Estólido	Fodolí
Estrafalario	Follón
Estulto	Fresco
Estúpido	Frívolo
	Fulano
	Fulastre
Facineroso	Fullero
Facha	Fuñique
Fachenda	Furcia
Fachendón	
Fachendoso	
Fanfarrón	Gabacho
Fantasma	Gafe
Fantasmón	Gafo
Fantoche	Gagá
Faramalla	Galfarro
Faramallero	Galfarrón
Faramallón	Gallina
Farfante	Gamberro
Farfantón	Ganapán
Farfolla	Gandul
Farfulla	Gandumbas
Farfullero	Ganforro
Fargallón	Gansarón

Ganso	Hortera
Gañán	Huevazos
Garbanzo negro	Huevón
Garduño	
Gárrulo	
Gaznápiro	Idiota
Gilí	Iluso
Gilipollas	Imbécil
Gilipuertas	Imberbe
Gitano	Impertinente
Golferas	Impresentable
Golfín	Incapaz
Golfo	Incordio
Goliardo	Inepto
Gomoso	Infame
Gorrín	Infeliz
Gorrino	Ingrato
Gorrón	Insensato
Granuja	Insolente
Grillado	Inútil
Grosero	
Guarrín	
Guarro	Jaque
Guiñapo	Jaquetón
Gurdo	Jesuita
Guripa	Jeta (ser un)
Gurriato	Jodido
Gurrumino	Juan Bragazas
	Juan de Aracena
	Juan el tonto
Habló el buey y dijo mu	Juan Lanas
Hacha	Juan Palomo
Hacino	Judas
Hampón	Judío
Haragán	Julandras
Harón	Julandrón
Hazmerreír	Jumental
Hediondo	Jumento
Hijoputa	
Hipócrita	
Holgachón	Lacayo
Holgazán	Ladilla
Holgón	Ladino

Ladrillo	Macanero
Ladrón	Macarelo
Lameculos	Macareno
Lameplatos	Macarra
Lapa	Macarrón
Lata	Macarronet
Latazo	Magancés
Latoso	Maganto
Lebrastón	Majaderete
Lebrón	Majadero
Lechuguino	Majagranzas
Legañoso	Majareta
Lelo	Majarete
Lenguaraz	Malaleche
Lenguaz	Malandrín
Leño	Malangel
Lerdo	Malapata
Libertino	Malasangre
Lila	Malasombra
Lilaila	Malauva
Lilanga	Malcarado
Lililó	Malcontento
Lililón	Malcriado
Lilipendo	Maldiciente
Lilipendón	Maldito
Lilo	Maleante
Liló	Maleta
Liloi	Maletón
Lilón	Malfario
Lirón	Malmirado
Listillo	Malnacido
Listo	Malqueda
Litri	Malquisto
Lloramigas	Malsín
Llorica	Mamahuevos
Loca del Ferrol	Mamarracho
Loco	Mameluco
Longuí	Mamerto
Lunático	Mamón
	Mamporrero
	Mandria
Macaco	Manfla
Macandón	Manflota

Manga ancha (tener o ser alguien de)	Mequetrefe
Mangante	Merdón
Mangón	Merluzo
Mangonero	Metemuertos
Mangorrero	Metepatas
Manso	Metesillas
Manta	Meticón
Marica	Metomentodo
Maricón	Mezquino
Maricona	Mierda
Marimacho	Mierdecilla
Mariol	Mindango
Marión	Mindundi
Marioneta	Mindundis
Mariposa	Miramelindo
Mariposón	Mochales
Mariquita	Mocoso
Marmitón	Mocosuena
Maromero	Modorro
Maromo	Modrego
Marquesa	Mojarras
Marquida	Mojarreras
Marquisa	Mojarrilla
Marrajo	Mojigato
Marrano	Momia
Marrullero	Monstruo
Más tonto que el maestro de Siruela	Morcón
Más tonto que el sastre del cantillo	Morlaco
Mastuerzo	Moro
Matacandiles	Moromurcio
Mátalascallando	Morral
Matasiete	Morro (tener mucho o poco)
Maula	Mosca
Mazacote	Mosca cojonera
Meapilas	Moscamuerta
Measalves	Moscardón
Meliloto	Moscatel
Melindres	Moscón
Melindroso	Mosquitamuerta
Melón	Mostrenco
Memo	Motolito
Mendrugó	Muermo
Mentecato	Muerto

Muñeco	Paparote
	Papatoste
	Papirote
Nazareno	Paquete
Necezuelo	Pardillo
Necio	Paria
Nerón	Pasmarote
Ninchi	Pasota
Niñato	Pataco
Nota	Patán
Novato	Patibulario
Novillo	Patoso
	Pavisoso
	Pavitonto
Ñajo	Pavo
Ñarra	Payaso
Ñiquiñaque	Pazpuerca
Ñoño	Pécora
Ñorda	Pedante
Ñordija	Pedazo de
	Pedorrero
	Pedorro
Ogro	Pedorrón
Onagro	Pegote
Orate	Pegotero
Ordinario	Pejiguera
Oveja negra (ser la)	Pelafustán
	Pelagallos
	Pelagatos
Pájaro	Pelanas
Pajarraco	Pelandusca
Paleto	Pelele
Paliza	Peliculero
Palurdo	Pellejo
Pamplina	Pelma
Pamplinas	Pelmazo
Panarra	Pelón
Pánfilo	Pelota
Panoli	Pelotilla
Papahuevos	Pelotillero
Papamoscas	Penco
Papanatas	Pendanga
Páparo	Pendejo

Pendón	Pirado
Peneque	Pirandón
Penseque	Pirante
Percebe	Pirantón
Perdis	Pirao
Perdonavidas	Pirujo
Perdulario	Pisaverde
Perico el de los palotes	Pitañoso
Perillán	Pitarroso
Peripuesto	Pitongo, niño
Perogrullo	Plasta
Perro	Plepa
Petardo	Plomazo
Petimetre	Plomo
Petulante	Pollaboba
Picaño	Pollabrava
Pícaro	Pollafría
Picarón	Pollo bien
Picarona	Pollopera
Pichabrava	Porcaz
Pichafría	Portera
Pichiruche	Presumido
Picio	Presuntuoso
Piernas	Primavera
Pijo	Primo
Pijotero	Pringado
Pillabán	Prostituta
Pillastre	Puerco
Pillete	Puñetero
Pillín	Putá
Pillo	Puto
Pilluelo	
Piltraca	
Piltrafa	Quedón
Pinchabombillas	Quedona
Pinchauvas	Quejica
Pindonga	Querida
Pingajo	Querindanga
Pingo	Querindonga
Pinta (tener mala, ser un)	Quidam
Piojoso	Quitahipos
Pipiolo	Quitolis
Pira	

Rácano	Saltabanco
Rafez	Saltabardales
Rahez	Saltimbanqui
Rajado	Sancirolé
Ramera	Sandio
Ramplón	Sanguijuela
Randa	Sansirolé
Rapaz	Sansirolí
Rareras	Sátiro
Rastracueros	Sietemachos
Rastrapaja	Simio
Rastrapajo	Simple
Rastrero	Simplicísimo
Rata	Simplón
Ratero	Sinvergonzón
Rechiquirritillo	Sinvergüenza
Reinona	Snob
Remamahuevos	Sobrero
Rémora	Socarra
Renacuajo	Socarrón
Repípi	Sodomita
Retro(grado)	Soleche
Rezonglón	Sonado
Rezongón	Sonajas
Ribaldo	Sonso
Ridículo	Soplapollas
Robaperas	Soplón
Rocín	Sosaina
Rogelio	Soseras
Roín	Soso
Rojo	Sueco, hacerse el
Rostro	Suripanta
Rudo	
Rufián	Tabardillo
Ruin	Tabarra
	Tabarreras
Sabandija	Tagarete
Sacamuelas	Tagarote
Sacamuertos	Tarambana
Sacapelotas	Tararira
Salido	Tarasca
	Tarugo

Terne	Tragaldabas
Tijeretas	Tragavirotos
Tío	Tragón
Tipejo	Tragona
Tiquismiquis	Trapacero
Tirado	Trapacista
Tiralevitas	Trapalón
Tirillas	Trapisondista
Tirulato	Trasgo
Títere	Trasto
Tocho	Tribade
Tocineras	Trilero
Toli	Tronco
Toli-toli	Tronera
Tolili	Truhán
Tolo	Tuercebotas
Tolondro	Tunante
Tolondrón	Tunarra
Tonta de Candelario	Tuno
Tontaco	Turulato
Tontilindango	Turullero
Tonto	
Tonto bolonio	
Tonto de Albeta	Ufanero
Tonto de capirote	Ufano
Tonto del bote	Uñilargo
Tonto del haba	
Tonto de los pasteles	
Tontolinato	Vacaburra
Tonto pajón	Vacilón
Tonto pichote	Vago
Tonto pipí	Vagoneta
Tonto que asó manteca	Vaina
Tontorrón	Vainípedo
Tontos a tiempo perdido	Vándalo
Torpe	Vanidoso
Torpón	Vanlocuo
Torreznero	Vano
Torrezno y huevo	Veleta
Torticero	Verde
Tortillera	Verdulera
Tostón	Verriondo
Tragahombres	Víbora

Viceversa	Zangarullón
Vidaperdurable	Zangolotino
Vil	Zangón
Villanchón	Zanguango
Villano	Zanguayo
Vilordo	Zaparrastroso
Viva Cartagena	Zarangullón
Viva la Pepa	Zarracatín
Viva la Virgen	Zarramplín
Vivales	Zarrastrón
Vividor	Zascandil
	Zolocho
	Zombi
Yegua	Zompo
Yeti	Zonzo
	Zopenco
	Zopo
Zafio	Zoquete
Zaharrón	Zorra
Zampabodigos	Zorrastrón
Zampabollos	Zorrero
Zampalimosnas	Zorrón
Zampatortas	Zorronglón
Zamujo	Zote
Zamuzo	Zullenco
Zangadullo	Zullón
Zangandongo	Zulú
Zangandungo	Zurriburri
Zángano	Zurumbático
Zangarilleja	

Este libro, intitulado INVENTARIO GENERAL DE INSULTOS, del que ha sido autor D. Pancracio Celdrán Gomáriz, fue terminado de imprimir en los talleres de Gráficas Santos, en la Villa de Madrid, a día vigésimo segundo del mes de noviembre del año de Nuestro Señor Jesucristo de mil novecientos noventa y cinco, festividad de Santa Cecilia, patrona de la música y de los músicos, bajo cuya advocación cualquier insulto podría sonar a música celestial.